ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

(TOMO IX)

LS.C
P9794a

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO IX—LIRA ARGENTINA

406515
17.10.42

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

LIRA ARGENTINA

OLEGARIO V. ANDRADE

CARLOS ENCINA

GERVASIO MENDEZ

ALFREDO LAMARQUE

DOMINGO D. MARTINTO

LUIS N. PALMA

MARTÍN GARCÍA MÉROU

ADÁN QUIROGA

RAMÓN OLIVER

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

OLEGARIO V. ANDRADE

La escuela romántica que tantos adeptos hiciera entre los poetas del Río de la Plata, después que el autor de *La Cautiva* abrió la marcha por ese camino, se dividía con el estilo gauchesco las preferencias del gusto de nuestro pequeño mundo literario. Pero el estilo gauchesco había culminado con los éxitos del *Fausto* y del *Martín Fierro*, mientras que la lírica de más alto vuelo, la de formas cultas y lenguaje castellano, seguía resonando con los versos de Mármol y Rivera Indarte.

Los poetas que descollaron después de la caída de Rosas no han sido de estro tan entusiasta ni vibrante como sus predecesores. Parece que la inspiración se hubiera adormecido con los encantos de la paz, y que las hijas de Apolo holgaran distraídas, embargadas por las dulzuras de los hogares restituídos á su primitiva patriarcal felicidad.

Entre tanto, la visión del porvenir grandioso de estos pueblos empezaba ya á surgir sobre el horizonte de su turbulento pasado.

El alma latina de la raza acariciaba en silencio el rumor de las corrientes de prosperidad que se desbordarían sobre el suelo de la república; el espíritu

nacional templaba sus entusiasmos al rededor de la solución del problema de la federalización de la ciudad de Buenos Aires para capital de la república; y la patria soñada por los libertadores, la *nueva y gloriosa nación* del himno de López y Planes, vestía al fin las galas de la libertad, para ascender al pedestal de la fama.

El ideal así entrevisto, como realización del porvenir grandioso de la República Argentina, plasmaba en la mente colectiva del pueblo nuevos arquetipos de belleza, nuevas formas y nuevos rumbos; y entre el zumbido de la inmensa colmena humana que empezaba á poblar sus desiertos, la *conciencia nacional* percibía el rumor de las voces informes que deberían modular los nuevos poetas para que sus cantos fueran dignos de esta grandeza.

La Musa criolla no podía ni siquiera pretender ensayar esa inmensa sinfonía; y tan difícil parecía el realizarla, que, en las gradas del Parnaso Argentino hubo un momento de espectación y de angustia, por temor de que no hubiera quien llenara tan grandes exigencias.

De esta aspiración nació el poeta hierofante, iniciado en los secretos de la inmensidad como en visión natural de su grandeza, olímpico visionario del destino de su pueblo entre las brumas del futuro é inspirado cantor de formas maravillosas, de entonación profética y resonancias apocalípticas. Tal fué Olegario Andrade.

Cuando el genio enciende en su lumbre las ideas

de un cerebro sus manifestaciones producen una especie de deformación general del terreno allanado por el *común pensar* de los demás, y la belleza y la comodidad de esta bien nivelada superficie se altera y se destruye con proturberancias é irregularidades monstruosas, que á muchos asombran y á otros desalientan y horrorizan.

Sin embargo, todo pensador genial es necesariamente anómalo porque su fuerza de cerebración lo levanta sobre el horizonte de los demás hombres permitiéndole descubrir nuevos seres, nuevos rumbos ó mirages diferentes á los conocidos, que una vez mostrados por ellos entran á ser del dominio del criterio común.

Pero estas percepciones geniales no encuentran muchas veces términos apropiados para su manifestación, dentro del lenguaje hablado; ó porque no hay palabras pue se acomoden á las ideas, ó porque habiéndolas, les falta energía de concepto, alcance de acepción ó tonalidad para revelar sus imágenes.

Hay entonces en el modo de expresarse de estos pensamientos privilegiados una ampulosidad irremediable y una anomalía necesaria, que debe saberse apreciar, para no atribuirla solo á tendencias presuntuosas ó amaneramientos de escuela. La estética de estos poetas tiene proyecciones extraorbitadas para la generalidad; su ojo soporta resplandores fulgurantes y percibe lumbres indefinibles; y su oído se afina con estruendos y rumores que para los demás pueden ser verdaderos desconciertos.

El príncipe de todos los hierofantes, el inmortal autor de la *Leyenda de los siglos*, enriqueció á la lengua de su patria con un verdadero tesoro de nuevas voces y expresiones, y rompió la rigidez de su verso alejandrino anquilosado en varias centurias de uso rutinario. El genio crea y destruye.

Andrade es el poeta argentino más pródigo y magnífico á este respecto; más amplio, soberbio y brillante.

Su musa es hermana de la de Victor Hugo, vive en mundos de apoteosis y canta desde la cumbre del Olimpo.

El insigne autor de las inmortales «Pepita Giménez» y «Doña Luz», que tan refinado gusto y erudición profunda revela en los estudios críticos con que honrara las letras castellanas, hablando de Andrade, se expresa en los siguientes términos (1):

«Las poesías de Andrade son harto difíciles de juzgar con acierto y suscitan multitud de dudas y cuestiones, supongo que en la mente de todos, y de seguro en la mía, sobrado ecéptica quizás, pues no sólo halla muy sujeta á errores la aplicación de las reglas que sirven para juzgar y apreciar las obras de un singular poeta, sino que, aún en las reglas mismas, nota cierta confusión, contradicción é incertidumbre.»

. . . . . .

«Mirando este punto bajo su aspecto prosaico, acude al pensamiento, al ver como nos dedicamos muchos

(1) *Juan Valera*. Cartas Americanas, 1a. serie, Tomo I, pág. 72.

al magisterio de la prensa antes de saber algo que enseñar, aquello del *maestro ciruela, que no sabía leer y ponía escuela,* ó el chistoso epígrafe de un capítulo de la novela del Padre Isla que ha quedado como refrán: *Deja Fray Gerundio los estudios y se mete á predicador.*

«Claro está que en este sentido, cuando ni los poetas que fueron también grandes sabios pueden ser poetas didácticos en el siglo XIX, menos lo es Olegario Andrade, cuyos estudios habían sido cortos y someros; pero hay otro sentido, según el cual, como por ciencia infusa, puede un poeta ser sublimemente didáctico en nuestros días.

«Las elevadas aspiraciones, el ideal cuya realización se columbra en el porvenir, los planes, doctrinas y esperanzas que están en la mente colectiva de un pueblo ó de la humanidad toda, por estilo vago, informe y confuso, resplandecen con mayor luz en el alma del poeta, y merced á la energía plástica que el poeta tiene, se revisten de forma determinada, precisa y hermosa, en versos que muestran con claridad aquello mismo que agitaba el centro oscuro del alma y que el vulgo apenas comprendía. Para ser así poeta didáctico se requieren dos grandes y raras condiciones, sin las cuales no se alcanza la perfección de la forma en que estriba el misterio. Se requieren el entusiasmo y el buen gusto.

«El entusiasmo, esto es, el sentimiento fervoroso y la imaginación potente que le pone de manifiesto, habilitaban é ilustraban, sin duda, al espíritu de Olega-

rio Andrade: poseía esta primera condición para ser gran poeta docente. Sobre la otra condición, sobre la del buen gusto, hay reparos que poner.

«En mi sentir, es necesario dar á la forma extraordinaria belleza para que este género de poesía transcendental y encumbrada penetre bien en las inteligencias y en los corazones, y venga á ser como la fórmula duradera de una tendencia general, de una aspiración nacional ó humana.

«No bastan las imágenes de que reviste y adorna el poeta su pensamiento, ni el fuego de la pasión con que le presta calor y vida; son indispensables, además, el esmero, la reflexión y el arte más exquisito.»

. . . . . .

«Presupuestos, con todo, el sentir y el pensar con hondura, y la sinceridad y el brío en el estilo, que todo esto tiene Andrade, no se puede negar que fué egregio poeta, por más que á veces le falte el arte, la mesura, la nitidez y la elegancia.»

La Atlántida, esa especie de Himno de la raza latina, arranca al ilustrado crítico la siguiente franca afirmación: «Por lo citado y expuesto, se ve que, á pesar de todo su desaliño y demás faltas, era Andrade un inspirado y original poeta; pero tal vez resplandecen más sus buenas cualidades cuando desecha la serenidad didáctica, es lírico puro y se deja llevar de la pasión que le agita.»

El celebrado escritor español dice que la poesía que más le gusta, de las de Andrade, es aquella á *La Li-*

bertad y la América, y concreta su opinión sobre el mérito de nuestro compatriota, diciendo:

«A pesar de todo lo expuesto, diré que, tanto por las composiciones de que he hablado, como por *El nido de Cóndares, A Paisandú* y otras que no cito, Andrade es uno de los más ilustres poetas que ha habido en América, y que valdría más que Olmedo ó que Bello, y tanto como Quintana, si hubiese cursado más humanidades y hubiese tenido más y mejores lecturas.»

El señor Menéndez y Pelayo (1) es menos elogioso en su juicio. Dice así:

«Andrade era un poeta efectista, que escribió para ser leído en voz alta y resonante, y para ser aplaudido á cañonazos. Pero en esta poesía, toda boato y pompa, toda estrépitos, tempestades, volcanes y cataclismos, hay un fondo de sinceridad y de grandeza lírica que triunfa de lo exuberante y barroso de la forma. Andrade tenía el gusto sin educar, y le fascinó la imitación de lo peor de Víctor Hugo, por quien profesaba una especie de culto, ó más bien de fanatismo; pero tenía también, aunque en pequeña escala, algunos de los grandes dones de su modelo: la sensación ardiente y luminosa; cierta especie de visión hipnótica que agranda y transfigura los objetos; la *imaginación retórica,* que los interpreta de un modo siempre eficaz, aunque desmesurado y sofístico; y juntamente con esto la arrogancia, plenitud y número de la ver-

(1) *M. Menéndez y Pelayo.* Antología de poetas Hispano-Americanos. Tom. IV, pág CLXXXVII.

sificación, la pródiga y despilfarrada magnificencia del estilo, fecundo en hipérboles, abundando en palabras rotundas, de sonido y brillo metálicos. En él, como en Víctor Hugo, fatiga la monotonía de lo grandioso, la luz abrasadora de Mediodía, derramada por igual y de plano sobre todos los objetos. Y como en todo imitador, aun siendo tan distinguido como Andrade, se extreman los defectos y no las cualidades del modelo, de ahí que el poeta argentino sucumba con frecuencia bajo el peso de los colosos de granito y de las montañas de metáforas con que pretende escalar el cielo.»

«Andrade sabía ciertamente poco para hacer poemas teogónicos ni cosmogónicos; pero sentía con cierto vigoroso, aunque confuso naturalismo, el hervor de la existencia, y aspiraba á encerrar en vastas síntesis el tumulto de la historia. Su expléndido canto sobre los destinos de la raza latina, impropiamente llamado *Atlántida,* tiene á vueltas de todas sus imperfecciones de pensamiento y de formas, versos magníficos, trozos caldeados por la pasión y el entusiasmo, y un juvenil y simpático alborozo por el progreso humano, que hace prorrumpir al autor en ditirambos de férvida elocuencia. Las ideas valen poco y son de las más vulgares del liberalismo; pero el poeta parece que vuelve á inventarlas por el arranque y el brío con que las siente y expone. Daña no obstante, á esta composición el plan demasiado simétrico, y más propio de una lección de historia ó de un tratado que de una oda».

Ya hemos hecho notar en otros casos la acrimonía

que distingue á los juicios del ilustrado autor de los *Heterodoxos Españoles* cuando se trata de los poetas argentinos, pero creemos que esta vez se ha excedido á sí mismo.

Porque, pretender reducir el pensamiento de Andrade á las formas vulgares de la dialéctica, en aquellos casos en que su mérito está en haber trazado con rasgos épicos de leyenda colosal, poemas indescriptibles, equivale á negarle su mayor valor que es la originalidad; y enrostrarle su poca ciencia cuando se le critica la amplitud de sus ideas es una contradicción manifiesta.

Dice Schiller: «No hay vínculo ni límite alguno para mí: libremente quiero remontarme al través de los espacios. Mi reino verdaderamente inmenso, es el pensamiento, y mi alado instrumento la palabra. Cuantas cosas se mueven en los cielos y la tierra; cuantas oculta la naturaleza en el seno de las montañas, deben elevarse y estar patente ante mi vista, *porque no hay cosa alguna que limite la libre acción de la poesía;* si bien entre todas las cosas que puedo cantar, ninguna encuentro más bella que una alma hermosa revestida de hermosas formas .

Si el poeta sueña con un mundo de resplandores deslumbrantes ¿qué mal hay en que todo lo vea iluminado con luz meridiana?

Si su ánimo goza con fragores de cataclismos apocalípticos, ¿que inconveniente puede haber en que el poeta derrumbe los cielos y la tierra (si así se le

antoja) para gozar en la dispersión colosal de sus fragmentos?

¿Que esto no es poético? A nadie se le ha ocurrido decirlo.

De gustibus non est disputandus, y lo que el Sr. Menéndez critica á Andrade es cuestión de gusto. Mejor sería confesar que la pupila no está habituada á mirar estos resplandores y que tanta claridad nos deslumbra; pero de ésto á que el fulgor no sea bello, hay mucha diferencia.

Nos parece pueril la explicación de un distinguido compatriota que dice que esta magnificencia, este explendor y estruendo en que se deleita la Musa de Andrade, es debido á que sus ojos lo han visto todo desde muy lejos, por haberse mantenido siempre en las alturas, mirando con ojos de cóndor ó de águila el espacio sin fin ó el abismo sin fondo, las moles colosales de los Andes y las ondas embravecidas del océano, lugares que su imaginación pobló de dioses, de gigantes y de titanes, y su fantasía revolvió en toda clase de conflictos.

Porque, si algo tienen las figuras de los poemas de Andrade es nitidez de contornos, soltura en el relieve, fijeza en los trazos y claridad y abundancia en los detalles; y esto no se hace viendo mal, sino con la completa visión del ideal ante los ojos.

Su visión calológica es siempre superior al objeto que la provoca; y por eso sus ideas son siempre más grandes, más completas y más universales. El Prometeo de Andrade es al de Esquilo, lo que es el hom-

bre con respecto á la humanidad ó un dios con respecto á la divinidad; lo que es el movimiento con respecto á la energía; y la verdad mística con respecto á la verdad metafórica

Andrade no ve ni piensa en el dios encadenado del patriarca de Eleusis sino en cuanto el afán de su dios cautivo puede ser una chispa del anhelo superior á que se deben todas las conquistas del progreso, que es lo que á él lo inspira; y en cuanto al peñasco de Escitia puede ser un átomo de la montaña de errores á que ha vivido atado el pensamiento humano. No es pues, á la integridad de las figuras de la fábula griega á lo que debe ajustarse la composición del poeta argentino, porque él no canta á ningún prisionero de extraños furores, sino á una víctima de su propio orgullo. Su héroe no es una grandeza determinada, sino una grandeza colectiva, y su Júpiter no es dios de ningún Olimpo sino Dios del cielo y de la tierra, puesto que es: la Verdad misma.

Olegario Victor Andrade nació el 7 de Marzo de 1841. El pueblo de Gualeguaychú (Prov. de Entre Ríos) lo cuenta como al más ilustre de sus hijos. Allí adquirió sus primeros conocimientos que amplió después en el Colegio Nacional del Uruguay, pero no llegó á terminar el bachillerato.

Su biógrafo y prologuista don Benjamín Basualdo nos dice: «Andrade abandonó el colegio el año 1857 sin llevar más bagaje que sus estudios de filosofía,

nociones generales de historia, y conocimientos muy elementales de literatura».

Pero Andrade dejó el colegio para empezar á producir sin dejar por eso de estudiar, dejando correr el raudal de su fecunda vena sobre las páginas sedientas de tinta de los periódicos; y en Gualeguaychú, en el Uruguay, Paraná, Santa Fé y Concordia, donde quiera que vivió, allí hizo estudios y ganó su vida escribiendo.

Dice su distinguido prologuista: »Pasó veinticinco años de su vida, sin intermitencias ni descensos, escribiendo para la prensa diaria; y escribiendo siempre con la novedad, fuerza de pensamiento y de imaginación que distinguen todos sus trabajos».

Pero la vida del escritor no da ganancias de ninguna especie, y segun se desprende de una preciosa cuarteta de su hija Agustina, la situación llegó á no ser nada cómoda:

«¡Ah, todo lo perdiste, padre mío,
En horas de inclemente tempestad!
¡La miseria pisó nuestros umbrales
Y regamos con lágrimas el pan!

—Entonces vino Andrade á establecerse en Buenos Aires, donde además de su pluma de escritor trabajaba como Contador Público.

El poeta siguió siempre con empeño su lucha por aquel ideal del cual decía:

Tú que al lanzarme á la revuelta arena
Me hablaste de la gloria y la esperanza,
Y al caer en la lucha del destino
Retemplaste mis fuerzas desmayadas;

Para subir á la empinada altura
Ven á prestarme tus potentes alas,
¡Aquellas alas con que el sueño suele
Trepar de Dios á la mansión sagrada!

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
Para ascender á la áspera montaña,
Para colgar el nido de mis sueños
En las arrugas de su frente calva.

Sopla el aliento de la fe en mi pecho,
Donde otra vez relampagueó su llama;
¡Visión del porvenir! dame tu mano,
Quiero seguir las huellas de tu planta!

La poesía «El nido de Cóndores» fué la que atrajo sobre Andrade la atención de todos, destacando su personalidad sobre la de los demás poetas de nuestro mundo literario.

Había cierta novedad grandiosa y una valentía extraña en el estro de aquel cantor hasta entonces poco conocido, que rompiendo el molde de todas las poesías que se hicieron sobre el mismo tema, miraba la reimpatriación de los restos del héroe de la epopeya nacional por el ojo imperturbable *del viejo morador de la montaña*, evocando en el cerebro de aquel testigo sobreviviente el recuerdo de las gloriosas campañas del prócer argentino.

Desde entonces, la reputación de Andrade fué creciendo cada vez más, hasta llegar, después de la publicación de sus grandes cantos: *La Atlántida* (1) y *Prometeo*, á dominar el escenario con su nombre.

---

(1) Esta poesía obtuvo el gran premio de honor en los Juegos Florales celebrados por el Centro Gallego en 1881.

La naturaleza aparentemente robusta hacía pensar en que aquel genio tendría tiempo de llenar grandes páginas para la literatura argentina, pero la muerte lo asechaba en silencio, y de pronto, la encina se desplomó inesperadamente.

Andrade murió en Buenos Aires, el 30 de Octubre de 1882.

CARLOS ENCINA

Nació en Buenos Aires el 20 de Julio de 1838. Á los 9 años de edad ingresó al Colegio Nacional trazando ya su pecho orlado con una medalla de oro, que era el mayor lauro de los cursos infantiles.

Como la familia de Encina no era rica, el niño tuvo que emplearse, y ganándose la vida con su trabajo en la Contaduría Nacional, terminó Carlos su bachillerato, ingresando después á la Facultad de Ciencias Exactas, llevado por su amor á las matemáticas. En 1860 se recibió de Agrimensor.

Su ilustración, sus relevantes prendas de carácter y su constancia para el trabajo modificaron bien pronto la situación financiera de los suyos, y en 1867 for-

mó su propio hogar, casándose con la distinguida señorita doña Mercedes Sáenz.

Hombre de acción y entusiasta defensor de los ideales de la hegemonía porteña, no pudo eludir su concurso personal al movimiento político de aquella época, caracterizada por el hecho trascendental de que el vencedor de *Pavón* supiera levantarse sobre las ambiciones de sus comprovincianos y los enconos de sus enemigos, yendo derecho á la unión nacional, cuando la victoria ponía en sus manos la separación definitiva de Buenos Aires del resto de la confederación y bajando de la presidencia de la República después de haber orientado la contienda electoral para su sucesor dentro de los grandes lineamientos democrático-republicanos que formulara en una carta célebre, llamada, por antinomía, el *testamento político* del general Mitre.

Encina fué electo diputado á la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires el año 1868, y en 1870 fué nombrado Convencional para la reforma de la Constitución de la Provincia. A él se debe la adopción del sistema de la representación proporcional, de que con razón está orgullosa Buenos Aires, porque él fué el autor de ese proyecto de modificación.

Pero su carácter no era el del político sud-americano, y su amor al estudio, sobre todo de las matemáticas, lo desvió muy pronto de aquellos senderos, llevándolo hacia el horizonte de sus simpatías, en el ambiente universitario.

El año 1872 el Gobierno Nacional nombró á Encina Profesor del Colegio Militar, y la Municipalidad

de Buenos Aires le confió la dirección de las escuelas comunales.

También aquí dejó su huella, bien marcada, su espíritu entusiasta, enamorado *á priori* de todo cuanto significaba progreso.

Encina encontró á la enseñanza en el mayor atraso y abandono, é inmediatamente proyectó la reforma del plan de estudios que se seguía. Inplantó los ejercicios físicos obligatorios é introdujo el estudio de las ciencias naturales, cosa de que antes ni noticia se daba á los niños.

Su especialización en las matemáticas lo llevó al fin á la Facultad de Ingeniería, siendo nombrado catedrático de Mecánica racional, académico en 1872, y Decano en 1876. Este fué el período más tranquilo de la vida de Encina, y por lo mismo, aquel en que su espíritu pudo volar más alto.

Contemplando los horizontes maravillosos de la ciencia en aquel ambiente purísimo de las concepciones matemáticas, su alma soñadora debió sentirse trasportada de entusiasmo; y, si no tuviéramos otros antecedentes de sus relaciones con las Musas, diríamos que, había bastado el rumor de las voces que la grandeza de la *verdad* levantara en su conciencia, para despertar á su numen. Pero como estas relaciones eran ya entonces antiguas, se estrecharon más y el poeta se superpuso al matemático.

Antes el poeta había querido ser sabio, y siguiendo tras el rayo de luz de la brillante diosa, colgó la lira de los cantos juveniles para golpear sobre el yunque

del análisis el secreto de las fuerzas con que lo abismaba la naturaleza. Ahora era el sabio el que quería ser poeta, para cantar con la música de los dioses el himno de los grandes ideales.

Por eso cantó *al Arte*, armonizando en sus estrofas los dos grandes impulsos que alentaban su alma: el sentimiento y la razón. Dejó en libertad de expansión á esas nobles energías de su espíritu; prestó oído á las voces de su conciencia; y pensando como sentía, proclamó la visión de su ideal, con el nombre de Dios entre los labios:

Del fondo de mi pecho un eco ardiente
Al labio llega que mi voz inflama:
¡Lo bello, lo sublime, no es materia!
¡No es material el ser que lo proclama!

¡Artistas, sacerdotes de lo bello!
Vuestra misión sobre la tierra es santa,—
Dios es del arte la sublime idea;
—¡Que su revelación el Arte sea!—

En 1881 el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires nombró á Encina, en comisión con los señores D. Francisco Beuf y D. Francisco Lavalle, para adquirir algunos instrumentos destinados al Observatorio de La Plata y al mismo tiempo estudiar en el Observario de París el pasage de Venus por ante el disco del Sol que iba á realizarse en 1882. Poco tiempo antes, nuestro distinguido colega había recibido encargo del Gobierno Nacional de efectuar una importante operación topográfica en las tierras del Sud

y Encina quiso dejar planteado ese trabajo antes de ausentarse para Europa. Partió pues para el Sud, pero las fatigas y las privaciones de la campaña en aquellas tierras tan apartadas como desprovistas de recursos y la inclemencia de la estación en que trabajaba le provocaron la crisis de una vieja dolencia, y lo sorprendió la muerte en el Neuquen. Falleció el 18 de Junio de 1882.

No son muchas las poesías de Carlos Encina, que se han publicado, pero en cambio son buenas.

La crítica de alto coturno, la más exigente y descontentadiza, la pedagógica, aquella que filtra las estrofas, verso por verso, á través del cedazo de la retórica y del enrejado de las ideas estéticas, esa no ha tenido para Encina, como no tuvo para Andrade ninguna manifestación de franco aplauso ni de encómio entusiasta, como á nuestro juicio merecen; pero la crítica general, la que representa á la opinión pública en sus gustos y tendencias más modernas, esa no ha escatimado elogios á estas dos grandes liras de nuestro Parnaso.

El señor Menéndez y Pelayo clasifica de *rapsodias filosóficas* á las composiciones de Encina; y comparándolas con las modestísimas estrofas de Martín Fierro, se decide francamente por estas últimas.

En más de una ocasión hemos hecho notar la injusta acritud de los juicios del ilustre crítico español sobre los poetas argentinos, lo que hace suponer el propósito de menoscabar su mérito, como si el esplendor que pudiera alcanzar la literatura en la Ar-

gentina no refluyera en brillo y grandeza del lenguaje común.

En el caso de Encina la injusticia no puede ser más clara. Dice así: (1) «Basta pasar la vista por los primeros versos de cualquiera de estas composiciones hinchadas y pedantescas, para convencerse de que su autor era leyente asíduo de Hegel y de Spencer, pero que á penas había recibido de la naturaleza ninguna condición poética. Sus versos, duros, secos, desarticulados, sin color ni música, plegados de voces técnicas y abstractas, son prosa rimada, y de la peor especie posible, prosa de tratados de filosofía puesta en malos versos».

Como el señor Menéndez y Pelayo ha sufrido el dolor de esta misma injusticia creemos que disculpará nuestra queja.

Cuando se leen los juicios que han merecido, á este mismo maestro de la crítica, Quintana, Tassara y Nuñez de Arce, cuyos estilos son por muchos conceptos muy semejantes al de Encina y Andrade y cuyos versos son, casi siempre también, sobre temas filosóficos, religiosos ó sociales, no se comprende como puede condenarse en el poeta argentino lo que se aplaude en aquellos, los tres más grandes poetas líricos españoles de su siglo.

Mucho menos alcanzamos á comprender la razón del fastidio que demuestra el señor Menéndez y Pelayo por el elogio que tributaron á los versos de

(1) *Antología de Poetas Americanos.* Tom. IV pág. CXCII.

Encina, sus connacionales diciendo: «Parece imposible que este galimatias haya sido puesto en las nubes como dechado de poesía filosófica y como nuevo rumbo abierto al arte americano. Y, sin embargo, así fué, como puede juzgarse por la lectura de los artículos y discursos que acompañan al tomito de las poesías de Encina (1). «Los que creen que la primera obligación del poeta es saber escribir en verso, no lamentarán mucho que se quedasen en ciernes otros cantos que Encina tenía comenzados, y cuyos títulos ya indican lo que podían ser: *El Poema del infinito; La evolución del espíritu; La Mujer ideal.* ¡Cuántos desastres acarrea la Metafísica mal dirigida!»

Ahora, (después de haber hecho honor á tan inexcusable prevención contra nosotros) mencionaremos uno solo de esos extraordinarios elogios de que habla el Sr. Menéndez y Pelayo.

El Dr. Lucio V. López. que escribió un juicio crítico sobre el *Canto al arte*, dice:

«Es, pues, una revelación el canto de Encina: revelación porque todos lo mirábamos ya como un desterrado del Parnaso; revelación, porque el hombre de ciencia ha renegado de sus creencias religiosas y ha lanzado su espíritu en nuevas averiguaciones; revelación, en fin, porque el «Canto al Arte» no solo ha fijado un rumbo nuevo á la poesía, sino que es seguramente la poesía más notable que haya salido hasta ahora de la pluma de un poeta americano. Como ar-

(1) *Carlos Encina. In Memorian.* Buenos Aires, 1883.

gentinos hemos sentido en el rostro el calor del más legítimo orgullo al oir el canto de Carlos Encina, y el corazón ha latido con entusiasmo, al ver salir á la escena al poeta sobrecogido, á recibir emocionado los aplausos expontáneos de todos sus compatriotas.*

GERVASIO MENDEZ

Nació en Gualeguaychú (Prov. de Entreríos) el 2 de Diciembre de 1848.

Su carácter jovial, apasionado y animoso y su temperamento ardiente lo llevaron á las filas del ejército; pero siendo todavía muy joven cayó enfermo, atacado de reumatismo, y estuvo postrado 26 años en la cama, hasta que murió el 18 de Abril de 1897.

Así postrado, casi paralítico y muy pobre de fortuna, su espíritu no decayó jamás. Escribió para la prensa, y fué periodista polemista. Fundó el *Album del Hogar* que redactaba y dirigía él mismo, esparciendo por todas sus páginas ideas llenas de ternura y sentimiento veladas con un tinte tristísimo de amarguras que parecían aladas por la desgracia y el dolor.

Esa nota quejumbrosa, sostenida en los versos de Gervasio Méndez con todo el realismo del sentimien-

to herido en su carne propia y vibrada con toda la pasión de que era capaz su alma, armonizaba admirablemente bien con su tendencia romántica y con su amor á las sobreexitaciones del espíritu abocado á los trances más extremos en que la imaginación pudiera colocarlo; y resonando dulcemente, sin gritos, ni llantos, ni desfallecimiento, extendió su fama de poeta confundiendo su nombre con su armonía. Méndez ha sido llamado siempre el *poeta del dolor.*

El melancólico subjetivismo de ideas que pudiera tomarse como dejo de la escuela Bequeriana, con la que Méndez tiene muchos puntos de contacto, puede explicarse en él, por la afligente situación en que debió mantenerse su espíritu; pero, aun considerándola como *lugar común* de fácil inspiración para las musas, el lirismo con que Méndez lo realiza abona más su numen y el brillo de su imaginación.

La religión cristiana le dá conformidad, y levantando sus ojos á Dios le inspira el ofrecimiento de sus penas; la grandeza de Buenos Aires acrecienta sus ansias de vivir y reanima sus esperanzas; el recuerdo de su juventud gallarda y animosa lo llena de valor para combatir, sin rendirse, *contra el hambre, la sed y la desgracia*, y le da fuerzas para desafiar cara á cara al infortunio, levantándolo sobre el lecho del dolor en la misma actitud varonil y resuelta que hubiera sabido tener frente al enemigo, en los campos de batalla; hablando de San Martín olvida todos sus dolores; y hablando de su amor sublima su sentimiento, en esta estrofa de exquisito sabor ascético:

XXXI

Con saber que estoy vivo, se que me amas,
Que suspiras por mí;
Si no me amaras, alma de mi alma,
No podría vivir.

Ni la visión de la muerte transtornó este espíritu nacido para ser artista del dolor.

Conociendo que su última hora estaba ya próxima, hizo que le trajeran una sobrinita suya, de cuatro meses de edad, y la besó diciendo: «Quiero besar una frente pura.»

ADOLFO LAMARQUE

Nació en Buenos Aires el 18 de Julio de 1852. Fueron sus padres D. Adolfo Lamarque de nacionalidad francesa y Doña Lucía Astigarraga de Lamarque, de nacionalidad argentina. Se educó en el Colegio Nacional de la Capital bajo los rectorados de Yacques y Cosson, donde se encontró con otros jóvenes de su generación que debían distinguirse como él; entre otros Miguel Cané, Juan Serú, Enrique S. Quintana y Juan Carballido que alcanzaron á ser Ministros de Estado y Martín Coronado, Jorge Mitre, Rafael Obligado y Luis B. Tamini que debían ilustrarse como poetas y escri-

tores.—Cursó sus estudios superiores en la Universidad de Buenos Aires, alcanzando las más altas clasificaciones. Su tésis para el Doctorado fué en un trabajo histórico-jurídico sobre la Organización Judicial Argentina, que llamó la atención por ser el primero y el más completo, y que es hoy mismo, utilísimo. El tomo de poesías que publicó bajo el título «Ensayos poéticos» pertenece á su primera juventud, como que apareció teniendo Lamarque, veinte años apenas. Posteriormente publicó otras poesías que existen dispersas en los diarios y revistas de la época. Fué desde temprano muy aficionado á la historia nacional, habiendo publicado diversos trabajos relativos á la época colonial, guerra con el Brasil y algunas biografías, entre ellas la de los Generales Alvear y Bartolomé Mitre. Fué miembro fundador del «Estímulo literario», una de las sociedades literarias de mayor duración que haya existido en el país, habiendo sido uno de los colaboradores más asíduos del órgano de publicidad de dicha sociedad. Con motivo del Centenario de Rivadavia, dió á luz un erudito y extenso articulo sobre la literatura argentina hasta esa época,—que figura en el libro que apareció sobre dicho Centenario. En su primer juventud, redactó el «Estudiante» y la «Nueva Generación», siendo colaborador de otras revistas literarias é históricas, entre estas últimas «El Pasado Patriótico de Trelles».—A raíz de la publicación de su biografía del General Mitre, éste le confió la redacción de «La Nación»,

cargo que abandonó pronto por no tener afición á los asuntos políticos.

Publicó también en el «Argentino» entre otros trabajos una novela titulada «Elvira Contreras». Fué también soldado de la campaña de 1874, habiendo caído prisionero en La Verde. Aunque abogado, nunca mostró afición por la profesión, prefiriendo consagrarse á sus estudios predilectos, literarios ó históricos. A su fallecimiento se encontró entre sus papeles el plan y algunas escenas de varios dramas, relacionados con episodios de la historia colonial argentina, especialmente de la época de Irala, sobre cuyo personaje tenía reunidas muchas notas para un libro que proyectaba. Murió en Junio de 1888.

Los diarios lamentaron su muerte prematura en sentidos artículos necrológicos, que existen reunidos con los discursos pronunciados en su tumba, en un folleto titulado «Corona Fúnebre de Adolfo Lamarque».

DOMINGO D. MARTINTO

Uno de los nombres que más han sobresalido de entre la nutrida falange que ya hoy peina canas, conservando todavía los primeros puestos en las filas de los poetas y escritores argentinos, ha sido el de Martinto.

La raza latina y la germana daban calor á su alma, é idealismos á su mente. Fué, pues, casi necesariamente romántico; y sin embargo, todavía se nota en sus poesías un exceso de tendencia que proviene de su esfuerzo por parecerlo.

Su Musa, como deidad de una época de paz, de progreso y de riqueza, ha sido ninfa galante, un tanto superficial y voluptuosa. La inspiración no tiene, pues, en él, ningun colorido de escuela filosófica especial; no es deista, ni atea, ni idealista, ni materialista; y si es algo, no se le ocurre imbuirnos en sus ideas, lo que no deja de ser un gran mérito, en la poesía. Pero tampoco son el corral, ni el lupanar, ni la taberna, lugares de su predilección; y como sabía hacer versos muy armoniosos, sus temas, aunque sencillos, son siempre agradables é interesantes. Martinto es un poeta cuyas poesías han de ser leídas siempre con gusto.

En algunas composiciones es muy notable la influencia de los grandes líricos españoles de la segunda mitad del siglo XIX, y en otras la de los románticos franceses, sobre todo la de Alfredo de Musset, el más enamorado y menos lírico de todos, de quien el mismo Taine ha dicho que: «No ha sido admirado, ha sido amado, porque era más que un poeta, un hombre». Así, por ejemplo, los versos de: «En el hogar», «Crepúsculo», «Apoteosis» y «Consumatum est» tienen, á nuestro juicio, marcado parecido de estilo con los de D. Gaspar Nuñez de Arce; y en el poemita «Mis amores» se percibe la influencia de los «Poemas cortos» de Campoamor, no solo en el género y en la forma

sino también en más de una frase de aquel, que ha sido usada.

¿Cómo se explica esta doble orientación?

El laureado vate y crítico erudito Dr. Calixto Oyuela que escribió el prólogo para la colección de poesías de Martinto, nos da al respecto la siguiente explicación: «Yo quiero notar aquí cómo Martinto, que empezó á escribir en la legión romántica á que antes hice referencia, ha llegado á sazón fuera del romanticismo, en medio de un eclecticismo artístico, templado, elegante y voluptuoso; y cómo, habiendo sido en sus principios y gustos muy francés, exclusivamente francés, conociendo y admirando mucho la literatura francesa, y sin que, en lo esencial, haya dejado de ser esa una irresistible tendencia de su espíritu, su poesía ha llegado á no ser afrancesada en el sentido para nosotros censurable de esa palabra, y que yo he combatido enérgicamente en ocasiones diversas.

El secreto de una y otra cosa debe buscarse en dos excelentes cualidades de Martinto: la sinceridad y la curiosidad artística. La primera le emancipó muy pronto de la mayor aberración poética, el lamento retórico, y de esa enfermedad *sin nombre* (y también sin causa, como no fuese la de rimar con hombre) de que se creían víctimas los jóvenes poetas de su generación.

La sinceridad ingénita de Martinto le libró, pues, de ser romántico de sistema, y el romanticismo atenuado que quedó en él, en su época de madurez artística, ha de referirse á su modo de ser individual y propio, á esa raíz y tendencia romántica eternamente

humana á que me refería hace un momento, y que todos, todos si exceptuar á los que sentimos el soberano imperio de la clásica y serena hermosura, guardamos deliciosamente en lo más secreto del alma».

Domingo D. Martinto nació en Buenos Aires el 12 de Febrero de 1859. Hizo sus primeros estudios en Alemania, en el colegio Helper, continuándolos en Francia, en el instituto Mercie de Burdeos, donde concluyó el bachillerato.

De regreso entre los suyos actuó con éxito en el movimiento político provincial que promovió la reforma de la constitución de Buenos Aires; y habiendo sido elegido Convencional, fué designado Secretario de la Convención.

Su afición al estudio le llevó á la cátedra, y durante muchos años fué profesor del Colegio Nacional de la Capital.

Martinto no tenía título profesional, pero había cursado los tres primeros años de medicina y después se había dedicado, con especial empeño, á estudiar las enfermedades de los niños, con el propósito de poder aender á los suyos en caso urgente y llegó á adquirir conocimientos muy apreciables en esta ciencia.

En 1898, hizo un viaje de placer á Europa, sorprendiéndolo la muerte en Berna.

Martinto ha dejado publicadas las siguientes obras:

Poesías, 1 vol. en 8°. menor, 172 págs. Buenos Aires, 1892.

Remordimientos, 1882.—*Aves de paso,* 1885.—*Páginas literarias* y *Páginas sueltas,* 1891.

LUIS N. PALMA

Nació en Gualeguay (Prov. de Entrerrios) el 6 de Diciembre de 1863.

Cuando era todavía muy joven se sintió llamado al sacerdocio é ingresó al Seminario Conciliar de Santa Fé, adjunto entonces al célebre colegio de la Inmaculada Concepción que dirigen los Padres Jesuitas. Allí estudió el bachillerato, sobresaliendo siempre en las letras, en las que alcanzó la más altas clasificaciones y premios especiales que otorgaba el Colegio. Terminó el estudio de los sagrados libros el año 1885 siendo ordenado sacerdote por Mr. Gelebert, el 26 de Abril de 1886. El 16 de Mayo de ese mismo año cantó Luis Palma su primera misa, en la catedral del Paraná, abriéndose ante sus ojos arrasados en lágrimas de gozo el horizonte inmenso que encerraba su abrazo con la iglesia de Jesucristo.

Alto, delgado, gallardo y arrogante, de cabello ru-

bio y cútiz marfilino y sonrosado, de nariz agüileña, de grandes ojos azules, de expresión abierta y maneras corteses; noble, hidalgo, leal y afable, su paso por el Colegio de la Inmaculada lo vinculó fraternalmente á todos sus alumnos; y donde quiera que actuó, su bondad, su generosidad, su celo y su hombría le granjearon aprecios, respetos, consideraciones y simpatías.

El mismo año de su primera misa fué Palma nombrado Canónigo honorario de la Catedral y cura párroco de Gualeguaychú, puesto que entró á desempeñar con verdadera vocación, con tanto anhelo y religioso entusiasmo de su ministerio, que el pueblo se sintió conmovido; los aletargados muros de la construcción de su iglesia, abandonados á la ruina después de más de 15 años, sintieron trepar por sus junturas el vigor de aquel aliento juvenil en plena primavera de la vida; y sacudiendo su marasmo, crecieron, se alzaron, se cubrieron y hasta se engalanaron, inaugurándose en espléndida iglesia.

A los dos años de su entrada á Gualeguaychú, el año 1888, fué elegido Diputado á la Legislatura Provincial, y fué reelecto al terminar su período, en 1892.

Poco tiempo después se empezaron á manifestar en Palma los primeros síntomas de la tremenda enfermedad que lo llevó á la tumba.

Convencido de que su mal era incurable aceptó con resignación cristiana la horrible prueba á que el cielo lo sometía, y sobrellevando con valor sus

sufrimientos, fué un enfermo que trabajó como sano, hasta que cayó para no levantarse más. Falleció en el Paraná el 27 de Agosto de 1894.

El sepelio de Luis Palma puso de manifiesto las simpatías que gozaba.

Apenas llegó la noticia de su muerte á Gualeguaychú la Municipalidad celebró una sesión extraordinaria y derogó, por excepción y para él sólo, la ordenanza que prohibía enterrar cadáveres en el templo; y pidió á la familia que le permitiera realizar á ella el sepelio, para lo cual resolvió que el Consejo Deliberante en corporación, se trasladase en tren expreso á la capital de la Provincia, para llevar sus restos.

Así se hizo, y el entierro de Palma en la iglesia de Gualeguaychú resultó una apoteosis.

Tan conmovida se hallaba la concurrencia y tan íntimamente sentida era aquella pérdida, que cuando empezó á hablar el encargado de la oración fúnebre (que era un condiscípulo de Palma), eran las lágrimas signo de dolor que nadie ocultaba; y creciendo la emoción con los recuerdos afectuosos que hacía el orador, llegó un momento en que los sollozos eran tan fuertes y generales, que aquel debió cortar su discurso, reclamando antes un momento de silencio, para pedir á la Municipalidad, en nombre del pueblo, que se diera el nombre de Palma á una de las calles.

Terminada la función religiosa los miembros del Consejo Deliberante se dirigieron á la Municipalidad y sesionaron, dando el nombre de Luis N. Palma, á la calle principal de Gualeguaychú.

Al conjunto de cualidades físicas y morales que hacían de Luis Palma un hombre verdaderamente simpático y atrayente, se unía una inteligencia clara y despejada, una imaginación fecunda y brillante, un lenguaje muy castizo y correcto, una expresión muy galana y un entusiasmo juvenil, expresivo y candoroso, que dá á sus poesías el encanto de las floraciones primaverales y pone en su lira las notas de los más dulces trovadores.

La mayor parte de las poesías de Palma que forman la colección editada por «La Biblioteca del Litoral», las hizo estando todavía en el Seminario. Por lo menos, las poesías de asunto patriótico son todas de aquella época. (1)

Esta circunstancia dá mayor realce á sus composiciones, porque, la naturaleza de sus defectos los hace imputables á los pocos años, y su mérito deja entrever el vuelo que hubiera podido alcanzar aquella inspiración tan inteligente como amante de lo bello.

La musa de la patria inflamaba su alma con grandiosas visiones del pasado y le inspiró los cantos más entusiastas.

Una de las mejores poesías de Palma, *Las arpas mudas,* tiene resonancia digna del estro de Olegario Andrade; sentimiento mucho más hondo que el que admiramos en las composiciones de aquel; y movimiento, elegancia, fluidez y armonía tan apreciable

(1) Estábamos juntos en la Academia de Literatura del colegio de la Inmaculada Concepción, y tuve la satisfacción de ser quien las recitó en público á casi todas.

como la de los mejores líricos de fines del siglo pasado.

La deidad que lo inspiraba no era diosa del Olimpo pagano sino espíritu del trono del Dios verdadero, por lo cual se muestra siempre vestida con la túnica resplandeciente de la Fe, envuelta en los nimbos de luz de la Esperanza y ataviada con las galas de la Caridad. Huesped sigiloso que dormiría entre el boscaje del famoso patio de los naranjos del Colegio de la Inmaculada, atisbando los momentos de silencio de sus aulas de estudio para correr por los claustros desiertos desparramando perfumes de azahares, madreselvas y jazmines, á colarse en el alma de su elegido é inspirarle al oído sus visiones, aquel alado mensajero del cielo posa su mirada entristecida sobre el cuadro de los progresos del más grande de los siglos, y observando el silencio de las liras, pregunta:

¿Qué habrá en la Patria que sus bardos callan?
¿Qué se han hecho sus genios tutelares?....
¿Habrá arrancado el huracán la selva,
Habrá borrado el huracán sus mares?
¿Donde están los poetas?
¿No hablan á su memoria
Nuestra leyenda, asombro de los siglos
Nuestra epopeya, asombro de la Historia?

. . . . . .

Y exaltando su patriotismo con el recuerdo de las gloriosas campañas de la indepenpencia y robusteciendo su acento con el estruendo de los cañones de

Maipo, Junín, Ituzaingo y Florida, alza su voz contra el significativo silencio de los poetas, y los incita á cantar con un espléndido apóstrofe del más arrebatado lirismo:

«¡Tomad el arpa con viriles manos,
Y rimad al tronar de los cañones
Sus cantos soberanos!
Alzad vuestras canciones,
Para decir con inmortales notas:
¡De pie, nobles patriotas!
¡En el pueblo argentino no hay tiranos!»

Esta composición tiene estrofas magníficas, por la elevación de las ideas y la belleza de las formas con que el poeta las presenta. Así, cuando dice:

El pensamiento es águila, y su vuelo
Nadie encadena sin romper sus alas!
Para alentar su marcha salvadora,
Le dan las cumbres sus eternas galas,
El espacio su cielo,
Su aliento de titán los huracanes,
Y el fulgor colosal de sus incendios
El fuego abrasador de los volcanes!;

cuando define lo que es la poesía:

La virgen poesía
Es vida, es armonía,
Rumor de flores, cántico de aves,
Alborada de luz rompiendo el día,
Grito del alma que el amor expande
En canciones suaves,
Esperanzas, recuerdos, besos, lágrimas,
Notas del corazón..... ¡todo lo bello!
Dios, la patria, el hogar.... ¡todo lo grande!;

cuando nos pinta el siglo de las luces:

El siglo del progreso,
El que lleva en su mano redentora
La luz del rayo para abrirse paso,
En la fiebre voraz que lo devora,
Con rapidez de vértigo se mueve:
Y va herido á morir en el ocaso
El coloso más grande de los siglos,
¡El siglo diecinueve!;

y cuando describe el positivismo desolador que impulsa sus progresos:

En pos de una esperanza,
Que infunde al corazón nuevos alientos,
La humanidad sobrecogida avanza!
Y de asombro, en asombro,
Ve que llena esa edad de los portentos
El gigantesco nombre de su fama
Y el ruido colosal de sus inventos!
¡Todo la fuerza material lo absorbe,
Y el rudo sello de su amor le imprime!
Ya el infinito su poder no arredra!.....
Ya no hay nada sublime
Sino la hulla y el carbón de piedra!
Ya no hay templos, ni dioses, ni oraciones,
En el pueblo sencillo,
Ni caen sobre él las bendecidas aguas!
El yunque es el altar! No hay más plegarias
Que las que arranca el golpe del martillo
Al hierro enrojecido de las fraguas!

....

terminando con esta magnífica epifonema:

Que en su incansable espíritu de empresa,
Por conseguir un bien que no comprende,
¡El siglo del vapor todo lo pesa!
¡El siglo del metal todo lo vende!

Al leer estas estrofas de Palma no se puede menos que recordar aquel apóstrofe del célebre autor de «La Pesca», en la bellísima poesía «Tristezas»:

«¡Ah, no recuerdo el ánimo suspenso,
Un siglo más inmenso,
Más revelde á tu voz, más descreido!
¡Entre nubes de fuego alza su frente
Como Luzbel potente,
Pero también, como Luzbel, caído!

Y tan unísono es el ritmo y semejante la armonía, tan igual la entonación y parecida la idea, que se puede poner este último á continuación de las primeras, sin que aparezca repetición, ni solución de continuidad, ni se note diferencia de ninguna clase entre los versos del más notable de los poetas españoles de fines del siglo XIX y los del más joven de los poetas argentinos de su época. Lo mismo las composiciones «Recuerdos de Gloria», «Chacabuco y Maipo», «El Águila del Orinoco» y «Himno de gloria», son todas de rápido movimiento en las ideas, de entonación muy valiente y de imágenes muy brillantes.

Pero no es solamente el de la Patria el único sentimiento que sostenga en los cantos de Palma el vuelo de su lirismo. La religión, el hogar, la familia y la amistad tienen para él todo el encanto de los anhelos

más íntimos del alma, y abandonada á sus recuerdos, su Musa llena con la armonía de sus versos el escenario del templo, del huerto y del claustro.

Y para que no se crea que el compañerismo de las aulas y la estrecha amistad que después siempre nos unió con Palma nos dictan estos juicios, vamos á dejar la palabra á otros, y de muy lejos, que se han ocupado de sus poesías.

El ilustrado jesuita J. M. Aicardo, en su obra «De literatura contemporánea» (1901-1905) dice lo siguiente:

«De sus sentimientos, de su corazón, de su alma, algo y mucho nos dirán sus poesías.

Y todo bueno.

Su alma se debió siempre conservar virgen, y, resguardada por el estudio y las paredes del Seminario, no debió sentir los huracanes de la mocedad. Por eso conserva, como una flor las gotas del matutino rocío, los recuerdos y amores de los sueños infantiles:

«Si en el fondo de mi alma, dulce madre,
Fijaras tu pupila,
Mirarías temblar como en un lago
Tu imágen bendecida:
Al ver mi corazón, en él escrito
Tu nombre encontrarías ... .;

siente abierto su pecho á la compasión más pura:

La borrasca ha deshecho con rabia impía
Un hogar bendecido. ¡Pobre Maria!
Sólo un nido desierto..... Hondo vacío.....
Ese nido de amores está ya frío.....;

recuerda como dulce ensueño que se gusta al despertar, los goces de su primera comunión:

¡Qué suave placidez! ¡Qué hondo cariño!
¡Qué dulces horas de envidiable calma
Ha sentido mi espíritu de niño
En el sublime festival del alma!.....;

pero al recordarlos, así los pinta, así los siente, que parece que no ha despertado todavía.

Y parece que así debió ser; debió cruzar el corto trecho de desierto mundanal que le asignó la Providencia envuelto en una nube de nácar y oro.

Nunca se amortiguó en él el santo amor á la patria, á la historia de Sudamérica, al pintoresco Entrerríos, su país natal. Cuando se leen las composiciones «A Gualeguaychú», «Himno de gloria», «Himno á Entrerríos», «Perfilando un poema», Chacabuco y Maypo», «El Aguila de Orinoco» y otras, se siente latir un corazón noble, que habla de las cadenas de tres siglos sin saña, sin odio, sin otra pasión que la del entusiasmo juvenil; con la misma que enciende su estro al celebrar hiperbólicamente la provincia de Entrerríos que le viera nacer.»

—El distinguido sacerdote y crítico erudito pondera, sobre todas, la poesía titulada «Inocencia», que indudablemente es bellísima, por la suavidad de lineas y de tonos con que está hecha, y la pureza del pensamiento que en ella se descubre.

La nota del dolor vibra también con intensa resonancia en la lira de Palma, y sus poesías «Sobre una

lápida», «Lágrimas», «Rimas», «Pensando en mi madre» y «Recuerdo», tributos del amor filial ó la amistad, y expresión de los hondos sentimientos que lo conmovieran, son joyas artísticamente cinceladas que bastarían para sentar un renombre de poeta. En algunas de estas composiciones y en la «A Gustavo Becker» se nota bastante la infuencia del estilo de este célebre poeta sobre el de nuestro amigo. Es indudable que ha habido el decidido propósito de imitarlo, pero la semejanza resultante no es más que de forma, de metro y de armonía.

Sea que se las considere como tanteos de un carácter poético que se venía formando y que todavía entonces vacilaba sin encontrar la forma más adecuada para vaciar sus pensamientos, sea que se tomen como complacencias perfectamente lícitas de la obsequiosidad de un carácter poético con otro, al cual quiere demostrar su aprecio no solo cantándolo sino cantando en su propio estilo, lo único que puede decirse es que, Palma no es el creador de esa forma, pero no que no la maneje muy bien.

—El cariño de sus conprovincianos, amigos y feligreses venció esta vez la apatía de los entusiasmos por la virtud y los méritos del talento, y poco tiempo después de la muerte de Palma se inauguró su estátua, que lo presenta en actitud serena y sonriente, de pie en el atrio del templo que levantó con su esfuerzo.

———

MARTIN GARCÍA MÉROU

Nació Martín García Mérou en Buenos Aires, el 14 de Octubre de 1862. Estudió Humanidades en el Colegio Nacional y recibió el título de doctor en leyes en la Facultad de Derecho de la Capital.

A raíz de los sucesos políticos que conmovieron á la República el año 1880, ingresó al Ministerio de Justicia é Instrucción Pública, siendo nombrado Archivero y Oficial de mesa. Pero sus tendencias eran otras, y siguiendo el impulso de sus aspiraciones trabajó y obtuvo el puesto de secretario *ad honorem*, de la Legación Argentina en Venezuela y Colombia (1881), ejerciendo más tarde el cargo de Encargado de Negocios en ambas Repúblicas. Incorporado así, de lleno, al cuerpo diplomático argentino, en 1883 fué nombrado secretario de la Legación Argentina en el Brasil, pasando poco tiempo después con igual carácter á España y después á Francia.

En 1885 lo llamó el general Roca, que era entonces Presidente de la República, para ocupar el puesto de pro-secretario en su secretaría; siendo nombrado secretario al año siguiente. A fines de 1886, el gobierno del Dr. Juárez lo nombró ministro residente en el Paraguay; y en 1888 fué acreditado como Ministro Plenipotenciario ante aquel mismo gobierno. Igual cargo desempeñó después en el Perú (1891-1894), Brasil (1894-1896), Estados Unidos (1896-1900) y en Méjico, Alemania, Austria Hungría y Rusia.

Fué Ministro de Agricultura de la Nación el año

1900; y formó parte de la Legación Argentina al Congreso Pan Americano de Méjico.

En esta brillante carrera diplomática adquirió reputación de hombre inteligente, laborioso y honesto, y mereció el aprecio y las consideraciones de todas las sociedades en que estuvo, por sus bellísimas prendas de carácter y la exquisita amabilidad de su trato.

García Mérou había sido nombrado miembro de importantes institutos, asociaciones literarias y científicas, y estaba condecorado por varios países.

Falleció, estando de Ministro Plenipotenciario en Berlín, el 30 de Mayo de 1905.

Su obra literaria es bastante nutrida y variada; habiéndose distinguido por la serenidad de sus juicios como historiador, y por la galanura de su estilo como poeta.

García Mérou ha dejado publicadas las siguientes obras:

Poesías, Buenos Aires, 1880.—*Nuevas Poesías,* Buenos Aires, 1881.—*Poesías,* Barcelona, 1885.—*Estudios Literarios*, Madrid, 1884.—*Impresiones:* De Buenos Aires á París. Recuerdos de Venezuela. Recuerdos de Colombia; Madrid, 1884.—*Ley social;* costumbres contemporáneas; Buenos Aires, 1885.—*Libros y Autores:* La novela en el Plata.—De todo un poco.—Bosquejos históricos; Buenos Aires, 1886.—*Perfiles y Miniaturas,* Buenos Aires, 1890.—*Juan Bautista Alberdi,* Buenos Aires, 1890.—*Cuadros Epicos*, Buenos Aires, 1891. —*Recuerdos Literarios,* Buenos Aires, 1894.—*Ensayo sobre Echeverría,* Buenos Aires, 1894.—*Historia de la República Argentina,* Buenos Aires, 1899.—*Estudios Americanos,* Buenos Aires, 1900.—*El Brasil intelectual,* Buenos Aires, 1900.—*Informes Agrícolas,* Buenos

Aires, 1901.—*Historia de la diplomacia Americana.* Buenos Aires, 1904.

Dr. ADÁN QUIROGA

En medio de la despreocupación por la poesía que caracteriza al progreso de la República en estos últimos años, y entre las pocas voces que se han sentido resonar en el derruído templo de las Musas, Adán Quiroga se distinguió por la dulzura, el entusiasmo, el buen gusto y el intenso colorido nacional de sus canciones.

Fué para nosotros una revelación, como jurado que éramos del Certamen Literario Hispano-Americano que se celebró el 30 de Octubre de 1903 en la Academia Literaria del Plata, el leer su composición «El ejército de los Andes», á la cual se le adjudicó el premio acordado á ese tema por el entonces Ministro de la Guerra, general D. Pablo Richeri.

Aquella poesía, presentada al concurso sin más adorno que el encanto de la verdad de los sentimientos y la belleza y naturalidad del colorido, era para nosotros como un rayo de sol de un nuevo día, que atravesara las nieblas del ambiente decadentista de la época y entibiara con el calor del terruño el soplo de las ráfagas de exotismo extravagante que venían helando la floración del Parnaso argentino. Volvía el canto á surgir del fondo de las almas como explosión de los entusiasmos del espíritu; volvía el acento á

tener la intensidad del *os magna sonaturum* Horaciano; volvía el metro á buscar en el ritmo la armonía de las notas musicales; la fantasía á levantar sobre sus alas la belleza del color y el encanto de la vida; y el Credo á resplandecer sobre las ideas. Resonando en nuestros oídos los cantos de Luca y de Varela, de Mármol y de Andrade, volvíamos á escuchar los clarines de Maipo y Chacabuco, velando esta vez el regocijo de sus notas, por no llamar la atención del enemigo; llamando á los patriotas:

A laborar á prisa y sin sosiego
En el callado invierno sin alarmas;
El duro hierro someter al fuego
Y convertirlo en vengadoras armas;
A no dar trégua en la ciudad patricia
Ni en el parque y taller del Plumerillo
A la fragua, al batán, al yunque, al molde,
A la aguja, á la lezna y al martillo.

Se han hecho muchas descripciones del ejército de los Andes, en lenguaje poético, y se han ideado muchos cuadros grandiosos de sus batallas; pero en todos ellos hemos visto siempre, que la grandeza del pensamiento ostentaba las galas de la fantasía, mostrándonos á los soldados bien puestos y equipados, paseando las huestes por el ciclopeo sendero de la gloria. La grandeza de la verdad no se nos había mostrado nunca.

La musa de Adán Quiroga ha tenido el buen gusto de presentar al ejército de San Martín tal como debió ser: pobre en su equipo, sencillo y abigarrado en sus trajes, vario en sus armas, y fuerte y uniforme solamente en su valor y en su entusiasmo:

Es un gran campamento; vivaquean
Cambujos y libertos en sus calles:
Los cholos de rebeldes alardean:
Cantan contra su rey y de las viñas
En odres beben los cuadrienios jugos,
Y en las dulces miradas de las niñas
Uncen de nuevo los odiados yugos.
—¡Todo el mundo á caballo y en campaña!—
Truena un clamor de la argentina tierra;
Y todo el mundo se alza contra España
Con el dilema:—*¡Independencia ó guerra!*—
El bravo montañés, el heredero
De los dolores de la extinta raza,
En franca rebelión es el primero.
Su varonil espíritu rechaza
Dominaciones, servidumbres,...—¡todo
O nada!—quiere en el natal refugio
De sus bohíos, que el rencor le abruma...
—¡Y, á borrar el baldón de Vilcapugio,
Y, á vengar la vergüenza de Ayohuma!—
De valle en valle la noticia cunde
Que el Salvador apareció en Mendoza.
Y por los llanos y sierras se difunde;
Y entre el contínuo circular del mate,
Junto al fogón de la ignorada choza,
Las mentas hablan de un triunfal combate.
. . . . . .
En ciudades y villas y campaña
Con un ir y venir de gratas nuevas,
Mozos, viejos, paquetes y paisanos
Se empiezan á alistar para las levas,
Jurando no amainar en la batida
De obligado desquite á los hispanos.

El cuadro tiene detalles de un verismo impresio-

nante y solemne, presentando abrazadas junto á la cuna de la libertad á la religión y á la patria:

Con voz tonante, en el villorrio, el cura,
A la sombra del tala centenario
A la patria proclama;

y apenas menciona el hecho, pasa á buscar el momento más álgido de sus efectos, para admirar en ese instante su belleza; y con verdadero espíritu de artista, para realizar la idea, talla en el bloque de la masa popular la hermosa y simpática figura de un joven exaltado por la prédica, que arrebatando al sacerdote el manifiesto de la insurrección

El viril documento en que palpita
El alma joven de una raza nueva

corre en alas del entusiasmo á enseñarlo á sus paisanos:

Y entrando á la cercana pulpería,
Vuélvese el pueblo una hermandad de amigos,
Una constante vidalita, el día,
La noche, un largo retrucar de *obligos*.

Tres pinceladas le han bastado para pintar la explosión del entusiasmo por el anuncio de la guerra de la libertad.

Ya hemos dicho que nos gusta muchísimo y que nos parece que es verdaderamente bella la presentación de los héroes de la patria en pintoresco desfile de tipos provincianos. Al final, el estilo toma un poquito la forma declamatoria, pero la desviación no es mucha y el poeta vuelve en seguida á tomar el sendero que traía.

En general, la composición no pierde su carácter descriptivo sino es para dar al sentimiento conmovido el dulce reposo de las epifonemas; y su interés poético no decae sino para entrar en la reseña histórica de personajes.

Otra cosa más muy buena y encomiable tiene la poesía de que venimos hablando, y es que, al volver el poeta los ojos al pasado para admirar los cuadros de la guerra de la Independencia, su Musa lo acompaña en actitud siempre alegre y sonriente, mostrándole toda la belleza de aquellos grandes hechos sin que la descomponga la presencia del adversario ni la altere el recuerdo del contraste que llora.

Es que su Musa era el ideal:

«Mi Musa es lo ideal. Cuando la llamo
Acude á mi reclamo,
Junta mis ayes de dolor, dispersos,
Y les hace callar y les inspira,
Les entrega la lira
Y vuelven hasta mí soñando versos».

Quiroga pagó también su tributo á la moda y dejándose seducir por el éxito de los poetas didácticos y de las poesías de puro pensamiento, sin que lo arredrase la idea del terrible parangón con el genio de Olegario Andrade entre nosotros, tomó á su vez el tema inmortalizado de la Atlántida, y se lanzó en alas de su imaginación sobre el inmenso escenario del descubrimiento de la América.

Su composición se reciente de cierta debilidad (efecto, tal vez, de la inevitable comparación con la poesía de Andrade), pero no deja de ser hermosa y muy inspirada.

Fuera de estos casos, cuando abandonado á sus propios sentimientos canta con amor á la belleza natural que le conmueve, desde la modesta «*Flor del aire*» hasta el «*Indio*» salvaje, su estro se levanta y su lira vuelve á sonar en el encanto de las verdaderas armonías.

Adan Quiroga nació en la ciudad de San Juan el año 1863.

Cuando todavía era muy niño, su familia pasó á vivir en Catamarca, radicándose definitivamente allí, por lo que este compatriota ha sido, para muchos, Catamarqueño.

Recibió su título de doctor en leyes, en la Universidad de Córdoba; y después de concluir su carrera se inició allí mismo en la vida pública. Los primeros desengaños lo decidieron á volver al lado de los suyos; y pasó á abrir su estudio de abogado en Catamarca. Allí encontró más fácil y expedito el camino que la emulación le había antes entorpecido, y sus amigos lo llevaron á ocupar el puesto de Intendente Municipal. Después fué Juez, y se distinguió por la serenidad y la ciencia de sus fallos; dando el hermoso ejemplo de dimitir antes que tolerar que la política comprometiera sus funciones.

Al iniciarse la presidencia del doctor Quintana, el doctor Rafael Castillo, ministro del interior, nombró á Quiroga subsecretario de ese ministerio, pero el mal estado de su salud le impidió hacerse cargo del puesto y falleció en el hospital militar el 10 de Noviembre de 1904.

Don Adan Quiroga ha dejado publicado un tomo de poesías, titulado «Flores del Aire». Además, varias obras muy interesantes sobre arqueología ameri-

cana, tituladas «La cruz en América» y «Calchaquí», con las que ha contribuido valiosamente al conocimiento de las antigüedades é historia de la civilización de aquellas comarcas.

DOCTOR RAMON OLIVER

Ramón Oliver nació en Buenos Aires, el año 1860. Cursó sus estudios superiores en el viejo Colegio Nacional de la calle Bolívar, y cuando apenas contaba 21 años de edad, recibía el título de doctor en leyes en la Facultad de Derecho de Buenos Aires.

Fué periodista y escritor desde estudiante, mostrándose siempre vivaz, intencionado, animoso y correcto. Sus relaciones con las Musas empiezan en las aulas del Colegio Nacional y no cesan sino con su salud, quebrantada dolorosamente cuando su talento empezaba á desplegar las alas. Fué laureado en los juegos florales del Centro Gallego, y por el gobierno de Salta.

Después de algunos años de ejercer con brillo su profesión fué nombrado secretario de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires.

Una grave dolencia lo obligó á vivir recluido en su hogar los últimos años de su vida, falleciendo en Buenos Aires el 28 de Enero de 1897.

ANTOLOGÍA

(TOMO IX)

OLEGARIO V. ANDRADE

ATLÁNTIDA

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA EN AMÉRICA

Wake
Hanlet.

I

Cada vez que en la cumbre desolada
De la ardua cordillera,
Y tras hondo angustioso paroxismo,
Como caliente lágrima postrera,
Brota de las entrañas del abismo
Misterioso raudal, germen naciente
De turbio lago, caudaloso río,
Ronca cascada ó bramador torrente,
Pardas nubes descienden á tejerle
Caprichoso y movible cortinaje,
Y abandonan los negros huracanes
Sus lóbregas cavernas
Para arrullar con cántico salvaje
Su sueño, y en señal de regocijo,
Sobre muros de nieves sempiternas,
¡ Desplegan, combatientes del vacío,
Taciturnos guardianes

Del infinito páramo sombrío,
Sus flámulas de fuego los volcanes!

Raudales de la historia son las razas,
Raudales que en la cuna
Vela el misterio y con afán prolijo
La fábula, Nereida soñadora
Que el verde junco con la hiedra aduna,
Como la dulce madre que desplega
Sobre la tersa frente de su hijo
Teñida por los rayos de la aurora
Su manto, de amor ciega,
Envuelve con fantásticos cendales;
Mientras se llena el mundo
De rumor de catástrofes.—En tanto,
Con las alas abiertas,
Cruza la tierra el ángel del espanto,
¡Y agita sus antorchas funerales
El incendio iracundo
Sobre la tumba de las razas muertas!

¡Allá en el fondo oscuro
Del valle que á los pies del Apenino
Se extiende como alfombra de esmeralda
Palenque misterioso del destino!
Do el Tíber serpentea
Del monte Albano en la risueña falda,
Vago rumor se siente.....
¡El rumor de una raza despertada
Con el sello de Dios sobre la frente!

Y en el confin lejano
Del mar, que muere en la desierta playa
Del Asia envejecida,
Con eterno lamento,
¡Hondo clamor hasta los cielos sube,
Que en son medroso, el viento
Esparse por la tierra estremecida!

La raza que despierta
Como enjambre irritado, en las sombrías
Hondonadas del Lacio,
Es la raza latina, destinada
A inaugurar la historia
Y á abarcar el espacio
¡Llevando por esclava á la victoria!
Y el clamor que resuena
De la alta noche en la quietud sagrada,
Es el grito de Illión, que se desploma
Como gigante estatua derribada,
¡Astro que se hunde en tenebroso ocaso
Cuando surge en Oriente el sol de Roma!

II

Raudal que al descender á la llanura
Se torna en ancho río,
Aquella tribu oscura
En turbulento pueblo convertida
Sintió dentro del seno

La inquietud de la ola comprimida,
¡El rumor interior, la voz de trueno
Que emplaza á las naciones
A las gigantes luchas de la vida!
Y se lanzó impaciente
En pos de sus destinos inmortales,
Dando al viento los bélicos pendones,
Siniestros mensajeros del estrago,
Y encendiendo en el negro promontorio,
Para servir de faro á sus legiones,
¡La colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano
Del águila latina.
La tierra despertó como de un sueño
Al sentirla pasar. El Océano,
Generoso corcel que el cuello inclina
Cuando siente á su dueño,
Rugió de gozo y le rindió homenaje.
Todo lo holló con planta vencedora:
La montaña y el páramo salvaje,
Las misteriosas selvas seculares
En que al compás de místicas endechas
Afilaba el germano taciturno
Con siniestra ansiedad el haz de flechas;
Y las negras pirámides distantes,
¡Que á la luz del crepúsculo parecen
Abandonadas tiendas de campaña
De una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada
De su antiguo esplendor.—La Iberia altiva,
Como severa reina destronada,
Dobló la frente ensangrentada al yugo,
Mas no su corazón—eterna hoguera
En que la llama de Sagunto ardía
Con rojizo fulgor.—La Galia fiera
Lanzó á los aires resonante grito,
¡Y el escudo de bronce hirió tres veces
Sobre el dolmen maldito!
¡Pero cayó expirante en la contienda
Para dormir el sueño del esclavo
De César en la tienda!
Y el Sármata cruel, el Bretón bravo,
El Escita ligero,
El sombrío, feróz Escandinavo
Que en las brumas polares
De otro mundo olfateaba el derrotero,
¡Fueron á prosternarse en sus altares!

¡Largo su imperio fué! Largo y fecundo,
¡El hacha del Lictor estuvo siglos
Alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal, Virgilio,
Sus desastres, Lucano,
¡Mientras brillaba en el lejano oriente
La luz primera del ideal Cristiano!
Y en brazos de los Césares dormía,
Al rumor de los sáficos de Horacio,
Enervada y tranquila,

¡Cuando sintió tronar en el espacio
El rudo casco del corcel de Atila!

¡Despertó, pero tarde! En vez del rayo
Que en sus manos un día
Viera la tierra atónita, llevaba
El áureo tirso, y en la mustia frente
¡La corona de hiedra de la orgía!
Corrió al foro, llamando á sus legiones
Dispersas y distantes,
¡Y solo contestaron los histriones
Mezclados al tropel de las Bacantes!
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
Del cielo, en sangre tinto,
Creyó ver que cruzaban en silencio,
Como un augurio aciago,
¡La sombra lastimera de Corinto
Y el fantasma lloroso de Cartago!

¡Era tarde en verdad! El sol de Roma,
Luz de la historia y esplendor del orbe,
Del Aventino tras la oscura loma
Y de la plebe trémula á los ojos
Para siempre se hundió.—Rojo cometa
Del horizonte en la desierta cumbre
Apareció tras él, vibrando enojos.
Nubes del Septentrión, vientos del polo,
Sobre la tierra inquieta
Esparcieron sus ráfagas de horrores.
Sólo quedó de pie, soberbio atleta

Vencido, no tumbado,—destacando
En las sombras el dorso giganteo,
Como el genio de Roma en lucha eterna,
Centinela de piedra, ¡el Coliseo!

III

No perecen las razas porque caigan,
Sin honor ó sin gloria,
Los pueblos que su espíritu alentaron
En hora venturosa ó maldecida.
Las razas son los ríos de la historia,
¡Y eternamente fluye
El raudal misterioso de su vida!
El río que en otrora
Turbulento y audaz cruzó la tierra,
Ya por blandas y vírgenes llanuras
O por yermos de arena abrasadora
Al soplo animador de la fortuna,
De su cauce alejado
Fué á morir como lóbrega laguna
¡Inmóvil y callado!
Pero el raudal ingente
De la ánfora sagrada, la corriente
Inagotable y pura, despeñada
Por ignoto sendero,
Con rumor de torrente surgió un día
En la tierra encantada
Del indómito Ibero,

Donde todo es amor, luz, armonía,
Y el sol más bello, el aire más liviano
Y siempre altivo, desbordante y joven,
¡Palpita y siente el corazón humano!

Así como al salir de su desmayo
La tierra estremecida
Del sol primaveral al primer rayo,
Parece que sintiera
En el aire, en el monte, en la pradera,
En ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva,
Y unidas en eterno maridaje
La pasada romana fortaleza
Y la savia salvaje
Del hijo del Pirene, diestro en lides,
Engendraron la raza destinada
A suceder á la cesárea estirpe,
¡La raza soberana de los Cides!

¡Llenó el mundo su nombre!—Las naciones,
Del monte Calpe hasta el peñón marino
En que vela el britano,
Creyeron que se alzaba en lontananza
La sombra augusta del poder latino,
¡Que de nuevo volvía
A ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas, cuando un día,

Al tender la mirada por el cielo
Desde las altas cumbres de Granada,
Vió surgir en lejanos horizontes
¡La visión de la América encantada!

¡Dos mundos sujetó bajo su imperio!
Y dejó de su espíritu los rastros
En fecundas, espléndidas creaciones!
Como Ajax inmortal, retó á la tierra,
Y ansioso de combates
Fué á renovar en África prodigios
Y hazañas de Escipiones;
Pero también se derrumbó impotente,
No del potro del Vándalo á las plantas
Ni del cruel vencedor al ceño airado,
¡Sinó cuando cayó sobre su espíritu
La sombra enervadora del Papado!

IV

Mientras España duerme acurrucada
Al pie de los altares,
Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
De la historia y prepara
Otra hoguera, á que arroja
Con ánimo esforzado
Fragmentos de Bastillas,

Instituciones viejas, privilegios,
Y de un vetusto trono las astillas—
¡Hoguera á cuya lumbre soberana
Va á forjar, como en fragua ciclopea,
Su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
De las grandes, fecundas convulsiones,
La hora en que al compás de las borrascas
Se tumban ó levantan las naciones,
Dios envía á la tierra los gigantes
Del genio ó de la espada,
Cual si necesitase de almas fuertes
Y músculos pujantes,
Para no perecer en la jornada.
Así la Francia tuvo
En las horas más grandes de la historia
El génio de Voltaire para anunciarle
El tremendo, supremo cataclismo,
Y el brazo poderoso
De Napoleón, el genio de la gloria,
¡Para alzarla expirante del abismo!

La fuerza es en el mundo
Astro de inmensa curva, que á su paso
Deja como reguero de laureles,
Fulgor de incendios, resplandor de soles;
Pero astro que se pone en el ocaso
Trás nubes de rojizos arreboles.
¡Brillante fué el imperio de la fuerza!

Brillante pero efímero. La espada
Que sobre el mapa de la Europa absorta
Trazó fronteras, suprimió desiertos,
Y que quizá de recibir cansada
El homenaje de los reyes vivos,
Fué á demandar en el confín remoto
El homenaje de los reyes muertos,—
La espada de Austerlitz, la vieja espada
En los escombros de Moscou mellada,
Ya no describe círculos gigantes
Esparciendo el pavor de la derrota:
¡Cayó en los campos de Sedan, sombríos,
Ensangrentada y rota!

V

Anteos de la historia,
Los pueblos que el espíritu y la sangre
Llevan de aquella tribu aventurera
Que encadenó á su carro la victoria,
Ya los postre ó abata
La corrupción ó la traición artera,
No mueren aunque caigan.—Así Roma
En su tumba de mármol se endereza
Y renace en Italia, como planta
Que el polvo de los siglos fecundiza;
Así España sacude la cabeza
Trás largas horas de sopor profundo,
Y arroja los fragmentos

De su pesada lápida mortuoria,
¡Para anunciar al mundo
Que no ha roto su pacto con la gloria!
Y Francia, la ancha herida
Del pecho no cerrada,
¡En la sombra se agita cual si oyera
Rumores de alborada!

VI

¡Soberbio mar engendrador de mundos!
¡Inquieto mar Atlante!
Que ora manso, ora horrible, en giro eterno,
Ya imitando el fragor de roncas lides,
Ya gritos de angustiadas multitudes,
O gemidos de sombras lastimeras,
¡Te vuelcas y sacudes
En la estrecha prisión de tus riberas!
¡Soberbio mar! de cuyo fondo un día
La colosal cabeza levantaron,
Coronada de liquen y espadañas,
Al ronco son de tempestad bravía
Náufragos del abismo, las montañas—
Mientras del cielo en la extensión desierta
Que eternas sombras por doquier velaban,
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,
Inmensa flor de luz, recién abierta,
Sobre la cual en armonioso coro
¡Enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día
Bajo arcadas fantásticas de brumas,
Al vaivén de las olas adormido
Y envuelto dulcemente
En pañales de espumas,
Jirones de la túnica de armiño
De tus playas bravias,
¡Huérfano de la historia! un mundo niño.
¡Con cuánto amor velabas
Su cuna, y qué sombrías
Nieblas sobre tu frente desplegabas
Para que el aire errante, el viento inquieto,
Y el astro vagabundo
No fuesen á contarle tu secreto
A la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,
El labio mudo, palpitante el seno,
A interrogar el horizonte oscuro
De vagas sombras y rumores lleno,
Cuando el alba indecisa aparecía
Mensajera de Dios en el Oriente,
Trayéndote perfumes de los cielos
Para mojar tu frente!
¡Y qué grito salvaje,
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
Retorciendo los brazos,
Cuando una vela errante aparecía,
Y en la tarde, traía
Bramando el oleaje,
De algún bajel deshecho los pedazos!

VII

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
Guardaron el secreto!
Lo presintió Platón cuando sentado
En las rocas de Engina contemplaba
Las sombras que en silencio descendían
A posarse en las cumbres del Himeto
Y el misterioso diálogo entablaba
Con las olas inquietas
¡Que á sus pies se arrastraban y gemían!
Adivinó su nombre, hija postrera
Del tiempo, destinada
A celebrar las bodas del futuro
En sus campos de eterna primavera,
¡Y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
La empresa ruda al genio renaciente
De la latina raza, ¡domadora
De pueblos, combatiente
De las grandes batallas de la historia!
Y cuando fué la hora,
Colón apareció sobre la nave
Del destino del mundo portadora,
Y la nave avanzó. Y el océano,
Huraño y turbulento,
Lanzó al encuentro del bajel latino
Los negros aquilones,

¡Y á su frente rugiendo el torbellino
Jinete en el relámpago sangriento!
Pero la nave fué, y el hondo arcano
Cayó roto en pedazos,
¡Y despertó la Atlántida soñada
De un pobre visionario entre los brazos!

Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de tronos y coronas;
¡Era lo que soñaba!
¡Ámbito y luz en apartadas zonas!
Helo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sino en pos de grandiosas ilusiones,
¡La libertad, la gloria y el progreso!

¡Nada le falta ya! lleva en el seno
El insondable afán del infinito,
¡Y el infinito por doquier lo llama
De las montañas con el hondo grito
Y de los mares con la voz de trueno!
Tiene el altar que Roma
Quiso en vano construir con los escombros
Del templo egipcio y la pagoda indiana,
¡Altar en que profese eternamente
Un culto solo la conciencia humana!
Y el Andes, con sus gradas ciclopeas,
Con sus rojas antorchas de volcanes,

Será el altar de fulgurantes velos
En que el himno inmortal de las ideas
La tierra entera elevará á los cielos!

VIII

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas
Bajo el arco triunfal de mil colores
Del trópico esplendente,
Las Antillas levantan la cabeza
De la naciente luz á los albores,
Como bandadas de aves fugitivas
Que arrullaron al mar con sus extrañas
Canciones plañideras,
Y que secan al sol las blancas alas
¡Para emprender el vuelo á otras riberas!

¡Allá Méjico está! sobre dos mares
Alzada cual granítica atalaya,
¡Parece que aun espía
La castellana flota que se acerca
Del golfo azteca á la arenosa playa!
Y más allá Colombia adormecida
Del Tequendama al retemblar profundo;
¡Colombia la opulenta,
Que parece llevar en las entrañas
La inagotable juventud del mundo!

¡Salve, zona feliz! región querida
Del almo sol que tus encantos cela,

Inmenso hogar de animación y vida,
¡Cuna del gran Bolívar! ¡Venezuela!
Todo en tu suelo es grande,
Los astros que te alumbran desde arriba
Con eterno, sangriento centelleo,
El genio, el heroismo,
¡Volcán que hizo erupción con ronco estruendo
En la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa,
Yace la Roma de los Incas, rota
La vieja espada en la contienda grande,
La frente hundida en la tiniebla oscura.
¡Mas no ha muerto el Perú! que la derrota
Germen es en los pueblos varoniles
De redención futura,
Y entonces cuando llegue,
Para su suelo, la estación propicia
Del trabajo que cura y regenera,
Y brille al fin el sol de la justicia
Tras largos días de verguenza y lloro,
¡El rojo manto que á su espalda flota
Las mieses bordarán con flores de oro!

¡Bolivia! la heredera del gigante
Nacido al pie del Avila, su genio
Inquieto y su valor constante
Tiene para las luchas de la vida;
Sueña en batallas hoy, pero no importa,

Sueña también en anchos horizontes
En que en vez de cureñas y cañones
¡Sienta rodar la audaz locomotora
Cortando valles y escalando montes!
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve
A colgar en el techo
Las vengadoras armas, convencido
De que es estéril siempre la victoria
De la fuerza brutal sobre el derecho.
El Uruguay que combatiendo entrega
Su seno á las caricias del progreso,
El Brasil que recibe
Del mar Atlante el estruendoso beso
Y á quien solo le falta
El ser más libre, para ser más grande,
¡Y la región bendita,
Sublime desposada de la gloria,
Que baña el Plata y que limita el Ande!

¡De pie para cantarla! que es la patria,
La patria bendecida,
Siempre en pos de sublímes ideales,
¡El pueblo joven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales!
Y que hoy llama al festín de su opulencia
A cuantos rinden culto
A la sagrada libertad, hermana
Del arte, del progreso y de la ciencia,
¡La patria! que ensanchó sus horizontes

Rompiendo las barreras
Que en otrora su espíritu aterraron,
¡Y á cuyo paso en los nevados montes
Del Génesis los ecos despertaron!
¡La patria! que olvidada
De la civil querella, arrojó lejos
El fratricida acero,
Y que lleva orgullosa
La corona de espigas en la frente,
¡Menos pesada que el laurel guerrero!
¡La patria! en ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza;
En ella el sol de redención se enciende;
Ella al encuentro del futuro avanza,
Y su mano, del Plata desbordante
¡La inmensa copa á las naciones tiende!

IX

¡Ámbito inmenso, abierto
De la latina raza al hondo anhelo!
¡El mar, el mar gigante, la montaña
En eterno coloquio con el cielo...
Y más allá desierto!
Acá ríos que corren desbordados;
Allí valles que ondean
Como ríos eternos de verdura;
Los bosques á los bosques enlazados,
¡Doquier la libertad, doquier la vida

Palpitando en el aire, en la pradera
Y en explosión magnífica encendida!

¡Atlántida encantada
Que Platón presintió! promesa de oro
Del porvenir humano—Reservado
A la raza fecunda,
Cuyo seno engendró para la historia,
Los Césares del genio y de la espada—
Aquí vá á realizar lo que no pudo
Del mundo antiguo en los escombros yertos—
¡La más bella visión de sus visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos
La eterna comunión de las naciones!

PROMETEO

I

Sobre negros corceles de granito
A cuyo paso ensordeció la tierra,
Hollando montes, revolviendo mares,
Al viento el rojo pabellón de guerra
Teñido con la luz de cien volcanes,
Fueron en horas de soberbia loca,
A escalar el Olimpo los Titanes.

Ya tocaban la cumbre inaccesible
Dispersando nublados y aquilones,

Ya heridos de pavor los astros mismos
En confusión horrible,
Como yertas pavesas descendían
De abismos en abismos;
¡Y el Tiempo que dormía
En los senos del báratro profundo,
Se despertó creyendo que llegaba
La hora final del mundo!

El cielo estaba mudo
Y la turba frenética avanzaba
Con ronca vocería,
Como avanza rugiendo la marea
En la playa sombría,
Cuando Jove asomó: vibró en su mano
El rayo de las cóleras sangrientas,
¡Rugió en su voz el trueno del estrago
Y encadenó á su carro las tormentas!

Temblaron los jinetes
En los negros corceles de granito;
Redoblaron su saña
Arrojando á los pórticos del cielo
Con insultante grito
Pedazos de montaña,
Y volcaron los mares
Para apagar en la soberbia cumbre
Los rojos luminares.

Pero Jove, iracundo,
Blandió sobre sus frentes altaneras

El hacha del relámpago que hiere
Como á una vieja selva las esferas:
A su golpe profundo,
Vacilaron montañas y titanes;
¡Y bajó el torbellino,
Heraldo de su gloria,
Con la negra cimera de huracanes
A anunciar á los mundos la victoria!

Rodó la turba impía
En espantoso vértigo á la tierra.
No volverá á flamear en las alturas
Su pabellón de guerra
Teñido con la luz de cien volcanes.
Cayeron los titanes
Del abismo en las lóbregas entrañas;
¡Y Jove vengativo,
Convirtió los corceles de granito
En salvajes é inmóviles montañas!

II

El Cáucaso, caballo de batalla
De algún titán caído
Al golpe del relámpago sangriento,
Se destaca sombrío
Con el cuello estirado, cual si fuera
A beber en el cauce turbulento
Del piélago bravío.

Sobre la negra espalda,
Y entre el espeso matorral de rocas,
Que fueron la melena sudorienta
Donde cuelgan las nubes vagabundas
Sus desgarradas tocas
Y en la noche desciende
A dormir fatigada la tormenta,
Tendido está el gigante,
Que amarraron los cíclopes soberbios
Tras larga lucha fiera
Con templadas cadenas de diamante:
Aun su pecho jadea
Como cráter hirviente;
Y cada vez que se retuerce inquieto,
El sol vela su frente,
Y la vieja montaña bambolea.

Hogueras son sus ojos,
Rojas hogueras que atizó el encono,
Antorchas funerarias de la noche
De su eterno abandono;
Y no es un grito humano
Lo que exhala su pecho
—Que no tiene el dolor tan rudas notas—
Es el estruendo del volcán que estalla,
El grito del torrente en la espesura,
¡Choque de aceros y corazas rotas
En el fragor de la feroz batalla!

Solo el Ponto responde á los rugidos
Que lanza en su desvelo,

Y llama en su socorro con voz lúgubre
A las inquietas ondas del Egeo.
Es que también él lucha;
Lucha con lo imposible y siempre espera.
Salvaje enamorado
Quiere arrastrar consigo á la ribera,
¡Y la ribera sorda
Escapa de sus brazos,
Dejándole en la lucha misteriosa
De su veste de juncos los pedazos!

En vano el Ponto grita
Y se endereza embravecido y fiero.
¡Él es también gigante encadenado!
¡Es también prisionero!
No romperá la valla que lo cerca,
Ni extenderá su turbulento imperio.
Basta una faja de menuda arena
Para atarlo en perpetuo cautiverio.

¡El titán no se abate!
¡Es que el dolor enerva á los pigmeos
Y á los grandes infunde nuevos bríos!
Cada día es más bárbaro el combate
Y más ruda su saña;
Si afloja un eslabón de su cadena,
Un martillo invisible lo remacha
Sobre el yunque infernal de la montaña.

Convidados hambrientos
Al salvaje festín de su martirio,

Vienen los cuervos en revuelta nube;
Verdugos turbulentos,
Que Júpiter envía enfurecido
A desgarrar la entraña palpitante
De su rival temido.
Suelta el titán los brazos
En actitud cobarde y dolorida
Al sentir su frenética algazara;
¡Parece que cayera anonadado
Bajo el horrible peso de la vida!
¿Qué masa lo ha postrado?
¿Qué golpe lo ha vencido en la batalla?
¡Es que después del rayo de los Dioses
Viene á escupirle el rostro la canalla!

Así en la larga noche de la historia
Bajan á escarnecer el pensamiento,
A apagar las centellas de su gloria
Con asqueroso aliento,
Odios, supersticiones, fanatismos;
Y con ira villana,
¡El buitre del error clava sus garras
En la conciencia humana!

«¡Oh Dios caduco! grita
El titán impotente:
Como esta negra carne que renace
Bajo el pico voraz del cuervo inmundo,
Renacerá fulgente
Para alumbrar y fecundar el mundo

La chispa redentora
Que arrebaté á tu cielo despiadado,
¡Germen de eterna aurora
Del caos en las entrañas arraigado!

« Desata, Dios caduco,
La turba ladradora de tus vientos;
Sacude los andrajos de tus nubes,
Y acuda á tus acentos
La noche con sus sombras,
Con montañas de espuma el océano;
¡No apagarán la luz inextinguible
Del pensamiento humano!

«¿Qué importa mi martirio,
Mi martirio de siglos, si aun atado,
Júpiter inmortal, yo te provoco,
Júpiter inmortal, yo te maldigo?
¿Si el viejo Prometeo, el titán loco,
El mártir de tu encono,
Siente tronar la ráfaga tremenda
Que va á tumbar tu trono?

« Tres siglos no he dormido;
Tres siglos de tormentos.
No hay astro que no se haya estremecido
Al sentir mis lamentos,
Ni nube, que al pasar no haya vertido
En la copa de aromas del ambiente,
Una gota de llanto
Para mojar mi frente.

« A veces he llorado,
Y el raudal de mis lágrimas heladas
Corrió por la ladera
Con ruído de cascadas.
El Araxa sombrío,
Dragón de negras fauces,
Que se calienta al sol en la pradera,
Es hijo de mis lágrimas. Por eso
Lanza gritos tan hondos,
Y atrae cuanto se acerca á su ribera.

« De vez en cuando, siento
Sollozos de mujer á la distancia:
Es Hesione, la mártir, que se queja
En el fondo del valle abandonado.
Las águilas del Cáucaso que pasan
Y la nube bermeja
Que recibió en la faz ruborizada
El ósculo del sol en el ocaso,
Le cuentan mi martirio
Y me traen el mensaje de su pena,
¡El mensaje tiernísimo que escucho,
Sacudiendo mi bárbara cadena!

« ¿Qué importan tus tormentos,
Tus tormentos de siglos, Dios airado?
¿Si en la lengua sonora de los vientos
Me trasmite los himnos de su alma,
Como al través del médano abrasado
Va el polen de la palma?

¿Si en el trémulo seno,
Como el rayo en los negros nubarrones,
Lleva ella palpitando
El feto colosal de las naciones?

« ¡Desata tus borrascas!
Lanza á los aires tu bridón de llama,
Caduco soberano,
¡Y desplega en los cielos tenebrosos
Tu sangriento oriflama!
Será tu empeño vano;
Soplo estéril tu aliento.
Yo he engendrado el Titán que ha de tumbarte
De tu trono de nubes:
¡El Titán inmortal del Pensamiento!

« Ayer, la tierra muda
Flotaba en los abismos de la nada,
Como una urna vacía
Al soplo del azar abandonada,
Y en sus hondas y frías cavidades
Sólo el eco se oía
Del monólogo eterno de las sombras
Y el rumor de las roncas tempestades.

« Hoy la tierra está viva: alguien habita
El fondo de los mares;
Gérmen de vida y juventud palpita
En sus bosques de acidias y corales:
No es el viento, el que gime en la maraña

De las selvas sonoras;
Ruído de alas abajo, y en el cielo,
Parece que revientan
Semilleros de auroras.

« Júpiter: aturdido con tu gloria,
Embriagado de orgullo,
¡No sientes en los senos del abismo
Lo que siente arrobado Prometeo!
Algo, como un arrullo
En el nido de nieblas del vacío,
De misterioso enjambre el aleteo,
¡Cuál si bandas de estrellas ensayasen
Su plumaje de luz, para lanzarse
A lucir en los campos del espacio
Su espléndido atavío!

« Aquella sombra muda,
Aquel eterno esclavo, peregrino,
Que lanzaste sin rumbo
En las negras jornadas del destino,
Ya no va caviloso,
Temblando del rumor de su pisada,
¡Lleva la frente erguida
De misteriosa aureola circundada!

« Hay luz y voz en ella:
Es flor recién abierta,
Cuya blanca y espléndida corola
Tiene el perfume agreste de las cumbres
Y el latir convulsivo de la ola.

En breve de su seno
Volarán las ideas
—Mariposas de luz del pensamiento—
Y asombrarán al mundo con sus alas,
¡Más sonoras que el viento!

« Ellas me vengarán, Jove caduco:
Serán mis herederas.
Ya arrojé en el cerebro de los hombres
Semillas de volcán, gérmen de hogueras.
Desata el huracán de tus furores,
Redobla mi tormento;
Que ya viene el Titán que ha de vengarme:
¡El Titán inmortal del Pensamiento!»

Dijo y calló: no ya desesperado,
Torva la faz, revuelta la pupila,
Sino grave, sereno resignado,
Como quien sin vencer, sabe que es suya
La victoria final y no vacila.
Algo, como el fulgor de una sonrisa
Iluminó su frente,
¡Débil chispa encendida
En helados montones de ceniza!

III

No volvió á retumbar en la montaña
El grito del titán retando al cielo;
Ni temblaron las nubes, ni los astros
Detuvieron su vuelo
Para mirar la bárbara batalla;
Ni el negro Ponto amótino sus ondas
Crispado y convulsivo,
Para arrancar de su prisión eterna
Al gigante cautivo.

Reinó la soledad en la alta cumbre,
Y descendió el Araxa gemebundo
Con torpe pesadumbre,
A arrastrar callado en la llanura,
Como del alma en el profundo cauce
Desatan en silencio los recuerdos
Sus ondas de amargura.

¡Siempre el gigante en vela!
El cielo era la página sombría
En que al débil fulgor de las estrellas
Las misteriosas sílabas leía
De su destino fiero;
Y el errante cometa,
Que en la lejana cumbre aparecía,
Su torvo y taciturno mensajero.

De vez en cuando, oía
Como ruido levísimo de espumas
En las inquietas algas detenidas;
Como el roce ligero
De fantásticas plumas
Que tocaban su sien calenturienta;
Murmullo blando de hojas,
De un árbol invisible desprendidas
Después de la tormenta.

No eran rayos de luna,
Ni jirones de niebla desgarrados
Por el aire liviano;
Era el coro armonioso
De las gentiles hijas del Océano,
Que á la luz del crepúsculo salían
De sus grutas azules,
Y en torno del titán encadenado
Los húmedos cabellos sacudían.

«No duermas Prometeo,»
Al pasar á su oído murmuraban,
Desatando en su alma
Las ansias infinitas del deseo.
«¡No duermas! ¡que el Olimpo se estremece
Con inquietud extraña,
Y truenan los abismos,
Como truena el volcán en la montaña»!

Prometeo velaba,
Fijo el ojo en las lóbregas esferas

Que como enormes olas palpitaban,
Y atento al ruido sordo
Que las brisas del valle le traían,
El ruido de las razas que hormigueaban
Del Cáucaso en las negras madrigueras.

IV

Una tarde...ya el sol desfallecía,
Como herido impotente
En los brazos oscuros
Del enorme fantasma de Occidente,
Cuando sintió temblar la dura roca
En que apoyó tres siglos la cabeza,
Y oyó en los aires algo,
Como un tropel de fieras
Retozando del bosque en la maleza.

Inquieto y tembloroso,
Interrogó á las nubes que rodaban
Por el espacio mudo,
Como gigantes témpanos de nieve
Que desprende impaciente
El huracán sañudo.
Las nubes le dijeron
Que el Olimpo crujía,
Y que los viejos Dioses expiraban
En horrenda agonía.

Y la voz quejumbrosa
De las gentiles hijas del Océano,
Que en su pecho vertía
Las infinitas ansias del deseo,
Volvió á sonar dulcísima en su oído
Para decirle en melodioso idioma:
«¡Despierta, Prometeo,
Que en las lejanas cumbres
Un nuevo sol asoma!»

Volvió el titán á sacudir airado
Sus duros eslabones,
Que al esfuerzo supremo rechinaron;
Y las rocas cayeron
Como viejos torreones
Por el rayo de Júpiter heridos,
Y los cuervos hambrientos se alejaron
Con lúgubres graznidos.

V

¡Ya el gigante está en pie! ya la montaña,
Ara de su martirio,
Que empapó con la sangre de su entraña
Y aturdió en la embriaguez de su delirio;
La montaña, testigo dolorido
De su tremenda historia,
Es su negro caballo de pelea,
¡El pedestal soberbio de su gloria!

¿Qué ve en la inmensidad desconocida
Que su impaciencia calma,
Y otra vez avasalla
Con cadenas de asombros á su alma?
Ve alzarse en el confín del horizonte,
Del espacio en los ámbitos profundos,
Sobre la excelsa cúspide de un monte
Que se estremece inquieta,
Y en medios del espanto de los mundos,
¡De una cruz la fantástica silueta!

«¡Al fin puedo morir! grita el gigante
Con sublime ademán y voz de trueno.
¡Aquella es la bandera de combate,
Que en el aire sereno,
Ó al soplo de pujantes tempestades
Va á desplegar el pensamiento humano
Teñido con la sangre de otro mártir,
—Prometeo cristiano,—
Para expulsar del orgulloso Olimpo
Las caducas deidades!

«Es un nuevo planeta, que aparece
Tras los montes salvajes de Judea,
Para alumbrar un ancho derrotero
A la conciencia humana.
El germen fulgurante de la idea,
Que arrebaté al Olimpo despiadado:
La encarnación gigante de mi raza,
¡La raza prometeana!

«¡Al fin puedo morir! Hijo de Urano,
Llevo sangre de dioses en las venas,
¡Sangre que al fin se hiela!
Aquel que me sucede, hijo del hombre,
Lleva el fuego sagrado
Que eternamente riela,
Ya lo azoten los siglos con sus alas
O el viento furibundo,
El fuego del espíritu, heredero
Del imperio del mundo».

Dijo, y cayó como la vieja encina
Que troncha el leñador con golpe rudo.
La montaña tembló; y el negro Ponto
Se enderezó, sañudo,
Para asistir á su hora postrimera,
Y las gentiles hijas del Océano
Bajaron presurosas
¡Y en torno á su cadáver encendieron
De perfumadas leñas una hoguera!

VI

¿Qué es aquello que cruza
Con planta soberana,
Sembrando mundos y encendiendo estrellas
Por la extensión callada?
Si se posa en la cumbre,
La cumbre se despierta sonrosada,

Como al ósculo tibio de la aurora
Despierta enrojecida la mañana:

Si baja á la pradera,
Dormida en brazos de la niebla fría,
La pradera galana
Con su velo de novia se atavía,
Y al rumor misterioso de su huella
Se ciñe el viejo bosque
Su corona más belia:

Si al mar desciende—que la espalda encorva
Como esclavo sumiso
Para besar su turbulenta planta—
El mar abre su seno
Y el más sublime de sus himnos canta:
El himno con que arrulla
El sueño de los negros promontorios,
Centinelas inmóviles del mundo,
Y le enseña latiendo en sus entrañas
De las faunas y floras venideras,
El légamo fecundo.

Las tenebrosas puertas del pasado
Rechinan á su empuje omnipotente,
Y se alzan en tropel á su presencia,
Desde el fondo del caos petrificado,
Las formas y las razas extinguidas
En cuya adusta frente,
El ojo de la ciencia deletrea

El verdadero Génesis del mundo,
Que la leyenda bíblica falsea.

Todo á su paso vive, alienta, brota:
El mar, el monte, la desierta esfera;
Y á su soplo creador todo se espande,
Palpita y reverbera.
Levanta el polo mudo,
Como un arco triunfal para que pase,
Sus montañas de hielo;
Y enciende presuroso
Sus gigantescas lámparas el Ande
¡Para alumbrarle el tránsito del cielo!

¡Él es el soberano, el heredero
Del cetro de la tierra,
Por su inmenso poder transfigurada!
No hay piélago ni abismo
Que no rasgue su seno á su mirada.
El guerrero inmortal que en cruda guerra
Destronó el paganismo
Y rompió las cadenas que arrastraba
La pobre humanidad esclavizada.

Es la chispa divina
Encendida en las bóvedas oscuras
De la conciencia humana
Que todo lo ilumina;
El siglo de una raza de titanes,
Destinada á la lucha y al martirio:
¡La raza prometeana!

En la cruz, en la hoguera,
En el árido islote, en el desierto,
En el claustro sombrío, donde quiera,
Vierte su sangre á mares
Que los helados páramos caldea:
¡Su sangre, que en los cauces seculares
De la historia, desata
Las corrientes eternas de la idea!

Hermanos son en el dolor, y hermanos
En la fe y en la gloria,
Cuantos despejan la futura ruta
Con la luz inmortal del pensamiento.
Ya mueren en el Gólgota, ya apuren
De Sócrates severo
La rebosante copa de cicuta,
Ya nuevo Prometeo,
¡Al torvo fanatismo desafie
Sobre Roma, montaña de la historia,
El viejo Galileo!

VII

¡Arriba, pensadores! que en la lucha
Se templa y fortalece
Vuestra raza inmortal, nunca domada,
Que lleva por celeste distintivo
La chispa de la audacia en la mirada
Y anhelos infinitos en el alma;

¡En cuya frente altiva
Se confunden y enlazan
El laurel rumoroso de la gloria
Y del dolor la mustia siempreviva!

¡Arriba, pensadores!
¡Que el espíritu humano sale ileso
Del cadalso y la hoguera!
Vuestro heraldo triunfal es el progreso
Y la verdad la suspirada meta
De vuestro afán gigante.
¡Arriba! ¡que ya asoma el claro día
En que el error y el fanatismo expiren
Con doliente y confuso clamoreo!
¡Ave de esa alborada es el poeta,
Hermano de las águilas del Cáucaso,
Que secaron piadosas con sus alas
La ensangrentada faz de Prometeo!

Á VÍCTOR HUGO

I

¡La negra selva por doquier! ¡el viento,
Como inquieto lebrel encadenado,
Aullando en la espesura!
¡La noche eterna por doquier! el cielo,
Como un mar congelado,
Y el mar como una inmensa sepultura.

De tarde en tarde brilla
De la aurora boreal el rayo frío,
Y á su vislumbre pálida, los astros
Que ruedan lentamente en el vacío
Enormes buques náufragos semejan,
Que al ronco son del trueno,
¡Van llevando sin rumbo
Cadáveres de mundos en su seno!

Hay vida en la creación, vida embrionaria
Pero embotada y fría. Allá á lo lejos,
En la extensión inmensa y solitaria,
Islas y continentes van surgiendo
De la muriente aurora á los reflejos,
Como monstruos del mar que se dirigen
En confuso rebaño hacia la orilla;
Y los montes lejanos,
Gigantes de armaduras de granito,
¡Parece que esperasen de rodilla
El mandato de Dios para lanzase
Á escalar la región del infinito!

II

Era la edad en que la densa noche
Del polo sobre el mundo se extendía,
La noche de la calma aterradora,
En cuya soledad, lóbrega y fría
Como raudal helado, ¡dormitaba

La savia engendradora!
No hay noche sin mañana...
En el cielo, en la historia, donde quiera,
La sombra es siempre efímera y liviana,
La nube, por más negra, pasajera;
Y aquella noche al fin iba á rasgarse
Como inmensa, flotante vestidura.
Preludios de gorjeos, ruidos de alas,
La alegría del nido en la espesura,
Flotaron en la atmósfera ligera,
Y antes de desplegar la luz sus galas
¡Entonó un ave la canción primera!

Al eco de la insólita armonía
La tierra despertó.—La selva oscura
Con ansia de volar, batió las ramas;
Misteriosa y extraña vocería
Se alzó del mar en la siniestra hondura,
Cual si ensayasen sus salvajes himnos
La borrasca y la tromba asoladora,
Y de la informe larva del abismo,
Mariposa de luz, ¡surgió la aurora!

III

También la historia tiene
Torvas noches de horror como el Océano,
Noches glaciales en que duerme todo,
La vida, el arte, el pensamiento humano.

También como en la selva primitiva
De mustias cicadeas,
La savia del espíritu dormita,
Sin reventar en frutos, ni cuajarse
La flor de las ideas.

¡Qué lentas son las horas de la historia!
¡Qué largo y qué sombrío
El imperio del mal!—cuando parece
La conciencia pasmada,
Profundo cráter de apagada escoria,
Desierto cauce de agotado río,
Y en la noche callada
No se oye más rumor que el de la orgía
O el áspero crujir de la cadena,
¡Mientras del cielo en la extensión vacía,
La ronca voz de los espantos truena!

IV

Tarda el amanecer, pero al fin llega.
¡Oh mal! ¡no eres eterno!
Así como en la noche de la tierra,
Profunda noche de aterido invierno,
El mundo despertó cuando en las ramas
De la selva dormida
El primer himno resonó del ave
Que desplegaba el ala entumecida
Presintiendo á la aurora;

Así la humanidad despierta inquieta
En la noche moral abrumadora
Cuando surge el poeta,
Ave también de vuelo soberano,
Que en las horas sombrías,
Canta al oído del linaje humano
Ignotas armonías,
Misteriosos acordes celestiales,
Enseñando á los pueblos rezagados
El rumbo de las grandes travesías,
La senda de las cumbres inmortales.

V

Olvidada de Dios, Judá apuraba
La copa del placer.—En sus altares,
Los ídolos extraños recibían
Cobarde adoración.—No era la esposa
Sencilla del Cantar de los Cantares,
No era la Virgen de Israel, gallarda
Como las palmas de Samir: ajada
La tez de rosa y ulcerado el pecho,
¡Con inquietud febril se revolcaba
Del vicio impuro en el candente lecho!

¡Viento de corrupción! viento de muerte
Soplaba sobre el mundo.—Babilonia,
Del deleite en los brazos reclinada,
Ceñida la guirnalda, flaco el brazo

Para blandir el hierro,
Y á la orilla del Eufrates sentada,
¡A los pueblos vecinos daba cita
En las lúbricas danzas de Becerro
Ó á la sombra del mirto de Mylita!

El mundo iba á morir—como Bacante
Ebria al compás de báquicas estrofas,
Al son de besos, al rumor de orgías,--
Cuando á las puertas del cerrado templo,
¡Torvo y airado apareció Isaías!
Y tronó en los espacios vengadora
Su voz, hondo murmullo
De rayos, fulminando
Al crimen, á la guerra y al orgullo,
Prediciendo á la plebe pecadora
Largas horas de llanto, tras las cuales,
Purificada y bella, surgiría
La ciudad del Señor; y á Babilonia,
A Babilonia la soberbia, el día
En que el Medo feroz, los vasos de oro
Y las sedas de Persia, el arpa siria
Con que encantaba al mundo,
Las águilas de bronce, los jardines
Aéreos, ¡todo, todo,
Iba á hollar insensible
De sus corceles bajo el casco inmundo!

VI

Dos razas batallaban
En campo estrecho con furor insano:
La vieja raza de la historia, aquella
Señora un tiempo del destino humano,
Abuela de naciones;
La que templó sus armas
Al sol de Arabia y abrevó en las ondas
Del Indus y del Tigris sus legiones,—
Y la raza nacida
Del sol levante al ósculo de fuego,
¡Que llevaba en la frente
La centella de luz del genio griego!

¿Cuál iba á sucumbir? La raza vieja
Esclava del destino, mar volcado
De Tesalia en el valle sonriente,
Avanzaba tenaz.—Ya estaba mudo
De Maratón el bosque consagrado!
Ya no brillaba en el combate rudo
De Leonidas la diestra refulgente,
Cuando la musa helena,
La musa de alas de águila de Esquilo,
Hendió los aires y voló á la escena,
De la rapsodia enervador asilo,
Y con voz que aún resuena
Del mar Egeo en la sonora playa,
Ceñida de laurel la sien divina,

Al cadencioso son del ritmo jonio,
Y entre el fragor de la feral batalla
¡Lanzó el himno triunfal de Salamina!

VII

Ya Roma, no era Roma, la que un día
Encadenó á su paso la fortuna;
La Roma de los grandes caracteres.
Mudo el foro, desierta la tribuna,
En sus plazas y circos no se oía
Más que el rumor de esclavos y mujeres
En bulliciosa confusión danzando
Al son lascivo de los himnos grigos,
Ó el palmotear de cortesana impura
Del vil histrión en los obscenos juegos.
Ya Roma, no era Roma. No anidaban
Del Aventino en la gloriosa cima,
Emblema de una raza gigantea
Las águilas de Júpiter Tonante,
Sino en mansa, blanquísima bandada,
¡Las palomas de Venus Citerea!

Dormido estaba el rayo,—como duerme
En el monte la lava rugidora
Y en la cumbre el turbión.—Llegó la hora,
Y el rayo despertó. Vibró en la lira
De Juvenal, no en caprichoso alarde,
De dulce verso ó de canción sonora,

De torpe mofa ó de cobarde duda;
Sino implacable, acerbo, burilando
En carne viva la común afrenta.
Némesis vengadora, el duro azote
Alzó sobre la sien calenturienta
De aquel rebaño humano,
Y fué marcando con eterno mote,
A la falsa virtud, al crimen pálido,
¡Al vulgo y al tirano!

VIII

¡Eclipse de la historia, la Edad Media,
Crepúsculo sin día!
Pasaba sobre el mundo, como inmenso
Torrente de tinieblas despeñado
Del ancho cielo en la extensión vacía.—
Astro sin luz, el pensamiento, mustia
Lámpara de un altar abandonado
Que el cierzo helado azota,
¡Al través de las sombras perseguía
De un prometido bien la luz remota!

Dante entonces, noctámbulo divino,
Bajó del corazón al antro oscuro
A descifrar la letra del arcano,
La misteriosa cifra del futuro.
Y con voz, ora triste y ora grave,
Mezcla á veces de cántico y lamento,

Dijo á la muchedumbre horrorizada:
¡Quien sabe de dolor, todo lo sabe!
¡Y de su siglo la conciencia helada,
Se despertó á su acento!

IX

Siempre al cambiar de rumbo en el desierto
La caravana humana, halla un poeta
Que espera en el dintel, alta la frente
Coronada de pálidos luceros,
Sacerdote y profeta,
¡Para enseñarle el horizonte abierto
Y bendecir los nuevos derroteros!

Á tí te tocó en suerte, ¡soberano
Del canto! ¡inmortal Hugo!
La más ruda jornada de la historia.
Ya no es una nación que rompe el yugo
De la opresión, ni el canto de victoria
Trás las horas durísimas de prueba:
¡Hoy es la humanidad que se emancipa!
¡Hoy es la humanidad que se renueva!

¡Todo lo tienes tú, la voz de trueno
Del gran profeta hebreo,
Fulminador de crímenes y tronos!
¡El grito fragoroso del que un día
Encarnó, para ejemplo de los siglos,

La idea del derecho en Prometeo,
La cuerda de agrios tonos
De Juvenal, aquel Daniel latino,
Tremendo justiciero de su siglo,
Y el rumor de caverna, de los cantos
Del viejo Gibelino!

¡Todo lo tienes tú! por eso el cielo
Te dió tan vasto sin igual proscenio.
No hay notas que no vibren en tu lira,
Espacios que no se abran á tu genio.
¡Cantas al porvenir, y los que sufren,
Esclavos de la fuerza ó la mentira,
Sienten abrirse á sus llorosos ojos
De la esperanza las azules puertas!
Apostrofas al tiempo y se levantan—
—¡Mágico evocador de edades muertas!—
Como viviente, inmenso torbellino,
Razas extintas, pueblos fenecidos,
Fantasmas y vestiglos,
Para contarte en misterioso idioma
¡La colosal *Leyenda de los siglos!*

¡Todo lo tienes tú!. Todo lo fuiste:
Profeta, precursor, mártir, proscrito,—
Gigante en el dolor te levantaste
Cuando en la noche lóbrega sentiste
Temblar los mares, vacilar la tierra
Con pavorosa conmoción extraña,
Cual si un titán demente forcejease

Por arrancar de cuajo una montaña.—
Era Francia, montaña en cuya cumbre
Anida el genio humano;
La Francia de tu amor, que tambaleaba
Herida por el hacha del germano;
Y arrojando la lira en que cantabas
La *Canción de los bosques y las calles,*
¡Fuiste á tocar llamada
De París sobre el muro ennegrecido
En el ronco clarín de Roncesvalles!

Desde aquí, teatro nuevo
Que Dios destina al drama del futuro,
Razas libres te admiran y se mezclan
Al coro de tu gloria—
¡Orfeo que bajaste
En busca de tu amante arrebatada,
La santa democracia,
A las más hondas simas de la historia!
¡Desde aquí te contemplan
Entre dos siglos batallando airado
Y arrancando á la lira
La vibración del porvenir rasgado
Ó el triste acento de la edad que expira!
Y al través de los mares,
Astro que bajas al ocaso, envuelto
En torrentes de llama brilladora,
Entonando tus cantos seculares
¡Te saludan los hijos de la aurora!

EL NIDO DE CÓNDORES

FANTASÍA

I

En la negra tiniebla se destaca,
Como un brazo extendido hacia el vacío
Para imponer silencio á sus rumores,
¡Un peñasco sombrío!

Blanca venda de nieve lo circunda,
De nieve que gotea
Como la negra sangre de una herida
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes
Van pasando calladas,
Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.

¡Todo es silencio en torno! ¡Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo!

Es un nido de cóndores, colgado
De su cuello gigante,
Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,
En cuyo negro seno,
¡Parece que fermentan las borrascas,
Y que dormita el trueno!

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña:
¡Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle, ni la sierra,
De encantadoras galas;
Ni menos con la espuma del torrente
Que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible
Que en la noche se inflama
¡Despeñando por riscos y quebradas
Sus témpanos de llama!

No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
¡Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

Muchas nubes pasaron á su vista,
Holló muchos volcanes,
¡Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes!

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:

¡Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente.

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera;
Un niño, y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta; y el anciano
Con acento vibrante,
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto,
De esta cumbre gigante».

El cóndor, al oirlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué á posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
¡Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja!

II

Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,

Recuerdos de otro tiempo de esplendores
De otro tiempo de gloria,
¡En que era breve espacio á su ardimiento
La anchurosa región del vago viento!

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
Dando caza á las nubes en Oriente;
Ó con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
¡Cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana —¡inolvibable día!
Ya iba á soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
Á celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva,—

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente;
El rumor del torrente desatado,
¡La cólera rugiente,
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
Y vibraron los bélicos clarines,
¡Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros;
Y atónita al sentirlos la montaña,
¡Bajó la frente, y desgarró su entraña (1)!

¿Dónde van? ¿dónde van? ¡Dios las empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
Donde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo,
¡Van á morir ó libertar un mundo!

III

Pensativo á su frente, cual si fuera,
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino,
¡Al león hispano asió de la melena
Y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: ¡éste es el grande!
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo á su vez: ¡Mirad! ¡Esa es mi gloria

(1) Pasaje de los Andes—23 de Enero de 1817. (Nota del A.)

IV

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
Y á sus roncos acentos,
¡Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno!

Un día...se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea;
Viento de tempestad llevó á su oido
Rugidos de marea;
Y descendió á la cumbre de una sierra,
¡La corva garra abierta, en son de guerra!

¡Porfiada era la lid! por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,
Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañones,
¡Como heridos de un vértigo tremendo
En la sima fatal iban cayendo!

¡Porfiada era la lid! En la humareda,
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba:
Y al fin entre relámpagos de gloria,
¡Vino á alzarla en sus brazos la victoria (1)!

(1) Batalla de Chacabuco, 12 de Febrero de 1817. (Nota del A.)

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
¡Fué esparciendo por sierras y por llanos
Jirones de estandartes castellanos!

V

Desde entonces, jinete del vacío,
Cabalgando en nublados y huracanes,
En la cumbre, en el páramo sombrío,
Tras hielos y volcanes,
¡Fué siguiendo los vívidos fulgores,
De la bandera azul de sus amores!

¡La vió al borde del mar, que se empinaba
Para verla pasar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira,
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas!

¡La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella
Noche de maldición, noche de duelo,
En que despareció como una estrella
Trás las nubes del cielo;
Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrado el espanto en los dormidos (1)

(1) Sorpresa de Cancha Rayada, 19 de Marzo de 1818. (Nota del A.)

¡Siempre tras ella, siempre! hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo;
El sol de libertad que aparecía
Trás nublado profundo,
Y envuelto en su magnífica vislumbre
¡Tornó soberbio á la nativa cumbre!

VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero
En el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
Y al beso de la luz del sol naciente
¡Volvió otra vez á sacudir las alas
Y á perderse en las nubes del Oriente!

¿A donde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
Va á esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
¡A cuyo solo nombre se postraban,
Tiranos y opresores!

Va á posarse en la cresta de una roca,
Batida por las ondas y los vientos,
Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
¡Porque sintió pasar planta extrangera
Y no sintió tronar el escarmiento!

¡Y allá estará! cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria,
Cuando el mar patagón alze á su paso
Los himnos de victoria,
Volverá á saludarle como un día
En la cumbre del Ande,
Para decirle al mundo: ¡Este es el grande!

Mayo de 1877.

EL ARPA PERDIDA *

FANTASÍA

I

La ráfaga lasciva
Jugaba con las velas de la nave
De altivo porte y de cortante prora,
Que en la tarde serena
Dejó la playa que con dulces lazos
La retuvo cautiva,

---

* Esta fantasía tiene por base un episodio histórico. En el mes de Marzo de 1824 naufragó en el Banco Inglés del Río de la Plata el bergantín «La Agenoria», que conducía al Dr. D. Valentín Gomez, Ministro Argentino en la Corte del Janeiro, y su secretario el poeta don Esteban Luca y Patrón.

La mayor parte de los pasajeros se salvaron, permaneciendo á bordo, hasta que fueron socorridos por un buque mandado desde Buenos Aires.

Solo el poeta Luca se embarcó en una débil langada, formada de tablas, y pereció en el río, sin que se llegase á encontrar su cadáver.

Luca había cantado en magníficos versos la Victoria de Chacabuco, los triunfos de Cochrane en el Pacífico y la Libertad de Lima, en aquella oda inmortal que comienza así:

« No es dado á los tiranos
« Eterno hacer su tenebroso imperio.

¡Y que le tiende los amantes brazos
Que rechaza la amante fugitiva!
Era la hora
En que la mar, la mar gigante, siente
Misterioso rumor, honda congoja,
Y tiembla como el pájaro en el bosque
Y en el árbol la hoja,
Porque bajan las sombras de occidente
Con cauteloso paso,
¡A espiar al sol que se envolvió en sus ondas
Y duerme en su regazo!

De pie, sobre la popa
De la nave gentil que lenta avanza
Y que á la luz crepuscular parece
Un ave que se pierde en lontananza
En busca de su nido,
Va el bardo peregrino,
Inquieto como ella,
De las ondas antiguo conocido,
A quien habla la brisa vagabunda
¡Y sonríe en los cielos una estrella!

¡Aquella estrella amiga,
Que tantas veces en la patria amada
Besó su frente y enjugó sus ojos
Con el dulce calor de su mirada!
¡Aquella estrella triste
Que á la orilla del Plata
Bajó una noche, y le confió al oído
El dulce nombre de otra estrella ingrata!

Ni una sílaba brota
Del labio mudo del cantor errante;
Ni palpita una nota
En la lira que otrora
Con acento vibrante,
Alzó á la libertad himno de gloria
Y saludó aquel astro soberano,
Que rasgando montañas de tinieblas,
¡Asomaba en el cielo americano!

¡Algo, como el murmullo
Del enjambre interior del pensamiento,
Misterioso aleteo de quimeras
Que con doliente arrullo
Se alejan en las ráfagas del viento,
Celestes bayaderas
Que en bulliciosa tropa
Lo llaman desde lejos,
Percibe el trovador que yace mudo
Del inquieto bajel sobre la popa!

Al fin el labio trémulo
Les dice *¡adios!* con efusión extraña,
A las ondas que pasan
En raudo torbellino,
A la negra montaña
Que alarga la cabeza de granito,
Como guardián huraño del destino,
De vela en el umbral del infinito.
¡Les dice *¡adios!* el bardo peregrino!

¡Adiós! al mar, la fiera encadenada
Que revuelve en la sombra la pupila
Olfateando la tierra descuidada,
Que eternamente afila
El peñasco sombrío,
¡Hambrienta y negra garra
Con que amenaza al cielo en sus enojos,
Y cuanto pasa á su alredor desgarra!

II

¡Adiós! que allá distante,
Como cinta fantástica ceñida
Del horizonte azul á la cintura,
Va surgiendo á sus ojos, palpitante,
De la patria la tierra bendecida;
La tierra de ventura
Que bajo el cielo tropical soñaba,
Y cuyo santo nombre repetía
En otra tierra bella, ¡pero esclava!

II

El Plata se adelanta
Con impaciente y turbulento paso
A recibir la nave que desplega
En el alto mastil la enseña santa—
La enseña que paseó por sus llanuras

El viejo Brown, en raudo torbellino—
La enseña de los déspotas odiada,
Que parece, flameando en las alturas,
¡Blanca nube que cuelga de los cielos
Con un jirón del firmamento atada!

¡Caricias de león! ¡amor de fiera!
La débil nave cruje entre sus brazos,
Y más la estrecha el río enamorado
Con lujuria salvaje;
Parece que quisiera
Arrastrarla á sus antros tenebrosos,
Ahogarla en sus espumas,
Y jugar con sus tablas, ¡cómo juega
De la gaviota con las blancas plumas!

¿Quién ruge por allá, que tiembla el Plata?
¿Quién baja de la altura
Espoleando las nubes, que parecen
Negros potros que cruzan la llanura?
¿Quién hace aullar las ollas
Como hambrientos lebreles,
Y azota con su látigo de fuego
Las rocas y los frágiles bajeles?

¡El huracán que llega
A disputar su presa al Plata inquieto!
El huracán, pirata del abismo,
Que con la voz del trueno
Lanza á los cielos insultante grito
Y celoso de Dios, que lo perdona,

¡Pretende en su locura
Ahogar con mano impura
La centelleante luz de su corona!

¡Ay de la débil nave!
¡Ay del bardo gentil del arpa de oro!
La nave va saltando de ola en ola,
Como corcel herido
Que lleva en los ijares la cornada
Del iracundo toro.
Y el bardo taciturno
Sonríe con desdén á la tormenta,
¡Fija siempre en las sombras su mirada!

Es que también él siente
Otro huracán rugiendo en su cabeza;
Y lleva, aunque sereno,
Como la nave herida por el rayo,
Otra herida mortal dentro del seno
Que sangra eternamente:
¡La herida de la duda,
Por donde el alma arroja á borbotones
Los sueños generosos que encendieron
Las chispas de las dulces ilusiones!

¡Ay de la débil nave!
¡Ay! ¡del bardo gentil del arpa de oro,
Que la brisa del trópico suave
Despidió con tristísimo lamento!
El huracán sañudo

Va tronchando sus mástiles soberbios
Como podridas cañas,—
¡Asesino feroz que en su vehemencia,
Le revuelve el puñal en las entrañas!

Como la inerme res que el duro lazo
Conduce al matadero—
La res desgarretada
Que aún lucha de rodillas
Con su enemigo fiero—
Aquella pobre nave destrozada,
Gladiador expirante,
¡Va arrojando á la faz de su verdugo,
Jirones de su seno palpitante!

III

¡Horrenda sacudida!
La nave se detiene amedrentada,
Y temblando de espanto como un niño,
Quiere emprender la huída;
¡Pero una mano férrea la sujeta!
La zarpa del abismo,
Que juega con las naves, ¡como juega
Con el carro ligero
El brazo formidable del atleta!

¡Ahí está prisionera
Del escollo traidor que la asechaba!
Y en vano en el terror de la impotencia

¡Quiere romper la bárbara cadena
Que la retiene esclava!
En vano se retuerce y forcejea;
¡El escollo la estrecha entre sus brazos
Y el huracán feroz la abofetea!

¡No hay esperanza ya! ¡la pobre nave,
Como un cadáver mutilado, flota
Amarrada al abismo
Con invisibles lazos!
¡Las nubes, son las aves de rapiña
Que bajan turbulentas
A devorar su carne á picotazos!

IV

En medio del estrago,
Taciturno y sombrío,
Yace el bardo gentil del arpa de oro,
El bardo que cantó del patrio río
La cólera y la calma,
¡Y que al fin va á confiarle
Los últimos delirios de su alma!

Desciende de la nave
Con paso firme y ánimo sereno:
¿A dónde va? ¡quién sabe!
En el roto mastil posa la planta,

Y con la fé del bueno
Y el arpa de oro al lado,
¡Se lanza á la aventura,
A las ondas del piélago irritado!

V

Los náufragos oyeron
Largo rato en la sombra que crecía,
Sobre la voz del huracán y el trueno,
Murmullos de celeste melodía,
Notas truncas de música divina,
Como si alguien cantara en lontananza
El himno de las santas alegrías,
¡El poema inmortal de la esperanza!

VI

Desde entonce, el viajero
Oye en la noche plácida y serena,
Ó entre el rumor de la tormenta brava,
Como el eco de dulce cantilena
Que de lejos lo llama;
¡Es el arpa perdida,
El arpa del poeta peregrino
Casi olvidado de la patria ingrata,
Que duerme entre los juncos de la orilla
Del turbulento y caudaloso Plata!

SAN MARTIN

CANTO LÍRICO

(Leído al pie de la bandera de los Andes)

I

No nacen los torrentes
En ancho valle ni en gentil colina;
Nacen en ardua desolada cumbre,
Y velan el cristal de sus corrientes,
Que ruedan en inquieta muchedumbre,
Vagarosos cendales de neblina.

No bajan de la altura
Con tardo paso y quejumbroso acento,
Copiando flores, retratando estrellas
En el espejo de su linfa pura,
Mientra en la lira del follaje, el viento
Murmura la canción de sus querellas.

Se derraman sin rumbo
Por ignotos y lóbregos senderos,
Caravanas del ámbito infinito,
Cual si quisieran sorprender al mundo
Con el fragor de sus enojos fieros,
¡De libertad con el potente grito!

Nació como el torrente,
En ignorada y misteriosa zona
De ríos como mares
De grandes y sublimes perspectivas,
¡Do parece escucharse en los palmares
El sollozo profundo
De las inquietas razas primitivas!

Nació como el torrente;
Rodó por larga y tenebrosa vía,
Desde el mundo naciente al mundo viejo;
Torció su curso un día,
Y entre marciales himnos de victoria,
¡Desató sobre América cautiva
Las turbulentas ondas de su gloria!

II

Cual tiembla la llanura
Cuando el torrente surge en la montaña,
La espléndida comarca de su cuna
Se estremeció con vibración extraña
Cuando nació el gigante de la historia;
¡Y algo, como un vagido,
Flotó sobre las mudas soledades
En las alas del viento conducido!

Lo oyó la tribu errante
Y detuvo su paso en la pradera.
Vibró, como una nota,

De la selva en las bóvedas sombrías,
Flévil nota de místicos cantares;
Y el Uruguay se revolvió al oírla,
En su lecho de rocas seculares.

El viejo misionero
Que en el desierto inmensurable abría
Con el hacha y la cruz vasto sendero,
¡Tembló herido aquel día
De indefinible espanto,
Cual si sentido hubiese en la espesura
El eco funeral del bronce santo!

El soldado español creyó que oía
Cavernoso fragor de muchedumbre,
¡Que los lejanos bosques, que ostentaban
Sobre el móvil ramaje
El áureo polvo de la hirviente lumbre
Del sol en el ocaso,
Eran negras legiones de guerreros,
Que con acorde y silencioso paso
De las altas almenas descendían
Chispeando los aceros!

¡Presentimiento informe del futuro!
¡Voz celeste que anima en la batalla
Al esclavo que lucha moribundo,
Y al opresor desmaya!
¡Pavorosa visión, habitadora
De los viejos derruídos monumentos,

Que guardan de los siglos la memoria,
Y que anuncia á los siglos venideros
Los grandes cataclismos de la historia!

Aquella voz decía:
«Ya nació el salvador, ¡raza oprimida!
«Ya nació el vengador, ¡raza opresora!
«Ya la nube del rayo justiciero,
«Asciende al horizonte rugidora,
«Y se alza el brazo airado,
«Que va á rasgar el libro de las leyes
«De la conquista fiera,
«¡Y á azotar con el cetro de sus reyes
«El rostro de la España aventurera!»

III

Dejó su nido el águila temprano;
¡Ansiaba luz, espacio, tempestades,
Playas agrestes y nevados montes,
Para ensayar su vuelo soberano!
Buscaba un astro nuevo
Perdido en los nublados horizontes,
¡Y fué en su afán gigante
A preguntar por él al Océano!

¿Qué se dirían á solas
El águila de América arrogante,
Mojando el ala en las hurañas olas,
Y el hosco mar Atlante,

De la alta noche en la quietud sagrada,
Y al rumor de la playa estremecida,
Escuchando en la atmósfera callada
Rodar el mundo y palpitar la vida?

Acaso el Océano
Le repitió al oído los cantares
De aquel errante cisne lusitano
Que estremeció con su dolor los mares;
Ó le dijo más bajo,
Con ademán profético y severo:
¡Allá! ¡tengo guardada,
De mi imperio en el límite postrero,
Como una nave misteriosa anclada,
La roca en que en tiempo venidero
Otra águila caudal va á ser atada!

No detuvo su vuelo
El águila de América arrogante;
Iba buscando en extranjero cielo
La estrella fulgurante
Que soñara en el nido solitario
De la selva uruguaya,
Y fué á posarse un día,
Del mar hesperio en la sonora playa.

Tronaba por los montes
De la guerrera tempestad la saña,
Y vió flotar al viento,
Sobre la débil indefensa España,

¡De la conquista el pabellón sangriento!
Y el ave americana
Soltó de nuevo el turbulento vuelo,
Cruzando rauda la extensión vacía,
¡Y fué á buscar al águila francesa
Entre el estruendo de la lid bravía!

Bailén la vió severa
Entre el tropel de la legión bizarra
Que el suelo de la patria defendía;
Y la marca sangrienta de su garra
Quedo estampada en la imperial bandera
Conocida de valles y montañas,
Que los lindes de un mundo había borrado
¡Sembrando glorias y abortando hazañas!

Mas no era aquel el astro que buscaba:
No era el rojizo sol de Andalucía,
El sol de los ensueños
Que con afán inquieto perseguía.—
Allí un pueblo esforzado reluchaba
En la alta sierra y la llanura amena
Por sacudir el extranjero yugo,
Para amarrar de nuevo á su garganta,
De los antiguos amos la cadena.—

¡Volvió á tender el vuelo
Cargada de laureles
Y entristecida el águila arrogante!
Buscaba por doquiera pueblos libres,

Y hallaba por doquiera pueblos fieles.—
Hasta que al fin un día,
Vió levantarse en el confín lejano
Del patrio río en que dejó su nido,
De libertad el astro soberano,
¡De libertad el astro bendecido!

IV

Un mundo despertaba
Del sueño de la negra servidumbre,
Profunda noche de mortal sosiego,
Con la sorda inquietud de la marea.
Y en la celeste cumbre,
Las estrellas del trópico encendían
Sus fantásticas flámulas de fuego
Para alumbrar la lucha gigantea.

Un mundo levantaba
La desgarrada frente pensativa
Del profundo sepulcro de su historia,
Y una raza cautiva
Llamaba al *Salvador* con hondo acento;
Y el *Salvador* le contestó lanzando
El resonante grito de victoria
Entre el feroz tumulto de las olas
Del Paraná, irritado,
Al sentirse oprimido por las quillas
De las guerreras naves españolas.—

¡Fué un soplo la batalla!
Los jinetes del Plata, como el viento
Que barre sus llanuras, se estrellaron
Con empuje violento
En la muralla de templado acero;
Y se vió largo tiempo confundidas
Sobre la alta barranca,
Y entre el solemne horror de la batalla,
¡La naciente bandera azul y blanca
Y el rojo airón del pabellón ibero!

Fué la primer jornada,
Del torrente nacido en las sombrías
Florestas tropicales;
La primera iracunda marejada;
Y su rumor profundo
Llevado de onda en onda por el viento
Del Plata, al Océano,
¡Fué á anunciar por el mundo,
Que ya estaba empeñada la partida
Del porvenir humano!

V

Al pie de la montaña,
Centinela fantástico que ostenta
La armadura de siglos,
Que abolló con su masa la tormenta,
Fué á sentarse el gigante de la historia
Taciturno y severo,

Pensando en la alta cumbre,
Donde el nombre argentino á grabar iba
Con el cincel de su potente acero.

La voz que llama al águila en la altura
Y el huracán despierta en el abismo,
Es la voz de la gloria
Que llama á la ambición y al heroismo;
La misma voz que resonó en su oído
Con misterioso, irresistible acento,
Aquella voz que imita
Rumores de batalla,
Murmullos de laureles en el viento
Himnos de Ossián en la desierta playa.

La oyó el héroe y la oyó la hueste altiva,
Que velaba severa,
¡Soñando con la patria y con la historia,
Al pie de la gigante cordillera!
Y al sonar de los roncos atambores
Largó el cóndor atónito su presa,
Y la ruda montaña, conmovida,
Doblegó la cabeza
¡Para ser pedestal de esa bandera!

VI

¡Ya están sobre las crestas de granito
Fundidas por el rayo!
Ya tienen frente á frente el infinito:

Arriba, el cielo de esplendor cubierto,
Abajo, en los salvajes hondonados,
La soledad severa del desierto;
Y en el negro tapiz de la llanura,
Como escudos de plata abandonados,
¡Los lagos y los ríos que festonan
De la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!
Ya relincha el caballo de pelea
Y flota al viento el pabellón altivo,
¡Hinchado por el soplo de una idea!
¡Oh! ¡qué hermosa, qué espléndida, qué grande
Es la patria, mirada
Desde el soberbio pedestal del Ande!
El desierto sin límites doquiera,
Océanos de verdura en lontananza,
Mares de ondas azules á lo lejos,
Las florestas del trópico distantes,
Y las cumbres heladas
De la adusta, argentina cordillera,
¡Como ejército inmóvil de gigantes!

¿En qué piensa el coloso de la historia,
De pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
En pueblos libres y en cadenas rotas;
Y con la fé del que á la lucha lleva
La palabra infalible del destino,
¡Se lanzó por las ásperas gargantas,
Y lo siguió rugiendo el torbellino!

VII

Débil barrera oponen á su empuje
Los arrogantes tercios españoles,
De Chacabuco en la empinada cuesta,
Que como roja nube centellea
Mientras el viento encadenado ruge.—
¿Quién detiene el torrente embravecido
Cuando el soplo de Dios lo aguijonea?
El torrente llegó, rompió la valla,
Y se perdió veloz en la llanura.
Y al mirarlo pasar lo saludaron
Las nubes, agitándose en la altura.—

¡Reguero de laureles!
Solo una vez el sol de su bandera
Palideció con fúnebre desmayo:
Aquella ingrata noche de la historia,
Que cruzó como nube pasajera
Barrida por cien ráfagas de gloria.
Para borrar sus sombras, encendimos
Con corazas y yelmos y cañones,
En el llano de Maipo inmensa hoguera
¡Á cuya luz brotaron dos naciones!

VIII

Los vientos del Océano,
Llevaban en sus alas turbulentas

Á los valles chilenos,
Mezclados al rumor de las tormentas,
Los lastimeros ecos fugitivos,
Que los sauces del Eufrates oyeron,
Del arpa de los míseros cautivos.

¡Aun quedaba un pedazo
De tierra americana sumergido
En la noche de horror del coloniaje
Para ser redimido!
Aun yacía en obscuro vasallaje
Aquel pueblo bizarro,
Que cual robles del monte despeñados
Con ímpetu sonoro,
¡Vió caer á sus Incas, derribados
De su trono de oro,
Bajo el hacha sangrienta de Pizarro!

¡Sonaron otra vez los atambores!
Hinchó otra vez el viento la bandera
Que desgarró de Maipo la metralla,
Y á la voz imperiosa del guerrero,
¡Bajó la espalda el mar, como si fuera
Su bridón generoso de batalla!

¡Salud al vencedor! ¡Salud al grande
Entre los grandes héroes! exclamaban
Civiles turbas, militares greyes,
Con ardiente alborozo,
En la vieja ciudad de los Virreyes.—

Y el vencedor huía,
Con firme paso y actitud serena,
Á confiar á las ondas de los mares
Los profundos secretos de su pena.—

La ingratitud, la envidia,
La sospecha cobarde, que persiguen
Como nubes tenaces
Al sol del genio humano,
Fueron siguiendo el rastro de sus pasos
A través del Océano,
Ansiosas de cerrarle los caminos
Del poder y la gloria,
¡Sin acordarse ¡torpes! de cerrarle
El seguro camino de la historia!

IX

¡Allá duerme el guerrero,
A la sombra de mústias alamedas
Que velan su reposo solitario!
¡Ay! ¡no arrullan su sueño postrimero,
Como soñó en la tarde de su vida,
Los ecos de las patrias arboledas!

Allá duerme el guerrero,
De extraños vientos al rumor profundo,—
Los vientos de la historia,
Que lloran las catástrofes del mundo;
Y acaso siente en la callada noche

Pasar en negra y lastimera tropa,
Fantasmas de los pueblos oprimidos,
¡Espectros de los mártires de Europa!

¡Como tembló la losa de su tumba
Y se agitó su sombra gigantea
Cuando sintió rugir á la distancia
El sangriento huracán de la pelea,
Y vió caer exámine á la Francia
Bajo los cascos del corcel germano
Y en medio del espanto de la tierra!
¡Ah! quizá levantó la yerta mano
Para ofrecerle en el desastre inmenso,
A falta de su espada,
¡La espada de Maipú y de San Lorenzo!

X

¡Un siglo más que pasa!
¡Una ola más, del mar de las edades,
Una nueva corriente de la historia,
Que arrastra á las eternas soledades
Generaciones, sueños y quimeras!
Hace un siglo recién desde aquel día,
Fecundo día de inmortal memoria,
Cuando en lejana, misteriosa zona,
¡El salvador de América nacía
A la sombra de palmas y laureles
Que no habían de bastar á su corona!

Un siglo, nada más; un paso apenas
Del tortuoso sendero
Que lleva al porvenir desconocido.—
Un siglo, nada más, y el grito fiero
Ya no se oye, del indio perseguido
Por la implacable fe del misionero
Y la avaricia cruel de sus señores.—
Ya ha crecido la hiedra,
De Yapeyú en los áridos escombros
Que alzan la frente airada,
De la luna á los lívidos fulgores,
¡Como tremenda maldición de piedra!

La aurora de este siglo
Nació en los tenebrosos horizontes
De un inmenso desierto.—
Tribus errantes y salvajes montes,
La barbarie doquier; y el fanatismo
Fué ascendiendo, ascendiendo,
Como un rayo de luz en un abismo,
Y al bajar al ocaso,
¡Alumbran su camino
Los millares de antorchas del progreso,
Del pensamiento al resplandor divino!

Ayer, la servidumbre
Con sus sombras tristísimas de duelo,
Cadenas en los pies y en la conciencia,
¡La sombra en el espíritu y el cielo!
Hoy, en la excelsa cumbre,

La libertad enciende sus hogueras,
Unida en santo abrazo con la ciencia,
Los dos genios del mundo vencedores:
¡La libertad que funde las diademas,
Y la ciencia que funde los errores!

¡Milagros de la gloria!
Tu espada, San Martín, hizo el prodigio;
Ella es el lazo que une
Los extremos de un siglo ante la historia,
Y entre ellos se levanta,
Como el sol en el mar, dorando espumas,
El astro brillador de tu memoria.—

¡No morirá tu nombre!
Ni dejará de resonar un día
Tu grito de batalla,
Mientras haya en los Andes una roca
Y un cóndor en su cúspide bravía.—
¡Está escrito en la cima y en la playa,
En el monte, en el valle, por doquiera
Que alcanza, de Misiones al Estrecho,
La sombra colosal de tu bandera!

Febrero de 1878.

EL CONSEJO MATERNAL

Ven para acá, me dijo dulcemente
Mi madre cierto día,
(Aún parece que escucho en el ambiente
De su voz la celeste melodía).

—Ven y dime qué causas tan extrañas
Te arrancan esa lágrima, hijo mio,
Que cuelga de tus trémulas pestañas
Como gota cuajada de rocío.

Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿No sabes que la madre más sencilla
Sabe leer en el alma de sus hijos
Como tú en la cartilla?

¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
Que con un par de besos en la frente
Disiparé las nubes de tu cielo.

Yo prorrumpí á llorar.—Nada, le dije,
La causa de mis lágrimas ignoro;
Pero de vez en cuando se me oprime
El corazón, y ¡lloro!...

Ella inclinó la frente pensativa,
Se turbó su pupila,
Y enjugando sus ojos y los mios,
Me dijo más tranquila:

—Llama siempre á tu madre cuando sufras,
Que vendrá, muerta ó viva;
Si está en el mundo á compartir tus penas,
Y si no, ¡á consolarte desde arriba!...

Y lo hago así cuando la suerte ruda
Como hoy perturba de mi hogar la calma;
¡Invoco el nombre de mi madre amada,
Y entonces siento que se ensancha el alma!

LA MUJER

Solo, como la palma del desierto,
Mudo, como la boca del abismo,
Triste, como la noche del recuerdo,
Vago, como la niebla del vacío;
Arbol sin hojas;
Astro caído;
Tal era el hombre en la primer mañana,
Sonámbulo del sueño del destino.

Efluvios de la luz fecundadora,
Aromas de los gérmenes divinos,
Estrofas de dulcísima salmodia,

Rumores de los bosques y los rios;
Coro inefable
De inmensos himnos,
Como un presentimiento de la gloria
Brotaba alrededor de su camino.

La bruma vagarosa de los mares,
El hálito flotante del rocío,
El humo abrasador de los volcanes,
Los reflejos del éter encendido,
¡Eran la mirra
Del regocijo,
Que en el gran incensario del espacio
Quemaba el universo agradecido!

Los mundos palpitaban de alborozo,
Girando sin cesar en el vacío,
Los cielos azulados sonreían
Con la casta sonrisa de los niños;
¡Hora suprema!
¡Santo delirio!
¡La tierra era la virgen desposada
Y el sol brillante su nupcial anillo!

Y solo, como el árbol del desierto,
Mudo, como la boca del abismo,
Triste, como el silencio que precede
A la hora suprema del martirio,
Roca gigante
De un mar bravío,
El hombre se inclinaba silencioso
Ante tanta grandeza confundido.

La semilla caída de la planta,
Los metales que el fuego derretía,
Las estrellas, eternas mariposas
Volando en torno de la luz divina;
La luz fecunda
De eterna vida,
Inundaba los mundos virginales
En ondas de celeste melodía.

Los astros al girar en el espacio
Ardiendo de amoroso desvarío,
Se enviaban en sus ósculos de fuego,
De sus entrañas el caliente fluido;
Y el hombre mudo
Como el vacío,
No entendía el lenguaje de las almas,
Arropado en la sombra de sí mismo.

Dios estaba inclinado hácia la tierra,
Oyendo las plegarias de los orbes,
Contemplando en el vidrio de los mares,
De su aureola de luz los resplandores.

Una lágrima ardiente, cristalina,
Se desprendió de su pupila entonces:
¡Gota fecunda, de fecunda vida,
Que refracta la lumbre de los soles!

La tierra abrió los sudorientos lábios,
Entreabrieron sus pétalos las flores,
Y aquella gota de la eterna aurora
Fué un beso de celeste bendiciones

Y el hombre, mudo, solitario y triste,
Sintió el fuego de mágica fruición;
Y vió que de su sombra se elevaba
Una llama de tibio resplandor.

Era un soplo del genio de la vida,
Un rayo de la eterna inspiración;
El perfume inmortal de la esperanza,
El ritmo de la luz y del amor.

Era Eva, la sonrisa de los cielos,
La nota musical de una oración,
¡La mujer, el compendio de lo bello,
La hija de una lágrima de Dios!

Y el hombre, mudo, solitario, triste,
Balbuceó un himno de celeste amor;
¡Y exhaló sus cadencias mas sublimes,
El arpa colosal de la Creación!

LA VUELTA AL HOGAR

RECUERDOS

Todo está como entonces
La casa, la calle, el río,
Los árboles con sus hojas
¡Y las ramas con sus nidos!

Todo está, nada ha cambiado:
El horizonte es el mismo;
Lo que dicen esas brisas
¡Ya otras veces me lo han dicho!

¡Ondas, aves y murmullos
Son mis viejos conocidos,
Confidentes del secreto
De mis primeros suspiros!

Bajo aquel sauce que moja
Su cabellera en el río,
¡Largas horas he pasado
A solas con mis delirios!

¡Las hojas de esas achiras
Eran el tosco abanico,
Que refrescaba mi frente
Y humedecía mis rizos!

Un viejo tronco de ceibo
Me daba sombra y abrigo,
¡Un ceibo que desgajaron
Los huracanes de estío!

Piadosa una enredadera
De perfumados racimos,
Lo adornaba con sus flores
De pétalos amarillos;

El ceibo estaba orgulloso
Con su brillante atavío,
¡Era un collar de topacios
Ceñido al cuello de un indio!

Todos aquí me confiaban
Sus penas y sus delirios:
Con sus suspiros las hojas,
Con sus murmullos el río.

¡Qué triste estaba la tarde
La última vez que nos vimos!
Tan sólo cantaba un ave
En el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba
Sus más dulcísimos himnos,
¡Pobre zorzal que venía
A despedir á un amigo!

Era el cantor de las selvas,
La imagen de mi destino,
¡Viajero de los espacios,
Siempre amante y fugitivo

¡Adios!—parecian decirme
Sus melancólicos trinos;—
¡Adiós, hermano en los sueños!
¡Adiós, inocente niño!

¡Yo estaba triste, muy triste!
El cielo oscuro y sombrío,
Los juncos y las achiras
Se quejaban al oirlo.

Han pasado muchos años
Desde aquel día tristísimo;
¡Muchos sauces han tronchado
Los huracanes bravíos!

¡Hoy vuelve el niño hecho hombre,
No ya contento y tranquilo,
Con arrugas en la frente
Y el cabello enblanquecido!

¡Aquella alma limpia y pura
Como raudal cristalino,
Es una tumba que tiene
La lobreguez del abismo!

Aquel corazón tan noble,
Tan ardoroso y altivo,
Que hallaba el mundo pequeño
A sus gigantes designios;

¡Es hoy un hueco poblado
De sombras que no hacen ruido!
¡Sombras de sueños, dispersos
Como neblina de estío!

¡Ah! todo está como entonces,
Los sauces, el cielo, el río,
Las olas—hojas de plata
Del árbol del infinito.

¡Sólo, el niño se ha vuelto hombre
Y el hombre tanto ha sufrido,
Que apenas trae en el alma
La soledad del vacío!

CARLOS ENCINA

COLÓN

CANTO LIRICO

¡Sagrada inspiración! Tu lumbre pura
Del seno mismo del Eterno brota:
Raudal fecundo de virtud y glorias,
Fúlgido se desprende
Y en santo fuego el corazón enciende.
La humanidad que incierta se atropella
Del tiempo en el revuelto torbellino,
Oye tu voz, y con ansiosa huella
Sigue do quiera tu esplendor divino.
Tú, del profeta de la ley hebrea,
El cautiverio bárbaro aliviabas,
Y antes sus ojos la escondida noche
Del lóbrego futuro iluminabas;
Tronó en su voz tu poderoso acento;
Se alzó en su diestra tu invencible mano;
Y de Israel los hijos,
Vencedores del déspota cruento,
Marcharon libres, por tu luz guiados,
Dejando en pos sus hierros destrozados.
En su alma noble, tu celeste fuego

Arder sintió Licurgo el espartano;
Y á tu impulso, magnánimo suicida,
Consolidó sus leyes con su vida.
Tú, de Catón el corazón heroico
Poderosa inflamabas; y su mano,
Victoriosa se alzó sobre el tirano
Con la muerte sublime del estoico.
Tú, el arpa dulce de David templabas,
Tú, de Fidias el mármol esculpías,
En la frente de Sócrates brillabas,
Y de Cristo en la cruz resplandecías.
Tú, de Colón también la sien fulgente
Con tu aureola inmortal iluminaste,
Tú, de Colón también el pecho ardiente,
Con tu divino aliento fecundaste.
Por tí guiado, en misterioso vuelo,
Rasgando el éter, encubriose al cielo,
Y de tu luz al resplandor fecundo,
Abarcó su mirada todo un mundo.
¡Sagrada inspiración! tu lumbre pura
Del seno mismo del eterno brota;
Oye mi voz, y que el sombrío olvido
Rasgue ante mí su manto ennegrecido
Y tornen las edades que pasaron,
Revivan los sucesos que murieron,
Los hombres que en la tumba se ocultaron,
Los soles que al ocaso descendieron.

De lágrimas sin fin, de sangre y duelo,
La tierra miro, y de dolor cubierta,

Y en honda noche de luctuoso velo,
La triste humanidad vagando incierta;
El carro de la guerra
Tronar escucho con fragor horrendo,
La temblorosa tierra
En su vuelo de muerte recorriendo;
La tiranía bárbara le rige,
Y en su furor infando,
Esclavitud y luto va sembrando,
Y esclavitud y luto recogiendo.
La cándida verdad huye aterrada,
Sucumbe la virtud á su quebranto,
Y la alma libertad, encadenada,
El roto escudo inunda con su llanto.
Al choque de las armas fragorosas
El templo de las leyes se derrumba,
Y el monstruo impío, con rabioso encono,
Alza sobre él su ensangretado trono;
Así la tromba que engendrara acaso
El genio tronador de la tormenta,
Rinde, abate, ó devora destrozados
Mares, bajeles, bosques y collados;
Del rápido huracán entre las furias,
Viene á estallar por fin, y confundidos
Lanza, en negro montón, de sus entrañas,
Mares, bajeles, bosques y montañas.
¿Mas que sublime acento
Se escucha resonar entre el violento
Horrísono fragor que al orbe atruena?
¿Que viva luz en su esplendor inunda

La honda noche de horror que le circunda?
¿Quién sobre la oprimida muchedumbre,
Alza su frente á la celeste cumbre?
¡Es de la ciencia el sacerdote santo,
Que el altar abandona y se levanta,
El mortal inspirado que hasta el templo
De la inmortalidad guía su planta,
Es el hijo del pueblo que á la esfera
De los cielos remonta sus hogares,
Es el profeta de una nueva era,
Es Colón, es el cielo de los mares!
De la pobreza en el regazo tierno,
Le alimentó la gloria;
Y á mecerle en su cuna, descendieron
La inspiración divina y la victoria.
Y el hijo del olvido, levantado
Gigante inmenso en alas de su genio,
Encontró estrecho el mundo que pisaba
Y estrecho el horizonte que abarcaba;
Y otro sol, otra tierra y otro cielo,
Concibió su inspirada fantasía;
Y á la luz de la antorcha que le guía,
Rey de la inmensidad, tender su vuelo
Y sus ensueños contemplar ansía.
¡Una nave tan solo! y ese mundo
Pasmará, realizado, á las naciones;
Y el genio audaz que supo adivinarle,
Bastará con sus brazos á estrecharle.
¡Una nave tan solo! y el profundo
Seno del mar humillará, y del viento.

¡Una nave tan solo! y ese mundo
Surgirá de las olas á su acento.
Hijo de la verdad, el tiempo alado
Imprimiendo en tu faz sus hondas huellas,
Oyó tus preces y te vió con ellas
Recoger amargura y desengaños.
La nieve de los años
Se meció helada en tu marchita frente,
¡Y nadie te escuchó! y aquellos reyes
Que tan grandes y nobles parecieron
A tu acento en que un mundo palpitaba,
Con desdén ó sarcasmo respondieron.
¿Y no habrá de hallar eco tu plegaria?..
¿Y de la muerte fría,
Te ocupará la sombra funeraria
Antes que luzca de tu gloria el día?...

Mas ya de Iberia las benignas playas
Hollar te ven en venturoso instante;
Ya resonar escucho convincente
Tu palabra profética y ardiente;...
Muda la inteligencia,
Ante tí se postró, calló la ciencia,
Pero de tu alma el fuego sobrehumano,
El corazón adivinó en su vuelo,
Y una mujer con protectora mano,
Tu voz oyendo, respondió á su anhelo.

Ya el Océano te espera
Sublime como tú: majestuöso

Sacude la encrespada cabellera
Y sobre el manso viento,
Hasta tí envía su confuso acento;
La reina del misterio,
Bañado en luz su espléndido palacio,
Te aguarda en tu camino;
Y la victoria con sus alas de oro
Ya conducirte anhela
Al término feliz de su destino.
Allí te espera el mundo de tus sueños,
La virgen de los mares;
Y ya para ceñir tu sien ardiente,
Desentrelaza de su casta frente
Su corona de rosas y azahares.

La noche precipita en Occidente
Su carro ennegrecido,
Y el nacarado trono de la aurora
En el rosado Oriente
Se alza, de gasas y carmin vestido,
Y el oscilante seno
De una ligera carabela hollando
Con atrevida planta,
Colón sobre las aguas se levanta.
Parar los vientos, domeñar las olas,
Y los espacios humillar intenta,
Y de su esfuerzo y de su anhelo apoyo,
Tres naves, nada más, frágiles cuenta.
¿Fragiles? no; que con potente mano
Un genio las dirije en su camino,

Y el genio triunfará: ¡sobre la tierra
Triunfar es su destino!

Si el viento á combatirle se arrojara,
Al viento mismo audaz se encadenara;
Si olas sin fin hallara en su carrera,
Olas sin fin sereno traspusiera.
¡No haya temor! que la victoria os guía
Intrépidos marinos;
Y allá en la inmensidad del Oceano,
Con su fúlgida diestra
El dulce premio á vuestro anhelo muestra.
¡No haya temor! su irresistible vuelo
Llevará vuestras naves vencedoras,
Callará el aquilón de espanto lleno,
Y el horizonte rasgará su seno
Para dar paso á las cortantes proras.

¡Partieron! . . . de la brisa pasagera
Se oyó el gemir en la turgente lona,
Llevando el ¡ay! tristísimo que envía
El marino á la playa que abandona.
¡Partieron!. . . de las olas agitadas
Rompiendo van la nebulosa bruma,
Y en pos dejan las quillas aceradas
Hirvientes surcos de revuelta espuma.
¡Partieron!. . . en su rápida carrera
El viento volador las arrebata,
Y ya las blancas velas se confunden,
Allá, del mar, con la ondulante plata,

Ya el lejano horizonte las oculta...
Ya en seno el oceano las devora...
Ya, ante ellos, sus horrores y misterios
La inmensidad despliega aterradora....

Desde el ignoto azul de un nuevo cielo
Un majestuoso sol su luz envía;
Nueva aurora le anuncia en el Oriente,
Nuevo Occidente su fulgor esconde.
Impetüoso el viento
Alza su voz vagando allí sin freno,
Y un dilatado mar de ronco seno,
Con salvajes rugidos le responde.
Jamás mortal alguno aquellos cielos
Y aquel sol profanó con su mirada,
Jamás nave lanzada
A sondear la inmensidad del globo,
Dividió allí las olas con su prora,
Agitando la brisa voladora.
Solo el cóndor soberbio
O el águila sublime
Cuando á la inmensidad llevan su vuelo,
Aquella lumbre admiran.
O á que las auras vírgenes respiran,
Allí muere el imperio de los hombres,
Acaba allí la huella de su planta;
Y la naturaleza engrandecida
En su espléndido trono se levanta.
Pero en vano de escollos invencibles
La humanidad en su inmortal carrera

Se verá circuida por doquiera;
En vano á detenerla en su camino,
Abismos miles abrirá el destino;
Porque el mortal osado,
Sin descanso jamás, jamás cansado,
Con los escollos mismos
Cegará ante sus plantas los abismos.
—¿No veis, no veis allá en el horizonte,
De tres bajeles las tendidas velas,
Que ora aparecen en la densa bruma,
Ora el mar las confunde con su espuma?
Esas humildes barcas, invencibles
Desde que un genio abrigan en su seno,
Han cruzado recónditas regiones,
Y vencido los raudos aquilones,
Y al mar sombrío de furores lleno.
Allí Colón, con inflexible mano,
Va rigiendo su leve carabela,
Y entre la multitud que le circunda,
Su noble faz descuella
Como en la noche fulgorosa estrella.
De la verdad la lumbre
Resplandece profética en sus ojos,
Y el sacro fuego que en sus venas cunde,
Doquier valor y fe vívido infunde.
Cuando combate el huracán violento,
Cuando arrolla el furor del Oceano,
Semeja, majestuoso, el rey del viento,
O el padre de las olas soberano.
Mas ¡ah!... que de repente,

Su magnético aliento
El genio de los polos misterioso
A las naves envía poderoso:
La salvadora aguja vaga incierta
Sobre el eje en extraño movimiento,
Y la ciencia enmudece, y del portento
La oculta causa á comprender no acierta;
El fatídico espanto se apodera
De los helados pechos
Que el valor abandona;
Y en sus crispadas y nerviosas manos
Los yertos corazones aprisiona.
Aterrada la chusma y confundida,
Pide tornar á las remotas playas
Y contra el deber lucha,
Y los acentos del honor no escucha;
Pero todo lo vence y sobrepuja
El genio de los mares prepotentes.
Las voces callan al sonar sus ecos,
Los brazos caen ante sus brazos fuertes,
Y oprimido tal vez bajo su planta,
El hado mismo su cerviz quebranta.
Ya dos veces la reina de la noche
Brillar han visto entre el plateado velo,
Dos veces la han mirado en su carrera
Amenguarse, crecer, cruzar la esfera,
Y sepultarse en el azul del cielo,
Y siempre en pos del anhelado puerto,
Hienden el mar con vuelo infatigable,
Y solitario, y yerto.

El negro mar se extiende inacabable,
Y pasa en su carrera el rey del día,
Pasa las noches en sus opacas nieblas...
Y la traición sombría
Aguza su puñal en las tinieblas.

Pero deja que el mísero destino
Hiera tu corazón; deja que aleve,
Hasta tu seno, en sus furores lleve
Penas y afán, ¡errante peregrino!
Ya miro desplomarse la barrera
Que en tu sendero levantó su mano;
Ya romperse contemplo la cadena
Con que tu vuelo aprisionara en vano.
Ese cielo que miras esplendente
Es el que busca tu anhelar ardiente,
Ya está cerca el momento de la gloria,
Y pronto el sol que en el cenit se ostente
Será el fúlgido sol de tu victoria.

La noche en lento paso,
Silenciosa desciende hácia el ocaso
Si el alba apenas con su luz primera
Pálida tiñe la azulada esfera;
De la mar que á lo lejos se dilata,
Huyendo va la nebulosa bruma;
Y allá distante la rizada espuma
Baña el Oriente en blanquecina plata.
Una voz poderosa hasta los cielos
De repente se alzó: voz prodigiosa,

Como jamás los hombres escucharon,
Como jamás los ecos resonaron:
«¡Tierra!» en las naves agitadas suena;
«¡Tierra!» se oye en el mar estremecido...
Y el solemne clamor los aires llena,
De región en regiones repetido.
Un negro promotorio con su falda,
Hollaba el seno de la mar sombría,
Y entre la oscura, condensada niebla,
La majestuosa frente confundía.
Colón se alza sublime dominando
La yerta inmensidad sobre su planta,
Y más grande parece y majestuoso
Que la roca que ante ellos se levanta;
La turba le contempla confundida,
De admiración y espanto poseída,
Y ante su faz que irradia vencedora,
Postrada y muda su mandato adora.

¡Triunfaste al fin, gigante de las olas!
¡Venciste de la suerte los azares!
Los vientos te escucharon
Y los altivos mares
A tu presencia su furor calmaron,
—Mas ¡ah! ya de la envidia,
La faz contemplo ante tu gloria alzarse,
Y sus convulsos labios agitarse,
Lívidos de furor. La atroz perfidia
Y la calumnia impura,
Acudiendo á su voz, sus huellas siguen

En el misterio de la noche oscura.
¡Vencedor de la mar y de los vientos!
¡Ah! por qué no supiste
Triunfar también de la maldad humana!
Viste tu brazo fuerte
Entre cadenas doblegarse inerte;
Y sofocó tu pecho,
De un calabozo el horizonte estrecho,
¡Así los hombres te premiaron crueles!
Esos fueron, ¡oh genio!, tus laureles.

¿Y los siglos corrieron,
Y á tu inmortal memoria
Ni un monumento levantarse vieron?
Y esa generación de viles reyes
Que, en tu triunfo, cobarde se embriagara,
¿Con el oscuro polvo del olvido
Quiso eclipsar tu nombre esclarecido?...
¡Su torpe mezquindad no fué bastante
A comprender de tu alma la grandeza!
¡Los Reyes ... esos reyes tan soberbios,
Solo tienen de grande su pobreza!
¡Y hacen alarde de altivez y saña,
Y se visten de oro y pedrería...
Para ocultar su aleve cobardía,
Para encubrir el lodo que los baña!
¡Mas no importa! La llama generosa,
Que se escapara de tu polvo inerte,
Arde aun, pura y hermosa,
Aprisionando á el tiempo y á la muerte.

El sacro bardo á su calor se inspira,
Mira tu sombra, allá sobre los vientos,
Y de nuevo se escuchan tus acentos
En los acentos de la ardiente lira.
¡La noche del olvido
No existe para tí! ¡sin fin, tu nombre
Volará, por los siglos repetido,
A través de los tiempos eternales!
¡En un mundo grabaste tu memoria!
¡En un mundo tus huellas inmortales!...
Ese mundo, Colón, será por siempre
El monumento eterno de tu gloria.

«Tribuna». Octubre 14 de 1858.

CANTO AL ARTE

I

¡Sentimiento y razón! Dualismo augusto,
Gloria y dolor del hombre,
Si sois verdad ¿por qué luchar crueles,
Mientras la humanidad vaga perdida,
Náufraga en los océanos de la vida?
¿No hay más allá en el mundo,
Trás la prisión que la mirada abarca?
Y el vuelo del espíritu, ¿detiene
El horizonte que la ciencia marca?

¿Lo bello no es verdad? ¿Acaso el arte
Que creó el sentimiento del poeta,
Es un ensueño de la mente inquieta?
La idea que ardorosa
Labra el cerebro y hasta el cielo llega,
¿Será quizá engañosa
Trasformación de la materia ciega?
¡Virtud, justicia! ¿sois también mentira,
Atributo del átomo que gira?
¿Y el Dios, del alma anhelo,
Vana ilusión del miserable suelo?
¡Sentimiento y razón! Fatal misterio
De la humana existencia,
¿Quien llevará del vencedor la palma
En la lucha del alma contra el alma?

II

¿Qué es el arte? Un destello de Dios vivo
Que hasta el alma del hombre se desprende;
Allí sus formas el artista encuentra;
Allí el poeta su palabra enciende;
Y el músico, al buscar sus armonías,
Las armonías del Creador sorprende.

Ante el problema del ideal divino,
La ciencia calla, y la razón postrada
La siente por el vértigo atraida

Hacia el abismo de su propia nada.
¡Allí principia el arte! Allí se eleva
Por la fe revestido
De indecible poder, de virtud nueva;
Y, siguiendo el impulso
Que el sentimiento creador le imprime,
¡Se lanza á la región de lo sublime!
Es rápido cometa que en su vuelo
Atraviesa las órbitas del cielo,
Y que, eterno girando
En torno al ideal, el infinito,
De esferas en esferas, va buscando.

Como dos cuerdas vibran y responden
Cuando están al unísono ajustadas,
El artista se templa
En las notas sagradas,
Y es la obra del genio que se admira,
Reflejo de lo eterno que le inspira.

Así bajo el ardiente colorido,
El lienzo mudo vive y se sublima;
Y, de suaves formas revestido,
Al duro mármol la pasión anima;
Así el poeta revelarse siente
El mundo de la luz allá en su mente;
Y los vagos acordes
Que al imperio del ritmo se conciertan,
¡Sed de infinito al corazón despiertan!

III

¡Sentimientos purísimos que al alma
Sois corona de gloria!
¡Verdad, justicia, aspiración perpetua
Que no cabe en la forma transitoria!
¿Qué de vosotros fuera
Sin el Arte que al hombre diviniza?
¿Qué deciros supiera
Esa razón que todo lo analiza?

La ciencia intenta conocer el cielo,
Y la unidad descubre de las fuerzas;
¡Pero mira allí mismo el sentimiento,
Y ve los mundos, que en su marcha eterna
Una suprema voluntad gobierna!

La razón quiso penetrar al hombre
Y sólo halló un cerebro;
¡Pero al arte ha encontrado la conciencia,
Y ha visto á Dios allí donde no alcanza
El severo rigor de la balanza!

¡No! ¡no es una ilusión! ¡no es un delirio
El ideal supremo
Que á la más noble aspiración responde!
¡No puede ser mentira
La visión inmortal que el alma esconde!

La fiera en su guarida
Es feliz y perfecta,

Por la gruta ó el bosque protegida;
El águila que sube
A las regiones de la parda nube,
Los hierros no sospecha
De la atracción que su dominio estrecha;
El bruto muere sin pavor; en su alma
Elemental no existe
De la severa ley la imagen triste.

¿Por qué al hombre no llega
Esa armonía que al insecto alcanza?
¿Por qué esperar, si es vana la esperanza?
¿Por qué el ideal, si la razón lo niega?
¡No! no es una ilusión; no es un delirio
La santidad del bien luz escondida
De la conciencia humana en el misterio!
¿Hay algo más que el átomo y la fuerza;
Hay algo más que moles poderosas
Sometidas del número al imperio?

Del fondo de mi pecho un eco ardiente
Al labio llega que mi voz inflama:
¡Lo bello, lo sublime, no es materia!
¡No es material el ser que lo proclama!
El canto poderoso de Bethoven,
El pincel de Rafael, de Dante el verso,
¡Todo eso es inmortal, todo es divino,
Como es luz transformada el universo!

¿Qué sabe de esto la razón? ¿Qué sabe
La ciencia atea que borrar pretende

Toda virtud y gloria de la tierra?
¡Lo que sobre el secreto de la vida
Sabe el cadáver que la tumba encierra!

IV

Hay fuerzas que atraviesan
De infinito á infinito
Los espacios profundos;
Son cadenas de luz en que reposa
La unidad de los mundos.
El ávido saber las interroga,
Y el planeta descubre
Que á la paciente observación se encubre,
Y en el pálido rayo
De la remota estrella
Sabe leer su presente, y de su historia
Tal vez un día encontrará la huella.

El sentimiento tiene
También sus armonías. Sus acordes
Vagan de lo infinito á lo creado;
No hay voz que los exprese, pero se oyen
Con acento no hablado.
El genio los admira,
Y á ellos ajusta la inspirada lira;
El átomo pensante se armoniza,
Y raro encanto su existir hechiza:
Es del arpa de Dios sagrada nota
Que en el misterio de los mundos brota.

Eso es lo que sentimos
Cuando, en las horas de silencio y calma,
Vago ideal que en la razón no cabe,
Que se presiente, pero no se sabe,
Con secreto anhelar aspira el alma.

¡Gravitación sublime! á cuyo influjo
Los mundos del espíritu se rigen;
Cadena de armonía, que vincula
El ser creado á su celeste origen.

V

Cuando en la edad primera,
El hombre de las selvas
Su vida con el bruto confundía,
Y el dominio del suelo dividía,
De su cerebro apenas
El rayo de la idea
Vagaba oscuro al labio balbuciente;
Y preso en las cadenas
De la materia ruda,
Al suelo hundía la nublada frente.
Y los tiempos pasaron
En su eternal camino,
Y las formas cambiaron
Bajo el imperio del cincel divino.
Hasta que al fin la llama creadora
Que al planeta circunda,
Iluminó la noche de su mente,

Como la luz de la primera aurora;
Alzó su faz al cielo,
Que un reflejo inmortal transfiguraba,
Y á la bóveda inmensa
Demandó su misterio,
La frente altiva, la mirada intensa;
Y con grito sin nombre,
—¡Haya un Dios! exclamó; y aquella hora
La hora sagrada fué del primer hombre.

Asi la humanidad se alzó del polvo,
Para vencer los tiempos
En inmortal carrera.
Su primer sacerdote fué un poeta;
Un canto al infinito fué la forma
Que revistió la religión primera.

Desde entonces, por siempre,
Como valla insalvable
Entre el hombre y el bruto colocada,
Está la imagen del Creador alzada;
Imagen pura, limpia, transparente,
Que la razón no vé, que el alma siente.
¡Ella es el manantial de lo sublime
Que el corazón en sus raudales baña;
Ella fecunda el pecho de los héroes;
Ella es la fe que al mártir acompaña!

El frío escepticismo
Alza su esteril mano,
A borrar lo imborrable intenta en vano;

¡Antes la luz que los espacios llena
Su propia faz velara,
Y el caos, el universo sepultara!

No volverán los días
De aquel ser de las selvas primitivo,
Para cuyo existir fuera bastante
La tierra fecundante.
El hombre ya no vive de materia:
¡Vive de la verdad! Su alma tocada
Por el fuego divino,
Presa no puede ser de muerte incierta;
¡Tiene ante sí la inmensidad abierta!
¡Allí, su aspiración y su destino!

¡Artistas, sacerdotes de lo bello!
Vuestra misión sobre la tierra es santa:
—Dios es del Arte la sublime idea:
¡Que su revelación el Arte sea!

¡Suprema luz increada,
Artista de los mundos Yo te invoco:
Hacia la humanidad tu mano extiende,
Y un rayo de tu llama
En los altares de mi patria enciende!

Buenos Aires, 1877.

LA LUCHA DE LA IDEA

I

El Dios irrevelado,
El eterno misterio,
De su increado ser la vida crea,
Por ese acto supremo
Que no cabe en las formas de la idea.
Es germen invisible
Que en su misterio el átomo cincela;
Bosquejo que las formas de la vida
Como inmortal aspiración desplega;
Rudimento de luz, dudoso ensayo,
De la conciencia vacilante rayo;
Hombre por fin y mente iluminada
En que el Creador refleja su mirada,
Y que, de Dios, resuelve
El eterno problema,
Ultima faz del inmortal poema.
Ley de unidad, que en la unidad absorbe
El átomo y el orbe;
¡Transformación sublime
En que, el divino autor, su sello imprime!
Así nace la idea,
Germen imperceptible de la mente
En cuyo seno el porvenir se encierra;
¡Escala luminosa de la vida

Que ata el cielo á la tierra!
  Del trozo que labrara
La cuchilla de piedra,
Nació el Apolo griego;
Del grito informe la palabra humana,
Que anima el labio con divino fuego.
  De la cuerda vibrante,
Brotó la melodía,
Que la honda pena calma
Y hace sentir á Dios dentro del alma;
De la primer medida que sus pasos
Sobre la tierra marca,
La fórmula sublime,
Que somete á su imperio lo creado,
Imagen del eterno pensamiento
Que hasta la ley del infinito abarca.

  Ella venció la fiera
Del bosque primitivo;
Ella levanta la primer muralla
Que al elemento indómito avasalla.
  Es la ciencia severa,
Que arranca de los mundos el arcano,
Es la divina inspiración que habla
Con su voz inefable al pecho humano,
  Presta fuerza infinita á la mirada,
Poder al brazo, al pensamiento vuelo,
Y en semidios convierte
Al que nació desnudo sobre el suelo.
  ¡Es la forma inmortal que transfigura

En sublime creación al barro inerte!
¡Es el sello de luz que el hombre lleva
Más allá de la muerte!
La idea del Creador se manifiesta
En las formas sin fin del Universo;
La idea humana, sin cesar, descifra
Sus misterios profundos,
Y acompaña en el viaje de la vida
La evolución eterna de los mundos.

II

¿Por qué la Creación, por qué la vida?
¿Por qué la forma que cual denso vuelo,
Se opone, del espíritu, al anhelo?
¿Por qué la ley de la insondable muerte?
¿Por qué la luz entre tiniebla umbría?
¿Por qué nació del caos la armonía?....
El primer germen del dolor humano
Fué la primera idea;
Choque del alma en la materia inerte,
Lucha que principiaba
De la vida y la muerte,
Rayo del sol primero
Que la noche del caos iluminaba.
De aquel choque ha brotado
La lucha de los siglos,
Que, al estampar su huella sobre el suelo,
Condensa repetida

Cada generación y cada vida.
De allí la negra duda,
La batalla del alma, más horrible
Que tempestad sañuda,
Y el martirio del héroe,
Que fecunda con sangre la conciencia
De gloria y de dolor humana herencia.
Sócrates, el apóstol inspirado
De la unidad divina,
La copa apura que en su labio vierte
El sombrío silencio de la muerte;
Pero el mundo pagano se ilumina,
Al irradiar de la sublime idea:
¡Uno es el Universo,
Uno es el Sér que el Universo crea!
En la falda del Gólgota, enclavado
En la cruz funeraria,
Un hombre á Dios eleva
El alma en su plegaria:
Esa plegaria es lo inmortal que flota
Sobre el despojo que la muerte hiere.
Cristo es la idea humana
Encarnada en las formas,
La vida y el amor: ¡Cristo no muere!
Rompiendo las tinieblas
Del fanatismo que á la tierra humilla,
Como eléctrico fuego,
El Libre Examen poderoso brilla.
Es la conciencia libre,
Que se emancipa del error profundo;

Es la libre palabra
Que alzando á Dios el corazón del hombre,
Sobre la hoguera y el martirio labra
La libertad del mundo.
  Galileo triunfante
Del problema que el sabio desafía,
Y abriendo en los espacios,
Al ojo humano, inesperada vía,
Ilumina la historia
Con el puro reflejo de su gloria.
  Galileo vencido
Por la infame tortura
De la retractación, fué más sublime;
¡Emancipó la ciencia que redime
De la opresión impura!
  ¡La tierra gira, sí! y en cada punto
Que el polvo de los soles abrillanta
¡Gira una humanidad que al Dios del cielo
El inmortal espíritu levanta!
  ¡La tierra está en el cielo!
Y en cada estrella que los ojos miran,
Humanidades mil á Dios adoran,
Y humanidades mil en Dios se inspiran.
  Esa es la idea humana. Esa es la historia
Del alma que se agita
Como lo eterno en la mudable forma,
Y entre dos infinitos colocada,
Inscribe el infinito
Como suprema faz de su jornada.

III

Cuando noche de oprobio y tiranía,
Los ámbitos del globo,
De confín á confin oscurecía,
Diáfana luz se viera
Que sobre el cielo de Colón luciera,
Como eléctrica aurora
Que la noche polar súbita dora.
En el cielo de América brillaba
El astro del futuro,
Y los tronos de Europa deslumbraba....
¡Era la libertad! Así el destino,
Rasgando de la historia
Los arcanos profundos,
En una idea encadenó dos mundos.
Franklin, el Prometeo americano,
Roba el fuego del cielo;
Guttemberg, con sus formas inmortales,
Puso á la idea el rayo
Que los tronos fulmina
Y el paso de los pueblos ilumina;
Colón dió nueva patria
Al espíritu nuevo
Que rechazaran los caducos reyes;
Y fué la libertad americana,
La libertad de la familia humana.
Desde el remoto suelo
Que el Missisipi riega,

Al plata cuyo seno
Dibuja la gigante cordillera,
La vencedora idea,
Cual inmenso meteoro,
Tiende el vuelo altanero,
Y disipa las sombras del pasado,
Como tormenta que arrolló el pampero.
  Washington se levanta; él es el padre;
El genio y la virtud arman su brazo
Y conducen su espada á la victoria;
San Martín y Bolivar,
Émulos de su gloria,
Hermanos en lo grandes,
Hacen flamear el pabellón de Mayo
En la cresta soberbia de los Andes;
Y aclamando la enseña triunfadora,
Se alza la noble patria de los Incas,
Funesta al invasor, dos veces tumba,
Donde el trueno extranjero se derrumba.
  ¡América! tu historia
Es cuna del futuro,
La libertad humana fué tu idea,
La libertad del mundo esa es tu gloria.
  Nuestros padres, los mártires de Mayo,
No conocieron patria,
Su vida fué el combate; su reposo,
El pabellón de guerra;
Y fué su hogar el palmo de la tierra
Que la sangrienta espada
Arrancó al enemigo en la jornada.

Sobre la eterna nieve de la cima
Y en el valle abrazado,
En la costa bravía y en el bosque
Y en el estéril llano,
Con sus tumbas abrieron
El cimiento inviolable de la patria
Que, en herencia, sus hijos recogieron.
¿Cuál es nuestra misión? ¿Cuál el camino
Del deber y el destino?
¡Hoy la idea triunfante,
Que al mundo marca sus futuras huellas
Y nueva luz añade
Allá en el Norte al pabellón de estrellas,
No tiene hogar ni patria
En la patria de López y Moreno;
Y al espirante paso del mendigo
Envuelto arrastra el porvenir consigo!
¡Hijas del Sud! ¡espíritus que alienta
La libertad con su fecundo rayo!
Es de gloria y de luz vuestra tarea:—
¡Patria para la idea!
En la patria de Mayo.

GERVASIO MENDEZ

A DIOS

No es este canto el eco de la ola
Que azota el huracán de la desgracia
Y que envuelta en la espuma de la ira,
Contra los mares de mi pecho brama;
Es este canto
¡Dios de mi alma!
La más tierna expresión del sentimiento,
En la flor del recuerdo perfumada.

Es la dulce armonía arrobadora
Que sobre el ¡ay! de mi infortunio vaga,
Levantando mi espíritu abatido
Sobre sus blancas y brillantes alas;
La fresca sombra,
La gota de agua
Que la fiebre voraz de mi martirio
En el desierto de mi vida calma.

Es la esencia del bien, suave perfume
Que el pasado en mi espíritu derrama,
Que el transcurso del tiempo no evapora,
Que el viento del dolor no me arrebata;
Unico aroma,
Unica lágrima,
Que ha quedado del llanto de la aurora
De mi vida en la adelfa deshojada.

Es el recuerdo de mi Edén perdido,
Del Paraíso de mi edad temprana,
Del nido de mi amor y mi inocencia,
Del jardín más hermoso de mi patria,
Donde hay mujeres
¡Flores gallardas!
En cuyos labios, como en frescas rosas,
Va por la noche á perfumarse el aura.

Es la memoria de la tierra hermosa
Donde el hogar en que nací se halla
Sembrado de violetas y azucenas,
Rodeado de naranjos y de acacias;
¡Mansión humilde,
Paloma blanca,
A cuyo arrullo melodioso y tierno,
Me dormía feliz bajo sus alas!

Tierra bendita en que el poeta siente
Que hasta el cielo su espíritu levantan
Sus ráfagas de luz y de armonías
Y el perfume exhalado por sus auras;
¡Volcán de amores
Que á nadie abrasa,
Transmitiendo el calor del sentimiento
Hasta á las fieras que en sus selvas braman!

Allí, Dios mío, pronuncié tu nombre,
Allí, la fe se difundió en mi alma,
Y á tu influjo las flores de mi vida
Exhalaron suavísima fragancia;

¡Edad tranquila!
¡Arroyo en calma!
¡Cuan distinto del mar de mi existencia
Que hoy azota con furia la borrasca!

Si allí, Señor, mi corazón latía
Al suave impulso de impresiones santas,
Si allí las horas de mi vida fueron
Puras y alegres cual la luz del alba,
Si allí creía,
Si allí esperaba,
¿Como no ser sublime el sentimiento
Que á su recuerdo de mi ser emana?

Yo te ofrezco, Señor, su pura esencia,
Que hasta en las horas de dolor me embriaga,
Como el único bien que me ha dejado
Para consuelo mi fortuna ingrata:
¡Como el perfume,
Como la lágrima,
Que ha quedado del llanto de la aurora
De mi vida en la adelfa deshojada!

Buenos Aires, Julio 1, 1876.

A BUENOS AIRES

Puro como el perfume de las rosas,
Grande como el espacio del vacío,
Bello como la luz del firmamento,
Suave como el hálito de un niño,

Desde mi pecho
Mudo y sombrío,
Se eleva un sentimiento que parece
Un manantial de luz entre un abismo.

En los días nublados del tormento,
En las noches calladas del martirio,
En tres años de angustias y de afanes
Que he contado las horas de tres siglos,
Siempre luchando,
Siempre vencido,
Las nieblas de la duda obscurecieron
El cielo transparente de mi espíritu.

La fe que eleva el sentimiento humano
Hasta la esfera del poder divino,
Que convierte en la aureola de la gloria
La corona de espinas del martirio,
Que hace gigantes
De los caídos,
Agrandando la talla de las víctimas
A medida que crece el sacrificio;

Ese sol que ilumina la conciencia
Difundiendo su luz en lo infinito,
Y que esparce el calor de la esperanza
En el frío rincón del desvalido;
Ese astro hermoso,
Fuego divino,
Lanzaba del ocaso de mi alma
Un resplandor amarillento y tibio;

Pero un soplo tan puro y perfumado
Que parece de un ángel el suspiro,
Viene á encender del astro agonizante
En mi existencia los fulgores vívidos.
¡En ese templo
Casi derruido,
Hoy las dulces plegarias del consuelo
Vuelven á alzarse con acentos místicos!

En un bosque de acacias, donde el aura
Canta en la noche melodiosos himnos
Para arrullar el sueño de las flores
Como arrulla una madre el de sus hijos,
Está mi rancho;
Mi pobre nido;
Perfumado en esencias de jazmines,
Salpicado de gotas de rocío.

Allí vivía sin saber más penas
Que las que cuenta en su murmullo el río,
Ni más dolor que el que expresar parecen
Con su extremada palidez los lirios,
Hasta que el monstruo
De mi destino,
Hizo temblar aquel edén de flores,
Lanzando en él aterrador rugido.

Brotando fuego sus sangrientos ojos
Al ciego impulso de su furia erguido,
Me asió en sus garras con furor salvaje,
Y hundió en mi carne su feroz colmillo.

Luché sin miedo,
Luché con brío,
Hasta exhalarse mi esperanza toda
Del desencanto en el mortal vahido.

Como el adiós que se le da á la tumba
Cuando enterrar el corazón sentimos,
Le dí un adios á mi modesta choza,
Querida tumba de mi bien perdido;
Y mudo y triste
Dejé mi asilo,
Para buscar bajo tu cielo, calma;
Para buscar sobre tu tierra, alivio.

Mas ¡ay! que siempre el implacable monstruo
En mi se ceba con feroz ahinco:
Como gemía en mi querida choza,
Bajo tu cielo, Buenos Aires, gimo.
Mi cuerpo se halla
De muerte herido,
Pero mi alma se retempla y vive
Bajo la influencia de un calor suavísimo.

Y ese calor que mi existencia halaga,
Llama fecunda de celeste brillo
Que á Dios se eleva entre perfumes suaves
Desde el sepulcro de mi cuerpo frío,
Fuego sagrado,
Rayo bendito,
Que sentía morir dentro mi pecho,
¡El aliento del tuyo lo ha encendido!

DESENCANTO

Á CARMEN

¡Ah! tú no puedes desgarrar el velo
De la tristeza que me abruma el alma,
No, tú no puedes disipar las sombras,
Que se dibujan en mi frente pálida.

Cuando á las flores en sus tallos doblan
De la tormenta las furiosas ráfagas,
Es imposible, encantadora amiga,
Que el aura pueda con su soplo alzarlas.

Y tú no puedes levantar mi vida,
Flor que deshoja tempestad humana,
Porque el aliento que en mi ser difundes
Es ¡ay! tan débil como lo es el aura.

No más te empeñes en tejer alfombras
De ricas flores á mi pobre planta,
Porque yo sé que mi existencia triste
Arrastraré por sobre espinas ásperas.

Todo es mentira, bondadosa Carmen,
Todo quimeras y promesas vanas,
Cuando se encierra nuestra fe en el pecho
Como el cadáver bajo fría lápida.

Y dentro el mío la esperanza vive
Como la flor que el huracán arranca,
Como la imagen del dolor de siempre,
Como el cadáver en la tumba helada.

¡JAMÁS!

Hay una hora misteriosa y triste
Para el que vaga en extranjero suelo,
En que la tierra sus encantos viste
De las tinieblas con el denso velo;

En que se oculta el luminar del día
Dejando sombra, soledad y calma,
Y más triste que el ¡ay! de la agonía,
Se siente un eco que nos llega al alma.

¡Oh! cuando veo que el reloj empieza
Esa hora sombría á señalar,
Oculto entre mis manos la cabeza,
Temiendo al mundo mi dolor confiar.

Y siento que mis ojos se humedecen,
Que el llanto baña mi marchita faz,
Que en mis trémulos labios aparecen
Estas palabras: ¿La veré?... ¡jamás!

LA MUJER QUE ADORO

Hay más poesía en la mujer que adoro,
Que la que esparcen de la luna pálida
Esas hebras de luz que en el espacio
El viento de la noche desparrama;
Pues son los sentimientos que iluminan
El purísimo cielo de su alma,
Más suaves, meláncolicos y tiernos
Que los destellos que la luna mana.

Hay más pudor, en sus divinos ojos,
Que del amor en la primer mirada,
Y más perfume, en sus rosados labios,
Que el que las flores en la noche exhalan.
Su nombre es la armonía que semeja
Un poema de amor y de esperanza:
Algunos dicen que se llama Pura,
¡Mas yo la llamo:! la mitad de mi alma!

A UNA ORIENTAL

Perfumes de violetas y jazmines,
Arrullos de paloma acongojada,
Resplandores de un astro melancólico,
Ternura y soledad de una plegaria,
Todo lo encierran,
Todo lo exhalan,

Las sentidas estrofas de tu canto,
Esos salmos celestes de tu alma.

A su ritmo, el espíritu se eleva,
Como á impulsos de música sagrada
Se elevan en el templo los perfumes
De la fe, la oración y la esperanza;
Cuando se sienten
Sus notas plácidas,
Se llora de ternura y de contento,
Y los ojos al cielo se levantan.

Hay en ellas promesas de ventura
Ungidas con el óleo de las lágrimas,
Cadencias de una voz entristecida
Que en una noche de infortunio canta;
Suspiros tiernos
De leves alas,
Que se agitan en torno de mi frente,
Disipando las sombras que la empañan.

¡Ah! cuando sientas de una vida enferma,
El ¡ay! que el dardo del dolor arranca,
Toma la lira entre tus manos de angel
Y haz que solloce en armonías blandas:
Arrulla siempre,
Paloma casta,
A los que tienen que vivir sufriendo,
¡Que tus arrullos los dolores calman!

Buenos Aires, Octubre de 1876.

A SAN MARTÍN

I

No podía morir! Cupo en la tumba
La gigantesca talla de su cuerpo;
¡Para encerrar su nombre y su memoria,
El hogar de la muerte era pequeño!

¡No cabía su espíritu grandioso
En la mansión eterna del silencio!
¡Como el alma de Dios, necesitaba
El espacio sin límites del cielo!

Aquel cóndor altivo que surgía
De entre las nubes de rojizo fuego,
Para tejer su nido de laureles
De los cañones en los hondos huecos;

Aquel brazo potente, que de España
Hizo temblar el formidable cetro
Y que en la nieve de los altos Andes
Iba á templar su deslumbrante acero;

Aquella alma celeste que exhalaba
Todo el calor de un celestial incendio,
Cuando henchida de gloria se cernía
De las batallas sobre el humo denso,

¡Cayó en la tumba, como caen los astros
En el sudario de su luz envuelto;
Cayó para dejar sobre la tierra
La memoria inmortal de sus destellos!

No se extinguió dentro el sepulcro helado
La irradiación de sus gloriosos hechos,
¡La libertad la recogió en sus alas
Para alumbrar su esplendoroso templo!

Ante ella dobla su altanera frente,
Para pedirle inspiración el genio;
¡Y va la patria á retemplar su vida
En sus instantes de dolor supremo!

¡Héroe inmortal! Al recordar tu nombre,
Chispear el alma de entusiasmo siento;
¡Y en vano intenta modular mi lira
De tus victorias el sublime estruendo!

¿Qué extraño que arda, al resplandor del tuyo,
Como un volcán, mi enardecido pecho,
Si hasta las piedras en Maipú incendiaba
Batiendo el casco tu corcel guerrero?

II

¡Ah! quien pudiera levantar la vida
Sobre esas nubes que acaricia el viento,
Y en luz de estrellas y ternuras de angel,
Bañar el arpa y arrullar tu sueño!

Beber de Dios, en la inspirada frente
El blando acorde de su ritmo eterno,
Para decirle, en inmortales himnos,
¡Que tu memoria, San Martín, no ha muerto!

LUCHA

¡Yo tenía un hogar pequeño y pobre,
Digna cuna del mártir y del paria,
Sin techo en la tormenta de su suerte,
Sin pan en su hambre y en su sed sin agua

Era un humilde nido, casi oculto
En las frondosas y flexibles ramas
De un bosque de fragantes madreselvas,
Albos jazmines y encendidas dalias.

En su estrecho recinto no cabía
La pequeñez de la grandeza humana,
¡Pero ofrecía ilimitado espacio
A la gigante aspiración de mi alma!

Ebrio de corrupción, jamás el mundo
Hizo estallar en él su carcajada,
Ni en su celeste atmósfera fué el vicio
A derramar sus repugnantes miasmas.

Allí abrían las rosas sus capullos,
A las caricias de la luz del alba,
Como al calor de los primeros besos
Se abren los frescos lábios de la infancia.

Embriagados de esencia los jazmines
Sobre sus verdes tallos se inclinaban;
¡Encorvados ancianos parecían,
Envueltos en la nieve de sus canas!

Como regia diadema de brillantes
Que centellea en su frente casta,
Las luminosas gotas de rocío
Sobre la flor del azahar chispeaban.

Los perfumes, la luz, la melodía
Del canto del zorzal y la calandria...
¡Todo formaba un colosal poema
En aquel libro de pequeñas páginas!

Deslumbrado una tarde por el brillo
De sus hermosas y radiantes galas,
¡Ví de pronto caer una paloma
Bajo la fuerza de sangrienta garra!

¡Era mi juventud, rica de ensueños,
Ilusiones, anhelos y esperanzas,
Que el buitre del dolor acometía
Con sed de sangre y convulsión de rabia!

¡Desde entonces arrastro la cadena
Que oprime mi existencia desolada,

Luchando día á día sin rendirme,
Con el hambre, la sed y la desgracia!

¡No es posible triunfar, pero que al menos,
Cuando en el polvo de la tumba caiga,
Sepan que no he ganado los laureles,
Ocultando la frente en la batalla!

Á BUENOS AIRES

I

Ya me ves, Buenos Aires, no he caído;
Aún mi frente se yergue en la batalla,
Como el roble tronchado por el rayo,
Que con su soplo el huracán levanta.

La tempestad de mi indomable suerte
Bate mi cuerpo con sangrienta saña,
Pero al herir mi espíritu, me eleva
Sobre sus negras y gigantes alas.

¡Me levanto, es verdad! Pero, ¿qué encuentro
Al posar en el mundo la mirada?...
¡Solamente el cadáver de la dicha,
Envuelto en el sudario de mis lágrimas!

¡Me levanto, es verdad! como las flores
Que azota embravecida la borrasca,
Elevando hasta el cielo sus perfumes
Y cayendo en la tierra deshojadas.

Así también mi corazón enfermo
Pierde al embate del dolor su savia,
Exhalando la esencia de la vida
En el triste sollozo de mi arpa.

Y es preciso cantar. ¡oh! es preciso
Ahogar en armonías la desgracia;
¡Y por migas de pan, vender estrofas
Escritas con el llanto de mi alma!

¡Ay del poeta que su frente inspira
En el rudo poder que la avasalla!...
Son las hebras de luz de sus ideas,
Hilos de oro que tejen su mortaja.

Pelícano que el mundo ha condenado
A arrancarse en pedazos las entrañas,
¡Cisne que el himno de la muerte entona,
Para arrullar su última esperanza!

II

¡Ah, si pudiera retornar el vuelo
Al nido sin espinas de mi infancia,
Cuantas notas celestes, Buenos Aires,
En tu oído mi labio derramara!

Genios que entretejisteis en mi lira
De mis primeros cantos la guirnalda,
Venid y la corona del martirio
De sus fúnebres cuerdas arrancadla.

Dadme una sola de esas blancas rosas
Cubierta de las perlas que arrojaba
Al caer de los brazos de la noche
A sus dormidos ojos, la mañana;

Dadme una, no más... ¡Ah! no me oyen,
¡Vientos de tempestad los arrebata!...
¡Se alejan, Buenos Aires, sin dejarme
Ni una flor que arrojar bajo su planta!

Julio de 1879.

SUEÑO

¡Tus ojos en mis ojos se posaban
Con amoroso afán,
Tus labios en mis labios esparcían
Perfumes de azahar!...

¡Para vivir así no nos bastaba
La inmensa eternidad!....
¡Exceptuando tu amor, todo lo diera
Por volver á soñar!

Aquellos que comprenden mi martirio,
Me llaman infeliz;
No saben que una dicha me sonrie...
¡La dicha de morir!

Aquella noche que por vez primera
Sentí sonar tu voz,
¡Me pareciste un ángel que traía
Un mensaje de Dios!

Me dijeron, ayer, que estaba tríste
Y marchita mi faz;
Quisieron alegrarme,—pero en vano...
¡No te sentí nombrar!

¡Qué necios! se arrodillan en el templo,
Para pedir perdon,
Y sin nombrarte, quieren ángel mío,
Que los escuche Dios!

Con saber que estoy vivo, sé que me amas,
Que suspiras por mí:
¡Si no me amaras, alma de mi alma,
No podría vivir!

No me engañes jamás; jamás disfraces
La voz del corazón:
¡Me parece en tus labios, la mentira,
Una mancha de fango en una flor!

Me han dicho muchas veces,
Que es vano anhelo
Pretender en la tierra
Besar el cielo.
¡Como se miente!
Yo beso hasta los astros...
¡Beso tu frente!

¡NO ME OLVIDES!

¡No me olvides!... El alma lo repite,
De recuerdos sedienta;
El corazón y el labio lo pronuncia;
El cerebro lo sueña.

No me olvides, dijiste; y tus palabras
Rompieron la cadena
Que de todos los males de la vida,
Arrastró mi existencia.

¡Olvidarte, mi bien! ¡Romper el lazo
Que al cielo me sujeta!...
¡Abandonar el astro de tu alma,
Para hundirme en la tierra!...

¿No sabes que la luz de tu recuerdo
Es la única estrella
Que en la sombría noche de mi espíritu,
No eclipsan las tormentas?

¡Olvidarte, mi amor!... ¿Cómo olvidarte,
Si tu recuerdo encierra
Todo lo grande que anhelé en mis sueños
De hombre y de poeta?

Vienes de orar... Caíste de rodillas
A los pies del Creador...
¡Para ver á mi amor arrodillado
Es preciso ser Dios!

Flores y luces, oración y lágrimas,
Ofrendas del amor...
¡Que tristeza del alma se apodera
Al ver este panteón!

Espinas, sangre, soledad y sombras,
Emblemas del dolor...
¡Qué anhelo de morir siente mi espíritu
Al ver mi corazón!

Si en el mundo tuviera el egoísmo
Un poco de valor,
¡Cuantos amigos míos fueran ricos,
Vendiendo el corazón!

No son las desventuras de mi vida
Las que á matarme van;
El dolor de la tuya es, amor mío,
El que me va á matar!

No derrames si no es sobre tu alma
El llanto de tu amor:
¡Solamente en el cielo se derraman
Las lágrimas de Dios!

Algunos se avergüenzan cuando pisan
El umbral del dolor;
¡Como se avergonzaran si pudieran
Mirarse el corazón!

Han pasado dos años; han pasado
Como pasa el dolor,
Como pasan las lágrimas: dejando
¡Una huella de sangre al corazón!

ALFREDO LAMARQUE

LEYENDA MEDIOEVAL

(FRAGMENTOS)

> Ved de cuan poco valor
> Son las cosas tras que andamos
> Y corremos
> En este mundo traidor...
>
> *Jorge Manrique.*

En las orillas del Rhin,
Sobre un sitio pintoresco,
De un castillo destruido,
Se ven imponentes restos.
Una torre gigantesca,
Que se encorva por su peso,
Del río las olas rompe
Con infernal estruendo,
Llegando el sordo murmullo
Hasta los vecinos pueblos.

Los rubios hijos del Norte,
De heroicos romances llenos,
Refieren uno que tiene
Algo de negro y de tierno.
En esa torre desierta,
Se conservan los recuerdos

De una historia tenebrosa
En que señores y siervos
Vertieron sangre á torrentes
Por odios y por misterios.

Las dilatadas campiñas
En que se elevan conciertos
De las aves cuyas plumas
No conocen el acero,
Ofrecen triste contraste
Con el castillo en silencio,
Que de su esplendor pasado,
De batallas y torneos,
De discordias intestinas,
Es el último recuerdo.

Remontaremos entonces
A aquellos bélicos tiempos
En que sus altas almenas
Causaban espanto y miedo;
En que sus bravos soldados,
De duras cotas cubiertos,
Desafiando los rigores
Del brazo más fuerte y diestro,
Oponían resistencia
Con sus animosos pechos.

.....

Corre al campo con ardor
De Almundar el potro oscuro

Seguido de mil jinetes
Que á la par llevan los suyos.
Relumbran, chisporrotean
Los cascos y los escudos,
Las lanzas y las espadas,
Con que regresan del triunfo
Glorioso que consiguieron
Sobre el enemigo rudo.

Tiene Almundar en la grupa
De su corcel, con que pudo
De la lid salir airoso,
La mujer por la que al mundo
Entero quemara. Vuela
Anhelante, inquieto, mudo,
Saltando talados campos
Para llegar á los muros
De quienes el bien perdido
Con valor recobrar pudo.

. . . . . .

Llegan en fin al castillo
Embocando la trompeta;
Al punto se eleva el puente
Y en el recinto penetran.
Al dueño de aquel solar,
De erguida y cana cabeza,
Halló Almundar sin consuelo,
Sumido en profunda pena,
Porque no hallaba el más caro
Bien que tenía en la tierra.

Lo que el anciano lloraba,
Era una hija hechicera
Que apenas contaba entonces
Unas quince primaveras.
Entonce Almundar exclama
Con su voz sonora y tierna:
«No llores más, buen anciano;
De mi brazo las proezas
Rescataron á tu hija
De luciente cabellera.

Fué virgen y virgen vuelve,
Siempre pura, hermosa y buena;
Que su mano me concedas
Te pido, conde. «El anciano
Da solo, como respuesta,
Orden para que preparen
En el castillo una fiesta;
Las bodas de Almundar, dice,
Lo juro, serán espléndidas».

. . . . . .

Llegó el día. Los esposos
Su dicha en cantos celebran
Entre la gran algazara
Que del castillo se eleva.
Pero al lejano horizonte
Vese negra polvareda,
Y un tropel de caballeros

Hienden furiosos la tierra,
Dirigiéndose hacia el puente
Sin guardias, ni centinela.

Adelantan y su jefe,
Ceñido de una diadema,
Apostrofa de este modo:
A Almundar: «Con tu perversa
«Traición, Almundar, robaste
«De mi harem la gentileza.
«Esa virgen que tu tálamo
«Con ansia y afan espera,
«Debe vivir á mi lado.
«¡Infiel! ¡La muerte te espera!»

A su voz los caballeros
Las ricas espadas muestran,
Y sobre el pecho de Almundar
Las detienen y manejan.
Los vasallos del castillo
A coger las armas vuelan,
Y azuzados por el vino
Se lanzan á la pelea,
Furiosos de ver á tantos
Enemigos en las puertas.

Almundar cayó sin vida,
Después de heróica defensa;
Su enemigo, en su alegría,
Empapa en su sangre fresca
La lanza, y con ella traza,

En la torre gigantesca,
Una cruz, y escribe abajo:
«Almundar»; y en esa tierra,
Húmeda aún con su sangre,
Su cuerpo exánime entierra.

Al interior del castillo
Con la esperanza penetra
De encontrar acongojada
A la esposa virgen. Ella,
Con un puñal en la mano,
Previendo su suerte adversa
Esperaba. Apenas vió
Al jefe de la diadema,
Hirió su nevado seno,
Dando fin á su existencia.

Entonce él desesperado,
Con un peso en la conciencia,
Mandó sepultar la virgen
Al lado de las malezas
Donde Almundar reposaba.
Allí sus almas conservan
Los amores que quisieron
Gozar ambos en la tierra.
El mundo con su impiedad
Los separó; mas recuerdan,
En el reino del silencio,
De la vida la faz negra.

. . . . . .

Cuentan que allá por la noche,
A la luz que da la luna,
Una sombra del sepulcro
De la virgen sin ventura
Se levanta y encamina
A la torre, donde nunca
Halla su Almundar querido
Que á orillas del río busca.
El ave de las tinieblas
En su campaña nocturna.

Mil quejas al cielo lanza,
Tal vez quejas de locura,
Cuando los muros ve escritos
Con la sangre de su Almundar.
Y después que su luz bella
Esconde la triste luna,
Vuelve al seno de los muertos,
Y durmiéndose en su tumba,
A la noche que sucede
Regresa á la torre oscura.

Mayo 25 de 1867.

Á MARÍA

Fuiste esa música que el alma alcanza
Como un arpegio del cielo aquí;
La última estrella de la esperanza
Que un rayo lanza
Desde la noche del porvenir.

Ricardo Gutiérrez.

Seductora visión que, detenida
Por los clamores de mi pecho herido,
Desgarraste tu pálido vestido
Y esplendorosa te dejaste ver;
Brisa del alba que, de amores llena,
Del caminante en la nublada frente
Depositaste un beso suavemente,
Que alegre el alma recogió después;

Paloma virginal que vas cruzando
Por la edad más risueña de la vida,
Llevando de tu cuello suspendida
Guirnalda de violetas y azahar;
Rayo de luz, vagando por los cielos
De la tormenta, en medio á los furores,
Reflejando en sus múltiples colores
Destellos de esperanza y de bondad;

Las brisas aromáticas del Plata,
Si mi ferviente súplica han oído,
Dejarante al pasar algún gemido

Que te hablará con misteriosa voz.
¡Gemido meláncolico y profundo,
Porque es del corazón una armonía:
Escúchalo, mi bien, que te lo envía
En sus alas de amor la inspiración.

Al escuchar tu cariñoso acento
Sentime henchido de dulzura ignota,
Cual pobre flor que de repente brota
Al fuego amigo del ardiente sol.
Y así como suavísimos fulgores
Son los que anuncian un alegre día,
Tal vez éste fulgor del alma mía
De un tiempo de ventura es precursor.

¡Oh! no es preciso que te preste hechizos
El bello prisma de pasión fogosa,
Porque Dios te ha formado tan hermosa
Que ha dado vida á misterioso ideal.
Y al crearte en su inmenso pensamiento,
De bellezas sin par mundo infinito,
Quiso dejar sobre tu frente escrito
Un sello de ternura celestial.

Así como en lo espeso de la selva,
Rodeadas todas de esplendor salvaje,
Se ocultan en el medio del follaje
Hermosas flores respirando amor;
Así como derraman sus perfumes
Para calma bendita del viajero,

Apagando el quejido lastimero
Que una ruta difícil arrancó;

Yo creo que también, pobre viajero,
De la selva del mundo tenebrosa,
En tu imagen tan pura y candorosa
Una flor de la vida debo ver.
Embriágame con tu exquisito aroma,
Y verás despeñarse cual torrente,
El río de ilusiones que en mi mente
Formó la mano suave de la fe.

Septiembre de 1868.

INSPÍRAME

¡Ah! Dime lo que adoras, lo que amas con anhelo,
Y templaré mi lira para inspirarme allí;
Las flores de la selva, los pájaros del cielo,
Perfumes y cantares me ofrecerán así.

¡Responde! Todo calla por escuchar tu acento;
Las olas se deslizan cesando su rumor;
Las brisas interrumpen su alegre movimiento;
Mi espíritu detiene su curso volador.

Pronuncie una palabra tu labio purpurino,
Y pintará el paraiso mi pálido pincel...

. . . . . .

¡Mas nada me confías, y encuentro en mi camino
Frustradas esperanzas que acuden en tropel!

Septiembre 22 de 1868.

INMORTALIDAD DEL ALMA

(FRAGMENTOS)

Cuando fija el mirar en una tumba
La vacilante inteligencia humana,
Teniendo su miseria por peana
Y por dosel la inmensidad de Dios;
Dos ideas se fijan en su seno
Que la conmueven con diverso acento,
Invadiendo lloroso desaliento,
Pues fluctúa el mortal entre las dos.

Una le dice que el postrer suspiro
Se lanza en los umbrales de la nada,
Do nos conduce con su mano helada
El destino del hombre funeral.
La otra con sublime atrevimiento
Nos enseña la bóveda del cielo,
Hogar que al desprenderse de este suelo
Debe habitar el alma inmaterial.

Entonces una lucha prolongada
Se empeña con ardor; la triste duda
Abre honda herida con su espina aguda
Capaz un corazón de traspasar,
Y se siente del pecho en lo más íntimo
Que una voz misteriosa se levanta,
Pareciendo que el mundo á nuestra planta
Se quiere con estruendo desplomar.

Vagamos solitarios, abismados,
Llevando por doquier pasos inciertos,
Creyendo que la patria de los muertos
No tiene un solo aroma que aspirar.
Volvemos hacia atrás; nos sumergimos
En el fango que el mundo nos ofrece,
Donde todo lo noble se adormece
Reviviendo en horrible despertar.

Y al buscar la quietud desvanecida,
Llamamos á la puerta de los otros...
¡Nadie hallamos más sabio que nosotros!
¡Nadie que fin al desvarío dé!
Cansados de luchar, nos sonreímos
Al ver lo pobre de la humana ciencia,
Y acudimos en fin á la conciencia,
El último refugio de la fe.

Ella dice al incrédulo que existe
Un ser omnipotente y bondadoso,
Que derrama en la tierra cariñoso,

La abundancia, la vida y el placer.
Y que así como sabe regalarnos
Con sonrisa inefable de caricia,
En sus manos un rayo de justicia
Sabe á veces también estremecer.

.....

Hay seres que caminan sobre flores
En el valle de lágrimas que habitan;
Hay otros, sin consuelo, que palpitan
Tan solo al recio embate del dolor.
Para aquellos la vida es la alegría
Con su aureola brillante coronada;
Para aquestos, la vida es la jornada
Sin amigos, sin techo, sin amor.

¡No es posible que á todos nos espere
Una corona igual en la otra vida!
Los unos la tendrán descolorida,
Manchada por el lodo en que rodó;
Y habrá quien llegará junto al Eterno
La diadema de perlas esplendentes,
Formadas en las lágrimas ardientes
Que su alma desgarrada derramó.

Desde los fuegos de candente zona
Hasta los hielos del lejano polo,
Solo un grito se escucha, un grito solo,
Que proclama en los aires la verdad;
El monarca que habita en los palacios

Y el salvaje que vaga en la pradera,
Por todos los espacios de la esfera
Lo repiten con bella identidad.

¡Ah! No dudemos más. Ya todo vuelve
A la calma. Ya no arde mi cabeza;
Ya se eleva mi frente con fiereza
Porque la larga lucha terminó.
Vivamos sin temor, y respetemos
Los mandatos del Dios crucificado...
¡Que reconozca al vernos á su lado
Al ángel que del cielo descendió!

Pero tú que caminas por la vía
Que te ofrece á su término un abismo;
Que en los brazos de loco escepticismo
Por la duda te dejas dominar;
Que piensas que la idea de un «Eterno»
Ha nacido en momento de locura;
Que contemplas tan solo la natura
Como un medio precioso de gozar;

Si no tienes la fe con que mitiga
Sus sinsabores el linaje humano,
Sé piadoso, y no vayas con tu mano
A demoler el templo de virtud.
No lances esa loca carcajada
Al escuchar el religioso acento,
Como el silvido lúgubre del viento
Que interrumpe las notas de un laúd.

Seca más bien las lágrimas de fuego
Que se derraman con dolor profundo
En este triste, miserable mundo,
Frente de eterno duelo y de maldad.
Y entonces al mirarte rodeado
De criaturas felices á millares,
Tendrás derecho á derribar altares
Y á anunciar á los pueblos la verdad.

Mayo 9 de 1869.

CALELIYAN

ROMANCE HISTÓRICO - SIGLO XVIII

Non es de sesudos omes
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo
Que es te nudo más que vos.

(*Tesoro de los romaseros*).

Es una noche de luna;
Sobre la pampa desierta
Domina el triste silencio
Con su majestad severa;
Los pajarillos no cruzan
Los ámbitos de la esfera....
La verde sábana inculta
No interrumpe ni una vega.

De trecho en trecho lagunas
De plateadas aguas muertas,
Sin un árbol en la orilla,
Sin un hombre que las beba,
Son el lugar de reposo
De las aves pasajeras.
¿Quién en la noche traidora
Las llanuras atraviesa
Sino el nómade Pegüenche
En su caballo que vuela?
¡Qué grandiosa ante el viajero
Su soledad se presenta!
¡Quién no dobla la rodilla
Y ardiente plegaria eleva,
Al contemplar la extensión
De ese gran cuadro que encierra
Más secretos que el Océano,
Más misterios que la selva?
¡Ah! ¡son en verdad sublimes
Las dilatadas estepas
En que á la alma libertad
Erige un trono la América!

¿A dónde va ese tropel
En su fogosa carrera,
Atravesando cañadas
Y estremeciendo la tierra?
Son españolas las armas
Que blancos jinetes llevan;
No hay duda, son los soldados

Avezados en la guerra,
Que don Juan de San Martín,
Sin igual en altiveza,
Trae de la Trinidad,
Para castigar la ofensa
Que los indios comarcanos
Han hecho al pendón de Iberia.
El gobernador Salcedo
Recorre en fin á la fuerza
Que quiere ya ver segura
Su escarmentada frontera.
¡Ay de las tribus infieles!
El español no se venga
Con la conquista del suelo,
Sino que tala y degüella.
¡Ay de los viejos Guitmenes!
¡Sobre ellos con más dureza
Caerá la furia del godo,
Caerá la venganza negra!

¡Arriba! sus indios fieros,
Que es horrible la sorpresa!
¡Arriba! que mucha sangre
Demanda impía la afrenta

Vaga sombra al horizonte
Misteriosa ver se deja...
La temida toldería
Que otras horas vaga inquieta,
Reposa tranquila y muda

En medio de las malezas.
No tiene porque turbar
Su descanso ni sus fiestas,
Pues siempre dócil ha sido
A la cristiana influencia.
Siempre al huinca defendió,
Consiguiendo todo de ella,
Los engañosos tratados,
Las fementidas promesas.
No desvastan sus malocas
Las villas de la pradera,
Ni astucia ni dolo indica
Con su inocente apariencia;
Mas don Juan de San Martín,
A quien el encono ciega,
Apenas ha percibido
De los indios una huella
Se figura deben ser
Los autores de la ofensa.
Su voz domina el rumor
De sus soldados alerta
Y centelleando los ojos
Impaciente les ordena
A sangre y fuego destruyan
La tribu do nadie vela.

¡Fué espantosa la matanza
Que alumbró la luna llena!
Al ruïdo de las armas
Y las voces lastimeras,

Los que lejos aún estaban,
Con coraje y entereza
Lucharon hasta la muerte
En la desigual pelea.
¡Es hazaña muy menguada
La traición vil y sangrienta!
En la celada cayeron
Ancianos, niños y hembras;
Nada respetó cobarde
La furiosa soldadesca;
El incendio sucedió
De la toldería extensa,
Y nada quedó de pie
En breve sobre la tierra.
Cenizas, sangre y despojos,
Que infame ardid consiguiera,
Fueron al solo trofeo
De la cruel jornada aquella.
Bien pronto en polvo tornados
Los huesos que el campo encierra,
Serán juguetes del viento,
Hoy de los caranchos presa.
Cada cual sobre los llanos
Confía en su propia fuerza...
¿Quién tomará del denuesto
Venganza terrible y fiera?

Caleliyan se aproxima
Bajando ledo la cuesta
Por los caminos fangosos

Que ofrece la inculta sierra.
Sus miradas son ardientes
Y su estatura es esbelta.
Los músculos de sus brazos
Y las formas de sus piernas
Resaltantes al momento
Su robustez nos revelan.
Su chamal azul turquí,
Con listas blancas y negras,
Flota al capricho del viento
Que se agita con viveza.
Caleliyan es el hijo
Del guilmen que ayer muriera.
Entonces estaba ausente...
No sabe lo que le espera.
¡Que garboso viene el indio
Para suerte tan funesta!
Sus pies pequeños adorna
Con las botas recién hechas
Con las pieles de gaimules
Que ha cogido en la pradera.
Sus estribos son de pislo;
Sobre su caballo ostenta
Los tejidos admirables
Que su querida le hiciera
Para salir á la caza
De gamas, zorras y fieras.

«¡Qué me has hecho, Gueculbú!»
Dice, loco de tristeza,

El indio al llegar al punto
Testigo de su miseria.
« Allí está mi viejo padre
« Tendido sobre la yerba...
« Allí mis pobres hermanos...
« Allí mi querida buena...
« Allí todos mis amigos...
« ¿Quién mató la tribu entera?
« Yacen mezcladas al polvo
« Sus lucientes cabelleras,
« Y sus blancas dentaduras
« Los abiertos lábios muestran. »

No habló más Caleliyan
Pero su mirada fiera
Se detuvo sobre el cielo
Después de mirar la tierra.
Lanzó bárbaro alarido,
Y agitando su melena,
Blandió la terrible lanza
Y al potro clavó la espuela.
Va ligera por los aires
La perseguida gacela;
Va ligero el avestruz
Huyendo las bolas ciertas;
Pero no como el corcel
Que al oeste dirigiera
El bravo Caleliyan
De frente airada y siniestra.

¡Nunca vieron los cristianos
Invasión más carnicera!
¡Qué de españoles sufrieron!
¡Cómo rodaron cabezas!
Se tiñó todo el Oeste
Con una línea sangrienta,
Y mil cautivas se vieron
En los toldos prisioneras.
Todas las tribus, reunidas
Por una mano secreta,
Se lanzaron de improviso,
Cual buitres á la frontera.
Ni una sola casería
Escapó de la tormenta.
Los bienes amontonados
Con penosa diligencia,
Se vieron sobre los campos
A la merced de cualquiera;
Los soldados atrevidos
Que vinieron en defensa
De la frontera invadida,
No volvieron de la empresa.
¡Fué noche larga y horrible
Esa tristísima época!
En las veladas de campo
Muchas veces se recuerda
Temblando todos de miedo,
Con el oído en la tierra,
Porque de Caleliyan
Hasta la sombra hoy aterra!

De la falda de los Andes
Correntoso se despeña
El río Negro bordado
De márgenes pintorescas.
Es en su curso veloz,
Y es tan larga su carrera,
Que hasta el Atlántico mar
Sus olas altivas llegan.
Al entrar en el Océano
Son tan altas sus riberas,
Que más que al cauce de un río
A un abismo se asemeja.

Fenecientes y tranquilos
Los rayos del sol se alejan,
Y con su manto de virgen
El crepúsculo se muestra
¿A dónde va aquel jinete
De tan gallarda presencia?
¿Y porqué con su vicuña
Su hermoso cabello ciega?
¿No vé va á dar en el río?
¿No vé que no hay nadie cerca
Que le pueda socorrer
Si pierde en la agua su fuerza?
Mas va buscando la muerte,
Ningún auxilio desea.
Es Caleliyan el bravo,
El señor de la pradera,
Que ya no quiere la vida
Pues su esperanza está muerta.

Mayo de 1870.

LOS MARINOS

AL DOCTOR DON AURELIO PALACIOS

Cuando la luna envía sus rayos blanquecinos,
Plateando la llanura con tibia claridad,
Al recordar los mares, yo pienso en los marinos
Rogando á Dios disipe la negra tempestad.

Hay veces que en la noche, sobre el desierto oceano
Retumba el trueno, augurio de horrible confusión;
Las aguas se sublevan, y el viento soberano
Quebranta cables, jarcias, mastiles y timón.

Las nubes se amontonan, y cuando el navegante
Por rayo estrepitoso razgado el éter vé,
Doblega su rodilla y eleva su semblante,
Que al duelo siempre alumbra la antorcha de la fe.

En el peligro crudo se toca el arrecife,
Y gentes y tesoros al hondo abismo ván,
O intrépido el marino, de pié sobre su esquife,
Se burla de las olas, domina el huracán.

Se alcanza en esas lides aureola de renombre;
Pero también mas grande se puede conquistar,
Y es cuando rivaliza la tempestad del hombre
Con el furor que ofrece la tempestad del mar

Entonces se enrojece la espuma de las olas;
Como entre el lino el viento, la bala silva cruel:
Se mezclan con el humo las nubes antes solas,
Y el mar es el sepulcro del que combate en él.

Orgullo, envidia, sienten, llenando la memoria
De hermanos que cayeron los hijos de la mar;
Porque ellos apuraron la copa de la gloria,
La gloria, el sueño alegre, sin triste despertar.

¡Salud! salud vosotros que el pabellón querido
De Mayo, por los mares llevasteis sin temor;
Si os hielan con su nieve la tumba y el olvido,
Calentarán las losas mis perlas de dolor.

De nuestros días grandes en la esplendente aurora,
La trompa de la fama cansose de sonar...
¡Que ocupen los Rosales, los Brown y los Espora,
En el panteón futuro, magnífico lugar!

El mar de Vasco Nuñez y el mar de las Antillas,
Han visto tus victorias, celeste pabellón;
Do quiera te elevabas brotaban maravillas
Por libertad tronando terrible tu cañón.

¡Ah! ¡Cuántas, cuántas veces ante la azul bandera
Despareció humillada la flámula imperial!
Hoy llora el ancho Plata por la pasada era
En que meció triunfante la armada nacional.

¡Oh patria! ¿Lo recuerdas? Humearon tus altares
Con sacrificios dignos de Nelson y Trouvil,

Cuando al *Terror do mundo y al Serpenton dos mares*
Hundía valeroso tu barquichuelo vil.

Mortales y marinos, tus ínclitos corsarios
Cubriéronse de palmas cargados de botín;
Les guió del sol la marcha, cruzando los estuarios
Que bordan continentes del mundo en el confín.

Buchardo, Taylor, Chayter, del líquido elemento
Vencieron la crudeza; lidiaron una edad;
Flameando tu estandarte que donde quiera al viento
Abandonó perfumes de santa libertad.

¿Qué clima no sufrieron?—La estela que dejaron
Circula por el polo tocando el Ecuador.
¿Qué puerto hay ignorado?—Sus anclas desataron
Peleando en cada rada por descansar mejor.

Trasmitirá los hechos de esa epopeya grata
En diamantinos bronces aurífero cincel,
Y en el murmullo suave del majestuoso Plata,
Los cantarán las Náyades ceñidas de laurel.

¡Ah! ¡Tú que posas libre, República Argentina,
Sobre los dos océanos tu planta de Titán,
¡Escucha! Caído el velo, la inconsolable Ondina
Te pide nuevos lauros gimiendo con afán.

Como la virgen buena que esconde casta y pura
Hechizos seductores extraños al amor,
Así guarda mil ríos tu espléndida llanura,
Desconocido en ellos el humo del vapor.

Como la virgen mala, tal vez el Amazonas
Envidia tenga al Plata que no rindió jamás,
Y puede que irritados chocando sus coronas,
De nuevo se pregunten que cual reluce más.

Por eso cuando cruzo la playa solitaria,
En la sombría noche de calma funeral,
Remonto con sollozos al tiempo en que Bonaria
Alzaba á sus marinos el pórtico triunfal.

Junio de 1870.

DELIRIO

Monstruo infernal que la razón devora.

Echeverría.

Ven á darme una gota de tus mieles
Abeja del amor...

Jorge M. Mitre.

¿Recuerdas el Valhalla del Germano?
¿Recuerdas el paraíso de Mahoma?
¿Y aquel jardín en que al primer humano
Puso el Señor, mi cándida paloma?

¡Pues bien! el sitio aquel más bello era
Y era más suave el murmurar del viento...
Yo besaba tu negra cabellera,
Y tú me perfumabas con tu aliento.

En el boscaje aquel solo y umbrío,
Yo veía una luz vagando inquieta...
Y eran tus ojos negros, astro mío,
Que entusiasman mi mente de poeta.

¿A dónde vas ¡oh fantasía ardiente!
Cuando en las alas del amor tu subes?
Á donde va ese cóndor velozmente,
Á perderse en el seno de las nubes.

¡Dulce es amar en la estación de amores,
Idealizar pisando sobre escoria,
Y ver el porvenir lleno de flores
Escondiendo el pasado en la memoria!

¡Oh sombras de Beatriz, Francesca y Laura,
Que vivis en el pecho del que adora!
¡Venid, venid envueltas en el aura!
¡Vuestros secretos reveladme ahora!

Decidme si este ardor que esperimento,
Que oscila entre el temor y la esperanza,
Es un triste presagio de tormento,
O la aurora de un día de bonanza.

Por otro instante como aqueste diera
Un mundo entero con un mar de lloro.
¿Qué me importa sufrir? La hiel bebiera
Que no es tan acre si la copa es de oro.

¡Oh! Nunca ambicionara más trofeos
Ni fuera más inmensa mi alegría,

Si de tu boca, madre de deseos,
Arrebatara un ósculo la mía.

Mas ¡oye! ¿quién produce tan misterioso ruido?
¡Parecen los escombros de alcázar derrüido
Que se hunden en la mar!
¿De dónde es esa orquesta tan lúgubre y sonora?
¡Parecen las trompetas que anunciaran la hora
Del juicio divinal!

¿Por qué la inmensa bóveda celeste y transparente
Se vela con mil nubes que arrojan á mi frente
Su parda oscuridad?
¡Oh! sombra ¿Por qué turbas mis sueños indiscreta?
¿Qué buscas y quien eres?—¡La realidad! Poeta,
¡Te vengo á despertar!

Despertaré, ¡no importa! que si muestra
Tu rostro la infernal melancolía,
Ya acarició la palma de mi diestra
El seno de la amada fantasía.

¡Ah que siempre la estrella del delirio
En mi derrota plácida rutile;
Porque es más suave que el olor de un lirio,
Porque es más pura que el jazmín de Chile!

Junio de 1870.

EN LA MUERTE DE J. M. MITRE

La muerte es la verdad. Cae marchito
Todo laurel ante su soplo helado;
Su silencio es la voz del infinito,
Y su misterio un mundo revelado.

En la choza y en medio á la opulencia,
Con un destino igual nos encontramos;
Una frase reasume la existencia:
¡Venimos, padecemos... y nos vamos!

¿Dónde está nuestro amigo? que responda
La brisa de la tierra brasilera,
El ligero bajel, la amarga onda
Que lo alejó de la natal ribera.

¿Dónde está nuestro amigo? Al separarnos
Iba lleno de fe, lleno de vida.
Ha partido, nos dicen.. ¡y sin darnos
Un abrazo de eterna despedida!

Siempre, siempre en las horas de alegría
Noté en su risa un algo de severo.
Una vez entre amigos nos decía:
«¿Cuál de nosotros morirá primero?»

No supo sino amar. El «era bueno
«Porque jamás prostituyó su alma.»
¡Y bien! en vez de miel halló veneno,
Y lucha en vez de la anhelada calma.

No vivió con su edad. Causó fastidio
Todo á su fatigado pensamiento...
Y cantó la sirena del suicidio
En la hora sin luz del desaliento.

Yo sé que él esperaba en otra vida
De justicia, de paz y de ventura;
El mundo para él era escondida
Fuente de iniquidades y tortura.

Todos adoraremos su memoria
De su talento en las hermosas perlas,
Pues renunció á la vida y á la gloria
Cuando otros van recién á comprenderlas.

Diciembre de 1870.

DOMINGO D. MARTINTO

EN EL HOGAR

A mi madre.

En el fondo de antigua chimenea,
Entre rojas y azules llamaradas,
El negro trozo de carbón chispea,
Y de su luz los rayos inseguros,
Al desplegar las alas encantadas,
Luchan y oscilan en los blancos muros.

En un rincón tranquilo de la pieza,
Sobre una piel de tigre, acurrucado
Y hundida en la penumbra la cabeza,
Duerme mi perro fiel, el noble amigo
Que en todas partes encontré á mi lado,
Pronto á gozar ó á padecer conmigo.

Fuera, la lluvia con furor azota
El cerrado cristal de la ventana,
Y en su murmullo, el inconstante viento,
En una triste y quejumbrosa nota,
De la arboleda ó de la mar lejana
Traer parece el inmortal lamento.

Junto al fuego, sentado con el brío
Y el entusiasmo de la edad primera,

Yo dejo errar el pensamiento mío
A los caprichos de cualquier quimera;
Y enjambre de doradas mariposas
Que á los rayos de un sol de primavera
En torno giran de los frescas rosas,
Los dulces sueños de mi amor de niño
Vuelven, como antes á cercar mi vida;
Y otra vez en mi alma entristecida
Se abre la flor de mi primer cariño.

¿No la veis?... ¡Es mi madre! Sonriente,
Sentada al borde de mi tierna cuna,
Próspera y grande sueña mi fortuna
Y el labio imprime en mi dormida frente;
Y luego, al verme despertar, su canto
Une feliz á la oración sencilla,
Y en su semblante candoroso brilla
De su ternura el inefable llanto.

¡Cuadro de amor y de virtudes! ¡Bastas
Para llenar mi corazón entero!
Mas, cual las aves en el roto alero,
Otras visiones como aquellas, castas,
También se albergan en la mente mía,
Y cuando el labio con afán las nombra,
Cantando salen á la luz del día.

La vieja, rota y desteñida alfombra
Donde rodaba en inocente juego,
Bajo el ombú de centenaria sombra,

O donde acaso en mi infantil locura,
Soñé, ofuscado por orgullo ciego,
Alzar Babeles y escalar la altura;
El mueblaje, el retrato suspendido
De la vieja pared; el alfabeto
Con balbuciente rapidez leído;
Todos son trozos de mi amor sujeto
Por algún hilo de feliz memoria.

Aquí no llega del combate humano
El grito de dolor ó de victoria
Que lanza el hombre al agitarse en vano:
Todo la paz de la virtud respira,
Todo al inquieto corazón serena,
Y el alma libre, cual gigante lira,
A cada soplo del recuerdo suena.

¡Aún no concibo como pude, lleno
De engañosa ambición, dejar un día,
Paterna casa, tu inviolado seno,
De tus amores el calor fecundo,
Y todo cuanto en la niñez me hacía
Amar á Dios y bendecir al mundo!

¡Cara pagué mi ingratitud! Mi frente
A los golpes cedió de los pesares,
Mis fuerzas se extinguieron lentamente,
Y mi ardorosa juventud, vencida,
Cual rota barca en agitados mares,
Sola y sin rumbo atravesó la vida.

Pero ¡qué importa! Del paterno techo
Otra vez á la sombra me reposo,
Y junto á todo lo que amé, dichoso
Como antes, vuelve á palpitar mi pecho.

¡Nada ha cambiado! Siempre la fragancia
De los días risueños de mi infancia,
Como perfume de marchitas rosas,
Impregna el aire de mi humilde estancia;
Y hasta en el polvo del sillón ajado,
De aquellos tiempos y de aquellas cosas
Algún recuerdo me dejó el pasado.

¡Ah! cuando venga, enamorada, un dia
La tierna virgen de mis sueños de oro
A ser mitad de la existencia mía,
Dadle también, en armonioso coro,
Dulces objetos en que vivo preso,
¡Dadle, felices, el triunfal saludo,
Mientras se pose mi anhelante beso,
Como ave fiel, sobre su labio mudo!

Solo ella falta ahora á mi ventura
Para que eterna y sin rival se crea,
Y ella vendrá, como la lumbre pura
De un nuevo sol, á iluminar mi paso,
A ser el molde de mi propia idea
Y el dulce asilo de mi triste ocaso.

Quizás entonces, si otra vez, rendido,
Sin fe en el cielo, con el alma fría,

Torno ¡oh mi hogar! á tu caliente nido,
Pueda como hoy, en tu feliz sosiego,
Soñar las glorias de distante día
Junto á la luz del moribundo fuego.

MIS AMORES

Á MI AMIGO, EL POETA CALIXTO OYUELA

I

¿Cuál es el corazón que no ha sentido
Una vez, por lo menos, en la vida,
Redoblar su latido
Al dulce arrullo de una voz querida?

Desde Eva, la inocente pecadora,
Hasta Ninón, la alegre cortesana,
La belleza inmortal, como una aurora,
Ilumina y colora
Con sus destellos la existencia humana.

¡Desgraciado de aquel que, lejos de ella,
Persiga la fortuna!
Nunca en su Oriente encontrará la estrella
Que le guíe á la cuna,
Siempre distante de la dicha ansiada;

Y, como Seguismundo,
Verá tal vez, al fin de la jornada,
Que el bien mayor del mundo
Es ¡ay! pequeño, y muchas veces, nada!

Yo, por mi parte, sé que la hermosura
Es el solo remedio
Que en este mundo cura
La inexorable enfermedad del tedio;
Y ya, por esta y otras mil razones,
Amé, en el viaje de la vida, tanto,
Que me creo, sin grandes pretensiones,
Como María Magdalena, un santo.

II

Era Luisa una rubia encantadora,
De azules ojos, de infantil mirada
Y frente soñadora.
Tenía el busto esbelto,
La mano delicada,
Y la madeja del cabello suelto,
Al rodar por sus hombros, parecía
Luminosa cascada.

Extraña simpatía
Despertaba al momento
El ritmo de su acento,
Y al escucharlo, el corazón sentía
Doblar su moviviento.

La ví y la amé. Como las nuevas flores
Al sol de primavera,
A la luz inmortal de los amores
Abrí al instante mi existencia entera;
Y á veces, sumergido
En pensamientos por demás extraños,
Preguntábame á solas, sorprendido,
Cómo había vivido
Sin ella algunos de mis buenos años.

La amé y tomó la vida
Otro aspecto á mis ojos;
Y al soñar en mi dulce prometida,
Olvidaba los ásperos abrojos
Que encuentra en su camino
Todo el que vive con el alma, y siente
Irradiar en su frente
La eterna luz del ideal divino.

III

¡Amor, amor! Ensueño de Julieta,
Martirio de Eloisa,
Figura encantadora que al poeta
Arrastras sin cesar con tu sonrisa!
¡Amor, amor! ¿Qué pecho no ha sentido
Tus cortos goces y tus penas largas,
Y qué labio en tu copa no ha bebido
Hasta las heces, como el mar, amargas?

Pero ¡no importa! ¡El hombre, fatigado
De la lucha sin fin de la existencia,
Arroja, como Fausto, de su lado
El libro de la ciencia,
Creyendo ¡oh Margarita! que su loca
Y estéril experiencia
No vale un beso de tu casta boca!

IV

Luisa también me amó, y aunque un momento
Como todas, severa y pensativa,
En el alma ocultó su sentimiento,
Duró muy poco su actitud esquiva;
Y viendo un día que callaba en vano,
Con el arte infantil de las mujeres,
Tendiéndome la mano,
Me dijo, llena de rubor: «¿me quieres?»

¡Cuántos instantes bellos
Vimos de entonces resbalar en calma!
¡Y cuántas veces, como dos destellos
Que juntos parten de la blanca luna,
Se confundió mi alma con su alma,
Y confundidas, se sintieron una!
Siempre amantes y unidos,
Al pie del tronco del ombú paterno,
Pasábamos las tardes, sumergidos
En un coloquio eterno;
Y cuando el sol en el profundo ocaso

Lentamente se hundía,
Mientras la sombra con tranquilo paso
Su negro y triste pabellón tendía,
Ella exclamaba en su ternura santa,
Los grandes ojos levantando al cielo,
Como la virgen que en *El Lago* canta:
«¡Horas propicias, detened el vuelo!»

Y cuando ya de la fatal partida
El instante sonaba,
Como tórtola herida
Que busca asilo entre el follaje espeso,
Hacia mí se lanzaba,
Y nuestra despedida
Era un continuo y silencioso beso.

V

¡Vanitas vanitatis!... Mis amores
Al año ya sufrieron el destino
De las hojas marchitas de las flores,
De las ondas, del viento,
Y de cuanto alegró nuestro camino
Con su perfume y su armonioso acento.

Mas, no juzguéis ligeramente, hermosas,
Estos cambios, ajenos
A nuestra pobre voluntad: las cosas
Mejores, son las que nos duran menos!
Y si acaso hay alguna

A quien mi franca confesión enoje,
Que la piedra me arroje...
¡Seguro estoy que no lo hará ninguna!

Luisa luchó, luchó desesperada,
Con la honda indiferencia
Que, de súbito, un día, semejante
A una ráfaga helada,
Cruzó por mi existencia
Y mi cariño marchitó al instante;
Mas, ni quejas ni llanto
Mover pudieron mi insensible pecho,
Para siempre deshecho
De nuestro amor el fugitivo encanto;
Y si partir quería
De su profunda soledad la pena,
El rostro encantador de una morena,
Allá, en el fondo de mi ser, reía.

VI

Esta morocha, á quien la muchedumbre
Consideraba un ángel por lo bella,
Era la fiel imagen de la estrella
Que nunca da calor, por más que alumbre.

Jamás un dulce acento,
De sus labios hermosos desprendido,
Llegó á infundir á mi pasión aliento;
Y en la lista sin cuento,
Donde sus triunfos, cual Don Juan, llevaba,

Solo mi nombre relegó al olvido...
¡Tanto valor á mi conquista daba!

Si es triste que uno quiera
A la misma mujer que le ha engañado,
Aún es más triste verse despreciado
Cual si uno indigno del engaño fuera;
Pues siempre la mentira,
Entre los labios de una hermosa halaga,
Dulce consuelo al corazón inspira
Y sus dolores con largueza paga.

Ni un instante sereno
Le dió, pues, la cruel á mi existencia,
Y al querer olvidarla, la demencia
De mi pasión, hasta á despecho mío,
Me arrastraba á su seno
Como á la imagen de la nube el río.

Mil veces quise reaccionar... ¡y en vano!
De su gentil figura
O indiferente mano,
Por todas partes encontré la huella,
Y en esa fiebre, que rayó en locura,
¡La ví con miedo, cada vez más bella!

Entonces mi memoria,
Por un acaso, recordó la historia
De mi inocente Luisa,
Y hacia ella, arrepentido
Y con alma sumisa,
Volé cual ave en libertad al nido.

VII

Volé... mas, su casita,
Que cual blanca paloma,
Detrás de un bosque de álamos asoma
Y á la quietud incita,
Tenía á mi llegada
Un aspecto de fiesta tan extraño,
Que mi razón turbada
Temió encontrarse con un nuevo engaño.

Vacilé unos momentos,
Luego llamé, y á la sirvienta vieja
Que, incomodada, apareció en la reja,
Lleno de miramientos,
Dije con voz que se acercaba á queja:
—«¿Ves? El pródigo amante
Vuelve otra vez á la paterna casa».
Mas la cruel me contestó al instante:
—«Esta tarde se casa
Luisa, ¡y á fe que le esperó bastante!»

¡Qué horrible sacudida
Fué para mí declaración tan brusca!
¡Al sufrir tal caída,
El hombre en torno inútilmente busca
Todas las fuerzas que le da la vida!

Yo, leyendo el Fedon, como el Romano,
Medité en el suicidio;

Luego soñé en hacerme franciscano
Y llevar á un convento mi fastidio;
Pero esa noche misma,
Mientras probaba que era
El amor de los hombres un sofisma...
Me vine á enamorar de una tercera!

PRIMAVERA

Ven mi adorada, ven! La Primavera
Con caricias de luz, ha despertado
La verde loma y la feraz pradera;
Y sus días risueños,
Hijos queridos del amor, han dado
Flores al árbol, y á las almas, sueños.

Como madre feliz que su hermosura
Con el velo engalana
Que estrenó ante el altar su frente pura,
Así hoy se cubre la inmortal natura
Con el albor de su primer mañana.

Ni una nube aparece
En la cúpula azul del firmamento,
Y el río que solloza y se estremece
A los besos del viento,
Arrojando á tus plantas sus espumas,
En su propia extensión se desvanece,
Bajo cortinas de flotantes brumas.

El ceibo á la luz del sol naciente,
Abre sus flores en guirnaldas, rojas
Como la sangre de tu labio ardiente;
Y entre las verdes hojas
Con que la hiedra y el jazmin florido
El tronco ciñen de elegante palma,
Cual negro punto, se dibuja el nido.

¡El nido! ¡Cuántos cantos de alegría
Se elevan de su seno,
Como se eleva la oración del alma,
Cuando despierta ó se adormece el día!
Está su ambiente lleno
De un perfume divino,
De ese perfume de pasión y gloria
Con que quiso el destino
Con tu recuerdo embalsamar mi historia.

La quietud del paisaje
Tiene algo de infinito, de grandioso;
Y el viento, el río, el ave y el follaje,
Nos hablan, en su idioma misterioso,
De cuanto en este mundo hemos amado;
Y recuerdos sin fin de lo pasado,
Cual bandada de pájaros errantes,
En torno se levantan,
O plegando las alas palpitantes,
De nuestra vida en el sendero cantan.

Y cuando todo allí revive y siente,
Tú también, reclinando la cabeza

Sobre mi pecho ardiente,
Me inundas con la luz de tu belleza;
Y alzando con tus manos los cabellos
Que tiemblan en mi frente,
Mis ojos buscas por hallarte en ellos.

¡Ah, nunca tan hermosa
Como hoy me pareciste!
¡Todo á tu lado juventud rebosa
Y de esplendor se viste;
Y feliz y risueña,
El alma amante un paraíso nuevo
Entre tus brazos sueña!

Cuando mi boca abrasadora llevo
A tu blanca garganta,
Parece que, agitado,
Como una ola que la brisa ha alzado,
Tu seno se levanta,
Y luego, llena de febril cariño,
Apoyando las manos en mi frente,
Como la madre á su travieso niño,
Me empujas dulcemente.

Todo, todo sonríe en ese instante:
El rayo de la luz en la pradera,
Y la luz del amor en tu semblante.

La brisa que en tu blonda cabellera
Se duerme como el pájaro en su nido,
Su aroma por la atmósfera derrama,

Y nos dice al oído:
¡Yo llevo el beso de la flor que me ama!

Y el ave, el arroyuelo
Que bajo de sus olas
Dibuja el fondo del tranquilo cielo,
Todo al pasar, ó bendición ó queja,
En nuestras almas solas
Alguna frase de cariño deja.

¡Amemos, pues, amemos! La ventura,
La gloria de la tierra,
La esperanza, la luz y la hermosura,
Todo en el seno del amor se encierra;
Y el placer más fecundo
Que al corazón opreso
Puede brindarle ¡oh mi querida! el mundo,
¡No vale nunca lo que vale un beso!

ENTUSIASMO

Á JUAN A. ARGERICH

Busque en claustros obscuros el asceta
Para su alma místico consuelo;
Yo gozo con la vida; soy poeta
Y amo la libre claridad del cielo.

Tiene para mi ser la tierra toda
Inefables dulzuras y armonías,
Y en el festín de su perpetua boda
Triunfantes pasan mis volubles días.

Conozco los poemas encendidos
Que con casto misterio el bosque esconde,
Y al arrullo amoroso de los nidos
Como eco suave mi canción responde.

El mundo, en mi cerebro reflejado,
En colores y líneas se transforma,
Y en el ritmo gentil de un verso alado
Sé encadenar la fugitiva forma.

No entre el rudo fragor de lucha recia,
Con la espada, conquisto más laureles;
Nací en los valles de la antigua Grecia,
Y están mis labios destilando mieles.

Tú sola ¡oh vida! ¡inagotable vida!
¡Foco inexhausto de hermosura y calma!
Eres la dulce, la inmortal querida
Con cuyo amor iluminé mi alma.

¡Nada temo de tí! Si oscura nube
Llega á envolverte en importuno velo,
Más alto que ella mi esperanza sube
Para bañarse en el azul del cielo.

Por eso canto, y mi canción jocunda
A los amantes corazones llena,
¡Oh vida colosal, vida fecunda,
Como las madres, generosa y buena!

EN LA ARENA

Si las cadenas de mi triste vida
Por este mundo de combate arrastro,
Y siempre espero, con la frente erguida,
Los golpes del destino,
Es que veo tu rastro
Impreso en mi camino,
Como esa línea que en los mares deja
La rauda nave que los va cruzando,
Sin escuchar la queja
De la ola azul que la besó cantando.

Sólo á la luz de tu recuerdo puro,
Como la flor al despuntar el día,
Se abre la idea en mi cerebro obscuro;
Y con las gotas de mi ardiente lloro,
Sobre el papel, bajo la pluma mía,
Cae encerrada en consonantes de oro.

Sólo por tí, como incansable atleta,
En las arenas de la tierra lucho,
Y donde el vítor del aplauso escucho,
Con mi arpa de poeta,
Me alzo altivo á disputar la palma
Que del más grande ceñirá la frente,
¡Y á la turba inclemente
Arrojo, al par de mi canción, el alma!

¡Todo por tí! Tú, sin embargo, nunca
Podrás premiarme con tu amor divino,
Y antes del día en que mi vida trunca
Descienda al polvo de la estéril nada,
Ya estará en tu camino
La pobre huella de mi pie borrada.

¡Ah! si al cerrar los fatigados ojos,
Al menos, un instante,
El beso ardiente de tus labios rojos
Sobre los míos palpitar sintiera,
Y aprisionado por tu brazo amante,
Contra tu virgen corazón muriera!

¡Ni eso será! Cuando una vez quisiste,
Viendo mi inmenso desamor, un rayo
De luz enviar hasta mi mente triste,
Sumida entonces en mortal desmayo,
Yo, como tú, sabía
Que mi existencia, miserable y loca,
Nunca á la tuya pretender podría,
Porque el jilguero que en los llanos vuela
No se levanta hasta la enhiesta roca
En donde el cóndor de los Andes vela.

¡Ni eso será! Pero mi brazo fuerte
Te mostrará que todavía puedo
Seguir luchando con mi propia suerte;
Que nunca al golpe inexorable cedo,
Con que me hiere mi terrible pena;
Y que, aunque á veces me encontraste herido
Y ensangrentado en la revuelta arena,
No indigno siempre de quererte he sido.

AL POETA OLEGARIO ANDRADE

VERSOS LEIDOS ANTE SU TUMBA

¡El poeta ha caído!
El viejo cóndor, desertando el Ande,
El viento hirió con funeral graznido,
¡Y la patria, llorando, ha recogido
La rota lira del cantor del *Grande!*

Ayer su rudo acento,
Sus vibrantes estrofas, como el rayo,
Al bajar de su altivo pensamiento,
El corazón herían,
Y en la tierra de Mayo,
Cual toques de clarín, repercutían.

¡Hoy calló para siempre!... Pues ¿qué mano
Osará arrebatar de aquella lira
El himno soberano;
Aquel himno que ruge y que suspira
Como el pampero al azotar el llano?

¡El poeta ha caído! Silenciosa,
Al borde del sepulcro, está sentada
Su Musa generosa,
Como una amante esposa
De su joven esposo separada.

Todo dice que ha muerto
El que su antiguo lustre mantenía,
El que arrancar sabía
A las auras salvajes del desierto
La inspiración viril de Echeverría.

¡Ha muerto, sí, pero su canto queda!
Mientras el hombre, nuevo Prometeo,
A los dioses no ceda,
Y con las ansias vivas del deseo,
Lance el reto inmortal á lo infinito
O escudriñe su arcano,
Tú vivirás, poeta,
Como la fe en el pensamiento humano.

¡Tú vivirás! Aunque tu cuerpo herido
En la ruda jornada,
Haya, al fin, descendido
Al polvo de la nada;
Ningún instante te hallarás ausente
De los recuerdos de la patria mía,
Y será tu Occidente,
Como el del sol, interminable día.

ÚLTIMA PÁGINA (1)

Trunco, sin gloria, para siempre cierro
Mi libro inútil, y al cerrarlo acaso,
En él mi pobre juventud entierro.

---

(1) Se publicó por primera vez en el Sud Americano, nº. 8, del 5 de Noviembre de 1888.

Murió la amiga que mi débil paso
Entre las sombras conducir sabía
Y alimentaba mi valor escaso.

Hoy, ave errante, la esperanza mía
No sabe donde reposar el vuelo,
Y está la tierra, para mí, vacía.

En mis instantes de inquietud y duelo,
Ninguna mano á señalarme alcanza
El rumbo ignoto que conduce al cielo.

Perdí la fe, la varonil pujanza
De aquel que á, impulso del amor sin miedo
En el combate de la vida avanza.

Apenas hoy con mis dolores puedo,
Y muchas veces de la amarga duda
Al hondo abismo, fatigado, ruedo

La que en el mundo me prestaba ayuda,
El solo bien que perseguí en el mundo,
Duerme en el seno de la tierra muda.

Ya de sus brazos al calor fecundo
No late más mi corazón, y triste,
En recordarla mi consuelo fundo.

Como otra gloria para mi no existe,
Mi libro inútil, aunque trunco, cierro,
Y con lo grande que en mi ser subsiste,
En él mi pobre juventud entierro.

LUIS N. PALMA

RECUERDOS DE GLORIA

¡Miradlos, ellos son!... ¡Están luchando
Al pie del Ayacucho!... Dos banderas,—
Como las aves del vivac flotando
Se ven en las fantásticas laderas;
Y atruenan la colina
Acentos de victoria,
Rumores de cadenas que se rompen,
Gritos de maldición, himnos de gloria.

Es que dos pueblos luchan. Hoy se juega
La corona de un mundo en la batalla;
Es que ante el grito del dolor que llega,
Hasta el amor de nuestras madres calla;
¡Es que al fin han vencido
Nuestros soldados bravos!...
Hoy nos legan su ejemplo: «¡Sed, nos dicen,
«Mártires, sí, pero jamás esclavos!»

Y el himno de la gloria suena entonces
Entre el recio fragor de los cañones,
Y responde al arrullo de los bronces,
El canto colosal de tres naciones.
¡Y audaz el Plata se alza,
Y se estremece el Andes,
A la diana triunfal de un pueblo libre
Que pasa al mapa de los pueblos grandes!

Sombras benditas de los héroes muertos:
A la voz de la patria que os saluda,
Abandonad los túmulos desiertos,
Romped la loza de las tumbas mudas.
Yo contemplo al reflejo
De un sol que centellea,
Sobre la tabla de la fama escritos
Los nombres de Lavalle y Necochea.

Entre las brumas de la mar, yo veo
Al genio vencedor, á Alvear, que dice:
«Te doy la libertad, Montevideo,
Sé libre hasta morir. ¡Dios te bendice!»
Y agitar sus espadas
En las patrias riberas,
Saludando á los pueblos que batallan,
Córdoba y La Madrid, Paz y Las Heras.

Dos colosos recuerda el pensamiento,
Cual los que ostenta en sus historias Roma:
¡San Martín y Belgrano! á cuyo aliento
El coloniaje tiembla y se desploma.
¡No morirán sus nombres!
Para guardar su gloria,
¡Cada pecho argentino es un santuario!
¡Cada roca del Andes, una historia!

¡Patria, tus hijos son! Duerme tranquila
Bajo el dosel que forman sus espadas;
¡Mientras ardiente busca mi pupila
La historia desigual de tus jornadas,

A la luz del recuerdo
Te ve mi fantasía
Lidiar en Salta y coronar de flores
Tu cabeza de virgen, patria mía!

Yo te he visto luchar tras los profundos
Abismos de Maipú; volar triunfante
A arrebatar el cetro de dos mundos
De las manos nervudas de un gigante;
Y te admiré escalando
La enhiesta cordillera
Para salvar á Chile que imploraba
La sombra colosal de tu bandera.

Yo miro, coronadas de humo pardo,
Cruzar el mar impenetrable y solo
Las intrépidas naves de Buchardo,
Hasta tocar los témpanos del polo;
Y allí tus hechos suenan
De patriotismo ejemplo,
Como suenan las notas de una orquesta
En las calladas bóvedas de un templo.

Yo te he visto de pie, bella amazona,
Entre el fragor de las tremendas lides,
Al romper en los campos de Belona
La pesada corona de los Cides;
Y ostentando á los siglos
Cabe el fiero oceano
La página inmortal de tus conquistas,
La redención del mundo americano.

Y el rudo monte y el peñasco altivo,
Las colinas, los valles y montañas,
Son flameros de luz, recuerdo vivo
Donde leerán los siglos tus hazañas;
Que en este patrio suelo
Cada palmo de tierra
Es una tumba que los huesos guarda
De un titán ignorado de la guerra.

¡Patria! ¡del corazón cayó en pedazos
La cadena fatal! En su alegría,
La libertad te escucha entre sus brazos
Y te proclama «libre» ¡patria mía!
Para cantar tu nombre,
Que el patriotismo inflama,
Sólo es digno la voz con que te invocan
Las cien arpas de bronce de la fama.

¡Ah! no pierdas jamás en tu camino
Tu hermosa libertad! Será tu egida
Mientras haya en el mundo un argentino
Digno del pueblo que te dió la vida;
Y verán las edades
A su fecundo beso,
De los revueltos mares de los siglos
Alborear las auroras del progreso.

¡Y ¡ay! del que imbécil doblegar intente
Tu valiente cerviz al duro yugo!
Tú sabrás batallar, alzar la frente
Y arrancar el puñal á tu verdugo;

Y en tu heroica grandeza,
Con invencibles manos,
Quebrantarás los grillos de tus plantas
Para azotar el rostro á tus tiranos,

¡Mas tú no olvides que la fe del Cristo
Salva los pueblos! A su amor fecundo,
Siglos de edades sin cesar han visto
Salvar la cruz de su naufragio al mundo.
Del vergonzoso crimen
Ante la senda abierta,
Nunca la fe de tu conciencia arranques:
Apóstata ¡jamás! ¡Mil veces muerta!!

«La Fe y la Libertad», he ahí el lema
Que siempre debes ostentar ufana,
¡Ay! del que el credo de su fe blafema!
¡Ay! del que el sol de su pendón profana!
¡Ah! tú no borres nunca
Ese lema bendito,
¡Y atarás tu corona de laureles
Con las cintas de luz del infinito!

¡Compatriotas! marchemos de la mano
Por la senda triunfal de las naciones,
Que nuestro porvenir no es un arcano
Engendrador de eternas ilusiones.
La libertad sagrada
En su sublime idioma,
Nos habla de grandezas que renacen,
De un pasado sin luz que se desploma.

¡Uno es nuestro ideal! Fuerzas ingentes
Nos empujan al mundo del progreso,
La victoria nos lleva, nuestras frentes
Sólo se inclinan de su gloria al peso;
Y de los pueblos libres
En la mesa escogida
Nos sentamos también, y allí brindamos
En la brillante copa de la vida.

Y en ese canto universal que eleva
De cada pueblo colosal la gloria,
Que entre sus alas de gigante lleva
Coronas de laurel en la victoria,
Se enlaza siempre el himno
De las naciones grandes:
Un ritmo cadencioso, el de la Pampa;
Una nota inmortal, la de los Andes.

¡Hoy formamos un pueblo! Pueblo hermoso
Que deja tras de sí brillantes huellas,
Y marcha como el sol, audaz coloso,
Entre el polvo de luz de las estrellas;
Y la tierra se mueve
A su triunfante paso,
Y saludan su nombre bendecido
Las naciones de oriente y del ocaso.

Unidos por la paz, ¡marchad altivos
A la lid de la industria! ¡Esa es la senda!
Sobre campos de palmas y de olivos

Id á plantar la vencedora tienda.
¡El porvenir es vuestro!
¡Es vuestra la victoria!
¡Las manos enlazadas del escudo
Os llaman al concierto de la gloria!

CHACABUCO Y MAIPO *

(FRAGMENTO)

. . . . . .

Un pueblo adormecido su alba frente
Levantó del sepulcro de la historia,
Llamando un salvador que el refulgente
Pabellón tremolara de victoria;
Y el salvador gritó:—«¡Pueblo valiente!
Juras arrodillado ante la gloria
Morir al pie de nuestro emblema puro?»—
Y el bravo pueblo contestó: «Lo juro.»

Este fué el himno de canción primera
Que resonó en los valles tropicales;
Fué el eco que se oyó en la cordillera
Al inclinar sus moles colosales
Por saludar la bicolor bandera;

* Declamada el día 28 de Mayo de 1880, en el colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fé.

Esto oyeron las sombras eternales
De los Incas de Maipo en los dinteles,
Entre dulces murmurios de laureles.

Allá do el cóndor á colgar se atreve
Su nido solitario junto al cielo,
Donde tan sólo en el peñón se mueve,
La sombra inquieta que dejó en su vuelo;
Allá do envueltas en brillante nieve,
Cual estátuas blanquísimas de hielo,
Airadas muestran las grandiosas moles
Los que ayer fueron campos españoles.

Cuando la luna desde el cielo baña
Con torrentes de luz la faz obscura
De la desierta y áspera montaña,
Es fama que, al compás del aura pura,
Se oye una voz que con dulzura extraña,
Desde un torrente bramador murmura:
«¡Fué aquí do San Martín tronchó en un día
La sierpe de la negra tiranía!»

«Aquí al herir la frente del tirano,
Hizo saltar de libertad la fuente
La espada del *caudillo americano:*
«Yo soy aquel benéfico torrente
Con que apagó el volcán del odio hispano,
Que tres siglos quemara un continente;
Ese genio inmortal que aún pasar siento
Sobre las alas del tranquilo viento.»

«¡Yo ví en el fondo de mis turbias olas,
Revueltas en horrible remolino,
Las armas y banderas españolas;
Yo ví flotar el victorioso lino,
Cruzado de brillantes aureolas,
En el brazo de ese ínclito argentino;
Yo ví las flores de su sien, y al verlas
Quise aplaudirlo y le ofrecí mis perlas!»

«Que feliz me sentí cuando el ibero,
En medio del horror de la derrota,
Volvió la espalda y arrojó el acero.
Yo lloré de placer y gota á gota
Empapé con mi llanto su sendero;
¡Mas no le abandoné, tras el patriota
Me lancé por las ásperas gargantas
Para besar el polvo de sus plantas!»

«Yo miré un día al inmortal coloso,
Desde la cumbre de mi trono ufano,
Echarse entre el estruendo fragoroso
De la lid, sobre un león, lanzarlo al llano,
Aherrojarle con éxito glorioso,
Y arrastrarle después al oceano.
Desde entonces yo soy el centinela
Que al pie del ara su victoria vela.»

La Gloria que hasta entonce oyera atenta
Alzarse estos acentos tan radiante,
Es fama que en la noche soñolienta

Con noble majestad dijo al instante:
«Chacabuco y Maipú, la patria os cuenta
Cual si fuerais las alas del gigante;
Dos florones de luz entre los cuales
Brilla el sol de sus glorias colosales.»

Chacabuco y Maipó son los flameros
Que incendió San Martín en la pelea,
De su patria en los áridos linderos;
Al rayo de ese sol que centellea,
Sobre ellos, como en dos ígneos letreros,
Nuestra patria argentina deletrea:
«¡Aquí duerme el coloso de los Andes!»
«Pueblos que os gloriais de él,
¡Sed como él grandes!»

EL AGUILA DEL ORINOCO

¡BOLIVAR!

Allá va, allá va, sobre la cumbre
Del Chimborazo audaz refrena el vuelo;
Quiere mares de fuego y roja lumbre
Con que inflamar el pabellón del cielo.

Quiere playas bravías, altos montes,
Avanzadas de eternas soledades,
Espacio, luz, inmensos horizontes,
Donde imperan inmensas soledades.

En sus ensueños de grandeza ansía
Que luzca un sol de libertad y gloria,
Que en cascadas de luz anuncie el día
De eterna redención para la historia.

Fija su vista en el soberbio Atlante
Que se revuelve en su prisión de piedra,
Mira luego al pacífico gigante
Y ni el rugir de su aquilón lo arredra.

Quiere irse á posar sobre el austero
Peñón de Ituzaingó, de peña en peña,
Para decir al universo entero:
«América es mi esclava; soy su dueña».

Delira con la unión de las naciones;
Fuera su único amor, amor profundo,
¡Si pudiera al fragor de los cañones
Entre sus garras sujetar al mundo!

Entonces fuera grande, entonces fuera,
Sobre su nido de laurel sangriento,
A bañarse del sol allá en la hoguera
Y á herir con himnos de victoria al viento.

¿No la veis? ¡oh! el vértigo la mueve,
Cual si oyera rumores de victoria!
Deja su altivo pedestal de nieve,
Para buscar un pedestal de gloria.

Va á cumplir su ideal. ¡Bendita sea!
De monte en monte, de la cumbre al llano,

Va á realizar su gigantesca idea:
«¡La comunión del mundo americano!»

En pos de su ideal, el torbellino
En su carro la lleva. Va triunfante
Marcando á las naciones su destino
Con sus robustas alas de gigante.

Del Cumaná al Potosí grandioso
Nada detiene su carrera, ¡nada!
No hay lindero á su vuelo poderoso,
Ni más ley que la punta de su espada.

Juega del mapa con las viejas leyes,
Borra sus lindes y sus glorias quema,
Y arrebata los cetros de los reyes
Para fundir con ellos su diadema.

Y porque quede su memoria viva
Y al mismo siglo su victoria asombre,
Quita el nombre de «América», y da altiva
A sus conquistas de «Colombia» el nombre.

¡Oh águila caudal, deten el vuelo!
Tu misión ya cumpliste, ya eres grande!
Será tu templo el pabellón del cielo,
Será tu peña la cerviz del Ande.

«Busco más gloria—me responde y vuela,
Como el turbión que el huracán desata.—
«Quiero seguir la luminosa estela
Que el genio deja en el hirviente Plata».

«¡Yo quiero dominar el Amazona,
Y arrebatarle en mi altanero vuelo
El disco de su sol, que es mi corona,
Y entre mis garras un girón del cielo!»
Va á cumplir su ideal. ¡Bendita sea!
De monte en monte, de la cumbre al llano
Va á realizar su gigantesta idea:
«¡La comunión del mundo americano!»

Á LA FAMILIA HISPANO-ARGENTINA

..... España, dijo:
«Hija del corazón, ven á mis brazos!»

¡No son dos pueblos ya!...¡Un soplo alienta
Dos almas de gigante! Van sonoras,
Apagando el rumor de la tormenta,
Voces de libertad, canto de auroras.
Es que España y mi patria,
¡Asombros de la historia!
Olvidan hoy su odios, ¡hoy se abrazan
A las puertas del templo de la gloria!

¡Feliz conciliación! ¡Eterno anhelo!
¡Olvidando el rencor, vuelta la calma,
A España vamos con la fe en el cielo
Y nuestra libertad dentro del alma!
Hoy volvemos al lado
De la madre adorada,

A dejar en su seno nuestros lauros,
A romper á su planta nuestra espada.

En vano ruge el mar embravecido,
Azotando las costas españolas:
¡Para borrar su nombre bendecido
No basta el mar con sus tremendas olas!
Hay hechos que no mueren,
Hay nombres que proclama
Eternamente la victoria y vibran
En las gigantes arpas de la fama.

¿Cómo no amarte, España? Hermosos lazos
De paz nos unen y de amor profundo:
¡Despertamos al mundo entre tus brazos!
¡Y hoy en tus brazos nos admira el mundo!
Hay comunión de glorias,
De penas y de amores....
¡Cuántas veces el ángel de las lides
Entrelazó á tus lauros nuestras flores!

Con ritmo acelerado, ardiente late
La sangre de la Iberia en nuestras venas;
Y aprendimos, luchando en el combate,
Libre como ella á destrozar cadenas,
Un día, entre el estruendo
De la fatal batalla,
Con ella fuimos á cavar la tumba
Del invasor inglés, cabe la playa.

Y el laurel inmortal de aquella hazaña,
Que allá en las aras del honor germina,
Ciñó dos frentes...¡La valiente España
Abrazada á la sílfide argentina!
Ese heroico recuerdo
De la gloria primera,
Palpitará en las páginas graníticas
Que azota el huracán en la ribera.

Cuando sufrió la tierra amedrentada
El duro peso de extranjeras leyes
Y el «Arbitro del Mundo» hundió en la nada
Pueblos de libertad, tronos y reyes;
Cuando todo temblaba
Bajo el cetro del Sena,
España no tembló, y holló triunfante
Las palmas de Austerlitz y las de Jena.

¡Cayó el águila audaz, cayó impotente!
Y de Baylén en el sangriento llano,
Un niño vencedor alzó la frente....
¡San Martín! ¡El gigante americano!
Allí ensayó sus alas
El «Cóndor Argentino»
¡Para colgar su nido de laureles
Sobre la frente del peñón andino!

Cuando al cruzar la arena del desierto,
Cubrió de gloria su pendón España,
Y sucumbió Tetuán y alzó un concierto

Asombrada la tierra á tanta hazaña,
También exhaló el Plata
Ardientes barcarolas,
Sacudiendo con vértigos de triunfo
Las entusiastas palmas de sus olas.

Mas un día ¡oh dolor! la patria mía
Sintió oprimida su inmortal cabeza
Por un genio brutal, la tiranía,
¡Día de execración y de tristeza!
El tigre sanguinario
De la pampa salvaje
Lanzó un rugido, y se tiñó de sangre
El capullo de espumas del oleaje.

Un rojizo vapor subió á la altura,
Al sordo ruido de siniestra guerra,
¡Y esa nube de sangre pasó impura
Como una maldición sobre la tierra!
Y los tristes poscritos,
Hecha el alma pedazos,
Del tibio hogar en su dolor huyeron,
Y España al verlos les tendió sus brazos.

¡Yo no sé qué atracción, qué fuerza ignota
Une España á mi patria! Tal vez fuera
Un recuerdo feliz que á veces brota
Del glorioso girón de una bandera:
Tal vez triste y doliente
El sufrimiento hermano,
Sus pechos desgarrados por la mano
De la guerra civil que los profana;

Tal vez fuera un deber...Mas no! yo siento
Que todo habla de amor: el aura suave,
El mar que ruge, el murmurante viento,
La flor, el bosque, la laguna, el ave;
Todo guarda recuerdos
De amores y cariño:
La religión, la sangre, el mismo idioma
Que habla el hombre y balbucea el niño.

¡Sí! en el lenguaje de Cervantes hablan
Nuestras pasiones de expresión de fuego,
Que las hace vivir y en ella estallan
Gritos de indignación, voces de ruego.
¡Ese es nuestro legado!
Es la herencia preciosa
Que aprendimos, soñando con el cielo,
En el regazo de la España hermosa!

Hoy marchamos con ella de la mano,
Por la senda triunfal de las naciones,
Y nuestro porvenir no es un arcano
Engendrador de eternas ilusiones.
La libertad sagrada
En su sublime idioma
Nos habla de grandezas que renacen,
De un pasado sin luz que se desploma.

¡Uno es nuestro [illegible] Fuerzas ingentes
Nos empujan al mundo del progreso!
La victoria nos une. Nuestras frentes
Sólo se inclinan de su gloria al peso;

Y de los pueblos libres,
En la mesa escogida,
Nos sentamos también, y allí brindamos
En la brillante copa de la vida!

Y en ese canto universal que eleva
De cada pueblo colosal, la gloria,
Que entre sus alas de gigante lleva
Coronas de laurel en la victoria,
Se enlazan siempre al himno
De las naciones grandes,
Un ritmo candencioso, el del Pirene,
Una nota inmortal, la de los Andes.

¡Hoy formamos un pueblo! Pueblo hermoso,
Que deja tras de sí brillantes huellas
Y marcha como el sol, audaz coloso,
Entre el polvo de luz de las estrellas,
Y la tierra se mueve
A su triunfante paso,
Y pronuncian su nombre bendecido
Las naciones de oriente y del ocaso.

Y si en días ¡qué horror! tristes y aciagos
Nos juramos rencor, ebrios de saña,
Sobre la sangre que manchó los lagos,
Al pie de la granítica montaña;
¡Ay! del bendito libro
De las dulces memorias,
Arránquese esa página de luto
Y quémela el volcán de nuestras glorias.

¡No más rencor! La criminal venganza
Audaz engendra la traición y el miedo;
¡Temblad el día que rompais la alianza,
Hijos de San Martín y Recaredo!
¡Coronados de oprobio,
Caminareis inciertos,
Llevando como estigma en la conciencia
La maldición de vuestros padres muertos!

Unidos por la paz, marchad altivos
A la lid de la industria! ¡Esa es la senda!
¡Sobre campos de palmas y de olivos
Id á plantar la vencedora tienda!
La aurora brilla...
¡Vuestro es el porvenir!
¿No veis? ¡ya flotan de la gloria al viento
Los pendones del Plata y de Castilla!

AMÉRICA Á LA SOMBRA DE LA CRUZ

CANCIÓN

¡América feliz! Astro bendito
Que guardaron los siglos con sus nieblas
En la cuna del mar. Mundo proscrito
Que con tus ayes los espacios pueblas,
Llegó tu redención!... Alza la frente,
Sultana de las selvas y los mares,

Hoy que imprime en el nuevo continente
La cruz divina su candente beso,
Himnos de libertad, dulces cantares
Preludian ya las arpas del progreso.

¡Ha llegado la cruz! Árbol de vida
Que del Calvario en el peñón sombrío,
Cuando temblaba de pavor rendida
La montaña altanera y el vacío,
Con siniestros relámpagos brillaba;
Sus brazos sacrosantos extendía
Á esa raza infeliz que ayer danzaba
Sobre las fauces del abismo abiertas,
Mientras su sombra colosal caía
Sobre el panteón de las edades muertas.

¡Esa es la cruz que triunfadora llega
Del mar de Atlante á la sonante orilla!...
¡Signo de redención, á tí se entrega
El mundo de Colón y de Castilla!...
Al sentirla llegar alegres cantan
Las dulces aves que el placer aduna,
Las florestas del trópico levantan
De azules flores su gentil diadema,
Y cada flor al rayo de la luna
El suave incienso de su aroma quema.

El mar sacude su pendón de espumas
Saludándola alegre. Centelleante
La aurora enciende las inquietas brumas

Del nebuloso septentrión, que ondeante
Su túnica de armiño desprendía
A los vientos del polo. Y la montaña,
Con ignoto cantar saluda el día,
Agitando los trémulos volcanes
Que avivan al pasar, ébrios de saña,
Nuncios de tempestad, los huracanes.

Todo canta en redor, todo suspira...
¡Natura exhala su canción sonora,
Como si fuera la vibrante lira
En que el poeta sus endechas llora!
¡Todo es hermoso, encantador, sublime!
En su idioma de amor hasta el profundo
De un mar sin playas sollozando gime,
Y presa del delirio tiende el vuelo
El alma hasta su Dios, buscando un mundo;
El alma hasta su Dios, buscando un cielo.

¡América es feliz! Tiene en su seno
Cuanto de grande el pensamiento sueña:
¡Un cielo siempre azul, dulce, sereno
Auras, selvas y luz; vega risueña
Donde las brisas con las flores juegan;
Sonoros ríos que la barca hiende
Y á confundirse con los mares llegan,
Y símbolo de amor y de cariño
La cruz divina que sus brazos tiende
Como una madre al abrazar á un niño!

¡Bendita cruz! á su fulgor divino
Los falsos dioses en pedazos ruedan,
Entre el revuelto polvo del camino,
Y sus altares lúbricos remedan
Polvorientos escombros calcinados
De una obra colosal que se desploma.
¡Pobres pueblos con dioses fabricados!...
Yo me asombro al pensar ¡dolor profundo!,
Que tuviera también sus dioses Roma:
¡Y Roma entonces dominaba el mundo!

Transformación grandiosa se elabora
Bajo el amparo del madero santo,
A quien el cielo americano adora,
Y eleva altivo de grandeza un canto.
¡La libertad nació! Nuestros derechos
Ante los pueblos con valor proclama,
¡Hoy somos hombres libres! Nuestros hechos
Tendrán su altar también, tendrán su historia.
¡Divina religión! ¿Quién no te ama?
¡Gloria á la santa cruz, mil veces gloria!

Ya ilumina las sombras del vacío
El sol de la verdad, y amedrentado
Vuélvese y huye el sacerdote impío
Que arranca el corazón ensangrentado
De la víctima vil, y satisface
Su sed de sangre y su rencor de fiera,
Brindándolo á su dios, al sol que nace.
Ese vapor de sangre, que en la tarde

Olfateaba bramando la pantera,
No es ya el incienso que en las aras arde.

La cruz irradia su fulgor de gloria
Sobre el mundo naciente, y lo convida
Al festín de la ciencia y la victoria,
A libar en la copa de la vida.
Lo lleva de la mano hasta la valla
Que las ciencias levantan y le dice:
« Este lindero que á tus plantas se halla,
No traspases jamás, ese es mi imperio.
¡Quien lo profane encontrará ¡infelice!
Silencio y soledad, sombra y misterio!»

« Yo te daré mi fe; con ella vuela;
Vuela del genio á conquistar la palma,
Do la razón sin fe tiembla y se hiela,
Como en las horas del dolor el alma.
Yo salvaré ese caos donde rugiente
La tempestad de la razón humana
Alza hasta Dios su endurecida frente.
Tú lo hallarás después, mas nunca olvides
Que nuestra fe con la razón se hermana
En brazos de la paz, nunca en las lides ».

¿Oís? Al templo de la ciencia os guía,
Donde se emprende la inmortal contienda.
Pueblos nacientes de la patria mía:
Seguidla por doquier, esa es la senda.
¡Seguidla y sereis grandes! Las naciones

Que á su sombra se formen, oirán luego
De la industria en el yunque sus canciones,
Y verás, al través del humo denso
Que corona sus fábricas de fuego,
Un porvenir á su ambición inmenso.

¡Marchad sin vacilar! Tiemble natura
Bajo las ruedas del corcel de acero
Que atraviesa jadeante la llanura,
Veloz como los vientos del pampero;
Y en la eléctrica red que desparrama
Sus hilos por doquier, triunfante vibre
Vuestro nombre inmortal. Cante la fama
Y vuele el eco de su canto solo,
Desde el fuego de un mundo siempre libre
A los helados témpanos del polo.

¡Avanzad sin cesar, la cruz os guía!...
Si infames, la olvidais en la jornada,
Vuestra frente hollará la tiranía;
Sereis hombres sin fe, no valdreis nada.
¡Recordad que si un pueblo envejecido
Al peso de los siglos se derrumba,
Solo la cruz, sobre el titán rendido
Tiene sus blancas alas siempre abiertas,
Como un angel de Dios sobre la tumba,
Velando el sueño de las razas muertas!

LAS ARPAS MUDAS

¡No sucumbe en las noches giganteas
El pensamiento humano!
¡Ni el torrente inmortal de las ideas
Va á morir como mueren los torrentes
En el valle lejano!

¡El pensamiento es águila, y su vuelo
Nadie encadena sin romper sus alas!
Para alentar su marcha salvadora,
Le dan las cumbres sus eternas galas,
El espacio su cielo,
Su aliento de titán los huracanes,
Y el fulgor colosal de sus incendios
El fuego abrazador de los volcanes!

¡No arroja el arte al polvo su corona
De laureles y palmas!
No olvida su memoria
La música sublime de las almas,
Más sublime que el canto de la gloria!

¡La virgen poesía
Es vida, es armonía,
Rumor de flores, cántico de aves,
Alborada de luz rompiendo el día,
Grito del alma que el amor expande
En canciones suaves,

Esperanzas, recuerdos, besos, lágrimas,
Notas del corazón,... todo lo bello!...
¡Dios, la patria, el hogar,... todo lo grande!

¡No callan los poetas porque el arte
Haya roto su lira,
Ni la vestal gallarda haya extinguido
En la sagrada pira
Que encendieron los dioses inmortales
La llama de las nobles emociones,
El fuego de los santos ideales!

Callan los bardos, porque el alma siente
Estruendo de borrascas en la altura...
¡Eternas noches de dolor presiente,
Adivina el fragor de un cataclismo,
Ve centellear las nubes en su frente,
Ve rugir á sus plantas el abismo!
¡Ah! cuando el ave calla,
Y apenas un gemido
Remeda el eco de aflicción extraña,
Es que el turbión que habita en la montaña
Va con violencia á sacudir su nido!

El siglo del progreso,
El que lleva en su mano redentora
La luz del rayo para abrirse paso
En la fiebre voraz que lo devora,
Con rapidez de vértigo se mueve;
Y va herido á morir en el ocaso

El coloso más grande de los siglos,
¡El siglo diecinueve!

¡En pos de la esperanza,
Que infunde al corazón nuevos alientos,
La humanidad sobrecogida avanza!
¡Y de asombro en asombro,
Ve que llena esa edad de los portentos
El gigantesco nombre de su fama
El ruido colosal de sus inventos!

¡Todo la fuerza material lo absorbe,
Y el rudo sello de su amor le imprime!
¡Ya el infinito su poder no arredra! . . .
Ya no hay nada sublime,
Sino la hulla y el carbón de piedra!

¡Ya no hay templos, ni dioses, ni oraciones,
En el pueblo sencillo,
Ni caen sobre él las bendecidas aguas!
¡El yunque es el altar! No hay más plegarias
Que las que arranca el golpe del martillo
Al hierro enrojecido de las fraguas!

¡Ha seguido al incienso
El humo de las fábricas de fuego!
¡Y á ese concierto inmenso
De los dulces amores,
El ruido atronador de los talleres
Y el continuo silbar de los motores!

Hoy todo se echa á la infeliz balanza
Del cálculo mezquino:
¡El corazón, el alma y la esperanza!
Hoy todo desmerece,
¡La virtud y la ciencia!
Todo en subasta pública se ofrece:
¡El pudor, la honradez y la conciencia!

Que en su incansable espíritu de empresa,
Por conseguir un bien que no comprende,
¡El siglo del vapor, todo lo pesa!
¡El siglo del metal, todo lo vende!

¡Han muerto los sublimes ideales
En que el alma se inspira
Para tejer canciones inmortales!

¡El éxito sin fe, tomó la lira,
La hizo crujir entre sus manos rudas,
Y la estrelló á sus plantas!...
¡Ya los vates no cantan!...
¡Las arpas están mudas!...

¿Qué habrá en la patria que sus bardos callan?
¿Qué se han hecho sus genios tutelares?...
¿Habrá arrancado el huracán la selva?
¿Habrá borrado el huracán sus mares?

¿Dónde están los poetas?
¿No hablan á su memoria
Nuestra leyenda—asombro de los siglos,
Nuestra apopeya—asombro de la historia?

¿Por qué callan? ¡Mirad!—¡Cuando la patria,
Fijos sus ojos en la azul esfera,
Guarda silencio mudo,
Es que afligida llora
Sobre el crespón que enluta su bandera,
Sobre el lodo que mancha nuestro escudo!

¡Ya no es la patria de antes! ¡La que un día
Fundieran en sus bronces los cañones,
La patria del valor y la hidalguía,
La patria de las grandes tradiciones!

¡Ya no es la misma que clavó en la cumbre
De la alta cordillera sus pendones!
La que dijo á sus bravos:
«¡Id á la lucha á redimir naciones!»
«¡Id á la lucha á libertar esclavos!»
¡Ya no despierta heroicos entusiasmos
La diana del combate,
Ni la indigna el crujir de las cadenas!...
¡La sangre está demás en nuestras venas!
¡Una alma enferma entre sus fibras late!

¡No es la que vieron levantar la frente,
Bajo el arco triunfal de sus espaldas,
Maipo, Junín, Ituzaingó y Florida,
En gloriosas jornadas!

¡La que admiró el Pacífico,
Y aclamaron las ondas del Atlante;
La que pasó triunfante
Por Quito y Magallanes;

Y vió encender, para alumbrar su paso,
Las flámulas de fuego
Que agitaron soberbios los volcanes
En la encrespada sien del Chimborazo!

Ya no es la patria de antes!...
¡Vencido el porvenir en sus deseos,
Bajaron á la tumba los gigantes,
Y treparon la cumbre los pigmeos!

El pueblo de la heroica independencia
No vive del recuerdo de sus glorias...
¡Destino, porvenir, todo lo olvida,
En su egoismo estrecho!

¡Y es hoy su indiferencia,
La muerte del civismo en la conciencia,
La abdicación cobarde del derecho!

¿Dónde están los poetas?
¿Por qué su voz á despertar no llega
A ese pueblo que duerme?
¡Ah! cuando un pueblo inerme,
Soberbio, olvida su virtud austera,
No es digno ni del aire en que se mece
El glorioso girón de su bandera!

¡Cuando en horrible día,
Surgió á la orilla del undoso Plata
Sangrienta tiranía,
Nuestros nobles poetas

Levantaron las arpas en su mano,
Para cantar las glorias de la patria,
Para execrar el nombre del tirano!

No fué su acento la expresión del ruego,
Ni fueron á pedir flores al arte;
¡Su voz fué rayo y desgarró la herida!
¡Sonó de Mármol la canción de fuego,
Como un grito de Marte,
Y saludó con voces de victoria,
La patria redimida,
La voz de trueno de Rivera Indarte!

¡Hoy callan los poetas!...
¡Las ráfagas inquietas,
Hoy ya no van á recoger sus notas!
¡Sus liras de oro en el ceibal colgaron,
Truncos sus cantos y sus cuerdas rotas!
Sombras hay en el cielo,
Sombras de tempestad que se levantan,
Como en las almas las tremendas dudas...
¡Ya los vates no cantan!
¡Las arpas están mudas!...

¡Nunca la noche del dolor fué eterna!...
¡Tras la bruma sombría
Vendrán las alboradas redentoras,
Con guirnaldas de auroras,
A coronar la sien de un nuevo día!
Cuando en las altas cumbres
De los montes andinos,

Veais que un sol de redención chispea,
Como hirviente cascada;
¡Soldados de la idea,
Poetas argentinos,
Descolgad vuestra lira!... Es la alborada.

¡Tomad el arma con viriles manos,
Y rimad al tronar de los cañones
Sus cantos soberanos!
Alzad vuestras canciones,
Para decir con inmortales notas:
«¡De pie, nobles patriotas!»
«¡En el pueblo argentino no hay tiranos!»

LA REVOLUCIÓN

Ya la siento llegar... su inicua sombra
Mis pasos turba y mi conciencia aterra:
Tiene su acento atronador de guerra,
El rugido del mar, la voz del trueno,
El grito del salvaje y el profundo
Fragor del terremoto,
Que sacude los ejes de la tierra
Y hace temblar sobre su asiento al mundo.

Su mirada es de fuego, y una idea,
Como un rayo de luz en su pupila,

Sangrienta centellea:
Es la ley del error, el vilipendio
Del éxito brutal contra el derecho;
Es el fulgor siniestro del incendio,
La sentencia de muerte, el anatema
Contra el cetro, el altar y la diadema.

Suelto el cabello desgreñado y fiero
Sobre su espalda flota;
Y es su túnica negra, ajada y rota,
La sombra condensada
Que del cieno moral inmunda brota;
Y la arrastra frenética en las calles
Manchándola con lodo,
Como arrastra por cima de los valles
Sus largas vestiduras
La nube que al pasar soberbia ostenta
Y que sacude airada
Con su mano nervuda la tormenta.

Sorda al beber y de ambición sedienta,
Por medio de los pueblos se abre paso..
¡Miradla caminar desenfrenada
A impulso de su loco desvarío;
Miradla caminar, busca el ocaso;
Busca su loco dios, que es el vacío,
La destrucción, el vértigo y la nada!

Todo á su empuje se estremece y cede;
Todo tiembla de horror, todo vacila;

¡Parece que llevara en su cerebro
El genio de los bárbaros de Atila!
Destruye el templo, lo profana y huye
A los fulgores de la tarde inciertos,
Y va á romper las losas de las tumbas
Para insultar los muertos;
Con sus manos nefandas,
Las inscripciones del sepulcro borra,
Rompe las cruces y derrama al viento
El polvo de sus urnas veneradas.
Al mirarla pasar, desde su asiento,
Las estátuas parecen animadas
Levantarse en su lecho de granito,
Increparla, llorar, volverse airadas,
Y lanzar ¡ay! un grito,
Mezcla de maldición, de rabia y miedo,
Del fondo de sus túmulos desiertos...
¡Tremenda maldición la de los muertos!

La hidra del furor aun guarda lleno
El cáliz de su bárbara venganza,
Y corre á derramar ese veneno
Donde el poder de su rencor alcanza.

Al sentirla llegar, lloran los reyes
Su viejo poderío;
Y es su regia corona,
En la noche fatal de su grandeza,
Un anillo de bronce estrecho y frío
Que oprime su cabeza.

Entonces temblorosos y cobardes,
Por libertarse de tan duro yugo,
Quisieran deponerla ¡qué vergüenza!
En la frente brutal de su verdugo!

¡Mas en vano!... el puñal del asesino
Desgarra sus entrañas;
Y la plebe en confuso torbellino
Cruza las calles y feroz despliega
Al viento de las iras sus pendones;
Y despiadada y ciega,
En la hoguera voraz todo amontona,
Leyes, instituciones,
Caducos tronos, y en señal de gloria,
Arroja la diadema
Al incendio fatal: es su victoria.

Ásperas voces destempladas rompen
En báquicos cantares,
Y al lúbrico compás de su armonía
Se oye la voz de la revuelta impía
Alentando las turbas populares:
—¡Atrás poderes viejos!
Pueblos que me adoráis, seguid mis huellas:
Donde suene la voz de mis consejos,
Donde mi altivo pensamiento vibre,
Habrá un pueblo sin ley, un pueblo libre.—

Alemania creyó, la incauta Rusia
Se adormeció en sus brazos;
Y allí con necio empeño

Todo lo ambicionó, lo deseó todo,
Y halló tan sólo, al despertar del sueño,
Lodo en la frente, en la conciencia lodo.

También España, la que fuera un tiempo
Señora de ambos mundos,
Envuelta en la pesada polvareda
Que dejara tras sí, la siguió un día...
¡Día de execración, noche en la historia!
España delirante
Por la fiebre voraz que consumía
Sus fuerzas de gigante,
Se abrazó con la infame tiranía,
Soñando en su delirio con la gloria.

Edén del viejo mundo, Italia hermosa,
Por quien la historia sin cesar suspira,
Templo del arte, encarnación del genio,
¿Do las turbas están que ardiendo en ira
Arrebataran ciegas de tus manos
El arpa de oro y la vibrante lira
Para cantar ¡qué horror! á tus tiranos?
¿Dónde están dí, los que en la noche aquella
De tus orgías entre el humo espeso,
Profanaron tu frente de doncella
Al imprimir en ella
De la traición el vergonzoso beso?
¿En dónde, Italia, están?...Todos huyeron,
Dejando sólo, en arras
De ese cariño que falaz mintieron,
La cicatriz sangrienta de sus garras.

Y tú, bella sirena,
¿Qué dices en la noche soñolienta,
Cuando mece la cuna la tormenta,
Y te arrullan los cánticos del Sena?

¡París, París! ¡al pronunciar tu nombre
Me lleno de pavor!...¿Quién no se asombra
Al fulgor del incendio y la *Comuna,*
A la luz del petróleo y de la tea?
¡Yo escucharé de pie!... ¡Ay! ¡sólo miro,
Cegado por el polvo de tus ruinas,
Rotos altares, derrumbados templos,
Volcados tronos, sin vigor las leyes,
Y rodando en infames guillotinas
Las cabezas sangrientas de tus reyes!

¡Revolución fatal! basta de horrores,
De labor infecunda,
De crímenes sin cuento y vil escoria!
Donde antes sangre, derramemos flores,
Y el manto de la gloria
Enjugue ya las lágrimas del mundo.

Basta de luchas, que las patrias lloran
Sus locos devaneos;
Las guerras sin honor no engendran pueblos;
A su sombra tan sólo se elaboran
Naciones de raquíticos pigmeos.

El desorden sin fin, el desenfreno
De las pasiones ciegas,

Forman un mar de sangre y de veneno,
Y al viento de las iras populares,
Del fondo de ese mar sin valladares,
Nacen tan sólo corrupción y cieno.
Tú lo sabes también, patria adorada,
Que entregada al furor de los tiranos
Viste tu escudo mancillado y roto
En las guerras de hermanos contra hermanos.

No olvidaré esa tarde
¡Baldón eterno de la patria historia!
En que cayera envuelto en su bandera
Un mártir de tu gloria.
¡Cuánto entonces lloré ¡ay! la memoria
De esa escena de horror turba mi sueño.
Yo ví caer el pabellón risueño
De mi dicha infantil bañada en llanto,
Y con respeto santo
Lo acercaba á mis labios con cariño;
¡Era el primer dolor que arrebataba
De mis ojos mis lágrimas de niño!

Recuerdos de dolor, pasad veloces,
No desgarreis mi corazón que estalla;
Rumores de batalla,
Lamentos de orfandad, tétricas voces,
Que pretendo extinguir y lucho en vano,
Tenedme compasión... ¡era mi hermano!

¡Perdona, madre, que á turbar me atreva
Con su recuerdo tu ilusión de madre!

Tal vez mi voz tu corazón taladre,
Pero perdona, que mi acento lleva
Tu dulce nombre entrelazado al mío,
Y al rodar en su tumba solitaria
Formará con las ondas cabe el río,
Un cántico de amor y una plegaria.
Deja, madre, ese llanto que devora
Tu corazón herido;
El mar de tu dolor derrama en mi alma,
En mi alma que te adora:
Yo llevaré sin vacilar la palma
De tu martirio hasta la tumba fría;
Yo te daré del porvenir mis flores;
¡Pero no sufras más, ya más no llores,
Madre del corazón, ¡ay! madre mía!

¡Revolución sin nombre, te maldigo!
¡Tirano sin piedad, feroz castigo
Que la justicia airada
Arroja altiva sobre el pueblo imbécil
Que infame se degrada;
El mundo te desprecia y te abomina,
Te repudia el honor, te huye la gloria,
Y brillará candente
Al través de los siglos y la historia
La maldición de Dios sobre tu frente!

LOS TEMPLOS

¡Luchar hasta morir! Este es el lema
Que las edades, sin cesar, han visto
Al través de la historia
Centellear con relámpagos de gloria
Sobre la sien del lidiador de Cristo.

El circo está de pie. El pueblo ruge,
Se agita, vocifera,
Blasfema airado y maldiciendo estalla,
Esperando impaciente la batalla
Del hombre con la fiera.

A su estruendoso aplauso,
Con sed de sangre en su brutal empuje,
Quebranta la cadena,
¡Y en los brazos del vértigo, la hiena
Rugiente salta á la sangrienta playa!

¡Aún el espacio ensordecido atruena
La estrepitosa grita
Con que saluda al mártir en la arena
El pueblo, que brutal se precipita
A celebrar el triunfo de la hiena!

Yo miro levantarse en humo denso
Un nubarrón sombrío;
Esa nube pesada es el incienso

Que quema ante su Dios un pueblo impío;
Más allá está la hoguera, que inflamada
Los mártires calcina.

¡Parece su rojiza llamarada
La maldición de fuego que ilumina
Sobre espacios abiertos,
La ardiente roca en que su sien reclina
El genio abrazador de los desiertos!

Ya veo revolverse en oleadas,
Amarradas al potro del tormento,
Las ciudades de Dios despedazadas;
¡Siento sus ayes! ¡sus plegarias siento!
No es que teman, ¡oh Dios!, del tigre hircano
El furioso rugido
Que allá del circo en la prisión revienta...
¡Es que al ver á Nerón y á Diocleciano,
Recuerdan que no hay guerra más sangrienta
Que una espada en las manos de un tirano!

¡Lloran por sus verdugos! ¡Su plegaria,
Encarnación de su infinito anhelo,
Es el ala de luz en que se elevan
Los mártires al cielo!...

¡Ha cesado la lid! Estremecido
Por recias convulciones,
Ha rodado al abismo,
Asesinos de pueblos y naciones,
El monstruo colosal del paganismo.

En medio de la sombra condensada,
Que la virtud proscribe,
El genio de la fe relampaguea...
¡La verdad se abre paso! ¡Cristo vive!...
¡Ha cesado el reinado de la espada!
¡Ha triunfado la idea!

Sobre el revuelto campo de batalla,
Como una inmensa valla,
Alzada en la garganta de una arteria,
Se opone á la vida gangrenada
Del Dios de la materia.

¡Los templos de Jehová! Allí palpita,
En alianza bendita,
El alma de la patria inmaculada,
Unida á la piedad de los cristianos...
¡Es el consorcio de la fe y la espada,
Azotando la sien de los tiranos!

¡Allí va el hombre á retemplar la vida
Y á restañar la herida,
Que abre el dolor en la batalla ruda,
Cuando desgarra su conciencia enferma
La espada de la duda!

¡Allí buscan abrigo,
Batidos sin cesar por la desgracia,
El huérfano, el mendigo
Que en su miseria el infortunio azota
Con desprecio profundo!

¡Ay! del que lleva la corona rota
Y ajado su laurel por la tristeza!
¡Para el hombre caído en la pobreza,
No hay perdón en el mundo!

¡Allí el alma conturbada alcanza
A oir la voz que su dolor mitiga,
Esa voz siempre amiga
Del ángel del consuelo, la esperanza!
En la atmósfera tibia y perfumada
Del templo sacrosanto,
Van á beber su inspiración sagrada
La desgracia, el dolor, la gloria, el canto!

Al pie de la montaña
Que besa la marea
Imponiendo silencio al oleaje,
Se levanta el santuario de la aldea;
A su calor se forman los hogares,
¡Y en su vida inocente,
Sencilla y solitaria,
Unen á los clamores del torrente,
Que corre audaz á despertar los mares,
La voz de la plegaria!
De rodilla besando los altares
En el fervor de su oración piadosa,
A su virgen hermosa
Cuentan ¡ay! sus dolores,
Y en las gradas del ara bendecida
Alegres van á derramar sus flores.

¡El *templo* es callada centinela,
Que en su eterno mutismo
El porvenir de las naciones vela,
Y se asoma á su cumbre,
Como un águila audaz alzando el vuelo,
Para alentar los náufragos del mundo,
La cruz divina señalando al cielo!

¡Nuestra patria es feliz! ¡Tiene en su seno
Cuanto de grande el pensamiento sueña.
Un cielo siempre azul, dulce, sereno,
Auras, selvas y luz, vega risueña,
Donde las brisas con las flores juegan;
Sonoros ríos que la barca hiende
Y á confundirse con los mares llegan;
Y símbolo de amor y de cariño
La Cruz de Cristo que sus brazos tiende
Como una madre al abrazar á un niño!

Sobre la vieja brecha,
Abierta por el bronce de la guerra,
Se eleva el templo que á su seno estrecha
Como el ideal que en sus ensueños cierra:
¡El pendón, que es el alma de la patria!
¡«La Cruz», que es el asombro de la tierra!

¡La patria quiere templos! ¡Las naciones
Que á su sombra se formen, oirán luego,
De la industria en el yunque, sus canciones,
Y verán, al través del humo denso

Que coronan sus fábricas de fuego,
Un porvenir á su ambición inmenso!
¡Pueblos, que despertáis á la alborada
De un día de ventura,
Marchad sin vacilar! ¡Tiemble natura
Bajo las ruedas del corcel de acero
Que atraviesa jadeante la llanura,
Veloz como los vientos del pampero!

¡Y en la eléctrica red que desparrama
Los hilos por doquier, triunfante vibre
Vuestro nombre inmortal! Cante la fama
Y vuele el eco de su canto solo,
Desde el fuego de un mundo siempre libre
A los helados témpanos del polo.

¡Avanzad sin cesar! ¡La cruz os guía!
¡Si infames la olvidais en la jornada,
Vuestra frente hollará la tiranía!
¡Sereis pueblos sin fe! ¡No valdreis nada!
¡Recordad que si un pueblo envejecido
Al peso de los siglos se derrumba,
Sólo la cruz sobre el titán caído
Tiene sus blancas alas siempre abiertas,
Como un ángel de Dios sobre la tumba
Velando el sueño de las razas muertas!

A GUSTAVO BECQUER

RIMAS

Me trajeron las auras tus cantares,
Poeta de las rimas:
Dudé un instante si de un ángel fueran
Las tiernas melodías.

Hallé el perfume que en la noche exhalan
Las blancas campanillas:
Sentí el calor de la luciente llama
Que en los hogares brilla.

Vi llamar al cristal de tu ventana
Las negras golondrinas;
Las vi luego volar, pasar los mares
Y que ya no volvían.

Comprendí que las dichas son las aves
Que en las almas anidan,
Nacen y vuelan tras un mar de penas
Y al punto ¡ay! agonizan.

Comprendí yo también que dentro tu alma
Se abrazaban dos liras:
La lira del dolor y la ventura,
El llanto y la alegría.

Duerme, poeta, el sueño de la muerte
Bajo la losa fría;
Que siempre velan por tu nombre y fama
Los versos de tus rimas.

INOCENCIA

La niña rubia de cabellos de oro,
La de ojos puros como el lago azul,
Duerme en la cuna que el amor columpia
Y envuelven ondas de rosado tul.

¡Un ángel bello, con sus alas blancas
Abiertas como espléndido dosel,
Está velando su inocente sueño!...
¡Y ella, sin verlo, está soñando en él!

Coronas de jazmín llenas de aroma,
Frescas violetas, perfumado azahar,
Enbalsaman el seno de esa cuna,
Perfuman el santuario de ese hogar.

Ruidos de alas, estallar de besos,
Notas que vibran explosión de luz...
¡Todo llena esa atmósfera de cielo!...
Junto á la cuna hermosa está la cruz.

Duerme tranquila la bendita niña;
El ángel sigue de su sueño en pos;...
¿Sabeis quién es la niña? ¡Es la inocencia!
¿Y el ángel que la vela?... El ángel, ¡Dios!

PAZ EN LA TUMBA

(Á LA MEMORIA DE S. S. I. MONSEÑOR JACINTO VERA)

¡Pasan los genios, los colosos pasan
Cubiertos con el polvo de su gloria;
Y los pueblos con lágrimas amasan
El mármol que eterniza su memoria!

Llora tú, que los hados te amenazan,
Nación hermosa, de gigante historia!...
Las lágrimas los bravos no rechazan,
Son las perlas que funde la Victoria!

Llorad, sí, uruguayos, de rodilla
Al son del eco del dolor que zumba,
A ese astro de virtud que ya no brilla.

Llorad á vuestro Padre; hoy que retumba
Su augusto nombre en la eternal orilla
¡Al mártir de la paz... paz en la tumba!

A LA VIRGEN DEL PILAR

Han pasado los siglos y han rodado
Del mar del tiempo á la insondable fosa
Arrastrando cien pueblos... ¡No ha caído
A sus violentos choques Zaragoza!

¡El Pilar la defiende! Allí se estrellan
Mudos los siglos con pavor profundo,
¡Es ese el pedestal donde María
De pie se eleva dominando al mundo!

Por esto acuden las naciones todas
Cuando el dolor su corazón quebranta,
A abrazar su peana bendecida
Para besar su inmaculada planta.

¡Ella alienta los pueblos! La fe brota
Entre el canto inmortal de la victoria!
¡Ha de morir el crímen! ¡Pobre España,
No ha de quedar ni el polvo de su gloria?

En vano la impiedad abofetea
Esa columna de recuerdos llena:
¡No ha de alcanzar en su furor insano
Ni á desligar un grano de su arena!

En vano la profana y la maldice
El liberal auduz, ebrio de saña!
¡No triunfará jamás!... Desde su asiento
La Virgen del Pilar guarda la España!

REZA

Todo calla en redor, ni un eco tenue
Eleva el aura que las flores besa,
La luna como lámpara sagrada
Sobre el cristal de la laguna riela.

¡Qué quietud! qué silencio! qué misterio!...
Ni un canto solo en los espacios suena,
Ni un grito, ni un gemido... Es que natura.
Con el lenguaje del silencio reza.

Reza, amigo, también. Cuando en la noche
Ruja el turbión de tus amargas penas;
Cuando sientas arder dentro tu seno
Todo el calor de una infernal hoguera.

¡Cuando solo y sin fuerza en tu desgracia
Náufrago del dolor, busques tu estrella,
Abrázate á la cruz y en tu delirio,
Dulce amigo del alma, entonces reza!

MARTÍN GARCÍA MÉROU

MISANTROPÍA

... Je suis une lampe sans flamme
Th. Gautier.

Vivo feliz. Como el varón de Horacio,
Procul negotiis, sin afán ni pena,
Abismo mi mirada en el espacio,
Y me baño en la atmósfera serena!

Ni el vértigo del mal turba mis horas,
Ni la pasión agita mi conciencia,
Pido al cielo la luz de sus auroras,
Escudado en mi eterna indiferencia.

A las tormentas de la inquieta gloria
La dulce paz de la ilusión prefiero;
El desprecio del mundo y de la historia
A la ambición; y Diógenes á Homero!

¡Ni odio ni amor! Testigo de la vida,
Ni su afán ni su anhelo me devora.
Soy como el ave que en la selva anida:
Al llorar canta, y cuando canta llora!

¡Seguid, hombres, seguid! La muerte os guía
Y todos camináis al mismo arcano,
A la misma pasión, la misma orgía,
La misma nada del destino humano!

¿A qué cambiar la límpida corriente
Que de la cumbre susurrante baja,
Por el cieno y la rabia del torrente
Que los peñascos, al pasar, desgaja?...

Lleno de calma en la tiniebla oculta,
En los días de duelo y de tristeza,
Cuando el sol en la sombra se sepulta,
Se enciende el ideal en mi cabeza.

Los libros, mis amigos, me acompañan,
Me cuentan al oído sus dolores,
En los reflejos de su luz me bañan
Y me dan el perfume de sus flores!

—¡Vamos! me dicen, y en la noche ardiente,
Guío, envuelto en los versos palpitantes,
Con Ariosto el hipógrifo valiente
Y el rocín pensativo con Cervantes!

¿Y mis novias?—Me adoran, me visitan,
Oigo el acento de su voz severa,
Y mi tranquilo corazón agitan,
Desde Lycenium, la Naná primera!

Mis éxtasis evocan monolitos,
Negros mengires, vastas soledades
Donde resuenan los primeros gritos
Del primer soñador de las edades;

La sombra sepulcral del hipogeo,
La esfinge, las pirámides gigantes,

O el perfume traidor del gineceo
Brindando sus caricias enervantes.

¡Hombres, seguid! dejadme pensativo
En los abismos del desdén profundo,
Viviendo en el espíritu cautivo!...
¿Teneis un corazón? ¡Yo tengo un mundo!

No me arrulla la voz estremecida
De ninguna pasión; nadie comparte
La soledad del sueño de mi vida:
¡Ni la fortuna, ni el amor, ni el arte!

Voy cruzando en la noche esplendorosa
El sendero inmutable de la suerte,
Y, al caer en la tumba silenciosa,
Cadáver frío, cambiaré de muerte!...

EL NIDO

Una tarde me decía:
¡Oh poeta! eleva el canto,
Antes que extienda su manto
La noche triste y sombría!

¿No encuentras en mi pasión
Esa ventura que calma
Las tempestades del alma,
Las luchas de la razón?

¡Vén! el mundo conmovido
De nuestra gloria se olvida.
¡Vén! y pasemos la vida
¡Al calor del mismo nido!

Yo te daré mis sonrisas
Y mis caricias más suaves;
Su tierno arrullo las aves,
Y su perfume las brisas!

Y tendrás en tu embeleso,
Reclinado en mi regazo,
Por cada canto un abrazo,
Por cada sonrisa un beso.

Deja que exhale su queja
La multitud que murmura:
Hagamos nuestra ventura,
Como hace el panal la abeja!

Deja que la gloria vana
Te abandone en la penumbra...
¿Qué te importa, si te alumbra
El fulgor de la mañana?...

Dios, que reparte la gloria
Y vela por nuestra suerte,
Dios que en mártir te convierte,
Ha hecho en la vida ilusoria:

El ave para cantar,
Para dar rayos la estrella,
La mujer para ser bella,
Y el poeta para amar!...

BARCAROLA

Mine own fortune in my misery!...
Shakespeare.

¿Ves? todo calla, todo suspira
Las amarguras de su pesar:
La hoja que tiembla, la dulce lira,
La luz que expira,
La brisa, el mar!

Las aves pasan con raudo vuelo
Dejando el eco de su canción;
Se nubla el monte, se empaña el cielo
Con el desvelo
De la extensión!

Se abre en los cielos la blanca estrella,
Sobre las tumbas llora el ciprés;
Gimen las yerbas, y la flor bella
Diciendo: ¡Es ella!
¡Besa tus pies!

¡Salve! alma mía! luz de mi vida!
Puerto y abrigo de mi dolor!...
¿Por qué te inclinas adormecida,
Como ave herida
Por el amor?...

Yo sé los cantos de los poetas;
Yo sé los sueños de la virtud,
Y las quimeras de alas inquietas
Laten sujetas
En mi laud!

Yo llevo en mi alma, joven y pura,
La savia ardiente del ideal;
Yo sé lo que hablan á la espesura
La noche oscura
Y el manantial!

Yo sé el idioma de la armonía;
Conozco el mundo de la ilusión,
La pena aguda, la angustia fría,
Y la agonía
De la pasión!

¿Ves? ¡soy tu esclavo! Ves? á tu planta
Pongo mi vida, mi amor, mi paz!
Mi alma á tu acento fiel se levanta,
Mi voz te canta
Con fe tenaz!

Cuando en mi pecho tu amor derramas,
Cuando comprendes mi frenesí,

Y todo: el cielo, la luz, las ramas,
Me pregunta: ¿Amas?...
Te miro á tí!...

¡Ven! olvidemos los sinsabores
De tanta pena, tanto dolor!...
Busquemos juntos climas mejores,
Eternas flores
Y eterno amor!

ESTANCIAS

Parece que las flores, tus hermanas,
Te hubieran dicho en el ramaje umbrío,
El secreto que todas las mañanas
Confían á los céfiros del río!

Porque tu voz, exenta de congojas,
En círculos brillantes se dilata,
Con el rumor de las marchitas hojas
Que el soplo de los vientos arrebata!

Hace soñar con la tranquila aurora;
Con el fresco raudal que serpentea;
Con la luz de la tarde encantadora
Que entre las nubes del cenit chispea.

Con los vagos acordes de la brisa
Que van gimiendo por la selva oscura;

Con el iris de paz de una sonrisa
Que sobre el rostro del placer fulgura!

Con las olas que tocan las riberas
Acariciando al sauce que se inclina;
Con el verde matiz de las praderas
Y el contorno fugaz de la colina.

Con los cendales de la blanca bruma
Que se cierne en la atmósfera serena;
Con el fulgor de la azulada espuma
Que espira y besa la dormida arena.

Con esa luz que en el oriente asoma
Cuando se alza la aurora solitaria;
Con la voz musical de la paloma;
Con la voz celestial de la plegaria!

Tú serás como el ave que se posa
Donde quiera que un árbol se levanta,
Y allí, sola en la tarde silenciosa,
Para arrullar su pensamiento, canta!

Te prestará su luz el firmamento;
Te contarán las fuentes sus amores,
Y subirá tu espíritu sediento,
Como sube el perfume de las flores.

¡Feliz el alma que en la noche ardiente
Atraviesa con calma este desierto,
Pidiendo una onda á la infinita fuente,
Pidiendo un eco al inmortal concierto!

Y al desgarrar la fúnebre mortaja
En que se envuelve nuestro afán sin nombre,
¡Feliz el alma que á la tierra baja
A redimir de la materia al hombre!

Ella va, como Ofelia enamorada,...
Mitigando el dolor de los dolores,
A derramar sobre la tierra helada,
Pasión y sueños, ¡lágrimas y flores!

Ella es la musa que al poeta inspira;
Ella es la fe que al corazón restaura;
Ella mezcla en las cuerdas de la lira
Los dulces nombres de Beatriz y Laura!...

ELEVACIÓN

Inquieto afán, incomprensible angustia
En el lejano porvenir se encierra...
Pasa el turbión, y la arboleda mustia
Da sus hojas marchitas á la tierra!

Se levanta el espíritu abatido
Y el mismo efluvio en la extensión remota,
Vierte calor en el agreste nido
Y arranca de los árboles la nota!

La rauda chispa que del astro errante
Baja, y se baña en el cristal del río,
Alumbra las facetas del diamante
Y da luz á las gotas del rocío!

Dios nos hace marchar en los escombros,
Envueltos en los pliegues de un sudario,
Con la fúnebre cruz sobre los hombros,
Y delante la senda del Calvario!

¡Ay del que espira en el placer liviano
Y sostenido por el vicio flota!
¡Ay del bajel si ruge el océano!
¡Ay del Werther que encuentra una Carlota!

El polvo sobre el polvo se amontona,
La ambición á la gloria se encadena,
Y hasta tiembla en la frente la corona
Cuando la plebe sublevada truena!

Se confunde la risa con el llanto
Después de las alegres saturnales,
Y el corazón, al levantar el canto,
Acompaña sus propios funerales.

¡Amor! ¡Virtud! ¡Indefinible anhelo!...
¿Queréis el resplandor de una diadema?...
¡Abandonad el miserable suelo,
Por el fulgor de la verdad suprema!

Levantad á los cielos la conciencia
Entre la gloria, la pasión y el genio,
Sin pasear vuestra helada indiferencia
Bajo el manto andrajoso de Antisténio!

Dios es quien vela sobre el cielo inmenso
Alumbrado en la noche solitaria...

Para Dios, el perfume es un incienso,
Y el grito de dolor, una plegaria!

El corazón, en el dolor cautivo,
A su golpe funesto se acrisola,
Y mira con desdén despreciativo
La copa de cicuta y la aureola!

El tropel de sus dichas fementidas
Le presta aliento, en la siniestra calma
De un pecho que desgarra sus heridas,
Para medir la majestad del alma!

Marchemos, pues, por la tostada alfombra,
Que el sol calcina, que sacude el viento;
Marchemos bajo el manto de la sombra
A apagar esta sed del pensamiento!

Vamos allí, donde la aurora asoma
Y bebe el corazón luz y hermosura,
Como bebe la cándida paloma
En la corriente cristalina y pura!

¡Oh espíritu inmortal! ¡Oh inspiraciones
Posadas en mi mente solitaria!...
Conducid sobre un ala mis canciones,
Conducid sobre otra ala mi plegaria!...

ESPERANZA

No es tan solo un delirio de la mente
Esta explosión de la verdad suprema,
Que enciende una aureola en cada frente
Y en cada corazón canta un poema!

Perdidos en el seno del abismo,
Sin contemplar en la desierta playa
Más que la luz de un pálido espejismo,
La fe vacila, el corazón desmaya!...

Y en esas horas en que Dios desploma
Todo el horror de la ansiedad inquieta,
Sin retornar al arca la paloma,
Se oscurece la frente del poeta!

¡Ah! si después de la borrasca aciaga
El iris no alumbrára nuestro paso;
Si cuando el astro en la extensión se apaga
La frente hundiera en el eterno ocaso;

Si del capullo que el gusano encierra
No se viera surgir la mariposa;
Si el hombre, polvo, á la enlutada tierra
Tornára en el abismo de la fosa;

Si, cegados en medio del camino,
Una emboscada fuera nuestra suerte,

Y la venda siniestra del destino
Nos llevara engañados á la muerte;

Si el corazón que lo ambiciona todo,
Angel caído del celeste rango,
Buscando el cielo descendiese al lodo
Y manchara sus alas en el fango;

¡En la erupción salvaje del delirio
Que ofuscara la mente conmovida,
Valiera más optar por el martirio,
Que arrastrar la cadena de la vida!...

JUNTO AL FUEGO

¡Misterio y soledad! Como un lamento
Resuena el himno que la tierra eleva
Y espira en el cristal del firmamento;

Incesante concierto que renueva,
Desde el zumbido del insecto errante
Hasta el suspiro que la brisa lleva...

Aquí donde el estrépito incesante
Del hombre que se agita, arrebatado
Por el raudal de la ambición constante.

No atraviesa el recinto sosegado
En que tiende su vuelo la memoria
Y exhuma los fantasmas del pasado.

Vuelve á evocar mi corazón su historia
Y, al pasar, acarician mis cabellos
Sus visiones de forma transitoria!...

¡Corazón ¡Corazón! tus sueños bellos
Despiertan otra vez mis ilusiones
Y me bañan en fúlgidos destellos.

No han muerto tus espléndidas pasiones,
No se ha secado el manantial ardiente
Que arrolló mis primeras expansiones;

Como ayer el espíritu ferviente
Palpita con placer; bulle la vida,
Y hierve como indómito torrente;

Como ayer esta atmósfera encendida,
Trae recuerdos de amor, en los gemidos
Que parten de la selva estremecida;

Como ayer, en el fondo de los nidos,
Se oye ruido de cantos y de besos,
Que son ¡ay! el más bello de los ruidos;

Y siento tus primeros embelesos
Sacudirse en tropel, como las hojas
Mecidas en los árboles espesos!...

¡Oh tiempo apresurado, que despojas
De sueños, de esperanzas, de ternuras,
Al alma que ha probado tus congojas!

¡Oh viejo misterioso, que apresuras
Nuestro paso en el mundo, y nos señalas
Sin piedad, las calladas sepulturas!

Mano que empaña las terrestres galas,
Dardo que hiere, soplo que marchita;
Viento en que pliega el pájaro las alas,

¡No has triunfado! mi espíritu palpita;
Mi esperanza de nuevo se agiganta,
Y mi ansia de placer es infinita!

La quimera á mi paso se levanta;
La Esfinge me ha confiado su misterio,
Y Dios me ha dicho en el oído: canta!

El sueño del amor; el casto imperio
De un alma que somete la existencia
Al yugo de su dulce cautiverio;

Ese santo poder de la inocencia
Que alumbra los abismos, y depura
De pesares y sombras la conciencia;

Esa palabra de inmortal ternura,
Que, como beso de pasión estalla,
Y como nota de laúd murmura,

Me prestan nuevo aliento en la batalla,
Y acarician mi sien palidecida,
Cuando el murmullo de la vida calla!...

Y tú, blanca visión, desvanecida
En copos de ilusión; sombra que llegas
Con la corona de azahar ceñida;

Tú que quizás por mi ventura ruegas,
Y á cada brisa que en las flores gime,
Las esperanzas de tu suerte entregas;

¡Ah! vuelve ahora, que el dolor me oprime!
Vuelve, que tiembla mi conciencia oscura,
Y á mi agitado corazón redime!

Tú me has hecho sentir que la amargura,
Como nube de estío, es pasajera;
Que el amor, como el sol, siempre fulgura,
Y que el alma es la eterna primavera!

PENUMBRAS

Me agrada la borrasca delirante
Que subleva las ondas de los mares
Y se pierde en las sombras, sollozante!

Agigantan mi alma los pesares,
Y mientras otros aterrados gimen,
Yo levanto con fe nuestros cantares!

Cuando las sombras del dolor oprimen,
En esas horas en que el alma pura
Se siente acariciada por el crimen,

Solo y perdido en la tiniebla oscura,
Yo sueño, yo medito, y en mi mente
La herida del dolor, abre y supura!

Yo escucho el eco de la voz ardiente,
Que, bajando del astro hasta la grama,
Refiere al corazón algo incoherente!

Oígo gemir el céfiro en la rama,
Y en el rumor del río que suspira
Yo descubro un acento que me llama!...

¡Oh poetas! ¿no es cierto que en la pira,
La divina actitud que el alma asume
Hace brotar el rayo de la lira?

¿No es verdad que la mente se consume
Cuando Dios no nos habla cariñoso
En el día, en el astro, y el perfume?...

¡Oh! yo lo sé, que á veces silencioso
El manto de la noche me ha abrigado
En la fronda del bosque rumoroso,

Y al detener mi paso fatigado,
Con amor á tu amor, Naturaleza,
Descansando en tu seno, he meditado!...

Es que tu reino solitario empieza
Allí donde las llagas de la vida,
En la sangre inoculan la tristeza!

Allí donde la mente enardecida,
Con las alas cortadas, bate el suelo
Como en la roca el águila vencida!

Cuando herido por triste desconsuelo
El hombre se levanta de la tierra,
Y se pierde en los ámbitos del cielo,

Lejos del mundo y su cobarde guerra,
Habla con Dios en el tranquilo viento,
O en el rugido del turbión que aterra!...

Cada flor, cada tierno pensamiento
Que en la conciencia su fragancia vierte,
Despierta una emoción ó un sentimiento.

El poeta en profeta se convierte,
Y sondea el misterio de la vida,
Comprendiendo el misterio de la muerte!

La ilusión, el amor que arde y anida
En cada corazón donde la idea
Va formando una tromba embravecida,

Hacen surgir la voz que balbucea,
El huracán frenético que zumba,
El rayo que en la sombra centellea!...

¡Todo á su empuje tiembla y se derrumba!
Pero en el seno del turbión violento,
Renace del capullo de la tumba
El fénix inmortal del pensamiento!...

AL LLEGAR Á PARÍS

Yo te he visto flotar en mis visiones,
¡Oh París! y mi espíritu sonriente
Encontraba en tu seno inspiraciones,
Y absorbía tu luz resplandeciente—
Yo te soñaba en tu perpetua gloria
Lleno de savia, amor y movimiento,
Ciudad glorificada por la Historia,
Metrópoli del arte y del talento!
Tú eres mi afán, el indomable encanto
De mis sueños de dulce poesía,
Y, en tu recinto mágico, veía
Cien pueblos á la sombra de tu manto!
Tú eras la voz que, sin cesar, nos llama;
La bandera que á todos nos cobija;
La ilusión que á nuestra alma regocija;
La eterna juventud, que sueña y ama!
Yo me decía:—«Un rayo de tu lumbre,
París! fecundará mi pensamiento!
Confundido en tu inmensa muchedumbre
Escucharé tu poderoso acento.
Tú serás la nodriza de mi mente,
Tú me abrirás tu corazón fecundo...
Me llama el mundo á la batalla ardiente
Y en tí se halla la síntesis del mundo»...

¡Pues bien! aquí estoy yo. Héme en tu seno,
Soldado que obedece á tus legiones,

El pensamiento me conduce, lleno
De amor, de juventud y de pasiones!
Aquí estoy, fuera del hogar lejano!
He cruzado París! siempre impaciente,
El fuego de los trópicos, ardiente,
La inquieta soledad del Océano!
¡Oh mundo! bebo el aire de tu vida!
Atono leve en tu extensión perdido,
En tus ondas de pueblo confundido,
Abismo mi mirada conmovida!
He dejado mi infancia candorosa,
Los campos de mi patria, y aquel cielo
Donde se une la nieve con la rosa,
Donde tienden los cóndores el vuelo!
Tú reunes los templos seculares,
Los viejos y gastados monumentos,
Los pórticos, las leyes, los altares,
El arte, la pasión, los pensamientos!
Tu espada, Roma! tu diadema, Grecia!
Has barrido las ruinas del pasado,
La tormenta en tu seno ha reventado,
Y amas la Libertad, vieja Lutecia!

Cuando acude á mi mente tu memoria,
Gigante lleno de trofeos, brilla
A mis ojos el cuadro de tu historia!
Te veo derribando la Bastilla,
Levantando frenético la tea,
Impulsando tus masas populares
Con el sordo bramido de los mares

Y la lenta invasión de la marea...
Te veo, enarbolando el estandarte
Del Terror, con el hacha del verdugo,
Uncir el mundo á tu sangriento yugo
Y lanzar de tu seno á Bonaparte,
Rey de los reyes, que con voz serena,
Mostraba la victoria con su espada
Y alfombraba tu frente despejada
Con los pendones de Austerliz y Jena!

Aquí pensó Moliére; aquí los rayos
De la gloria inmortal besan su frente;
Aquí dió vida á grandes y lacayos
Con la savia ardorosa de su mente!
Aquí Harpagón esconde sus escudos,
Y Tartufo se quita la careta:
Todos marchan perdidos y desnudos,
Todos son los esclavos del poeta!
Aquí soñó Corneille, lleno de luto,
Levantando en la sombra de la escena
Los espectros del Cid y de Jimena,
La arrogante figura de Poliuto.
Aquí rompió con sus pujantes manos,
Los pálidos cendales de la historia,
Se levantó á sus héroes, los Romanos,
Del choque de la gloria con la gloria!
Aquí el viejo profeta del presente
Que alza su lira contra todo yugo,
Inclina el mármol de su blanca frente:
Aquí canta y suspira Víctor Hugo!

Aquí sueña el proscrito soberano,
Voz de tormenta que, sin tregua, truena
Sobre toda opresión, toda cadena,
Todo mal, todo horror, todo tirano!
Testigos de los vértigos sin nombre
Del dolor! alma llena de cariño,
Que muestra Dios y la virtud al niño,
La gloria al mundo, la verdad al hombre!

¡Oh París! esa gloria, esos fulgores,
Esas obras que el tiempo ha coronado,
Esa visión hermosa del pasado,—
Todo está en tí y es tuyo. Pensadores
Como artistas, el viejo combatiente
Y el joven vencedor, todos te incensan!
Todos los que aman, todos los que piensan
Depositan sus lauros en su frente!

Abren tu seno á mi pasion divina
Aunque ruede á tus pies, como el creyente
Que la vista de su ídolo fulmina!...

EN EL BARRIO LATINO

¡Cómo acude en tropel á mi memoria,
La dulce imagen de tu vieja historia!

¡Ah! ¡tú sabes amar! El pensamiento
Centellea en tu frente pensativa!
Luchas, exploras, y á tu voz, cautiva,

La Musa te habla con pausado acento!
Has oído la eterna confidencia
De todos los poetas inmortales;
El capricho es el Dios de tu existencia,
Y el Arte el esplendor de tus anales!
Vives libre, orgulloso en tu pobreza,
Rey de tí mismo en tu mansión perdida,
Sacerdote y señor de la belleza,
Con tus dioses,—el libro y la querida! . . . .
Dejas que pase la ambición; que muera
Abandonada, pensativa y sola;
Que el amor llore en el placer de Rolla,—
Si brilla en la extensión la primavera! . . .
Amas la patria y su estandarte santo,
Y defiendes su gloria en la trinchera!
Oyes sumiso el quejumbroso canto
De las almas que te aman, y que llegan
A mezclar su alegría á tus congojas
Brillan, gozan sin fin, y se doblegan
Cuando caen de los árboles las hojas!

¡Tu poeta es Murger! Su voz sonora
Entona el himno del amor eterno,
El amor con el fuego de la aurora,
Cuchicheado en las noches del invierno! . . .
La *Chanson de Musette,* hondo gemido
Del alma que, abrazada á la esperanza,
Tras los destellos del placer se lanza,
Y naufraga en los mares del olvido!
Siguen tus pasos las dolientes sombras

De esos seres que adoras con delirio,
De esos fantasmas que en tus noches nombras
Y que á veces te brindan el martirio:
Mimí, Francine...vértigos de un día
Que llegan y hacen nido en tu pecho
Dejando en tu recuerdo su alegría,
Y el cuarto mudo, abandonado el lecho!...
Mariposas que van tras lo que brilla!
Débiles flores que el destino arroja
A la cruel desnudez de la boardilla!
Las trae un soplo; un beso las deshoja!

THE DEMON THOUGHT

Cuando su vuelo tiende
La cándida paloma; cuando enciende
La noche sus estrellas luminosas
Y el campo verde su perfume exhala;
Cuando se abren las rosas
Y el viento entre los árboles resbala;

Cuando todo se inclina
En brazos de la calma vespertina
Y abre el espacio sus brillantes puertas;
Cuando murmura quejumbroso el río,—
Tú solo te despiertas
Y te pierdes conmigo en el vacío!

Me traes en tu mensaje
El eco de otra voz, de otro lenguaje
Que las dulzuras del amor encierra,
¡Y en cada efluvio que contigo flota,
Me elevo de la tierra,
Como se eleva del laúd la nota!

Partamos, pues. El mundo
Hunde la frente en el sopor profundo
Con que lo envuelve la opresión nocturna...
Todo palpita en silenciosa calma...
La brisa taciturna
Une su acento al estertor del alma!

Partamos, pues. Suspira
Dios en el cielo; como un astro gira
En torno de Él la luminosa idea;
La mente creadora se levanta;
El hombre balbucea
Y el universo su grandeza canta!

Por valles y por cumbres
Se arrastran las perdidas muchedumbres,
Revientan las tormentas populares,
Y el pensador meditabundo ruega;
Al borde los mares
La ola que va, detiene á la que llega!

¡Oh Byron! ¿qué tortura
Llenó tu corazón de desventura
Y, hundiéndolo en un vértigo profundo,

Te hizo, alzando tu inspirado acento,
Maldecir iracundo
«El demonio fatal del pensamiento»?

¿Acaso no contabas?
¿Acaso delirante no arrastrabas
Por mares, por torrentes, por llanuras
Y montañas graníticas tu duelo,
Paseando en las alturas,
Y siempre ansioso de escalar el cielo?

¡Ah! la ilusión perdida
Nos arrastra sin calma por la vida;
La gloria, la ambición se desmorona;
Llora proscripta la verdad suprema;
Vacila la corona
Y se apaga la luz de la diadema!

El vicio omnipotente
Pretende alzar su envilecida frente;
Nada en la sombra nuestra suerte escuda;
Y llevamos, ahogados por el llanto,
En nuestro ser la duda
Y en el fondo del alma el desencanto!

¡Que! ¿todo se ha perdido?
¿No queda nada en el paterno nido?
¿Todo es humo fugaz, polvo liviano
Que esparce el soplo del turbión violento
O aventa nuestra mano?
¡Ah! También se maldice el pensamiento

¡Bendita, sí, bendita
Esa fuerza inmortal que precipita
Al genio en la corriente creadora;
Y enciende, iluminando el firmamento,
En el cielo la aurora
Y en la frente del hombre el pensamiento!

Desde la tierra al cielo
Nos transporta el arranque de su vuelo,
Cuando la noche la extensión enluta
Y un mundo informe en su interior se agita,
Como en la inmensa gruta
Donde se alza la blanca estalactita!

El alza sobre el hombre,
La fe, la gloria, el ideal sin nombre!...
El se ofrece valiente en holocausto
Y levanta de un soplo desde el lodo,
Al filósofo Fausto
Y al monstruo apasionado, Quasimodo!

Su voz siempre retumba
Como saliendo de la triste tumba
Donde descansa el ideal perdido;
Allí la estrofa con amor se labra,
Y se une su gemido
A la viva explosión de la palabra!

En la tiniebla ofrece
Esa luz que jamás desaparece,
Aunque vacile en el dolor austero

El hombre, con esfuerzo moribundo...
¡El es el derrotero
Que condujo á Colón al Nuevo Mundo!

Inspira á la Sibila
Que en medio de la atmósfera tranquila
Hace oir su profético conjuro,
Habla de gloria al inmortal poeta
Y en el espacio oscuro
Hace hermanos al sabio y al profeta!

Confunde y amalgama
La chispa débil y la eterna llama.
Por su poder el corazón sincero
Se corona de fúlgidos diamantes,
Y da la mano Homero,
A través de los siglos, á Cervantes!...

MIS LIBROS

AL DOCTOR DON MIGUEL NAVARRO VIOLA

Cuando tornáis del viaje misterioso
De las ideas que, tomando el vuelo,
Se ciernen en los ámbitos del cielo,—
Cuando en la noche oscura y sin testigos
Meditáis en la sombra y el reposo,—
Los libros, esos férvidos amigos,
Calmando la opresión del pensamiento

Os hablarán de libertad y gloria,
O á su voz alzarán el monumento,
Que guarda las cenizas de la historia.
Invisibles consejos, pronunciados,
Por labios invisibles, en la bruma
Que circunda la frente del poeta,—
Los héroes en sus líneas, exhumados
Del sepulcro fatal que los abruma,
Llenan de paz nuestra existencia inquieta;
Nos muestran el dolor de la jornada;
Unos pasan audaces, con la vista
Fija en el cielo, con la frente alzada
Como el que marcha al fin á una conquista;
Otros van exhalando sus lamentos,
Con el fardo de todos los dolores,
Desnudos, doblegados y harapientos
A través de oprimidos y opresores.
Otros, en medio de la calma austera
Que avasalla su espíritu gigante,
Nos van diciendo en el dolor: ¡Espera!...
En las dudas terribles: ¡Adelante!...

¡Cuántas veces, bebiendo en sus raudales,
Se levanta el espíritu en sus alas,
Mas allá de las dichas terrenales,
Mas allá de los roncos vendabales
Que van barriendo las etéreas salas!
Sumiso, palpitante, estremecido
El corazón, á su contacto santo
Deja el calor de su salvaje nido,

Y exhala, como un pájaro su canto!
Porque su soplo de pasión inspira
En medio de la noche solitaria,
Y eleva al pensamiento enardecido
Como eleva el acento de la lira,
Como eleva la voz de la plegaria!...
A través del cadalso y de la hoguera,
De la guerra, la cruz y la tortura;
A través de esa lúgubre carrera
Tapizada de llanto y amargura;
A través de esa bárbara jornada
En que queda la mente hecha jirones;
A través de la fe despedazada
Por la mano de todas las pasiones,—
Ellos nos guian en el largo viaje
Que afanosa recorre la conciencia,
Ellos nos llevan al primer celaje
De la aurora feliz de la existencia,
O en el vía crucis de la humana suerte,
Que seguimos sin calma ni fortuna,
Despues de contemplar la primer cuna,
Nos muestran los abismos de la muerte!...

¡Cuántos dolores, cuántos sufrimientos
Que, por fin, en el alma han estallado
En gritos, estertores y lamentos!
¿Qué ha sido la carrera del pasado
Sino un mudo calvario donde el hombre,
Bajo el poder de su dolor sin nombre,
Entre zarzas y espinas ha marchado?

La larga caravana en el desierto
A veces halla el pozo apetecido,
Y en el húmedo oasis, á cubierto
De los rayos de un sol incandescente,
Busca la paz en el sereno olvido
De los dolores que afrontó valiente.
Y la audaz caravana del progreso
En el mudo desierto de la vida,
Ha adelantado con el pecho opreso
A través de la atmósfera encendida,
Buscando siempre un ideal lejano
Que su débil contacto deshacía
Como el viento la espuma del océano!....

¡Oh Biblia! manantial de fe y dulzura,
Fuente perenne de inmortal poesía,
Que trina como un ave en la espesura
O se lamenta en la extensión oscura
Con los acentos de la mar bravía
¡Oh libro de pasión y sentimiento
Donde el nombre de Dios relampaguea
Como una hoguera que sacude el viento
Que en el bosque enlutado serpentea;
¿Quién no ha visto brotar la eterna aurora
Al final del acento omnipotente
Que hizo oir su palabra atronadora
Del Sinaí sobre la excelsa frente?
¿Quién no ha llorado, como Job lloraba,
Maldiciendo su mísero destino,
Hasta que el grito del Señor vibraba

En medio del revuelto torbellino?
¿Quién no ha exhalado los dolientes cantos
Del arpa celestial del rey-profeta?
¿Quién, arrullado por los himnos santos,
No se ha sentido, alguna vez, poeta.?
¡Oh libro, vén á mí! Mis oraciones,
Antes de alzar hasta el Señor su vuelo,
Posan en tí las fatigadas alas;
Tú me das fuerza, libertad, consuelo,
En medio de las tristes aflicciones
Que envenenan la calma de este suelo;
Tú en la benigna ó la contraria suerte,
En la adversa ó la próspera fortuna,
De mi amor eres la celeste cuna,
La cuna donde duermen mis ideas
Al amparo del viento de la muerte!
Tú conmigo en las cúspides paseas,
Tú me muestras la roca que resiste
La vorágine inmensa de la duda
Que pasa por mi lado sordamente!
¡Tú santa unción en el dolor me escuda!
Cuando estoy solo, abandonado y triste,
En las diáfanas aguas de tu fuente,
Como en las ondas del Jordán me lavo,
E inmenso espacio mi mirada abarca!
Antes de leerte me sentía esclavo,
Luego me siento renacer monarca!
¡Tú me enseñas á creer! Entre la sombra
Y el claro oscuro que tu voz revela!
Un sacrificio tu piedad me nombra,

Una Cruz me señalas, y un martirio,
Que el denso manto de la noche vela!
Y, entonces, en las redes del delirio,
Prosternado en el polvo, reverente,
Como la llama del oscuro cirio
Cuando la azota el aquilón rugiente,
Siento pasar junto á mi sien sombría,
Algo igual á un lamento comprimido,
A un grito de dolor y de agonía,
A el doliente y tristísimo gemido
Del ave tierna que partió del nido
Y vuela sola en la extensión vacía! . . .

Id á beber allí, sabios, poetas,
Vosotros los que amaís esa dulzura
Que exhala el corazón de los profetas
Al soplo de la acerba desventura!
Vosotros los que vais á los altares
A derramar el alma en oraciones,
Comprended las celestes expansiones
Que brotan del Cantar de los Cantares.
Los que llorais por el afán lejano
Que persigue sin fe vuestra existencia,
Los que luchais con el dolor tirano,
Y, huérfanos de paz en la conciencia,
Desesperados contempláis el cielo,
Ved á Jesús sobre la cruz clavado,
Comprended el amargo desconsuelo
De esa madre que mide su agonia,
Y ved si hay un dolor, que comparado

Pueda ser á la angustía de María! . . .
¡Rogad! ¡rogad! El alma solitaria
Mitiga así su pena abrumadora. . .
¡Dios ha puesto en el alma la plegaria
Como en el cielo diáfano la aurora!

Pasad ¡oh focos de inmortal poesía,
De amor, de fe, de gloria y de esperanza,
Que nos vais arrojando la armonía
Y ese santo ideal que nunca alcanza
El alma en los combates del destino!
¡Ah! vosotros sin tregua ni desmayo,
Alumbrando las simas del camino,
Alzáis valientes la encendida tea. . .
Cuando esa luz se denomina idea,
Brota y fulgura más vivaz que el rayo! . . .
¡Todos alumbran! Al alzar la enseña
Nos muestran todos la escabrosa vía:
Su voz alienta nuestro débil paso
Y á la conquista del deber nos guía!
Todo el que ama, se estremece ó sueña,
Halla en ellos un faro esplendoroso,
Una almohada do posar la frente,
Y encontrar calma, soledad, reposo! . . .
Cruzan perdidos, y se van. Los veo
Como espectros hundirse entre la bruma,
A compás de sus cantos. Un Orfeo
Sueña con Dios que á su conciencia abruma,
Y canta á la inmortal naturaleza
Con patética voz. . . Ciego, cargado

Por el tiempo y las penas, siempre austero,
Allá marcha otro ser, desesperado,
Que ha vivido, ha sufrido y ha cantado
La gloria y el dolor, se llama Homero!
Arrastra como un manto su pobreza
Que lacera su frente doblegada,
Cuando sus obras portentosas crea!
La gloria y el valor canta en la Iliada,
Y busca la ventura en la Odisea! . . .
¡Oh viejo Homero! cuántos pensamientos
Hervían en tu cráneo formidable,
Cuando arrastrando por la joven Grecia
La explosión de tus duros sufrimientos,
Al golpe aleve de la suerte recia
Que azotaba tu vida miserable,
Exhalabas al aire tus lamentos,
Y á todas horas, en el verde llano
O el alto pedestal de la colina,
Te acariciaban con su blanca mano
Las hijas de la bella Nemosina!
El sufrimiento en mártir te convierte
En esas horas faltas de esperanza,
En que la mano ruda de la suerte,
Que desgarra el cendal de las ideas,
Ya nos muestra la vida, ya la muerte,
O de ola en ola sin piedad nos lanza,
Como el golpe del mar enfurecido
La débil nave del valiente Enéas!. . .
Inmenso siempre, sin cesar divino,
El corazón se admira en tu carrera,

Ya subas hasta el manto cristalino
Que envuelve y vela la cerúlea esfera
Extendida á sus pies como una alfombra,
Para asistir al inmortal consejo
De los dioses que truenan en la sombra,
Mientras tiembla el Olimpo, conmovido
Cuando Júpiter frunce el entrecejo;
Ya reines en la tierra y tus acentos
Evoquen en el campo enardecido,
A Diómedes que esquiva á los troyanos,
Ayax que cede á su tremendo empuje,
Y envueltos en el polvo, sudorientos,
Blandiendo el arma con fornidas manos
Mientras la voz de la batalla ruge,
Aquiles que nos muestra su silueta
Entre la turba que á sus plantas gime;—
Ya en el altar de tu emoción sublime
Arda el incienso del amor, poeta,
Aún se esculpe en nuestra alma tu memoria,
Perpetuada en tus cantos inspirados,
Y en el libro divino de la historia;
Todavía las ondas de la gloria
Besan tus pies desnudos y llagados!

¡Silencio! Gime el viento en la espesura,
Remedando un quejido lastimoso
Que flota y sube, que sin fin murmura!
Viejo Ossian! ¿es tuyo ese lamento,
Ese quejido que del bosque hojoso
Con sus embates arrebata el viento?

¿Por qué nó? ¿No resuenan en su acento
Las tempestades lúgubres del alma,
O el inquieto turbión del pensamiento
Que en vano busca su perdida calma?
¿No se le ve sobre el altivo monte,
Apoyado en el brazo de Malvina,
Sondear con la mirada el horizonte
Que con la playa de la mar confina?
¿No se le oye gemir sobre los restos
De los héroes perdidos en la historia,
Y acompañar los bélicos aprestos
Entonando el cantar de la victoria? . . .
El eco de sus cantos aún resuena
Asociado á las nubes y á los mares,
Al firmamento que en la sombra truena,
Al rumor de las selvas seculares!
Aún nos parece oir repercutida
La nota de su arpa que se aleja
Como el adios eterno de la vida:
Preludio que termina en una queja!
Aún se le ve sobre la lid funesta,
A la sombra del dólmen de granito,
Pensativo vagar por la floresta,
A solas con el mar y el infinito. . .
Para acallar la voz de sus dolores
Y domar de su espíritu la guerra,
Anhelaba huracanes destructores
Que sacudieran con furor la tierra!
Oía melancólicos cantares
Lo mismo en la tormenta que en la calma!

Para él, desde la estrella hasta los mares,
Todo era un salmo, una pasión, un alma!...

Taciturno, sombrío, vacilante
Pasa, en los velos de la sombra inquieta,
Un corazón de mártir y poeta
Preso en los lazos del destino: Dante!...
Nadie sondeó como él esas regiones
A cuyo umbral se deja la esperanza,
Ni azotó con más fuerza las pasiones,
Ni blandió con más ira la venganza!...
La vida lo abrevaba de amargura
Rompiendo al fin su corazón aún tierno,
Y él, maldiciendo tan tenaz tortura,
Fué á buscar una calma más segura
A las puertas siniestras del infierno!
Y allí, á solas con Dios y su pasado
Que del fondo de su alma se levanta,
Ebrio de odio y de dolores, canta
La inmensidad horrenda del pecado!
Entre el afán de la ambición maldita,
Entre el horror de todos los dolores,
Hace silbar su estrofa y precipita,
Con el ronco clamor de la avalancha,
El turbión de sus ecos tronadores!
¡Respira allí! Su corazón se ensancha
En la muda opresión del sufrimiento,
Y mientras todo á su alredor, oscuro,
Vacila, se estremece, titubea,—
Modela en verso su inmortal idea

Y entre el escombro del derruído muro
Hace rugir su vengador acento
Como el eco siniestro de un conjuro!...

¡Siempre el fatal misterio! ¡Ese problema,
Esa sombra, esa llaga corrosiva
Que se alimenta de la carne viva:
¡Ese volcán que al pensamiento quema!
¡Oh Manfredo! ¿cuál era la respuesta
Que demandabas al espacio inmenso
Cuando del monte en la región enhiesta,
Amortajado en el sudario denso
De la noche, besado por el aura,
Tu corazón marchito en la existencia,
Pidió la soledad, pidió el olvido?...
¿Acaso el beso de Beatriz ó Laura
Dá la ventura al corazón herido?...
¿Por qué saliste á maldecir tu ciencia,
Y á mirar á los cielos, viejo Fausto,
Como buscando en ellos la esperanza?...
¡Werther! ¿por qué tu corazón exhausto
A la insondable eternidad se lanza
Y al amor da su vida en holocausto?...
¡Misterio y nada más! Genios, poetas,
Penetrad en las simas de ese arcano
Y haced salir el corazón humano
De esas sendas tortuosas y secretas,
De ese pavor mortal que nos levanta,
En alas de la mente voladora,
A donde el genio complacido canta,
A donde el genio desgraciado llora!...

A través de las hondas y rompientes,
De ese mar sin bajeles y agitado,
Al turbión de los seres penitentes
El Dante guía con su gesto airado;
La formidable eternidad abarca,
Y nos hunde en el lóbrego horizonte,
Como á las almas sin perdón, Caronte,
Empujaba hasta el fondo de su barca

¡Siempre está allí! Visión fascinadora
Que con el brazo fijo se presenta
Al enfermizo rayo de la aurora,
O en medio de la bruma cenicienta!
¡Siempre está allí! Su sombra gigantesca
Se destaca del polvo del camino...
¿Qué muestra?... ¡Cuadros de pasión: Francesca!
¡Panoramas tremendos: Ugolino!...

¡Oh Shakespeare! con qué esfuerzo soberano
Desnudas la conciencia á nuestros ojos,
Alzando el alma en tu potente mano,
Y midiendo sus míseros despojos,
Como Hámlet alzaba conmovido
De la noche en el lóbrego misterio,
El viejo cráneo del bufón, sumido
En el sueño letal del cementerio!...
¡Pobre Jorick! decía. Y espantados
Nosotros repetimos: ¡Probre mente
Que recorre esos antros ignorados

Entre el vaivén de la pasión ardiente!
¡Ah! pobre alma que sufre la agonía
Cuando en el seno del dolor se lanza!
¡Pobre alma que abandona la esperanza
Al penetrar en la espiral sombría!

¿Qué abismos has sondeado, qué emociones
Sientes crispar tus músculos de acero,
Para pintar el crimen altanero,
El amor de tus sueños de poeta
O el hombre con instintos de leopardo,
El alma de Romeo y de Julieta,
O la negra figura de Ricardo?
¿En qué sombra bebiste aquellos sueños
Que estrujan tu cerebro de gigante
Para trazar fantásticos diseños
Y domar nuestra mente delirante?
¿Dónde encontraste, genio? tu modelo
Para mostrar á Macbeth aterrado,
Levantando el puñal ensangrentado,
La explosión de la cólera de Otelo,
Lear bañado en la luz de la tormenta,
El espectro de Banquo pavoroso,
Y el vicio que se agita poderoso
Pero vengado por su propia afrenta?
Tú sabes que en la vida, hora por hora,
El veneno del mal corre en las venas,
Tú sabes que la luz deslumbradora
No disipa la sombra de las penas,
Y al levantar tu canto, nuevo Esquilo,

Hieres el alma con tu golpe recio,
Y sobre el hombre pasas, intranquilo,
El rayo vengador de tu desprecio!
¡Oh Shakespeare! al volver de esas regiones,
Al tornar de las sombras del dilema
Que la esfinge curiosa nos plantea,
Al volver del turbión de las pasiones
Veo en tí mucho más que una diadema,
Acentos de dolor, revelaciones
De ese mundo interior del pensamiento
Donde brotan los rayos de la idea
De la nube tenaz del sentimiento!
Lucha oprimido por el genio, y llora;
Que al salir de la lid con la victoria
Hay en tu frente claridad de aurora,
Y en tu conciencia resplandor de gloria!...

Alas, sonrisas, cantos, armonías,
¡Subid! ¡volad! dejad los pensadores,
Los calvarios, las negras agonías,
Los crímenes, las luchas, los dolores.
¡Adelante! Valor, reveladores
Que nos hablais del porvenir lejano,
¡Oh sabios, extendednos vuestra mano!
¡Siempre adelante! Por la cruz guardados,
Fija la vista en el altar bendito
Marchemos á los antros ignorados,
Marchemos al Señor y al infinito.
Marchemos por la senda que seguía
Acompañado de Beatriz el Dante;

Sintamos al Señor, cual lo sentía
Moisés en el Horeb, cuando en un día
Se coronó de lumbre centellante!...
¡Ah! todos ellos cantan la grandeza
O hieren, sin espanto, la miseria;
Todos ellos derraman la belleza,
Nos sacan del dolor y la materia;
Muestran la luz de la primer mañana;
Levantan el pendón de los combates;
Tocan triunfales la sonora diana;
Y juntos, sabios, sacerdotes, vates,
En los vastos problemas de la ciencia
O en los hondos abismos de la vida,
Alzan al cielo el corazón ferviente
Sellado con la luz de la conciencia,
Que alumbra las arrugas de la frente!...
Ya llega al alma el celestial rocío,
Ya en los espacios al Señor se alcanza,
Se ha cantado la muerte y el hastío,
Cantemos el amor y la esperanza!
¡Oh corazón! tan sólo en los acentos
Que parten de esas liras enlutadas
Tan sólo en los divinos sentimientos
De esas almas que van desesperadas,
Tan sólo en las espléndidas praderas
Tan sólo en las graníticas montañas
Que levantan sus frentes altaneras
Entre las nubes rápidas y huraños;
Tan sólo en los torrentes despeñados,
O en medio de las roncas cataratas,

Se encuentran los acentos inspirados
Que en tu salvaje soledad dilatas;
El canto de las aves solitarias,
La brisa que en los árboles se queja
Y esa mezcla de gritos y plegarias
Que sobre el ala del turbión se aleja!...
Pues hundido en el seno de los mares,
O escalando valiente el infinito,
Doquier encuentra el pensamiento altares,
En medio de las selvas seculares
O encima de los montes de granito!...

Aquí, á solas con Dios, como en un templo
En medio de la noche funeraria,
Lo concibo, lo adoro, lo contemplo
Y le hablo en la expansión de la plegaria!
Aquí me muestra de su gloria el rastro
El universo que sin calma oscila
Al soplo de su aliento omnipotente;
Admiro sus fulgores en el astro
Y en ese espacio de quietud tranquila
Que me arrulla en su seno, apasionada,
Se proyecta su luz en mi pupila
Que queda en las tinieblas deslumbrada!
A mi vista se extiende el libro inmenso
Que han hojeado los sabios y profetas,
Que el corazón, á su fulgor suspenso,
Recorre con la voz de los poetas;
Este libro inmortal, Naturaleza,
Donde escribe el Señor su poderío

En la nube, el escollo, la maleza,
La flor, el aura, la campiña, el río!

¡Ah! feliz, bien feliz el iniciado
En tus misterios, madre de belleza!
Feliz el corazón que ha levantado
Ese velo de Isis, extendido
Encima de tu plácida grandeza!
El monte que refleja las edades,
El mar que lanza queja atronadora
A impulso de las roncas tempestades,
El cometa que vuela enardecido,
Derramando su luz deslumbradora,
Sólo son despreciables caracteres
Del nombre del Señor que, en raudo grito,
Arroja la palabra de los seres
Al último confín del infinito...

¡Oh madre del amor, Naturaleza,
Tú que arrullas encima de tu seno
Al corazón que admira tu pureza,
¿No es verdad que nos hablas con el trueno,
Que nos besas la frente con la brisa,
Que nos consuelas con la flor que llora
Y en cada resplandor de cada aurora
Nos muestras el fulgor de tu sonrisa?
Yo he contemplado en la feraz llanura
Bajar el sol de su dorado trono
Para internarse entre la noche oscura!
Yo he escuchado llorar ese abandono

Al ave con sus trinos seductores,
Al cielo con su plácido rocío,
Al sauce con sus débiles rumores
Y con sus quejas de dolor al río;
Y yo mismo he sentido palpitante,
Al avanzar la noche solitaria,
Esa opresión del alma agonizante
Que desborda por fin en la plegaria!...
Y es que un foco radioso de poesía
Desprendida de Dios, Naturaleza,
Sobre tus sienes majestuosas arde;
Tu palabra es la plácida armonía
Del viento, del raudal, de la maleza;
Por eso al descender sobre la tarde
El manto misterioso de la noche,
Cuando en el seno de apacible calma
La flor del corazón abre su broche
Y el cielo vierte alfójar en el alma,
Se sienten esas voces cariñosas
Que el viento en la tiniebla balbucea,
Palabras, sí, palabras misteriosas
Que viniendo de Dios van á la idea!

Cuando en el mundo, valerosos nautas,
Nos lanzamos en pos de la ventura,
Recorriendo, perdidos Argonáutas,
Un océano infinito de amargura;
Cuando cubren las nubes nuestro cielo,
Cuando entre sombras de implacable duelo
Se marcha en la existencia, es necesario

Que nuestra alma penetre en tu santuario
¡Oh sublime Vestal, Naturaleza!
Porque tuya es la mano que coloca
El nido solitario en la maleza,
La flor abandonada entre la piedra
Y en el alma el amor, como en la roca
Los verdes lazos de la agreste yedra!

¿Qué importa entónces que el dolor arroje,
Al impulso voraz de las pasiones,
Como esas ramas que secó el invierno,
Un tropel de marchitas ilusiones?
¿Qué más da que frenético deshoje
El huracán continuo de la vida
Al corazón emocionado y tierno?
¡Águila audaz, la idea seductora
En medio de la sombra se levanta!
Subir, siempre subir es su destino;
Y de la vida en el erial camino
Todo cumple su ley: el alma llora,
Sonríe el manantial y el ave canta!
Y allí, tan sólo allí, cuando se mira
Surgir el sol de púrpura vestido
Por el fúlgido oriente que se inflama,
Cuando el rocío por su rayo herido
Enciende cada gota en cada rama,
Se comprende la luz, sube la idea,
Florece á su contacto el sentimiento
Y en el cenit del alma centellea
Como una nube que acaricia el viento!

¡La flor nos habla! De piedad henchida
Rebosa de su cáliz el perfume,
Y en el espacio de su corta vida
Palpita de pasión y se consume.
¡El mar nos habla! Su furioso empuje
Encuentra un dique en la potente roca,
Que á cada insulto de su voz que ruge
Con desdén á la lucha le provoca!
¡Nos habla el viento! Su palabra vana
Se pierde en el espacio rumorosa,
Como un eco de música lejana
Que atraviesa una noche tempestuosa!
Habla también la sombra, habla la aurora,
Habla la fuente y le contesta el río,
Y hasta el espacio se extremece y llora
Cuando derrama en perlas el rocío!

Es que el mundo también tiene su alma;
Es que al gozar celebra su alegría,
Es que en la sombra del dolor sin calma
Llora también, como también sentía...
Y en las palabras que tu voz derrama
Cual consuelo inmortal, Naturaleza;
En lo que dice el bosque, arde en la llama
Y suspira ó murmura en la maleza;
En la armonía universal que gime
En el viento, en el rio, en la tormenta;
En esa voz del corazón sublime
Que el universo entero transparenta;
En el eco de amor que en su circuito

Es gorjeo en las dulces avecillas,
Y es en el mar lamento de fiereza
De las ondas que azotan las orillas;
¡En el alma inmortal del infinito
Que también late en tí, Naturaleza,
Nos habla Dios!...
¡Poetas, de rodillas!...

HOMO

Á OLEGARIO V. ANDRADE

'Al hundir la mirada en el pasado
Y en su sombra abismar el pensamiento,
Se estremece el espíritu agitado,
Y, como niebla que dispersa el viento,
Cuando el sol brilla y la arboleda canta,
Se evapora la duda transitoria,
Y del fondo sombrío de la historia
El Génesis del mundo se levanta.

¡Cuadro inmortal! ¡Como salvaje fiera
Que se revuelve en la opresión y ruge,
El mar jadeante, con furioso empuje,
Vela y salpica la lejana esfera,
Hierve el fuego en las cóncavas entrañas
Del astro incandescente; se elabora

La gran transformación, y las montañas
Mueven sus crestas con rumor profundo,
Y esperan el incendio de la aurora
Para bañarse en resplandor fecundo!
La lava hirviente con vigor circula,
Como la savia en el follaje umbrío;
Estremecida la extensión ondula,
Y las brumas eternas del vacío,
Desarrolladas por oculta mano,
Confunden sus vapores con las olas
Y cubren el hervor del océano
Circuído de brillantes aureolas.
¡El viento airado la extensión flagela
Y el eco de las hondas convulsiones,
Como coro de eternas maldiciones,
De mundo en mundo se dilata y vuela!
¡La explosión del volcán une su acento
Al estallido del granito; el monte
Vacila, como un ebrio, en su cimiento,
Coronando de sombra el horizonte,
Y, entre gases, rumores, cataclismos,
Las ruinas se confunden con las ruinas,
Y, cubierto por lumbres mortecinas,
Se cierne el huracán en los abismos!

Mas luego, como un pecho que se calma,
Poco á poco apacigua sus latidos
La tierra, que en los aires encendidos
Se inclina como el tronco de la palma,
Y entre dulces destellos de topacio,

Iluminada por la luz divina,
Como una novia que al altar camina,
Paso á paso se pierde en el espacio.
—Aún se sacude con temor. Apenas
Desprendida del Caos que la guardaba,
En sus vísceras móviles, la lava
Palpita como el mar en las arenas;
Las selvas lentamente se coronan
De hojas y flores, el torrente gime,
Las aves á las brisas se abandonan
Y dan al aire su canción sublime.
¡Cuando la luna pálida destella
Se agita dulcemente la enramada,
Y, desgarrando la extensión callada,
Abre sus ojos la primera estrella!
¡Sobre los campos y su verde alfombra,
Cuando extiende la noche sus crespones,
Se oye un vago rumor de conmociones
Y los monstruos despiertan en la sombra!
¡Todo es grande!—Legiones de colosos
Al mundo imponen su poder sin nombre
Y reinan en los antros pavorosos...
¡Sólo es pequeño y miserable el Hombre!

¡Job de la tierra! ¡Patria sin consuelo!
Fuego cubierto por mortal ceniza!
¡Vedlo! Sin fe, sin libertad, ni anhelo,
En la sombra, temblando, se desliza.
Y mientras todo brilla esplendoroso
Al soplo de la vida, que en torrentes

Se esparce sobre el seno de la tierra,
Ni el júbilo comprende ni el reposo,
Va arrastrando sus pasos impacientes,
Soldado eterno de una eterna guerra,
Que, de la suerte en los oscuros senos,
Combate y triunfa, sin honor ni gloria,
Alcanzando, por única victoria,
Un dolor nuevo y un peligro menos.

Vive oculto en la rústica caverna,
O en la choza cubierta de hojarasca
Dios lo abandona, el mundo lo gobierna,
Y, herido por la pena y la borrasca,
Sin una luz cuando la noche fría
Extiende el manto de su sombra densa,
Recorre las llanuras sin defensa
Con el instinto del pavor por guía.
¡O, presa del dolor y la asechanza,
Bajo las grutas cóncavas y estrechas,
Con el bárbaro afán de la venganza
Afilando la punta de sus flechas,
Parte al brillar en el confín lejano
El primer resplandor de la mañana,
Veloz corriendo tras la fiera hircana
Con el hacha de silex en la mano!

¡Y allí, cuando las sombras solitarias
Se dilataban por el ancho cielo,
De rodillas cayendo sobre el suelo,
Levantaba sus férvidas plegarias!...

Cruzó errante los valles, la pradera
Y el círculo fugaz del horizonte,
Y en las cúspides lóbregas del monte
Sintió nacer su religión primera.
¡Todo le hablaba: el céfiro en la rama,
El agua en la aspereza de la roca,
Del sol naciente la celeste llama,
El mar, la flor, los astros! ¡Como un canto
De libertad y de pasión, su boca
Balbuceó un himno majestuoso y santo,
Y, al borde del profundo precipicio
Cubierto por el manto de la hiedra,
Puso á sus dioses de grosera piedra
Sobre el místico altar del sacrificio!

¡Ay! era libre como el ave altiva
Que abandona su nido, cuando el viento
Hace temblar su ala fugitiva
Y pretende escalar el firmamento!
Nómade y solo, con vigor salvaje
Cruzaba el mundo, y en su pecho oscuro
Balbuceaba con ímpetu inseguro,
De las hondas pasiones el lenguaje.
¡Amó! sobre los llanos de esmeralda
Despertaron sus sueños comprimidos,
Brindó á una virgen su primer guirnalda,
Se exaltaron de pronto sus sentidos,
Se encendió su mirada centellante
En la luz de otros ojos abismada,
Y fué el mundo, al fulgor de la alborada,

El tálamo nupcial de aquel amante.
Cubierto por los árboles espesos,
Rendido de emoción y de ternura,
Arrulló el alma de su amada pura
Con la música eterna de sus besos.

¡Noche de amor! ¿Qué valen los poderes,
La efímera ambición, el ansia loca
Que agota nuestro ser en los placeres,
Ante el dulce murmullo de una boca
Que roza nuestra frente, de un acento
Que como tierna tórtola nos llama,
De un labio ardiente, de pasión sediento,
De un corazón que se despierta y ama?
¡Noche de amor! ¡La atmósfera serena
Temblaba dulcemente; en el capullo
Gemía el viento, y, al besar la arena,
El mar alzaba su perpetuo arrullo!
La flor emocionada, el ave sola,
La selva oscura, el palpitante nido,
Desde el lánguido canto de la ola
Hasta el salmo del mundo estremecido,
¡Oh eterno amor, tu inspiración bebía!
¡Se aspiraba el efluvio de tu aliento
En el brillante resplandor del día,
En la sombra tenaz del firmamento,
Del aura errante en los inquietos giros,
Y el mundo nebuloso y solitario
Exhalaba plegarias y suspiros,
Como el arpa que gime en el santuario!

El ídolo fatídico y sangriento
Cayó como el alud desde la cumbre;
Los dioses en compacta muchedumbre
Raudos flotaron sobre el éter solo,
¡Y el Hombre, al despertar al sentimiento,
Dejó á Moloch para abrazar á Apolo!
En medio de las vastas soledades,
Al impulso del céfiro movidos,
Los árboles se pueblan de deidades
Y despierta el ardor de los sentidos.
Corre el Fauno veloz entre el ramaje,
La Nínfa voluptuosa la enardece,
Y el Silvano, con ímpetu salvaje,
Entre las ramas móviles se mece.
La Náyade ligera se enamora
En la corriente cristalina y pura,
Favonio se estremece en la espesura,
Y reparten, con luz deslumbradora,
Diana el pudor y Vénus la hermosura!

¡Vénus! blanca deidad mágica hoguera
Donde se abrasa el corazón humano!
¡Besada por la onda del océano
Que mecía tu blonda cabellera,
Las gracias y las risas dulcemente
Te arrastran con los rápidos tritones,
Brilla el fuego del sol sobre tu frente
Y laten en tu seno las pasiones!
¡Tu cuerpo real magnífico descuella,
Y cuando te alzas fúlgida y desnuda,

El mundo entero se conmueve y duda!
¡Anda! ¡eres diosa puesto que eres bella!
En tus sienes no muere la guirnalda
Del amor y el placer, ¡y sus destellos
Dejan ver el raudal de tus cabellos
Como un manto de sol sobre tu espalda!
¡Luchas y triunfas en perpetua calma
Sobre la sangre y el humano lodo!
¡Oh! diosa del Amor, reinas en todo!
¡En todo, sí! ¡Pero te falta una alma!...

¿Por qué rugió la tempestad sombría
Arrastrando en sus alas las creencias,
Vénus cayó, temblaron las conciencias
Y sucedió á la religión la orgía?. .
¡Como potros salvajes, las pasiones
Destrozaron los cármenes lejanos,
Y se arrastró á los pies de los tiranos
El retórico al par de los bufones!...
¡Oh sociedad! ¡inquieta cortesana
Que en el público lecho te vendías,
Ahogando tus ocultas agonías
En los santuarios de la fe profana!
¡Ebria de sangre, de placer sedienta,
Prostituyendo tu misión divina,
Velabas bajo púrpura sangrienta
La torpe corrupción de Mesalina!
¡Y el hombre vil, soltando sus pasiones,
Hoyó el placer, la gloria y el deseo,
Dispersando en el viento sus girones

Heridos, temblorosos, palpitantes,
Como el crudo furor de las Bacantes
Los miembros destrozados de Penteo!

¿Qué le quedaba? Solitario, hundido
En la duda, en la nada y en la muerte,
Triste sondeó su miserable suerte,
Vió su entusiasmo juvenil perdido,
Vió su marchito corazón, su vida,
Su libertad, y, como nave rota
Que el viento impulsa y el escollo hiere,
Dilató su mirada humedecida,
Interrogó la inmensidad remota
Y sus pesares le dijeron: ¡Muere!...

La turba se arrastraba rumorosa,
Se ennegrecía la lejana esfera,
Y el cierzo de la noche borrascosa
Sucedía á la alegre primavera.
Se velaba en la sombra de los cielos
El ángel de los sueños inmortales;
De un lado lo asechaban sus desvelos,
Del otro, despojándose de velos,
Lo llamaban las roncas Saturnales!
Entonces ¡ay! ciñéndose las rosas
Del festín, con la cítara en la mano,
Al blando son del dactilo liviano
Levantando las copas espumosas,
Mientras el trueno en la extensión rugía
Y la fiera del circo destrozaba

El cuerpo palpitante del cristiano,
Apuraba el tumulto de la orgía,
En el placer de la abyección gozaba,
¡Y, al pasar como el viento del desierto,
Interrumpiendo su feliz transporte,
La espada de los bárbaros del Norte
Violó el sepulcro de un cadáver yerto!...

¡Los restos sin vigor de las legiones
Se envuelven en el polvo de la muerte
Y arrastran por el lodo sus pendones!
¡La fe divina, la conciencia fuerte
Que en el amor y la virtud se afianza,
Caen de la altura de su eterno solio
Al ver desparecer en lontananza
Los Dioses del antiguo Capitolio!
¡Con ciego afán, los monstruos imperiales
Despedazan su fúlgida diadema,
Y en un arranque de ambición suprema,
De Dios y la verdad en vilipendio,
Si salen de las rocas bacanales
Es para ver la rabia del incendio!

¡Luego, ante Cristo, se detuvo el mundo!...
¡Como un suspiro resonó su acento
De libertad, y el Hombre moribundo
Se sintió renacer al sentimiento!...
¡Oh! sobre el polvo del dolor, perdido
En todos los horrores de la suerte,
Sintiendo resonar junto á su oído

Las fúnebres salmodias de la muerte,
Repartiendo el perdón, la fe, el ejemplo,
Como el pan á una turba de mendigos
Reunidos bajo el pórtico del templo,
Viendo alzarse en tropel los enemigos,—
¿Quién no hubiera sentido el desconsuelo
Amargar la corriente de su vida?
¿Quién no se hubiera levantado al cielo
Al mirar la verdad escarnecida,
La fe y los odios en perpetua guerra,
La inquietud venciendo al heroísmo,
Y ante el fúnebre altar del Paganismo
Arrodillada sin pudor la Tierra?

¡Ah! ¡solo tú! Cuando en la noche helada
El ósculo del viento entumecía
Tu cuerpo, y al posarse tu pisada,
Desde el monte lejano á la hondonada,
Su huella en los desiertos imprimía;
Cuando roído por oculta pena
Llamabas á tu seno al desgraciado
Y enjugabas el llanto desolado
De la Niobe cristiana, Magdalena,—
¿No es verdad, no es verdad, mártir divino,
Que en el fondo de tu alma silenciosa,
Ante el mudo misterio del destino
Y el afán de la vida tempestuosa,—
Una inmensa piedad te desarmaba
Al mirar nuestros fútiles empeños,
Nuestra materia de la muerte esclava,

Y la cruel vanidad de nuestros sueños?—
¡Soplo de luz! ¡Espíritu de vida!
¡Todo á tu impulso se transforma y vive;
Todo alumbra tu ser; todo recibe
La sabia de tu sangre enardecida!...
Y á lo lejos, soñando, en el desierto,
En la Cruz, en el Circo, en la tortura,
Todo renace, y el cristiano apura
La copa del dolor y la amargura,
Por el escudo de su fe cubierto.
Calla el grito de muerte del profeta,
Friné cubre su seno palpitante,
¡Y en el silencio de la noche, errante,
Se macera el doliente anacoreta!
Recobra el alma su perdido imperio,
El éxtasis divino la devora,
¡Y en el sudario de la sombra llora
Perdida en el oculto monasterio!
¡Y allí, bajo las bóvedas oscuras,
Cuando la noche pálida se inclina
Y derrama su sombra mortecina
Sobre montes, torrentes y llanuras;
Allí, sobre las piedras funerarias
Del oculto sagrario, prosternado
Al pie del Crucifijo demacrado,
Habla el mártir con Dios en sus plegarias!

¡Humanidad! ¡Esclava sempiterna
Que cae del crimen al error doliente,
Y vuelve con el alma indiferente

Al vicio, como el ebrio á la taberna!
¡Cortesana que adula á los tiranos
Y al amor de su pecho los provoca,
Brindándoles el fuego de su boca
Y la ardiente caricia de sus manos!
¡Mártir cobarde que, sin fe ni anhelo,
Se arrastra por la cumbre ó el abismo,
Alzando cuando truena el cataclismo
El ruego á Dios y la mirada al cielo!
¡Maestra de los vicios seculares
Que ensangrientan el campo de la historia!
Despiadada madrasta de la gloria,—
¿Quién que mide tus íntimos pesares,
Tu cínica abyección, tu hipocrecía,
No se arranca del alma la alegría
Y ahoga la expansión de sus cantares?...

Todo muere: la gloria, la ventura,
La dulce candidez de los amores,
El perfume tranquilo de las flores
Y el alegre matiz de la llanura...
Y mientras todo á nuestros pies hundido
Por el tiempo veloz, rueda á su empuje;
Mientras cae en las sombras del olvido
La cándida inocencia; mientras ruge
La pasión y despierta la venganza;
Mientras en pos de la verdad perdida,
Pedimos un mendrugo de esperanza
En los tristes banquetes de la vida,—
¡La fe se apaga, la ilusión nos deja,

La amargura en el alma se desata,
Huye el amor, la inspiración se aleja,
Nos miente el hombre, el corazón nos mata!
Guardamos ay! con misterioso encanto
Dentro del pecho que el afán consume,
La armonía más lánguida de un canto,
La caricia más suave de un perfume;
Cruzamos entre prados halagüeños,
Henchidos de esperanza la existencia,
Mezclando nuestros sueños con los sueños
De un ángel coronado de inocencia;
Abrazamos su forma encantadora
Escuchando sus trémulos latidos,
Como se escucha al apuntar la aurora
El trino de los pájaros perdidos,—
¡Hasta que un día, pálido y lejano
Nuestra mirada con horror sondea
El corazón indiferente y vano
De esa torpe y mezquina Galatea!...
¡Y vamos tras la luz, tras la fortuna,
Llevando como signo de consuelo
La santa paz que nos meció en la cuna,
La dulce fe que nos bajó del cielo,—
Hasta encontrar, con inquietud sin calma
Y la vista clavada en el pasado,
Heladas las pasiones en el alma
Como cirios de un templo profanado!

¡Oh! yo lo siento! Con pesar profundo
Me abandono á las ondas encrespadas,

Y fijando en la tumba mis miradas
Dejo pasar la vanidad del mundo!
¡Y sueño con el éxtasis bendito
Que vive de ideal y de pureza,
La ley suprema, la inmortal belleza
O el fuego del espíritu infinito!
¡En la tarde tranquila en que se agita
La oración que remonta á las alturas
Del seno de las bóvedas oscuras,—
Mi dolorido corazón palpita
A la vista del Cristo lacerado
Que reparte, en los ámbitos desiertos,
El perdón de su labio demacrado,
Y el amor de sus brazos entreabiertos!
¡Caricia celestial! ¡Fuente sagrada
Donde bebe esperanzas é ilusiones
La pobre humanidad desamparada!...
¡Ay! si deben morir las expansiones
De este pecho que late enardecido
Al ritmo de profundas convulsiones;
Si, al querer elevar un mausoleo
Donde duerma el letargo del olvido
Este horrible pesar que lo devora
Con todos los tormentos del deseo,
Se estremece la mano vengadora,—
¡Corazón, mientras todo se derrumba
Abrázate á la Cruz, desesperado,
Y, á la sombra del claustro sosegado,
Sepulta tu dolor en otra tumba!

¡Oh poetas! El mundo nos convida
A gozar y á vivir. El cielo es puro,
La tarde bella, la extensión florida.
Bajo las hojas del follaje oscuro
Se sacude la flor. ¡El ave amante
Entona sus dulcísimas querellas
Y, en la noche callada, las estrellas
Nos clavan su mirada rutilante,
En la selva los árboles reales
Van sembrando el azahar de su corona
La alameda á las brisas se abandona;
El cielo se retrata en los cristales
Del río, melancólica serpiente
Que se arrastra en el campo dulcemente
Entre zarzas y móviles juncales!
¡El agua lame la menuda alfombra
Del prado encantador; viven los nidos;
Y duerme, entre los muros carcomidos,
El buho, sacerdote de la sombra!
¡Todo es amor! Rebosa la existencia
Y late el universo satisfecho...

¿Por qué, entonces, llevamos sin clemencia,
La eterna esclavitud en la conciencia
Y el eterno dolor dentro del pecho?...

¡Hemos llegado á la mitad del día!...
Dirigid al pasado la mirada
Y bebed en su sombra descarnada,
Pueblos la fe, ¡poetas, la agonía!

¡Raza indomable! ¡tu camino incierto,
Los pasos de tus mil generaciones,
Los harapos de todas tus naciones
Sembrados sobre el monte y el desierto,
Los tronos, tabernáculos, altares,
Los pórticos, los templos seculares,
La clámide y la toga, la insensata
Vanidad, y la fuerza transitoria,
Se cruzan en la sombra de la historia
Que el soplo de los siglos arrebata!

Allí la cruz. Aquí, los estertores
Del dolor. El plebeyo y el ilota.
¡Siempre, siempre de pie los opresores,
La verdad muda y la esperanza rota!
¡Escuchad! ¡Escuchad! ¡Pueblos! ¡el grito
De todos los que sufren, se levanta
Como una acusación del infinito,
Del polvo que remueve vuestra planta!
¡Ay! el hombre se arrastra macilento
Y nada lo consuela en el martirio.
¡Un delirio se mezcla á otro delirio,
Y un tormento se liga á otro tormento!
¡Si busca á Dios, le arrebatáis el cielo!
¡Si quiere amar, le desgarrais el alma!
¿Cuál es, Señor, la reservada palma,
El premio de su pena y su desvelo?
¿Acaso siempre la tenaz pelea
Le dirá: Muere? ¿Acaso confundidos,
Veremos á tiranos y oprimidos,

Y cómplice á la espada de la tea?
¿Acaso siempre tus eternas leyes
Servirán de irrisión á los impíos?
¿Acaso velarán los desvaríos
De dogmas viles, y cobardes reyes?
¿Acaso escuchas las dolientes voces
De todos los que claman y te imploran,
Y hieres sin piedad á los que lloran
En el santuario de los falsos dioses?...

¡Míranos! ¡Solos, desterrados, mudos,
Llevamos la tormenta en nuestro seno!
¡Y desnudos de amor, de fe desnudos
Arrastramos nuestra alma por el cieno!
Nos agita el indómito murmullo
De la pasión, que ruge á nuestro lado,
¡El Hombre es un monarca destronado
Que ha roto la diadema de su orgullo!
¿Qué importa que la gloria lo corone,
Que lo contemple el porvenir lejano,
Que el corazón se calme algún instante,
Si es sólo al fin un corazón humano?
¿Qué importa que la gloria deslumbrante,
Le dé á probar la copa bendecida,
Si todas las grandezas de la vida
Pasan más pronto que el cometa errante!...

¡Amar!... ¿Y para qué? Todo palpita
Para morir después; todo se arroja
En la pena, las brumas, la congoja;

La virtud rueda, las creencias vuelan,
Y después del ardor del primer beso
Nuestros labios frenéticos se hielan,
¡Vivir! ¿Y para qué? ¿Tanto embeleso,
Tantos ecos de amor, tantas canciones,
Tantos gritos de paz y de alegría,
Tanta luz, tanta fe, tantas pasiones,
Para llenar la aspiración de un día?...

¡Has triunfado, Dolor! ¡Muerte, has triunfado!
¡Dios está convertido en un verdugo
Y el hombre arrastra el formidable yugo
De todos los errores del pasado!
Esclavo, sufre; como rey, espera.
¡Cada astro solitario que se enciende
Entre las nubes de la azul esfera,
Cada ave errante que los aires hiende,
Cada rayo de luz de primavera;
Cuanto á su paso lo acaricia y ama,
Cuanto á su triste corazón inspira
Con las dulzuras de la eterna llama
Y la armonía de la eterna lira,
Hoy es sonrisa, claridad, perfume,
Palpitación de la esperanza humana,
Luego hoguera de amor que se consume,
Polvo, miseria y vanidad mañana!

AL TEQUENDAMA

¡Aún resuena tu estruendo en mis oídos
Y siento la opresión de tu grandeza,
Y el vértigo sacude mi cabeza
Como el turbión los árboles erguidos;
Aún te veo á mis pies, con rudo enojo
Sublevando tus ondas encrespadas,
En el ardor de tu incesante arrojo
Desplomarte, deshecho en mil cascadas,
Llegar al borde de la enhiesta roca,
Y, sintiendo el cercano cataclismo,
Como airado corcel que se desboca,
Abalanzarte en el profundo abismo!

¡Todo tiembla á tu paso: el cauce, el monte,
El árbol de raíces seculares
Que se eleva y domina el horizonte,
Los verdes lazos de la agreste hiedra
Y las rocas, graníticos altares
Que esperan á sus ídolos de piedra!
Inquieta y ronca, tu veloz corriente,
Entre dosel de gigantescas ramas,
Arrastra, serpeando, sus escamas,
Con el ímpetu ciego del torrente,
Y al llegar á la sima, ancha y profunda,
¡Tiembla el peñón y la corriente ruge,
Y en el delirio de tu enorme empuje
Se agiganta tu fuerza moribunda!

¡Ah! como busca el corazón sin calma,
Tequendama, este cuadro, esta grandeza,
Este terror que purifica el alma
Y en tanta majestad, tanta belleza!
¡Con qué placer llevamos nuestro paso
Hasta esa soledad, y el alma herida
Por angustia mortal, nube perdida
Desde el alba risueña hasta el ocaso,
Y los sueños que flotan desgarrados,
Y las penas que el tiempo desvanece,
Y tantos espejismos olvidados
Que en la distancia la ilusión acrece,
Todo busca tu seno, todo quiere
Embotar el dolor, puñal oculto
A cuyo golpe la esperanza muere,
Y olvidar el tumulto en tu tumulto!

¡He evocado á tu vista, temeroso,
Del polvo de los siglos, el pasado,
Con sus horas de lucha y de reposo!
¡He mirado llegar aquel soldado
Que bajo cota de crujientes mallas
Guardaba un férreo corazón, suspenso
Delante de tus lúgubres murallas,
Interrogando tu recinto inmenso,
Cuando mostraba, palpitante y nueva,
La montaña granítica la herida
Abierta entre la piedra endurecida
Por la mano inmortal de Nenqueteba!
¡Y rasgando con vuelo soberano

Los pálidos cendales de la historia,
He visto sobre el monte, sobre el llano,
Morir, luchando con honor y gloria,
La raza que adormeces con tu canto,
Cuando te vuelcas, rápido y profundo,
Y con raudales de perenne llanto
Riegas la virgen soledad de un mundo!

¡He llegado á tus ásperas riberas
Hoy que la suerte sin piedad me abruma,
Más débil que el capullo de la espuma
Que salpica tus rocas altaneras;
Hoy que he sentido con afán doliente
La puñalada de un dolor profundo,
Hoy que llevo en mi espíritu, viviente,
La visión de un semblante moribundo!...
¡Ah! déjanos sufrir, mientras tú gimes
Indiferente á la miseria humana,
Tu blanca niebla la pendiente moja,
Con tus anillos al peñasco oprimes,
Y siempre pura tu corriente mana!
Hay más rudo pesar, mayor congoja,
Más opresión, más hondo paroxismo
En la lucha del alma con la vida,—
Que en el loco furor de tu caída,
Que en tu choque tenaz con el abismo!...

¡El abismo! ¡el abismo! ¡Es una tumba
Que te aguarda al pasar, muda, en acecho...
Donde todo vacila y se derrumba,

Como árbol consumido por la llama,
Para morir en su recinto estrecho:
Ríos, ciudades, la virtud, el nombre...
Es la sima que absorbe al Tequendama,
Es el destino que destroza al hombre!...
¡El oculta en sus lóbregas entrañas
Atracciones traidoras; él te espera,
Torrente que naciste en las montañas,
Al rayo de la dulce primavera,
Para verte de pronto arrebatado,
Seguir rugiendo, sin volar, inerte,
Querer retroceder y, al fin, airado,
Marchar, como al suplicio el condenado,
Luchando brazo á brazo con la muerte!
¡Tú lo presientes, te retuerces, quieres
Detenerte, te exaltas y te agitas,
Con profundo terror te precipitas,
Y, hecho pedazos en las rocas, mueres!
¡Envuelto en centellantes resplandores
Alumbra el sol tu bárbara agonía,
Y te cubre de luz y de alegría
Como se cubre un féretro de flores!...

Nacer entre sonrisas, bajo el beso
Del aura que suspira en la espesura,
Ser la voz misteriosa que murmura,
Dulces endechas al juncal espeso,
Ser la fuente en que el cielo se retrata,
Que á la campiña silenciosa riega,
Y acariciando la extendida vega

Al través de la yerba se dilata,
¿Para qué? ¿Para qué?
—Llega una hora
Y el niño es hombre. ¡La veloz corriente
Que se arrastraba, plácida y serena,
Lanza al viento su voz aterradora,
Se encrespa, lucha, se revuelve y truena!
¡Vano, vano furor! ¡Dobla la frente
Gigantesco raudal, honda cascada!
¡Te arrebata una mano despiadada
Como el viento la arena del camino!
¡No volverás á tu apacible calma!
¡En el ronco clamor del torbellino
La palabra de Dios habla á nuestra alma!

¿Y nosotros? ¡También arrebatados
Por incesante afán, mustia la frente,
Triste el alma, los miembros fatigados,—
Seguimos á merced de la corriente!
¡Y en rebelión eterna con la tierra
O heridos por el mal y el egoísmo,
Dejamos el amor, la fe, la gloria,
Como armaduras de una antigua guerra,
Para rodar, por fin, en el abismo!
¡Abismo! ¡redención! ¡No es la esperanza
Reflejo de una imagen ilusoria,
Que se disipa si el dolor avanza!
Aquí donde la mente enardecida
Se embriaga de profundas emociones,
Siente más viva circular la vida

Y latir con más fuerza las pasiones,—
¡Levantemos el himno de victoria,
Nosotros, los errantes, los proscritos,
Los que al vivir, llorosos ó risueños,
Hacemos nuestros sueños infinitos
Y vivimos la vida de los sueños!...

MIMÍ

AL DOCTOR DON PEDRO GOYENA

Era el rayo del sol de la mañana,
El jardín se bañaba en sus fulgores,
Y la brisa al pasar, dulce y liviana,
Repartía sus besos á las flores.
Los árboles gozosos, sacudidos
Por sus ráfagas cálidas y suaves,
Acompañando el canto de las aves
Arrullaban sus sueños en los nidos.
El estanque bruñido sonreía.
¡Todo era alegre: el césped deslumbrante
Escuchaba extasiado la armonía
De la fuente veloz; y allá, distante,
Se empinaba, curioso y solitario,
Bañado de la luz en los reflejos,
Con su cúpula tersa de azulejos
Y su cruz cincelada, el campanario!
¡Recorriendo las flores amorosas

Y dejando en sus pétalos su aliento,
Como rayos del sol, las mariposas
Giraban en eterno movimiento!
¡Todo era un himno al resplandor del día,
Al cielo centellante de la aurora,
Himno lleno de luz embriagadora,
De savia y explosiones de alegría!
Balbuceaba la brisa pasajera
En la verde extensión de la espesura...
—¡El mundo se agitaba con ternura
En su luna de miel, la primavera!...

¡Julia corría en medio de las flores,
Esas dulces hermanas de la infancia
Que tienen su inocencia y su fragancia
Y calman con dulzura sus dolores!
—¡En su espalda la rubia cabellera
Se esparcía como oro deshilado
Y su cutis de armiño, sonrosado
Por la viva inquietud de la carrera,—
Atraía á las dulces mariposas
Como la blanca túnica del lirio
O la roja corola de las rosas!
Era un sueño, era un rayo, era un delirio
Persiguiendo los giros de su vuelo.
¡Las ramas se inclinaban en su frente,
Y al pasar á la margen de la fuente
La contemplaba, reflejado, el cielo!

Al fin, cansada, se detuvo. El viento
La acarició con más amor. ¡La alfombra

Del cesped verde le ofreció su asiento
Y los árboles todos cariñosos
Se dilataron para darle sombra!
Meditaba. ¡En sus ojos luminosos
Flotaba su mirada deslumbrante
Con la muda plegaria del que invoca!
¡Su único anhelo, su visión constante,
Lo que daba sonrisas á su boca,—
Era ese eterno sueño del cariño,
Era la imagen blanca y hechicera
De una muñeca, la primer quimera
Que desplega sus alas en el niño!...

La Muñeca llegó. ¡Cuántas caricias!
¡Cuántos sueños de pronto realizados!
¡Cuánto amor, cuántas íntimas delicias
Brillaron en sus ojos azulados!...
¡Aquel pequeño ser, aquel esbozo
Inanimado y yerto, de la vida,
Exhalaba un tristísimo solloso!
En su cuello flotaba desprendida
Su suelta cabellera, que adornaba,
Julia llena de encanto y de ternura,
Y como último rasgo de hermosura
Y gracia extrema,—¡la muñeca hablaba!...
Era poco, es verdad. Pero, lectores,
¿Para qué más palabras, si decía:
—Papá y mamá, y, exánime, gemía
Como el ave sin nido entre las flores!...

Julia la amó con la pasión intensa
De la niñez risueña. La llamaba
Mimí; vivía con su voz suspensa;
Al descender la noche la arrullaba
Y dormía con ella entre los brazos;
¡Y sí, á veces, Mimí, trémula y llena
De dolor, al llorar era importuna,
Julia inflexible, como enorme pena,—
Aunque llevando el alma hecha pedazos,—
La dejaba dormir sola en su cuna!

¡Y luego era el perdón! ¡Cuántos acentos
De cariño, borraban su castigo!
¡De su abandono y su dolor testigo
Para calmarla, le contaba cuentos!
Y al conjuro de esa alma encantadora
Acudían los genios y las hadas;
Barba Azul en la sombra aterradora,
Pulgarcito estampando sus pisadas
A través de la selva tenebrosa
Donde el Ogro de niños se alimenta,
Y, junto al fuego del hogar, radiosa,
¡La pobre, la querida Cenicienta!...

¡Llegó el invierno destemplado y frío!
¡Los árboles, sufriendo las nevadas,
Retorcían sus ramas descarnadas,
A la luz del crepúsculo sombrío!
¡Ya no flotaban como tersas plumas
Las nubes al cruzar el firmamento!

¡Como un puñal asesinaba el viento!
¡Todo era angustia, soledad y brumas!
¡La fuente se arrastraba moribunda
Sobre el lóbrego cauce congelado,
Y el mar sobre el peñasco quebrantado,
Inclinaba su sien meditabunda!
¡Sin la fuerza del sol y de la aurora,
Bajo el cielo de nubes encubierto
El jardín muere, la arboleda llora,
Y nadie cruza su ámbito desierto!
Todo busca calor. ¡Dentro del nido
No se escuchan arrullos ni canciones!
¡Caen las hojas, y van las ilusiones
A morir en el seno del olvido!

¡Ah! el plácido hogar gime sin calma!
¡Falta una voz en su recinto estrecho,
La voz de Julia que le daba el alma!
¡La fiebre que, esperándola en acecho,
La ha dejado crecer, pura y hermosa,
Una noche callada y tempestuosa
La hirió á traición y la postró en el lecho!
¡Y su pobre cabeza, devorada
Por el delirio y el dolor, se oprime;
Vaga triste y sin rumbo su mirada;
De cuando en cuando dolorida gime,
Y cansada, sin savia, se debate
En garras de ese fúnebre tirano,
Con el esfuerzo triste y soberano
Del que lucha en el último combate!....

Lentamente, se apaga la existencia
En su cuerpo sin fuego. Todo inspira
A su lado la paz y la inocencia.—
¡Su madre melancólica la mira,
La luz alumbra su pequeño lecho,
Un Cristo le abre los eternos brazos,
Y sueña que recibe sus abrazos
Y que duerme, por fin, sobre su pecho!
¡Entonces, como flor que en la mañana
Inclina sobre el tallo la corola,
Como en un beso, pálida y liviana,
Se derrama la espuma de la ola,—
Inclinando su frente sin pesares,
Oye un trémulo acento que la nombra,
Escucha como un ruido de cantares,
Quiere abrazar á un ángel en la sombra,
Extiende el brazo, rígido y suspenso,
Como apartando el golpe que la hiere,
Mira á su madre, con amor inmenso,
Y, besando á Mimí, suspira y muere!—
. . . . . .

¡Desde entonces la madre sin aliento,
Como un espectro en la tiniebla, pasa
Con un solo dolor y un pensamiento
Que el alma lentamente le traspasa
Y arrastra, con la mente en el pasado,
Que, como una montaña, se derrumba
Encima de su pecho fatigado,
La vida del ciprés sobre una tumba!

De tarde en tarde, con la vista errante,
Vacilando en su marcha, se dirige
Al cuarto abandonado, y anhelante
En el mudo martirio que la aflige,
Con la frente siniestra y contraída
Por la sombra tenaz de su fortuna,
Dice:
—«¡Julia... No ha muerto... está dormida!»...
Y se aleja, extraviada, conmovida
Mientras queda Mimí sobre la cuna!...

LAVINIA

Moi qui ne suis pas prude et qui n'ai pas de gaze
Ni de feuille de vigne á coller á ma phrase...
Je ne passerai rien.....
Ce que j'écris, n'est pas pour les petites filles
Dont on coupe le pain en tartines. Mes vers
Sont des vers de jeune homme, et non un catéchisme.

Th. Gautier.—Albertus.

I

En las noches de invierno, junto al fuego,
¿Qué hacer, lector, cuando el carbón chispea,
Pasa la brisa modulando un ruego,
La lluvia melancólica golpea
El balcón de la pieza silenciosa,
Nuestro callado corazón reposa,
Y se escucha el rodar de los carruajes,

De la turba que pasa los zumbidos,
Cual rumor incesante de oleajes
En calma sepulcral desvanecidos?

II

Unos vuelven la vista hacia el pasado
Evocando su imagen transitoria;
Otros recuerdan la perdida historia
De un sueño de ventura disipado;
Otros, escriben versos; ¡yo, contento,
Dejo libre vagar mi pensamiento,
Tomo y recorro con afán ansioso
Una vieja novela, y al conjuro
De tu acento se puebla mi reposo
Y se ilumina mi cerebro oscuro!

III

Viejo Dumas, amigo de mi infancia,
¡Cuántas veces, tan fijos como absortos,
Meditando en los músculos de Porthos
Te evocaron mis ojos! La distancia
No ha borrado tus grandes creaciones.
¡Aún avanzan en rápidos bridones
Los héroes del amor y de la guerra,
Maison Rouge, Artagnan y Monte-Cristo,
Los dioses coronados de la tierra,
Que en todos nuestros sueños hemos visto!

IV

¡Aún viven esas reinas, esos pajes,
Esos amantes que el amor traiciona;
Gorenflot y su pollino; la tizona
Del valiente Chicot; los ricos trajes
De los reyes hidalgos; las batallas;
El escuadrón que asalta las murallas;
El choque de la lanza y el escudo,
O, como el rayo en la penumbra incierta,
El puñal de Antony, siempre desnudo,
Y su amada á los pies, rígida y yerta!

V

Otras veces, recuerdo conmovido
Aquellos días de la edad primera,
En que despierta el corazón dormido
A los rayos de un sol de primavera;
El colegio, su rápido tumulto,
La habilidad con que pasaba oculto
Con un libro, en los viejos corredores:
¡Toda aquella existencia divertida
Entre el latín, el juego, la comida,
Y el baño de saber de los doctores!...

VI

¡El colegio! ¡Aún contemplo con tristeza
Sus muros, sus salones, mis maestros

Que, al mover fatigados la cabeza,
Me llenaban de horóscopos siniestros!...
¡Mis largas luchas con la lengua griega,
Mi terror por el *alfa* y el *omega,*
La Química, pesada como el plomo,
Cuya horrible visión me perseguía
Hasta que, al fin, por descansar, caía
En brazos de Artagnan ó Juan Palomo!...

VII

Yo amaba la pereza, el sueño vago
Que en nada fija su perpetuo vuelo:
¡Mi espíritu, tranquilo como un lago,
Siempre en el fondo reflejaba el cielo!
Las ciencias me eran todas antipáticas;
No podría sufrir las matemáticas;
De las versiones griegas y latinas
No conserva recuerdo mi memoria;
¡Sólo hallaba muy lógico, en Historia,
El rapto sin igual de las Sabinas!...

VIII

Mi pecho ansioso de pasión profunda
Y lleno de ilusión retrospectiva,
Era una tierra virgen y fecunda...
La bella Helena, la Romana altiva
Herida por la mano de la muerte,
Las víctimas del odio de la suerte,

Las virtuosas, las débiles, la impura,
Que Lysistrata llamaría hermana;
Cleopatra, reina; Aspasia, cortesana;
¡Yo amaba á todas con igual ternura!...

IX

Un día, al arriesgar una caricia,
Cabizbajo salí de la pelea,
Y víctima infantil de la injusticia,
Comencé á despreciar mi Dulcinea...
¡Ah! pobre Caballero que adelantas
Por las sierras de lóbregas gargantas,
De tu rocín desapacible al trote,—
¿Qué encuentras en lugar de tu hermosura?
¡La decepción, la muerte y la locura!...
¡En amor, todos somos Don Quijote!...

X

—Alberto, sin embargo, no leía.
Con un montón de cartas á su lado,
Después de recorrer desencantado,
Tantos ecos de amor, flores de un día,—
Las confiaba al hogar, una por una...
Y esas pobres reliquias sin fortuna
Que su mano exhumaba del olvido,
Parecían sufrir en los carbones,
Y su negro cadáver consumido
Se agitaba con ondas convulsiones.

XI

¡Oh! ¡las cartas quemadas! El pasado
Nunca muere. ¿No es cierto que se eleva
Del polvo de la tierra, siempre nueva,
La embriaguez del placer amortajado?
¡Guardad, guardad con ambición suprema
La sombra del amor; ese poema
Que en la conciencia trémula se esconde,
Esa voz que, al llamar el sufrimiento,
Se levanta del alma y os responde
Con un grito inmortal de sentimiento!

XII

¿Y cómo desterrar de la memoria
Ese sueño feliz? ¡Luchais en vano!
¡El se levanta del confín lejano
A referiros vuestra vieja historia,
El se estremece en vuestro pecho helado,
El alumbra el espíritu cansado,
El mezcla entre los himnos su reproche
Y, cuando el viento quejumbroso zumba,
Envuelto en las tinieblas de la noche,
Se levanta del fondo de su tumba!...

XIII

Alberto,— me direis,—¿era un poeta?
—Algo más y algo menos. ¡Era un loco

Que amaba mucho y calculaba poco,
Era un Don Juan con corazón de asceta!
¡En sus horas de encanto y alegría,
Cuando el destello de la luz del día
El fondo de su ser iluminaba,
Se bañaba en sus puros resplandores
Y vivía feliz, pero estudiaba
Mucho más que á las ciencias, á las flores!

XIV

Siempre en pos de las glorias del amante
Y viviendo de sueños, altanero,
Cuando dejaba de la mano á Homero
Era cediendo á su pasión por Dante.
Por lo demás, espíritu diverso,
Pensaba en prosa pero amaba en verso,
Como las hojas del otoño, mustias,
Sus pasiones rodaban. ¡Su alma sola
Luchaba, sin ceder, con las angustias,
Como lucha el peñasco con la ola!

XV

Dormitaba en sus sueños el deseo
Y flotaba en su espíritu la duda.
Dentro de su alma, pensativa y muda,
Esperaba la alondra de Romeo.
Cuando, huyendo importunos y testigos,
Hablaba de sí mismo á sus amigos,

Les decía: «Mi dicha es bien completa.
«Ninguna sombra de dolor me agita.
«¡Si llaman á mi puerta, no es Julieta,
«Sino Manon Lescaut quien me visita!»

XVI

«¿Qué me importan, decidme, las polémicas
De los que luchan con salvaje encono,
Por levantar su vanidad á un trono
De palmas y «Memorias Académicas?»
¿Hay flores en los verdes matorrales?
¿Contestan á las aves los raudales?
Pues basta para mí. Dejad que pase
El mundo con su loco movimiento
Y que á los pueblos el cañón arrase:
¡Donde él no llega, llega el pensamiento!

XVII

«Yo quisiera volver el paso incierto
A aquellas horas de piedad primera,
En que el sol de una eterna primavera
Fecundaba las flores del desierto;
Y sin odios, sin penas ni dolores,
Olvidando mis hondos sinsabores,
Guardar perenne la divina esencia
Que se pierde en las brumas del pasado,
La paz, la juventud y la inocencia,
Triple perfume del hogar sagrado...»

XVIII

¡Y tenía razón! ¿Quién en su mente
No sufre la opresión de la agonía,
Hoy que giramos en la eterna orgía,
Hoy que al latir el corazón ardiente,
Lleno de amor, de aspiración y encanto,
Desplegando las alas de su canto,—
Como muestra de afecto delirante,
Mientras la risa entre sus labios vaga,
Nana muestra su torso de bacante,
Abre las manos, y nos dice: ¡Paga!...

XIX

¿Y á quien cantar? Ha muerto Magdalena,
La palabra de Cristo se ha perdido;
El grito del furor: «¡ay del vencido!»
Gobierna los combates de la arena,
Madelón y Cathós abren salones,
Y Tartufo disfraza sus pasiones,
La sociedad alegre reverencia
Y dobla respetuosa la rodilla,
Más que á la fe, el honor y la inocencia,
Al augusto Marqués de Mascarilla...

XX

¡Ay, del doliente corazón del joven
Que, desdeñando el hábito ó la toga,

En este mar de corrupción se ahoga,
Si no le quedan Byron y Beethoven!
Salpica la virtud con el sarcasmo
Y oculta como un crimen su entusiasmo,
Dejadlo que sus lágrimas agote:
¡Lleva el germen de todos los pesares!
¡Nace con la piedad de un sacerdote.
Y encuentra despoblados los altares!...

XXI

Un día, Alberto se sintió cautivo
Y amó á Lavinia con pasión. Sus horas
Henchidas de placer, embriagadoras
Resbalaban tranquilas. Pensativo,
Dejó á la musa por su buena amada!
Y, aspirando la luz de su mirada,
Entre sus brazos trémulos y tiernos,
Besando la sonrisa de su boca,
En sueños de placer, cantos eternos,
Pasó diez meses de existencia loca.

XXII

¿Y después?—me direis.—¡Pregunta vana!
¡El cansancio llegó, llegó el hastío!
Su pobre corazón se sintió frío.
¡Dicha de ayer, es sombra de mañana!
Otros sueños turbaron su mollera,
Y, desdeñando su pasión primera,

Amó otra vez, frenético, lectores,
Y hoy los recuerdos de su amor repasa
Del fuego á los reflejos tembladores,
Pues mi héroe, sin preámbulos se casa.

XXIII

¡Un héroe que se casa! ¡Vaya un cuento!
¡Qué quereis, yo bien sé que es más hermoso
Un Manfredo en el monte pavoroso,
Dominando los genios con su acento!
Pero mi musa en el vacío flota;
No tiene ni una mísera Carlota,
Ni una vieja Verónica, y, exhausto
Mi numen, en verdad estrafalario,
No ha sabido llevar al holocausto
Un mártir del amor... celibatario!...

XXIV

¡Oh! ¡qué triste es la lluvia! ¡Silva el viento,
Rechinan en las torres las veletas,
Pasan luces fantásticas é inquietas
En el fondo del cielo ceniciento.
Baja la lluvia lentamente, baja!
La neblina semeja una mortaja,
Como un ladrón, el viento se desliza
Rozando las paredes. Su eco incierto,
Parece una canción de una nodriza
Que quisiera arrullar al mundo muerto.

XXV

El fuego conservaba todavía
Un reflejo vivaz. La llama ardiente
Se levantaba rápida, inclemente,
Y entre el rojo carbón resplandecía.
¡Y Alberto, con la barba sobre el pecho,
Tendido en su sillón como en un lecho,
Abismado en sus sueños de amargura,
Sondeaba los misterios del destino,
Enigma aterrador, visión oscura
Que arrebata un oscuro torbellino!...

XXVI

De pronto vaciló. Sobre su hombro
Sintió un golpe nervioso y agitado,
Y, al dar vuelta de súbito, azorado,
Retrocedió con inquietud y asombro:
«¡Lavinia!»—dijo.—Era ella. Temerosa
Levantaba su faz esplendorosa,
Y fijaba sus ojos encendidos
Por lágrimas de fuego, en su mirada.
¡Sus cabellos flotaban desprendidos
Cayendo ensortijados en cascada!

XXVII

¡Oh! ¡qué bella, qué bella en su tristeza
Se ostentaba de nuevo ante su amante!

¡Con qué luz centelleaba su semblante
Y brillaba en la sombra su cabeza!
Sus labios puros, vívidos y rojos;
El fuego concentrado de sus ojos;
Su cuello, de su seno el movimiento,—
Todo era encantador. Su vista hería
De amor y admiración el pensamiento,
Como el sol llena de fulgor el día...

XXVIII

—«¿Es cierto?—preguntó.—¿No me engañaba?
¡Ah! no es posible, no es posible, Alberto!
¿Acaso, dime, tu conciencia ha muerto,
Ó tu alma vive del rencor esclava?...
¡Por piedad, por piedad! ¿Ves? he llorado.
¿No te he dado mi amor? ¿No he marchitado
Las esperanzas de mi pecho puro?
¡Me has hundido frenético en el lodo,
Y hoy que llamo á tu amor, encuentro un muro;
Y hoy, lejos de ese amor, me falta todo!...

XXIX

«Yo esperaba, esperaba todavía...
No podía creer que en tu memoria
Muriera como imagen transitoria
Mi pasión. ¡Cuántas horas de alegría
Has pasado á mi lado! ¡Cuántas horas,
Mintiéndome palabras seductoras,

Reposabas tu sien sobre mi pecho,
Calmaba tus eternos desvaríos,
Te entrelazaba en un abrazo estrecho
Y cerraba tus labios con los míos!...

XXX

«Soy la misma, y ¿me ves? ¡Aún más amante!
¡Oh! vivir á tu lado eternamente,
Posar mis labios en tu triste frente
Arrullando tu espíritu anhelante...
¡Ese es el porvenir que me arrebatas!
Yo te he dado mi vida, y tú me matas,
Vuelve otra vez. No ha muerto mi cariño,
Ni el odio ha envenenado mi abandono,
¿No oyes que te amo? Ven, eres un niño,
¡Yo que he debido odiarte, te perdono!...»

XXXI

Alberto titubeó. Clavó sus ojos
En Lavinia, y con voz indiferente,
Le dijo lentamente, lentamente:
—«Puesto que quieres exhumar despojos,
Hablemos. No te exaltes. Es bien cierto
Que te he amado una vez. Mi pecho yerto
Se reanimó á tu lado. Mi existencia
Recobró un día su perdida calma,
Y esa calma voló. Bebí tu esencia,
Sequé tu juventud, te robé el alma.

XXXII

«¿Y después? Todo muere, amiga mía;
No hay amor que resista tanto halago;
Es un torrente que concluye en lago;
¡Todo hastía, Lavinia, todo hastía!
Hoy ¿para qué traer á la memoria
Aquel cadáver y su triste historia?
Dejemos reposar nuestro pasado.
Llegó la tempestad, y cayó el nido.
Nuestro pecho, Lavinia, está cansado.
Quiere olvidar. ¡Brindémosle el olvido!...

XXXIII

«Lavinia, separémonos. Mi vida
«Va á tomar otro rumbo. Sé dichosa
«Y olvídame».—Su frente tempestuosa
Se nublaba al hablar. Estremecida
Lavinia lo escuchaba, vacilante.
—«No me hieras,—repuso.—Ya bastante
«He llorado por tí. Vamos, sé bueno...»
—«¡Ay! Lavinia, Lavinia, soy el mismo
«Pero llevo un cadáver en mi seno...»
—«¿Un cadáver, Alberto? ¡Tu egoísmo!

XXXIV

El viento con gemido lastimero
Silbaba y azotaba los cristales...
Se oían como ruidos sepulcrales

Perderse en el silencio. Él, altanero,
Con la vista le dió la despedida,
Lavinia vaciló. Muda y herida,
Brilló en sus ojos resplandor sangriento,
Se plegaron sus lábios palpitantes
Y, cruzando de nuevo el aposento,
Se alejó de él con pasos vacilantes.

XXXV

Dejadla continuar. Lleva en el seno
Fermentando el mayor de los dolores;
El delirio infernal de los amores
Ha turbado su espíritu sereno,
Y marcha sola y trémula divaga...
¡Ah! cuando el astro de la fe se apaga,
Cuando se nubla la conciencia oscura
Y el amor es verdugo de sí mismo,—
No se halla salvación en la amargura,
No hay un rayo de luz en el abismo...

XXXVI

Largo tiempo vagó, vagó al acaso
Y sin rumbo ni fin. Cruzó sin calma
Calles y plazas. Desgarrada el alma,
Secos los ojos, impaciente el paso,
Dejó tras sí el murmullo, los reflejos
De las luces, y hundiéndose á lo lejos
En el seno de un negro laberinto,

Siguió, siguió. La sombra la rodeaba.
Todo era á sus miradas indistinto.
Y ella marchaba sin cesar, marchaba!...

XXXVII

De cuando en cuando, en su camino oía
Báquicos cantos, y, al fulgor escaso
De una linterna, reprimiendo el paso,
Escuchó los rumores de una orgía;
Mesas cojas, en torno pobres seres,
Miserables hambrientos, y mujeres;
Humo pesado, resplandor incierto;
Gritos, blasfemias, cantos y querellas,
Y algún ébrio, durmiendo como un muerto,
Sobre un montón de cascos de botellas.

XXXVIII

En el sórdido fondo de la pieza,
Con la frente siniestra y contraída,
Y una pipa en los lábios encendida,
Vió á un hombre y se detuvo. Su cabeza
Vacilaba en la sombra. Aún era hermosa
En su abyección. Doliente y temerosa
Su alma se mostraba á la mirada
En todos sus momentos de agonía,
Como flor que se dobla deshojada
Sin perfumes, colores ni alegría...

XXXIX

El tabuco mezquino rebosaba.
Lavinia entró; pero en aquel instante
Él se puso de pie y alzó vibrante
Su voz sonora que al cantar temblaba:
—«Escuchad lo que dice la Botella:
Dios hizo á la mujer fácil y bella;
Dios hizo al hombre para amarla todo
Se ha levantado desde el mismo fango.
¡Gocemos, pues, hermanos en el lodo,
Sin distinción de calidad ni rango!

XL

«¡La virtud! ¡el amor! dad pan al pobre
Y hablad después, filántropos divinos
Que sembrais de palabras los caminos,
Almas compuestas de miseria y cobre!
Hay hambrientos, ladrones, cortesanas;
Hay seres que al sentir en las mañanas
Brillar el sol, con inquietud y frío,
Sin hogar, sin amor, sin luz, sin lecho,
Van á implorar con ánimo sombrío
La limosna del rico satisfecho...

XLI

«¡Oh amiga! ¡oh compañera! ¡siempre bella
Y amante siempre! Tú eres quien nos calmas
Dando nuevo vigor á nuestras almas,

Tú eres la santa Caridad, Botella!
Tú nos arrullas con amor sincero,
Nos hablas con acento placentero,
Tú descubres magníficos palacios
Y velas nuestro fúnebre destino,
Poblando de visiones los espacios
Al dulce influjo del calor del vino».

XLII

Lavinia lo detuvo con las manos
Y entreabriendo su manto á su mirada,
Dejó ver su cabeza iluminada
Como por un destello sobrehumano.
—«¿Me ves?—le dijo:—Mírame. ¡Soy bella!»
Y brillaba en la sombra, como estrella
Que en la noche se ve resplandeciente,—
Con ese cuerpo que al doblarse ondula,
Con ese ardor de sangre efervescente
Que en oleadas eléctricas circula...

XLIII

—«Soy bella—prosiguió—quiero ser tuya,
Tuya, tu bien, dormir entre tus brazos,
Al calor de tus férvidos abrazos
Y sin que nada nuestro amor destruya.
Pero hay alguien que está sobre mi senda...
Yo te daré mi vida como ofrenda,
Yo ligaré mi suerte con tu suerte,

Si rompes la cadena que me ata...»
Y él contestó: — «Dí, ¿cómo poseerte?»
—«Siendo mi vengador. Tómame, y mata...»

XLIV

¡Oh! ¡que triste es la lluvia! No hay un astro
Sobre el cielo enlutado. Silba el viento
Y se pierde en la sombra su lamento...
Así pasa la vida... Cada rastro
Del agua, ahonda el primitivo cauce.
Dobla sus ramas con dolor el sauce!
Como un ladrón, el viento se desliza
Rozando las paredes. ¡Su eco incierto,
Parece la canción de una nodriza
Que quisiera arrullar al mundo muerto!...

XLV

Brilla la alegre luz de los festines
En casa de Lavinia. ¿A quién espera?
Cae flotante su hermosa cabellera;
Muellemente extendida en los cojines
Escucha ansiosa. Mágicos reflejos
Alumbran el cristal de los espejos;
Una mesa servida centellea;
El fuego luce en la apartada estancia,
Y en tanto el viento aúlla y balbucea
Y se pierde gimiendo en la distancia.

XLVI

¡Una... dos... media noche! Hora suprema.
Escuchad! ¿No parece que se agita
El mundo entero? El corazón palpita.
No hay en la sombra quien no rece ó tema!
Despierta, Macbeth! Pálidos se oprimen
Los lábios fríos del rencor. El crimen
Afila su puñal. La virtud llora,
Y el vicio alegre entona sus canciones...
¡Media noche! ¡hora de pesares, hora
En que se exaltan todas las pasiones!

XLVII

Puck está cerca. Hay voces que nos llaman
Y nos engañan. Hoffman se sacude
Y oye el violín de Krespel. Todo acude
A un conjuro siniestro. Se derraman
Apariciones vagas por el viento.
Cada canto es el eco de un lamento.
Los muertos dejan su ataúd y giran;
Los genios llegan por ocultas sendas;
Los que duermen se agitan y suspiran;
Pasa el aura impregnada de leyendas.

XLVIII

¡Media noche!... Silencio. El viejo Fausto
Comprende derrotado su impotencia,
Y, al quebrantar la copa de la ciencia,

Cae, maldeciendo su destino, exhausto.
Claudio Frollo, con lúgubre amargura
Graba: *Ananké* sobre la piedra oscura.
¿No oís ese rumor? Es un gemido
De hondo dolor y concentrada saña;
¡El feroz cazador vuela perdido
Talando como un rayo la montaña!...

XLIX

Y ella espera impaciente. Su mirada
Se fija con horror en su atavío...
Su pasión ha crecido como un río
Ahogando su conciencia desgarrada...
Odia y espera, espera al asesino
Con salvaje ansiedad... ¡Oh Amor divino!
¿Por qué, tras sueños de apacible calma,
Nos traes la tempestad? ¿Por qué tus horas
Dejan veneno y hiel dentro del alma?
¿Por qué, dándonos vida, nos devoras?...

L

Rumores... ¡Escuchad! Se abre la puerta
Y entra un hombre de súbito aterrado;
Y, mostrando un puñal ensangrentado,
Pasea en torno su mirada incierta...
Ebria de gozo, ardiente, entre sus brazos
Cae Lavinia; le oprimen sus abrazos;
Le acaricia su boca con locura,
Y, cediendo al ardor de su reclamo,
Roto el traje, radiante de hermosura:
«Soy tuya—dice—para siempre. ¡Te amo!...»

ADAN QUIROGA

MI MUSA

Mi musa es lo ideal. Cuando la llamo
Acude á mi reclamo,
Junta mis ayes de dolor, dispersos,
Y les hace callar, y les inspira,
Les entrega la lira
Y vuelven hasta mí soñando versos.

Ella, si siento, me acaricia tanto
Que diluye mi llanto,
Sin que suspiros del amor le esfumen;
Que al ay! no deja, si del labio brota,
Ser no más que una nota
De un dolor que las lágrimas consumen.

Es manojo de vívido destello
Su profuso cabello,
Parásito de oro de su espalda;
Hay en sus ojos, tristes y rasgados,
Dos cielos inundados
Por el verde color de la esmeralda.

En el mármol de estatua de su frente
La inspiración ardiente
Con pletórica vida centellea;
Y en la sien, que la música concibe,
Se siente y se percibe
La ebullición perenne de la idea.

Sus oídos atentos algo escuchan
Cuando en la tarde luchan
Luz de sol y crepúsculo de luna;
El ósculo en sus labios vive preso
Como niño travieso
A quien la madre recostó en la cuna.

Es en mis sueños al pensar, sencilla;
Y van por su mejilla
Las curvas del reir á su semblante;
Cobra aire regio y actitud de diosa
Si medita afanosa,
En lo noble, lo inmenso y lo distante.

Y no solo deidad ó diosa es ella,
Sino agreste doncella
Que corona su sien con el idilio,
Y en la guitarra nacional se inspira,
Y canta con la lira
Rival de la zampoña de Virgilio.

Mora en las sierras de la patria mía,
En la floresta umbría,
Adorada del sol, llena de verde;
En el valle de trébol matizado,
Donde el raudal cansado
Ya brota á flor de tierra ó ya se pierde;

En la choza de rústicos pastores,
Donde hacen los amores
Dilatar en el labio el universo;

Donde al vivir la vida nos parece
Que el otoño florece,
Que la luz canta y que ilumina el verso.

Es nota, y flor, y mies en primavera,
Y cuanto en la pradera
Es búcaro de amor, de luz ó canto;
Ama la aurora, que matices luce,
El astro la seduce,
De la puesta de sol hace su encanto.

De la grey pastoril y su inocencia
Me habla con frecuencia,
Con voz que tiene aliento de claveles;
Y me dice unas cosas tan extrañas
De mis verdes montañas,
Que sueño con sus *molles* y laureles.

A veces descuidado me sorprende,
Pues súbita desprende
Tal lluvia sobre mí de flores y hojas,
Que de temor á las espinas, salto,
Y huyo de ese asalto
De ánforas blancas y corolas rojas.

Son las flores de traje campesino
Que cortó en el camino
Y que me trae, como recuerdo grato:
La pasionaria, de labor prolija,
Cámbulos de Aconquija,
Flores del aire, con que viste Ambato.

Otras veces, haciendo de aldeana,
Con un traje de lana
Vestido el cuerpo, que la forma envidia,
Llega á mi alcoba en el instante triste
En que el alma se viste
Con esas horas negras con que lidia.

Es entonces de verla con que anhelo
Las nubes de mi cielo
Diluye entre las ráfagas terrestres,
En frases relatándome, sencillas
Los lances de las trillas,
Del amador las églogas campestres;

O entonando esos *tristes*, que parecen,
Acordes que florecen
Al soplo de las noches argentinas;
Ó esos cantos en décimas aladas,
Que semejan cascadas
De un amor, despeñado en las colinas.

¡Musa de las entrañas de mi tierra,
Perfume de la sierra,
Eco lejano de los grandes ríos:
Cuantas veces, en ósculo abrasado,
Tu voz, no se ha mezclado
A la tristeza de los versos míos!

Otras veces, olímpica y airosa,
Con el desdén de diosa
Y el regio porte de la musa helena,

Sin la guirnalda de campestres flores,
Sin idilio de amores,
Sin el cantar nervioso de la pena;

Con el alma en su ser arrodillada,
Con la mente arrastrada
Como por un imán á lo infinito,
Ofreciendo á los mártires la historia,
Estatuas á la gloria
Y al héroe el bronce que amasó el granito,

La musa del idilio, transformada,
Me refiere inspirada
Lo que caber no puede ni en el arte:
¡El abrazo del cántico y la hazaña
En la adusta montaña,
Del bardo y el guerrero, Apolo y Marte!

¡Me cuenta de la edad de las edades,
En que cien tempestades
En el monte rugian y en el llano;
Mientras la patria con la mente esclava,
Cual titán en su clava,
Era carne del buitre castellano!

¡Con qué sagrada inspiración refiere
Como el soldado muere,
Cobra alma el bronce y resucita el muerto!
¡Cómo la libertad es madre un día,
Doncella que vivía
Abrazada á la Cruz en el desierto!

¡Si me parece, oyendo su relato,
Que el toque de rebato
En el cuartel del castellano escucho,
Mientras de Tucumán suenan las dianas
Y llenan las mañanas
Los clarines de Maipo y Ayacucho!

¡Si me parece al escucharla atento
Que truena el pensamiento
Dentro del cráneo, con su fuerza toda;
Que es hoja de laurel la hoja del suelo,
Y que en lo azul del cielo
Cada estrella que tiembla es una oda!

Entonces, como el cóndor, sube y sube,
Aleteando, á la nube
El verso de mi musa, en dulce calma,
Y, domador de lo infinito, truena
Si cruge una cadena;
Brilla si es libre el corazón ó el alma!

¡Y mientras soy de aquella musa dueño,
Me fascina ó desdeño
Cuanto la vida universal encierra:
Por soñador y por demente, el hombre,
Lo eterno por su nombre,
Por grande el mar, y por ruïn la tierra!

AL EJÉRCITO DE LOS ANDES *

Su plan de cóndor, de tan vasto aliento,
El Misionero silencioso fragua,
No son valla los Andes á su intento,
Ni la rugiente inmensidad del agua.
Inca Yupanki tramontó la sierra,
Y Villac Humu con Almagro el Viejo
Vadearon las nieves, sojuzgando
La del Promauca poderosa tierra,
De espaldas y de yelmos al reflejo.
Sobre la mar Pacífica, Pizarro
Entrega á los tritones del abismo,
Sin freno y brida, su velero carro,
Sintiéndose espantado de sí mismo.
La cordillera en cada invierno espesa
Sus aluviones de perpetuos hielos,
Y en cada tempestad el mar ensancha
Su no sujeto límite iracundo;
Que aquella escala cielos y más cielos,
Y el agua precipita su avalancha,
Sobre la curva tropical del mundo.
Y el Misionero silencioso calla,
Y en la andina ciudad retiene el día

* Premiada en el Certamen Literario de la Academia Literaria del Plata, el año 1903.

De su primera y su triunfal batalla,
Que no es hora propicia para el golpe
La de un pálido sol de mediodía.
A laborar aprisa, y sin sosiego,
En el callado invierno sin alarmas:
Al duro hierro someter al fuego,
Y convertirlo en vengadoras armas;
A no dar tregua en la ciudad patricia,
Ni en el parque y taller del Plumerillo,
A la fragua, al batán, al yunque, al molde,
A la aguja, á la lezna y al martillo,
Y á maniobrar de sol á sol. Mendoza,
Con pie seguro en sus movibles valles,
En un gran campamento; vivaquean
Cambujos y libertos en sus calles;
Los cholos de rebeldes alardean;
Cantan contra su rey, y de las viñas
En odres beben los cuadrienios jugos,
Y en las dulces miradas de las niñas
Uncen de nuevo los odiados yugos.
Ah! ¡Todo el mundo á caballo, y en campaña!—
Truena un clamor de la argentina tierra,
Y todo el mundo se alza contra España
Con el dilema—¡independencia ó guerra!
El bravo montañés, el heredero
De los dolores de la extinta raza,
En atizar los odios contra el godo,
En franca rebelión, es el primero.
Su varonil espíritu rechaza
Dominaciones, servidumbres... ¡todo

O nada!—quiere en el natal refugio
De sus bohíos, que el rencor le abruma...
¡Y á borrar el baldón de Vilcapugio,
Y á vengar la vergüenza de Ayohuma!
De valle en valle la noticia cunde
Que el Salvador apareció en Mendoza,
Y por llanos y sierras se difunde;
Y entre el continuo circular del mate,
Junto al fogón de la ignorada choza,
Las mentas hablan de un triunfal combate.
¡Y adios Castilla con sus bravos godos,
Alféreces, justicias, regidores,
Impuestos, alcabalas y tributos,
Y forzados servicios y rigores,
Monopolios de oficios y de frutos,
Y cuanto grana y cuanto espiga el suelo
Para fomento de las arcas reales!
¡Y adios fueros de doctos y de usías,
Fernandinos escudos y blasones,
Prebendas señoriales, regalías,
Tapadas, y tenorios y balcones!
¡Y adios, oh linajudo castellano,
Que seda y raso y damasquinos gastas!
¡Y el poncho valga, el barragán indiano,
La patria urdimbre y el hechizo lienzo,
Que ya proclama la igualdad de castas
El criollo sableador de San Lorenzo!
En ciudades, y villas y campañas,
Con un ir y venir de gratas nuevas,
Mozos, viejos, paquetes y paisanos,

Se empiezan á alistar para las levas,
Jurando no amainar en la batida
De obligado desquite á los hispanos.
Con voz tonante, en el villorrio, el cura,
A la sombra del tala centenario,
A la patria proclama, da lectura,
Reuniendo en asamblea al vecindario:
Y al estallar la aclamación, un mozo,
Que en las filas patrióticas milita
Y en arengar al pueblo se ejercita,
Arrebatando aquel papel, se lleva
El viril documento en que palpita
El alma joven de una raza nueva,
Y entrando á la cercana pulpería
Vuélvense, el pueblo una hermandad de amigos
Una constante vidalita, el día,
La noche, un largo retrucar de obligos,
Desde Jujuy notábase y las Punas
Un indemne, insumiso movimiento,
Que á la región andina sacudía
El vórtice de un grande pensamiento
Con los nuevos ideales y fortunas.
Los de Salta y Jujuy bajan del Norte
Montados en los briosos redomones
Del gaucho Güemes, con airoso porte,
A un quejumbroso yaravé arreglando
El metro de las bélicas canciones.
A la mitad de su camino alcanzan
Al tucumano, que con firme empeño
Abandona su obraje en los laureles
Y sus surcos de caña; al santiagueño,

Que no lleva otro avío que sus ojos,
Atisbadores de la huyente abeja,
Que labra en troncos de simból sus mieles;
Tras ellos van los criollos del Ambato,
Gastando el lujo de sus ponchos rojos,
Y encomendando, al clarear el día,
El multiplico semestral del hato,
La suerte de sus hijos á María;
Y luego sigue el perspicaz riojano,
Que el trance salva las llanuras secas,
Al desamparo de su cielo glauco,
Silbando gatos, tarareando cuecas
De las vendimias de su dulce Arauco:
Y el cordobés audaz, que en su tonada,
Alardeadora de sus doctas luces,
Se pinta con sus mañas de paisano,
Viaja á la par del corredor puntano,
Insigne en las batidas de avestruces.
Y aquella romería se encamina
A la ubertosa tierra de alamedas,
Do medra el enviciado carolina,
Do el olivo y la vid se dan abrazos,
Y la morera mueve con sus brazos
La rueca de oro del telar de sedas.
¡Salve oh raza de heroicos montañeses!
¡Mohinos y aguerridos luchadores,
Ya azoten vuestra carne los reveses,
O la lid os aclame vencedores!
¡Por vosotros culmina la existencia
De esta gran patria de las patrias todas;

Vuestro brazo labró la independencia,
Y, como estatua colosal de Rodas,
La efigie secular de nuestra gloria,
Para que fuese en los futuros tiempos
El grande monolito de la historia!
¡Para tanto luchar, y caer luchando,
Para tanto vencer, y ser vencido,
Desde Mayo triunfal hasta Ayacucho,
Es relegaros al ingrato olvido
Compensar tan moríficas hazañas
Con el mísero bronce de Falucho,
Cuando sobra metal en las montañas!
Por todos los caminos y las sendas
Arrebañados van los insurgentes,
E invade los cuarteles de la villa
Indomeñable multitud de gentes,
Las que dejando al arrapiego gaucho,
El burdo poncho y el sombrero aludo,
Se visten con los bélicos arreos,
Que laboraron las gentiles manos;
Y al retribuir el militar saludo
Ostentan en los parques y paseos
Su apostura marcial de veteranos.
¡Sus soldados, por cientos y por miles
El Misionero silencioso cuenta,
Y en las tendidas líneas y desfiles
Mira aumentar su ejército, á medida
Que su fe en la victoria se acrecienta,
Y el día llega de lanzar su gente
A la grande, invencible arremetida,

Precipitando sobre el otro lado
De espadas y de sables un torrente,
Que correrá sonante y desbordado,
A la luz incendiaria del Antuco,
Buscando al Maipo para ser su afluente,
Después de abrirse cauce en Chacabuco!
¡Cual latiría el íntimo sensorio
Del silencioso capitán rebelde
Al mirar realizarse «su secreto»
Que el orbe fustigara de ilusorio,
Si saliera á la luz enorme y grande,
De tan magnas y vastas proporciones
Cual su gigante obstáculo del Ande,
La colosal vallada de aledaños,
Que confunde y separa las naciones,
Repartiendo los siglos y los años.
¡Y qué mundo de raras emociones
No describiera su imborrable curva
En derredor del sol de sus anhelos,
Al contemplar la cintilante turba,
¡De los fulgentes astros de los cielos,
Que en su triste soñar de peregrino
En la patria infeliz de sus abuelos,
Le hablarían de Dios, y su justicia,
De la lucha, y su oscuro desenlace,
Del mundo colonial que se desquicia,
Y del mundo de América que nace!
¡Paso al invicto Capitán y ¡plaza!
A los bisoños tercios que le siguen,
Y que fusil al hombro y sable en mano

El gran ideal de libertad persiguen
Para todas las patrias oprimidas
A lo largo del suelo americano!
La disciplina ingénita transforma
Al montañés intonso en veterano,
A la mesnada rústica en milicia;
Al toque de tambor en línea forma
La zafia y grande división patricia,
Que al rumor de ardorosas clarinadas
Camina y anda, evoluciona y muere
Su mar de bayonetas afiladas.
¡Como al patriota espíritu conmueve
E inspira aquel ejército formado
De un día al otro, con genial empeño,
En la historia del mundo destinado
A realizar la idealidad de un sueño!
¡Vadear los ríos, ascender montañas,
Salvar desfiladeros, repitiendo
Del Africano y Corso las hazañas;
Convulsionar las oprimidas tierras;
Dominar horizontes y confines,
Caminando por rutas de victoria
El puñado de heroicos paladines
Que llegan á codearse con la gloria;
Izar el blanco y el celeste trapo
En la torre del gótico castillo,
Entregando á las plebes, hecho harapo,
El glorioso y simbólico estandarte
Del honor, de la fe, de la ventura,
De la guerra, la náutica y el arte,

El pabellón de rojo y amarillo;
Llegar del mar á la extensión undosa,
Y de argonauta en una frágil quilla
Medirse con la mar ¡enorme cosa!
Y apresar, y dar caza diariamente
A los veleros barcos de Castilla,
Aunque se oponga la tormenta al frente;
Ir, y bajar en la lejana orilla
Donde se duermen los incaicos soles,
Y abrirse paso, mutilando yelmos,
Mellando espadas y quebrando lanzas
Por entre muchedumbres de españoles,
Para tomar la victoriosa senda
De las nuevas fortunas y esperanzas;
Y avanzar por la arena y por la nieve,
Y levantar la blanquecina tienda
Sobre el panal del congelado pico,
Y en el gran humedal del Apurímac
Y en la hidrópica selva del matico
Dormirse con el sueño de las dianas,
Y aparecerse la visión del Rímac,
Cuando la noble y colonial matrona,
Al grito victorial de sus campanas,
Deshoja el mirto de su real corona;
Cortar la línea equinoccial á sable,
Y aventurarse á Guayaquil y Quito,
Y dominar, en día memorable
Con su bandera desplegada al viento,
La cónica atalaya de granito
Del deslavado Chimborazo, que hunde

Su aturbonada sien, que el rayo azota,
En el piélago azul del firmamento!...
¡Ah... parece imposible tanta hazaña,
Al meditar que el gaucho es el que vence,
Y es el vencido nuestra madre España!...
¡La nieta de Alarico, engendradora
De los Carlos, Felipes é Isabeles;
La venerada y secular señora
Que, al andar victoriosa por el mundo,
Para besar su planta se inclinaron
Las copas de los mirtos y laureles!
¡Mas la trompeta de la diva Clía
Llena de salmos el azul profundo,
Y en la inmensa elación de tanta gloria,
En su carrera se detiene el mundo
Para oír la gran década de historia!...

Pasa el invierno frígido y brumoso,
Y ostenta la aterida Cordillera
Su espléndida canicie de coloso.
La mira el Misionero silencioso
Circunscribir el límpido horizonte,
Y anonadado al verse tan pequeño
Midiendo su estatura y la del monte,
Murmura sin cesar: «¡esa montaña
No me ha dejado conciliar el sueño!»
El día de la marcha contra España
Se va acercando, ¡memorable día!
Ya quema el sol de la argentina tierra,
Enjoyando la era labrantía;

Ya derrama su lágrima de duelo,
En el índigo pico de la sierra
El rubro Vesper de araucano cielo;
Ya en el peñasco enjalbegado y yermo
La luna brilla, y por la noche oculta
Su faz doliente de fetiche enfermo
O de *finada* virgen insepulta,
Ya se siente en el patrio campamento
Del Plumerillo, en el risueño valle,
Un grande y obstinado movimiento,
Hervir de gentes y chocar de espadas,
Y, galopando en su fiafante potro,
Anda anunciando el oficial Lavalle
Que comienzan las clásicas jornadas.
La histórica ciudad del Misionero,
Como garrida almea se engalana,
Y al aire lanza su canglor guerrero,
Que al despuntar de una feliz mañana,
Abriendo calles el clarín resuena,
Y la tupida multitud renuente
Las avenidas y los parques llena,
Con desgaire triunfal de independiente.
¡Loor al invicto Ejército del Ande,
Que en culminante acción de pie se pone,
Y á la viril insinuación del Grande
El basáltico dorso del planeta
Con belicosa majestad traspone!
¡Como Belgrano en Tucumán obrando,
Sumiso á Dios y á sus secretos juicios,
Juran los regimientos de patricios

La bandera triunfal del Continente,
Insignia de las clásicas escenas,
A cuya grata sombra se cobijan
La libertad, para espaciar su frente,
La esclavitud para romper cadenas!
  En aquel grande, inolvidable día
Cayó la bendición á nuestro suelo,
Y proclamó la muchedumbre loca
Su fe en el triunfo y en el Dios del cielo,
Con el fecundo grito de su boca.
Respondieron tambores y clarines
Por seis mil silenciosos corazones,
Y el nombre de la patria fué llevado
Por el viento á los últimos confines,
Palpitando en las sacras oraciones.
Mas las campanas de las torres callan,
Y no como en los días de victoria
Con jubiloso repicar estallan,
Cantando triunfos y gritando gloria:
Y es que corren, con ruido estrepitoso,
Detrás del escuadrón de pica y lanza,
Fundidas en cureñas y cañones
Por fray Luis el artífice ardidoso,
Arquímides del parque y la maestranza.
  Ha llegado Condarco, el ingenioso
Fabricante de pólvora y batanes,
Que rema con el fuego y con el agua:
El iniciado en los secretos planes,
Nocturno rastreador de soledades,
A la luz del blandón del Aconcagua,

Y en medio de las foscas tempestades.
El español alzó su campamento,
Y al sud desciende la engañada hueste,
Veloz y arrolladora como el viento,—
Que el vil pehuenche Necuñán la lleva,
Falaz secreto revelando al blanco,
Hasta el Planchón en la heredada gleba.
La previsión científica del genio
Ni en el detalle de un suceso falla;
Y el Grande anuncia con reloj en mano
El día y el lugar de la batalla,
La hora de su triunfo, y el minuto
De redención del orbe americano.
Conocedor de los andinos planes
Del invencible ejército de Cuyo,
Pueyrredón exclamaba:—¡Todo, todo
Al cálculo responde; el triunfo es suyo!...
Sólo que Dios... sólo que Dios sea godo!...
Era una aurina claridad. Enero
En la afilada bayoneta ardía
Y en las espadas de bruñido acero.
Y era un largo silencio emocionante
De mar dormido en crepitante calma,
De esas que suelen preceder al trueno
Y á la proterva tempestad del alma,
Cuando rompió la tregua de la vida
El ronco acento del cañón andino,
Que daba la señal de la partida
Al inmortal ejército argentino.
¿Quién es aquel á quien la turba aclama

Con explosión de vítores triunfales?...
¡Escrito está su nombre en los anales
De medio mundo!—¡San Martín se llama!—
¡El héroe de las druídicas Misiones,
Alto y fornido, como atleta griego,
Cuya frente enigmática y serena
Se insuflaba en su mundo de visiones
Sobre una inmensa tempestad de fuego;
El ronco Capitán de tez morena,
De aguileña nariz y negros ojos,
Los que, á la sombra fiel de sus pestañas,
Abarcaban las patrias lejanías,
Miraban á través de las montañas!
En su mula, enjaezada á la chilena,
De pie firme y de criollas energías,
Al tranco marcha. Cubre su melena
El típico falucho; gran capote
Azul turquí, botonadura gualda,
Ribeteado con vivos encarnados,
Su pecho envuelve y musculosa espalda;
Su diestra empuña el coruscante sable,
Que apunta á los altísimos nevados;
Calza su pie la granadera bota
Que á la rodilla da; ciñe en su taco
La nazarena de estrellado bronce
Con que pica á su potro en la derrota
Del enemigo, cuando le abren claros
Las recias cargas del Octavo y Once.
Al lado del gigante Misionero
Va, conduciendo el militar tesoro,

Zenteno, el ascendido tabernero.
Del Estado Mayor gloria y decoro,
O'Higgins marcha, en el momento aciago
Para su Chile, que Marcó avasalla,
A despertar el alma de Santiago
Con la diana triunfal de la batalla.
Las Heras va también, el gran Las Heras
Empuje de los choques resonantes,
Que rompe cuadros, desbarata hileras
Con su aguerrido pelotón de infantes;
A la vanguardia de sus tropas, sigue
Soler, el iniciado del Cerrito,
El primero en trepar con osadía
Las empinadas cuestas de granito.
Lleva á la grupa de las mulas, Plaza,
Para hacerse escuchar, la artillería,
Temístocles de trueno y la amenaza.
Cramer y Conde, con marcial talante,
Guían al siete, iniciador de acciones;
Portus y Freyre, á la Legión volante
De audaces coraceros y dragones;
Mandan á los hercúleos granaderos,
A cuyo galopar tiembla y chispea
La tierra, en polvorosos entreveros,
Escalada, Zapiola, Necochea,
Y Melián, Olazábal y Lavalle,
El que al frente de rápidas patrullas
Corre á probar el temple de su corvo
En los agrios ribazos de Achupallas.
Y aquella armada multitud guerrera

Andando, andando, poco á poco sube
A la patria del águila altanera,
A la tierra del cóndor y la nube,
Cual si su intento gigantesco fuera
Dominar la amplitud del Continente
Desde la última roca de granito,
Interrogar el cielo frente á frente,
Y sondear la intención del infinito...
¡La Libertad en vuestra acción confía,
Anónimos soldados argentinos,
Preclaros héroes de la patria mía!
Desde el Estrecho al Ecuador lejano,
Con la fe de su gloria y sus destinos,
Que el misterioso porvenir escuda,
Una mitad del mundo americano
Al puñado de Apóstoles saluda!

Junio 4 de 1903.

ATLÁNTIDA

I

El pensamiento humano
Es un nimbo de luz de mil estrellas,
Que en las noches siniestras de lo arcano
Deja el polvo de soles de sus huellas.

Cuanto más densa obscuridad de cielo,
Más el fanal del astro centellea;
Cuanto más lucha el alma con su anhelo,
Y en su hambre de Ugolino,
A si misma, insaciable, se devora,
Más y más brilla el astro de la idea,
Que al rasgar la tiniebla del ocaso,
Dando un beso al oriente,
A la virgen despierta de la aurora,
Con guirnaldas de rayos en la frente.

Y es que el genio del hombre
Necesita en la lucha que lo humilla,
Para que al mundo asombre,
Tinieblas en el alma,
La duda, que es la sombra donde brilla,
El infortunio que es laurel y palma,
La envidia, que es su arena de combate,
Y nunca el pecho luchador inmuta;
¡Después... destierro, decepción y sangre,
Y veneno, y cadenas, y cicuta...
Y luego muerte, que se llama gloria,
Y sepultura ruin en el osario
Cubierto de cadáveres, la historia!

Aquel se llama Sócrates y apura
Licor de vida cada vez que toma
Con sus manos la copa de amargura;
Cristo, aquel otro, que avergüenza al mundo,
Y á Roma, con ejemplo nunca visto,

Por si algun día, si la muerte asoma,
Morir no sabe como muere Cristo
Y muere como Roma!...

¡Y este último es Colón, el visionario,
Incapaz de abortar ninguna hazaña;
El harapiento soñador, mendigo
De Génova, su patria, la inclemente,
Que dando gloria á España
Dió baldón á su patria y dió castigo;
Aquel demente que tornó demente
Del último confin del oceano,
Con el—¡Sea!—genésico en la boca,
Con un mundo en la mano!

II

Siete siglos hacía
Que la Hisperia del Cid en cautiverio,
A la sombra del regio minerete
Y la torre de ardientes azulejos,
Sin su perdida libertad yacía,
La joven hija del romano imperio
En su infeliz letargo y su desmayo
Ya vibrar no sentía
En Asturias la espada de Pelayo;
El trasparente Deva
No arrastraba la sangre musulmana
Que bañara los pies del monte Auseba;
De Covadonga en el recinto obscuro

No rugía la fiera castellana;
Ni con voces agudas, agrias, roncas,
Latir el héroe hacía
El corazón del llano de Simancas.
¡España esclavizada se reía
Y su perdida libertad lloraba,
Con todas esas lágrimas de sangre
Que vierte el rojo sol de Andalucía,
Sumida en la viudez, entre los brazos
Muelles y voluptuosos del Califa,
Contemplando la tumba
Del héroe de Tarifa,
Nuevo Aquiles latino,
Que fué, matando á su hijo por su patria,
Emulo sin rival de Colatino!

¡Pero Isabel nació, la egregia infanta,
Ligada á la fortuna,
Que arremetió con varonil encono,
En la cruzada santa,
A las mil huestes de la media luna,
Y alzó de nuevo el mancillado trono!
¡Tremenda fué la lid de tantos siglos!
Pero España, por fin, cuando la hora
Sonó de la venganza más cruenta,
Corrió á las tiendas de la gente mora,
En su carroza bélica empujada
Por el soplo voraz de la tormenta!
Las turbas de Boabdil en cien combates
Dispersas fueron por la hueste altiva,

Sin resistir ni un día á los embates
De la noble cautiva,
Que, rompiendo sus yugos carceleros,
Hizo de ellos flamígeros aceros
Con que avivar la ardiente llamarada
Y el sacro fuego de volcan que ardía
En el santuario inmenso de Granada.

¡Hela de nuevo libre y soberana
Con la corona real sobre su frente
Y á su espalda la túnica romana!
¡Hela otra vez, como antes, imponente
Con su ceño de diosa,
Después de siglos de vergüenza y lloro
Al negro borde de su misma fosa!
¡Cuán grande se presenta ante la historia
La matrona infeliz que sufrió tanto
Desde la noche aquella, sin memoria,
Noche de duelo y llanto,
En que el alarbe con su rudo ariete
Bañó de sangre el pecho castellano
En la afrentosa lid de Guadalete,
Tumba de España y del poder cristiano!
¡Y la figura de Isabel, que absorbe
Con tanta hazaña y colosal grandeza,
La admiración del orbe!
¡Isabel! ¡Isabel! ¡aún resuena
En tu dolor el salmo de la fama,
Mezclado al son de aquel clarín guerrero,
Espanto de Zoraida, la agarena;

Aún se oye tu grito de pelea,
Y la voz que te aclama
Biznieta de la estirpe de Alarico
Nacida para madre de una idea!

III

Pero no es, Isabel, la noble gloria
De tumbar de la Alhambra los baluartes,
Redimiendo á tu patria esclavizada,
El más limpio blasón de tu memoria;
No es la empresa gigante de tu espada,
Tu fé profunda, tu virtud austera,
Lo que más te levanta ante la historia...
¡Es Colón! es Colón, que desespera
Soñando en la esperanza de otro mundo,
La nueva gloria que tu gloria espera.

¡Alli viene! ¡alli viene!... Es un mendigo
Que tiene hambre pero pan no quiere,
Que siente frio y no demanda abrigo...
¡Isabel! Isabel! ¡Colón se muere...
Y á tus plantas implora,
Con ese triste acento
Con que la ciencia despreciada llora,
Si en la sien se retuerce el pensamiento!

Cuántos años de angustia,
De insomnios, y de dudas y de ensueños
No han aleteado en esa frente mustia,

Caldeada por la hoguera de sus sueños!
¡Cuántas veces el genio delirante,
Cansado de luchar con la pobreza,
No anhelara extinguir hasta los rastros
De la idea que ardía en su cabeza
Como encendido torbellino de astros!

¡Imposible luchar con la serpiente
Sintiendo el hambre del vedado fruto,
A menos que se llene nuestra frente
Con ese eclipse de razón del bruto!
Satanás, es la ciencia,
El angel tentador que al hombre aleja
Del paraíso de su sueño eterno,
Y caba en la conciencia
El abismo de llamas de su infierno.

Galileo ha sentido que la tierra
Del espacio es viajera peregrina,
Y aunque la infame abjuración pronuncia,
Siente que marcha siempre y que camina,
Y aunque desmienta el labio
Jamás la mente abjura lo que enuncia,
Jordano bruno confirmó la ciencia,
El fin del hombre y su destino eterno,
Y aquella Inquisición de la conciencia
Le preparó un infierno,
Y en el fulgor de la sangrienta tea,
Cuando la llama con ardor le abrasa,
El cuerpo quema, pero no la idea.

Apóstoles de Cristo fueron ellos,
Pues como él, al mirar en lontananza
De la verdad sublime los destellos,
En la noche siniestra del martirio
A las sombras tiñeron de esperanza.
¡Así también Colón, siendo uno solo,
Lucha á su siglo con viril acento,
Y en Rávena convence,
Aunque triste prosterna el pensamiento
Ante el concilio, que amenaza y vence
Con esa fe ruin, que no batalla
Y ofrece hogueras, ciega é impotente,
Si la razón no calla
Al vibrar del relámpago en la frente!

¡Siempre la noche tras la luz del día,
La sombra en la quietud del oceano;
Siempre el error, como cobarde harpía,
Siguiendo el rastro al pensamiento humano!
¡Y siempre el hombre combatiendo al alma;
No hay un laurel jamás para el que lidia,
Para el genio jamás hay una palma!
¡Ya lo sabes, Colón!... ¡de nuevo torna
Humilde nauta de la mar en calma,
Y al soplo de la ráfaga suave
Cobra salud en tu demencia suma,
Y sepulta tu sueño turbulento
Entre los tumbos de albicante espuma,
Para que se haga espuma con el viento!

¡Pero no!... no te humilla
La teológica ciencia,
Ni la saña del vulgo te mancilla,
Ni el desprecio cobarde de los reyes,
Ni el diente de la envidia y la indigencia.
Cuando abatido tu ánimo valiente,
Al peso de algun triste desaliento,
Agobiada la frente,
Creías que dudaba el pensamiento,
Con la ilusión de una esperanza á solas,
Ibas al borde de la mar inmensa
A perder la mirada entre las olas,
Y oyendo en las eternas sinfonías
Del misterioso mar algun relato,
Hay otro mundo, más allá—decías,
Como el divino soñador de Engina,
Siglos antes dijera,
Pensativo, sentado en la ruina
Que acariciaba la ola plañidera.
¡El cielo de tu siglo era pequeño,
Colón, para abarcar los horizontes
De tu divino sueño!
¡Mas nada importa, que la fe sagrada
De la sublime convicción amplía
La estrechez al espíritu marcada,
Y la idea, con luz de pleno día,
Como un cometa sideral describe
La inmensa curba que señala el rumbo
A la altiva razón emancipada,

El alma de tu siglo, transformada,
Al calor de una lid, en sus anhelos,
Dormida entre los lauros de Granada,
Llegó por fin, con ambición de gloria,
A soñar otro mundo en otros cielos;
E Isabel embriagada en la victoria,
Al oir el relato del marino,
Llena de convicción, pensó un instante
Que tenía en sus manos el destino,
Y tres naves le dió para que fuera
A clavar su bandera
En la espalda revuelta de Atlante!

IV

La mar estaba en calma,
Y en el confin lejano
El cielo sonreía como el alma,
Con gallardo vaiven y lento paso,
Avanzaban las regias caravelas,
Con la proa al ocaso,
Sueltas al aire las turgentas velas.
Se pierden poco á poco y desvanecen,
En la línea indecisa de las olas,
Los montes y las selvas que guarnecen
Las costas españolas.
Llega la tarde, y la pupila incierta
Contempla solo en la extensión del cielo
La inmensidad á la mirada abierta,
Y allá á lo lejos, algo que se agita

Como los humos del hogar distante,
Donde el niño inocente
Sonríe, mientras llora
Penas de ausencia el corazón amante.
Luego la noche llega,
Y el marinero audaz desde la proa
A Dios invoca y por sus hijos ruega,
Mientras la nave con desdén avanza,
Y la brisa nocturna,
Como armonioso canto de poeta
En la hora nupcial, brinda esperanza.

¿Adonde van las naves,
Que airosas y gallardas se menean,
Y que las brisas pérfidas
Con su soplo espolean?
¿Adonde ván?... Un día
Y un otro día corre
Y con pasmoso vértigo arrastradas
Se lanzan de la mar á los confines,
Las velas á los vientos desplegadas.
¿Adonde van?....¡Con rumbo al occidente,
Donde falto de tierra, va á volcarse
Veloz el mar, en catarata hirviente,
Arrastrando en su férvida corriente
Pedazos de bajeles
Naves volcadas, restos del naufragio,
Que, en su rabia sin nombre,
Lleva como laureles
De sus eternas luchas con el hombre!

¡Ay del marino audaz! ¡ay de las naves,
Que en empresa tan ruda y temeraria
Veloces van, en dirección al caos!
¡Ay del mísero nauta
Que en pos de la codicia, que es la muerte,
El vellocino de oro va buscando,
Como loco é intrépido argonauta
Lanzado á los azares de la suerte!
¿Qué fuerza misteriosa
Le impele siempre á continuar sin rumbos,
Sin temer la enojosa
Saña del viento, que levanta tumbos
De chispeantes espumas,
Y que despierta al huracán dormido
Bajo el tul impalpable de las brumas?
—¡Adelante! ¡adelante!—
Desde la débil prora,
Grita siempre el marino,
Cuando á inquietarse empieza el mar Atlante,
Sacudiendo sus crines de coloso
Al soplo de titán del torbellino!

¡Adelante! ¡adelante!... ¡impío grito
Del corazón beodo, sin conciencia,
Que tiene ante sus ojos lo infinito,
Y por todo refugio
Un débil leño, que al capricho cede
De la razón perdida en la demencia!
¡Adelante! ¡adelante!...
Y las frágiles naves del marino

Se deslizan, corriendo en el oleaje,
Como blancas visiones de un miraje
En el fondo siniestro del destino.

V

Siempre esa doble inmensidad de cielo
Y de mar, confundidas á lo lejos,
Donde la luz del sol en hebras de oro
Traza el círculo azul de sus reflejos.
¡Arriba, estrellas que palpitan tristes
En las noches serenas;
Abajo, los rumores del oleaje
En el arpa sutil de las sirenas;
Y en el confin lejano,
Donde corre á estrellarse el océano
Palpitante de colera salvaje,
La vestidura de flotante tules,
Los cendales azules
De un mundo sepultado en el arcano!

¡Delirio, nada más! ¡sueño de una hora,
Fantástica visión, silueta inmensa
Que el bello sol de una esperanza dora
Y la frente disipa cuando piensa!
¡Cielo y mar ¡nada más! lejanas brumas,
Silenciosos rumores,
Gemidos de las sombras que se agitan,
Sonrisas de la ola en las espumas,
Cantares de sirena en los albores,

Y en la tarde esas franjas misteriosas,
Que, en el delirio de la fe, semejan
Las playas de una tierra
Tapizadas de nardos y de rosas.

Esperanza con mezcla de delirio,
Gratos instantes en que sueña el alma,
Horas negras pobladas de martirio,
Sombría laxitud, noches sin calma,
Todo en hirviente vértigo se agita
En el fondo del ser que afirma y duda,
¡Todo en la mente y corazón palpita,
Y en polvorosa danza
A los ojos del genio se aparece
Como enjambre que hacina la esperanza!
—¡Hay otro mundo!—sin cesar, murmura;
Y en las horas de triste desaliento,
Serenidad mostrando, el remo apura,
Suelta las velas cuando sopla el viento,
Y guiando el timón al occidente
Mueve las naves en la linfa pura,
Y corta las espumas del torrente.

VI

Muchos días pasaron
Y, sin cesar, las naves, impelidas
Por un secreto anhelo,
Volaban en la mar como perdidas
Aves de paso en la extensión del cielo.

Ya no eran suaves brisas
Ni ráfagas sútiles,
Las que alzaban los tumbos de las olas,
Arrullando la espuma con sonrisas
Y canciones gentiles.
Eran rachas de viento
Del septentrión bajadas
Las que, de cuando en cuando,
Agitaban el líquido elemento,
Convocando mareas á su bando.

Hay algo en el océano
De grande, misterioso é imponente
Como en el pecho humano,
Cuando la tempestad está cercana
Y se oye en cada onda del ambiente
El anuncio de su ira soberana.
El alma, como el mar, cuando es la hora
De la pasión, la cólera ó el crimen,
No rugen ni batallan,
Sino sumidas en silencio gimen,
Y después de gemir recién estallan.

¡Tal aquella mañana
Aconteció, cuando el audaz marino
Clavando la pupila
En la extensión lejana,
Soñaba en las caricias del destino
Mirando el cielo azul, la mar tranquila,
Fascinaciones ópticas del alma

Del marinero audaz! ¡Aquella calma
Es la calma letárgica que miente,
En el instante mismo
En que está por sentir, ciego, demente,
En el alma las furias del abismo
Y el calor del relámpago en la frente!
Llega la tempestad...retumba el trueno,
Se inquieta el mar, y las veleras naves
Sin rumbo corren, con el ala abierta,
Como tímidas aves
Que al soplo del pampero embravecido
Surcan errantes la extensión desierta,
Dejando hasta su nido.

¡Qué grande, qué soberbia, qué imponente
Es sobre el mar la tempestad sin freno,
Circuida de relámpagos la frente,
Teniendo por aliento la catrástrofe,
Por pulsación el retumbar del trueno!
¡Con qué furia indomable
Los elementos batallando rugen
Cuando se rasga el cielo, antes sereno,
Y hasta los ejes de la tierra crujen!
¡Y el mar... el mar... el colosal gigante
De armadura de espumas,
Que como el caos, ante el *fiat*, brama,
Y que tiene el fragor de cien diluvios
Para insultar á Dios!... ¡que se derrama
En el lecho de rocas de la tierra,
Que mueve el mundo, que sus playas barre,
Que nunca se halla en paz y siempre en guerra!

VII

¡Y sobre ese oceano, tan rugiente
Como el alma de Otelo,
Celoso de sentir sobre sus hombros
Algo más que la bóveda del cielo,
Las intrépidas naves avanzaban
Con gallardo vaiven y movimiento,
Como si se burlaran de las iras
Del colosal oceano turbulento,
Como si, desdeñando sus enojos,
Al fulgor del relámpago que mata,
Quisieran, cual beodos, tambaleando,
Ir á perderse entre horizontes rojos
Y abismarse en su hirviente catarata!

¿Quién puede contenerlas ni un instante
Si el genio con la idea las dirige,
Eneas domador de las tormentas
Que las fuerzas del mundo ordena y rige!
¡En vano el mar erguido las empuja,
Arrastra, abofetea,
Como monstruo rabioso y erizado!
¡Es en vano que ruja
O lance al aire con salvaje grito
Los ayes del pampero encadenado!...
Que el genio es un segundo Prometeo,
Como el Titán del Cáucaso, amarrado
A la roca fatal de su deseo.

¿Qué importan á Colón las tempestades
Si el rayo de la gloria le ha cegado,
Si sabe que se acerca ya la hora,
Y en el ancho panteón de las edades
Sobre su tumba dormirá la aurora
Y el cielo llorará sus soledades?...
¡La lid está empeñada,
Y más que miedo fuera
Hacer virar las naves al oriente,
Arriando la bandera
Porque está el enemigo frente á frente!
Torpeza fuera, indigna,
Volver la espalda al porvenir cercano...
—¡Adelante! ¡adelante!—es su consigna...
¡Y que siga bramando el oceano!

¡Primero perecer entre las olas
Movidas por los raudos elementos,
O volar, como débil hojarasca,
Sobre el ala revuelta de los vientos;
Beber hasta las heces
La verde copa de la amarga espuma,
Y no retroceder!... ¡mil y mil veces!...
¡Primero hallar sepulcro,
Cubierto por el paño de la bruma,
En la ancha soledad del mar de Atlante,
Que tornar á las costas españolas,
A ser la burla de la plebe torpe,
Con la mancha en la frente,
Y la vergüenza y el baldón, á solas,
De cobarde retándole y demente!

¡Venga otra vez la tempestad! ¡retumbe
El horrísono trueno,
Airado el viento entre las jarcias zumbe,
El cárdeno relámpago despida
La nube fiera, y de su roto seno
Con saetas de luz mate la vida!
¡Álcese el mar con fragoroso grito,
Y lance, entre el hervor de la batalla,
Su alarido de guerra á lo infinito;
Rásguese el cielo, choquen las estrellas,
Y en diluvio de luz y fuego caigan
Sobre el mundo en cenizas de centellas,
Y quiébrense también los férreos brazos
Que la tierra sostienen
Y en el espacio inmenso
El equilibrio universal mantienen!...
¡Por nada el genio en la batalla cede
Ni un palmo de su gloria,
Grande como su sombra ante la historia!
¡Colón no retrocede,
Guiado por la idea,
En su empresa gigante!...
Si Dios, para crear, exclama:—¡Sea!—
Para vencer, Colón, dice:—¡Adelante!

Mas ¿qué siniestro afán devora el alma,
Cual si el ángel callado de la muerte
Le ofreciera sus brazos
Para que duerma en calma?...

El varón esforzado, que la ira
Jamás temió del oleaje recio,
Siente en su alma dudas, y suspira;
Aquel que con desprecio
Miró cosas y pueblos, y monarcas
Y mar y tempestades,
Negras noches, siniestras claridades,
Siente un momento de ansiedad sombría,
Y la duda, esa hiena de la frente,
Vuelve á entonar su áspera elegia.

¡La envidia y la ignorancia, siempre hermanos
Serpientes que en la cuna,
Como Hércules, no pudo
Exterminar el genio entre sus manos!
¿Por qué vivís, si á vuestro vil aliento
Se infecta el aire puro de la vida,
Y no cuaja la flor del pensamiento?
¿Por qué vivís para asediar al hombre,
Disipando su sueño más querido,
Y hasta la tumba le seguís, airadas,
Para borrar las letras de su nombre,
Cuando sobran el tiempo y el olvido?...

¡Colón! ¡Colón! la envidia y la ignorancia
Te acosan otra vez, sobre los mares,
Para abatir tu espíritu á pesares,
La una viene á tí con la sonrisa
Temblorosa en los lábios,
Fría como el puñal ó el estileto,

Mas llevando en su pecho sus agravios,
Rabia en el corazón, ira de Hamleto;
¡La otra es un Goliat enceguecido,
El genio destructor de Torquemada
Que saluda con místico alarido
De la hoguera la ardiente llamarada!

¡Colón! ¡Colón! ¡empieza la batalla!...
¡Guarda tu luz y entre las sombras calla!...
¡Alerta, oh genio! empiezan á seguirte!...
¡La una busca la luz para extinguirla,
La otra busca la sombra para herirte!

Y tú, siempre soñando,
No miras en redor ¡á nada temes!
Ni á la ira del mar alborotado,
Ni á la plebe brutal, que está bramando...
¿En qué piensas!... ¿qué viste en lontananza?...
¿La realidad de un sueño despertado,
O el engaño falaz de una esperanza?...
¿Por qué no vuelves hacia atrás los ojos
Y los clavas, ardientes y anhelantes,
En los lejanos horizontes rojos?
¿Qué ha visto tu pupila soñadora
En el denso nublado de las brumas,
Teñidas por los rayos de la aurora?...

¡Colón! ¡Colón!... ¡tu rostro se demuda;
Vibra el rayo en tus ojos, y tu frente
Parece que se abre

Y que arroja el cadáver de su duda!...
¿Tiemblas de nuevo?...¿Sientes miedo, acaso?...
¿Vuelves los ojos, tímido, al ocaso?...
Tu pupila se ensancha poco á poco,
Absorviendo los rayos de la tarde;...
En verdad, en verdad... eras un loco...
¿Loco?... no ¡que tú piensas!...
¡Piensas y tiemblas al pensar!... ¡cobarde!

¡Cobarde!... y sin embargo
De la plebe no escuchas la amenaza...
¡Cobarde! indiferente,
Sumido en tu letargo,
Ni tu miedo ó tu cólera rechaza
La traidora cuchilla... ¡pero hay llanto
En tus ojos, marino!...
Y se encienden y apagan tus pupilas...
Tus brazos tiemblan, y tu labio mudo
Se entreabre, se agita...
¡Yo no sé si en tu pecho
Tu corazón de tempestad palpita!
Avanzas, retrocedes...
¡Estás ebrio, y olvidas que eres hombre!
¡Te increpan, te mancillan, y no sabes
Ni lavar las afrentas á tu nombre!...
¿Dónde vás?... ¿á la proa?
¿Empuñás el timón, vuelves la espalda
Al sol, cede tu empeño?...
Lo que pasó por tí solo fué sueño...
¡No!... tú desde la popa

Piensas solo en tu Atlántida
Y desdeñas á Europa!
Es un león tu ceño,
Tu aspecto de corsario!...
La voz se anuda en tu garganta... callas
Porque no puedes más ¡y al fin estallas
Con alarido de salvaje en guerra!...
¡Te reconozco, loco visionario!
¡Masa de tempestad, ya hallaste un mundo
Donde estallar!... un mundo!...
Tierra! Tierra!!

VIII

¡Salve Colón! Atleta de la historia,
Que bajo el manto espeso
De cuatro siglos de inmortal memoria,
Te yergues, como el genio del progreso,
La frente iluminada
Por la corona de astros de la gloria!

¡Peregrino del genio! ya triunfaste,
Perdido en la embriaguez de tu demencia!
—¡Tierra!—dijiste, y al decir, rasgaste
El velo de los siglos con tu ciencia;
Y arrancando en el ámbito profundo
Sus secretos al mar, que agita Eolo,
Añadiste otro mundo al viejo mundo,
Haciendo de los dos un mundo solo!

El tiempo, en sus siniestras veleidades,
Con mano despiadada desmorona
Los Babeles, y borra hasta su nombre...
Pueblos, reyes, deidades,
Todo se abisma y hunde... solo he visto
Vivir dos muertos, solo dos... un hombre,
Un hombre, que eres tú, y un Dios, que es Cristo!

EL INDIO

I

Por la tarde está sentado
Junto al río, siempre á solas,
Viendo cual pasan sus olas
Con algo que murmurar,
El indio triste y enfermo,
Esclavo de su destino,
A quien venció el argentino
En los toldos de su hogar.

Esta patria no es su patria;
Ni la ama ni la comprende,
Ni la escucha, ni la entiende
En su destierro sin fin.
Cuando se le llega es sombra,
Cuando respira, veneno:
¡El creció estrujando el seno
De la Pampa sin confín!

El ansía cielo libre,
Mundo abierto al horizonte,
Llano sin árbol ni monte,
Amplitud de corazón.
Al dar límites al mundo
Las cumbres llenas de hielo,
Ve en los pedazos de cielo
Mendrugos á su ambición.

Miedo le causa la sierra
Con el bramar de sus vientos,
Y escucha como lamentos,
En los ayes del *chircal.*
Tímido y supersticioso,
Cuanto es del bosque le pasma,
Y hasta cree que es un fantasma
La sombra del *biscotal.*

Es que en su pampa sin bosques
Menudo trébol florece,
Y un árbol tan solo crece
De trecho en trecho, el ombú;
Y es que entregado al mutismo,
No hay más acentos allá
Que los gritos del *chajá*
Y el silbido del *ñandú.*

Si absorto al cóndor contempla
Es que envidia su destino:
Libre es el cóndor andino,
Como el indio en su corcel;

O es que al verle volar tanto,
Imagina el prisionero
Que el cóndor es mensajero
De algún recuerdo para él.

Tan solo de tarde en tarde
Doma el indio su tristeza,
Hiergue altivo la cabeza,
Sacude su laxitud:
Y es cuando escucha á lo lejos
Bramar la nube irritada
Y ver que llega arrastrada
Por torbellinos del sud.

¡Como se crispan sus nervios
Si el huracán llega y pasa,
Troncha los *molles,* arrasa
Cuanto encuentra, de raíz,
Y tala, y siega, y destruye,
Y cual muertos por hileras
En la batalla, en las eras
Deja tendido al maíz!

Es lo único que le habla,
En su salvaje alarido,
Del hogar donde ha nacido,
De la pampa en donde amó,
Es lo único que llega,
De la patria al extranjero,
El plumaje del *pampero,*
Que en la cuna le arrulló.

¡Ah! por eso vive triste
El indio enfermo y sombrío,
El que á la orilla del río
Siente impulsos de llorar;
El que en la tarde se sienta,
Meditabundo y á solas,
A ver cual pasan las olas,
Con algo que murmurar.

II

Hace ya más de dos años
Que arrastra esa vida triste
Aquella alma, que se viste
Con el luto del pesar.
Hace mucho, mucho tiempo
Que se siente desgraciado
Aquel cóndor enjaulado,
Que aún no ha aprendido á llorar.

Pero el indio sufre y odia...
El indio sufre y se calla;
Es la flecha en la batalla
Que muerde muda y cruel.
¡No! ¡no! que no escape un eco:
¡El indio se avergonzara
Y con su llanto mojara
Una tierra que no es de él!

Es un volcán aplastado,
Nieve mezclada con fuego,

Grito de rabia sin ruego,
Cadáver sin ataúd.
Es el viento encadenado,
La pampa sin horizontes,
Llano convertido en montes,
Extensión sin plenitud.

El silencio concentrado
Es su copa de amargura;
Por eso el indio la apura
Hora á hora, sin cesar.
Muda, su patria ha caído,
Sus hijos, mudos, han muerto;
Ni un ¡ay! exhaló el desierto:
¡El indio no ha de llorar!

¿No es esclavo?... pues entonces
Que le atormente su pena,
Que pese más su cadena
En el pie ó el corazón;
Que cada hora que pase
Hierro sea, y cada día
A esa su cadena impía
Añada un nuevo eslabón.

Y que solo su destino
La cruel cadena desate,
Y del mundo le arrebate
Para olvidar y morir.
Si su pie, sujeto al yugo,
En el desierto no estampa

El venado de la pampa,
¿Para qué quiere vivir?

¡Ah si fuera dado al indio
Concentrar sus desengaños,
Hacer horas de los años
Que le faltan que llorar,
Y decir ¡adios! al río,
Y no volver más á solas
A ver cual pasan sus olas
Con algo que murmurar!

III

Hace mucho, mucho tiempo
Que el indio triste y sombrío
Rinde su vida al hastío,
Hunde en sombras su razón.
No bebe el aire del cielo,
No entra sol á su alma inerte,
Y los dedos de la muerte
Le estrujan el corazón.

Suena lo negro en su cráneo
La sombra en su oído zumba,
Voces extrañas de tumba
Salpican su soledad.
Ya no le llama el desierto;
¡Adios! la pampa le dice,
Y hasta, á veces, le maldice
En sueños, su libertad.

Tronco enfermo, ya se quiebra...
En el árbol carcomido
No hay ave que teja nido,
Ni cante, siquiera, en él.
Peña en que duerme, el abismo,
Ni el cóndor se posa en ella,
Y solo estampa su huella
La muerte fiera y cruel.

—Indio, murmuré yo un día,
Ven y dime lo que sientes.
Abrió el labio, y por sus dientes
Una frase rastreó.
Indio, mírame, que te hablo,
Le dije en acerbo tono,
Y el salvaje, sin encono,
De soslayo me miró.

Y luego no más sus ojos
En la tierra se clavaron,
Y en sus órbitas brillaron
Con siniestro resplandor.
—Indio, qué sientes, responde;
Dime que mal te hemos hecho.
Quiso hablar, pero en su pecho
Ahogó la frase el dolor.

—¿Te acobarda la faena?
Pues tarea más sencilla
Tendrás desde hoy en la trilla.—
Su silencio fué tenaz.

—¿Estás enfermo?... tu amigo
Yo soy, indio. En su semblante
Mostró el alma agonizante
La descolorida faz.

Sordo siempre á mi reclamo,
Guardó su letal mutismo;
Y si algo dijo, á sí mismo,
Sin decir, se contestó.
De su angustia comprimida,
Que vencer á su alma pudo,
Testigo franco, aunque mudo,
Fué un suspiro que exhaló.

Comprendo el origen, indio,
De tu negra pesadumbre:
Quieres sol, espacio, lumbre
Y una pampa en derredor.
¡Ah! sé bien que es lo que ansía,
Esa masa de tormenta...
Trueno ahogado, ya revienta
En mil rayos de dolor.

—Indio, ven, quiero que vuelvas
A ser hijo del desierto;
Vete, aunque tu raza ha muerto,
A vivir como el *ñandú*.
Eso quería... lo dijo
Su semblante macilento,
Tan triste como el lamento
Que al cantar lanza el *urú*.

—Vete, vete, cruza el monte,—
Dije, y al indio enseñando
Un caballo, fué volando,
Y de un salto lo trepó.
¡Lanzó luego un alarido
Feroz, salvaje, imponente,
Voz de la pampa inconsciente
Que en las sierras se estrelló!

Dió vuelta el corcel alípedo,
Y un relincho agudo oyose
Luego que al jinete viose
Sobre su grupa trepar.
En el caballo montado,
Sin bridas partió ligero,
Cual si un soplo de pampero
La forzara á galopar.

Solo oí, cuando partía
A la carrera lanzado,
Que me dijo, consternado,
—¡Cristiano amigo, eres tú!—
Y al cruzar la enhiesta cumbre,
De su expansión infinita,
La alegre, indómita grita
Repitiendo: *¡Ahú! ¡Ahú!*

Ave errante del desierto,
Va á buscar lejos su nido,
Donde un ombú se alza erguido
Entre un verde y amplio mar,

Mientras corre, y siempre corre,
El río que deja á solas,
Y cuyas parleras olas
Tienen mucho que contar.

FLORES DEL AIRE

En las montañas de mi tierra nace,
Parásita del tronco centenario,
Una flor que se llama *flor del aire,*
Porque lábranla brisas del verano.

No le arrulla al nacer brullente aurora,
Ni es amiga del aire de la noche;
No vive del carmín que pinta rosas,
Ni del violeta de las otras flores.

No hay en su cáliz un dorado estambre,
Ni en su seno una gota de rocío,
Ni filetes de luz bordan su traje,
Ni tienen manchas, como el crespo *brinco.*

El blanco de la luz del pleno día,
Del sol diluído en el caliente rayo,
De sus pétalos suaves es la tinta,
Color de beso de los lirios pálidos.

¡Cómo contrasta su blancura extrema
Con las hojas, teñidas de esmeralda!

¡Si parece un recuerdo de inocencia
Que dejara el amor á la esperanza!

No nace en el jardín, donde los lirios
Y las magnolias se abren; brota solo
En el *latar,* el bosque de los *timbos*
Y el suelo en que serpea el *kiscaloro.*

Nace plebeya y en humilde cuna;
Se bautiza en arrullos de la tórtola;
Vive ansiando encontrar su sepultura
En el seno gentil de una pastora.

Cada una flor es urna de perfume,
Como cada ilusión del nubil seno;
Naturaleza abrupta de las cumbres
Parece en ella transformada en beso.

Los mirtos y laureles de la selva
Se volverán coronas y guirnaldas;
Ella ha de ser el lauro del poeta,
Que no ha nacido aun para cantarla.

¡De entonces abrirase para el bardo
Y no para el pastor; para el Virgilio
Que entone con acentos ignorados
Penas y goces del agreste Títiro;

Para el poeta de cimbreos de águila,
Emulo de las cumbres argentinas,
Esclavo del dolor, de libres alas,
Condor del arte que anidó en las cimas!

¡Ah si venciendo al corazón, pudiera
Volver idea á tanto sentimiento!
¡Si lo que late en mí no fuese arteria,
O el corazón latiere en el cerebro!

¡Ah! ¡si fuera el cantor de mis montañas!
¡Si mis versos tuvieran su lenguaje!
¡Si al rumor de los himnos de la patria,
Coronaran mi sien *flores del aire!*

EN LA SOLEDAD

¡Mejor se vive así! Solo y aislado
En mi desierta alcoba paso el día,
Exhumando en la tumba del pasado
Sueños extintos de la mente mía.

¡Mejor se vive así! lejos de todo,
Sumergido en glacial indiferencia,
Ajeno á las pasiones y su lodo,
Limpio de corazón y de conciencia.

Lejos del hombre que me causa hastío
Con su ansiedad perpetua de fortuna
Abrazo mi razón á mi albedrío,
Como á gemelos en la misma cuna.

A la ambición mi espíritu se cierra;
Ningún afán empaña mi memoria;

Soy un pobre mendigo de la tierra
Que busca los harapos de la gloria.

En esta soledad en que me encuentro
No tengo ni siquiera un solo amigo;
En mi ser me confundo y reconcentro,
Y ni odio, ni pasión, ni amor abrigo.

¡Hombres! ya se cansó vuestra miseria;
El sayal que vestís es de mendigo;
Y en el sagrado templo y en la feria
Enseñais, como el réprobo, el castigo.

Si llegais hasta mí con vano intento,
Como Alejandro, con laurel y palma,
¡Yo os demando mi sol, el pensamiento,
Y me convierto en Diógenes del alma!

¡Dejadme solitario! . . . ¡Yo no busco
La azarosa inquietud de vuestra gloria;
Con vuestro fatuo brillo no me ofusco,
Porque es fosforescencia de la escoria!

¡Yo quiero el ideal, que mi alma adora;
Quiero la luz que el corazón no alcanza;
Un rayo solo de la eterna aurora,
Y un reflejo del sol de la esperanza!

Ansío levantar mi pensamiento
Con las alas del águila altanera . . .
¡Algo hay dentro de mi que infunde aliento,
Pero hay algo, también, que desespera!

Busco en los libros de los grandes sabios
Algo con que aplacar mi sed ardiente;
Siguiera inspiración para mis labios
Y ondas de luz para bañar mi frente.

¡Dante, ciego, me lleva hasta su *Infierno;*
Byron me da á beber su copa, mudo;
Y mientras Calderón me alza á lo eterno,
Me enseña Shakespeare á dudar, y dudo!

¡Milton, con fe profunda á Dios bendice;
Hugo, al monte inmortal del sacrificio;
Mientras Voltaire, sarcástico maldice,
Y Alfredo de Musset me arrastra al vicio!

Me dicen los filósofos:—¡adora!—
Y los sabios:—¡no existe la conciencia!—
Uno me grita:—¡ríe!—el otro:—¡llora!—
¡Heráclito y Demócrito es la ciencia!

—¡Hay un Dios! ¡hay un Dios!—¡aquel arguye
Que lleva al hombre por celeste ruta;—
Y Darwin, con sus huesos, reconstruye
El esqueleto de la bestia hirsuta!

¿Dónde está la verdad? Es loco empeño
Buscar astros de arriba en el abismo;
Saber, siquiera, que existir no es sueño,
Si hasta duda la duda de sí mismo.

¡Hombres! sois el juguete de la suerte,
Que deja aí ideal del alma exhausto:

¡Hamlet oyó á un expectro de la muerte,
Y al mismo Satanás invoca Fausto!

¡Y yo te invoco á tí! profana ciencia;
Y en vez de hacer Goliat al pensamiento,
Vuelves pigmeo vil á la conciencia,
Y toda mi esperanza das al viento.

¡Lejos de mi el veneno de tus hojas,
Libro que niegas lo ideal, lo eterno;
Libro de fe, que abismas y acongojas,
Añadiendo un infierno á tanto infierno!

¡La Inquisición reviva, sí, reviva!
La Torquemada cruel; y á sus fulgores
La verdad salve de la llama viva,
Y en carbón se conviertan los errores!

¡Yo, en tanto, abjuraré de toda creencia,
Purgaré mis delitos uno á uno,
Si es delito aspirar la humana ciencia,
Si delincuente fué Jordano Bruno!

Mas ¿qué digo?.. ¡Te nombro en mis enojos
Institución del crimen, sin castigo!...
¡La sombra de Guzmán ante mis ojos!...
¡Santo, vuelve á tu altar!... ¡yo te maldigo!..

PRIMAVERA Y AMOR

Agitando el ramaje
De los jardines
Sollozaban las brisas
Entre jazmines,
Y de la loma
Lloraba entre los sauces
Una paloma.
Dijo el ave á la brisa:
—¿Quién esas flores,
Aura sutil, te ha dado
Para que llores?
¿Quién de esencias
Llenó tus blandas ondas
Y de cadencias?
Y contestó la brisa
De la pradera:
—La reina de las flores,
La primavera.
—Y á ti, avecilla,
¿Quién dió á tu lira de oro
Nota sencilla?
¿Quién puso en tu garganta
Suave gorjeo,
Mas dulce que los cantos
Del Himeneo?
¿Quién te dió nido

Con gajos de laureles
Entretejido?
Y al desplegar la noche
Su leve tul,
Y al morir el postrero
Rayo de luz,
Con tierna voz
Dijo, al volar, el ave:
—¡Brisa, el Amor!

ADELANTE

No me abate, pigmeos, vuestro insulto,
Ni me lastima el diente de la envidia:
Por un camino voy, y no me espanta
El fantasma ruin de la perfidia.

Y voy tranquilo, desafiando todo;
Y si más torpe la calumnia arrecia
Toma brios mi fe: ¡sigo á la gloria!
¡La calumnia no mancha al que desprecia!

Reptiles ponzoñosos, vuestro encuentro
No me infunde pavor, sí repugnancia;
Y si os lanzais sobre mi Gorgonas,
Venzo vuestro furor con mi arrogancia.

—¡Es un loco! ¡es un loco!—decis siempre,
Y compadece el odio repugnante:
¡Se pudiera cambiar vuestra cordura
Por la demencia de Shakespeare y Dante!

¡Oh! ¡dejadme marchar! ¡oigo su acento!...
¡Me llama el porvenir! ¡sigo al destino!...
¡Que sonrian los labios de Tartufo
Y rechinen los dientes de Ugolino!

RAMÓN OLIVER

TUCUMAN *

«Los bosques que encubren la superficie del país son primitivos, pero en ellos las pompas de la India están revestidas de las gracias de la Grecia».

D. F. Sarmiento.

I

De libertad el arca, del caudillaje tumba,
Guirnalda de mi patria,
De América jardín,
Para cantarte anhelo, ya el trueno que retumba
La brisa que murmura, ó el viento cuando zumba
En medio á tus florestas,
¡Oh Tucumán feliz!

II

No canto tus victorias, ni evoco tu grandeza,
Ni recordar pretendo
Tus horas de dolor,
Cantar tan solo quiero tu espléndida belleza,
Tu exhuberante y libre, feraz naturaleza,
Como rival no tiene
Del Plata al Ecuador.

---

* Premiada en los Juegos Florales celebrados por el Centro Gallego, en Buenos Aires, el 12 de Octubre de 1882.

III

¡Oh tierra bendecida! ¡Mi corazón te admira!
Divinas son tus selvas,
Tus bosques bellos son,
Allí se olvida todo, se sueña, se delira,
El corazón no sufre, las penas son mentira,
Y el alma del poeta
Destella inspiración.

IV

¡Oh Tucumán! Yo he visto tu espléndido Aconquija,
He visto tus risueñas
Colinas Yamari,
Pero lo grande y bello, de Dios obra prolija,
Que de tu cielo diáfano el manto azul cobija,
Son tus floridos bosques
A orillas del Salí.

V

Cuando la aurora vierte su luz suave y tranquila,
Cuando refleja en ellos
Su dulce claridad,
Hay seducción, hay vida, hay algo que titila,
Perfumes y colores, que aduermen la pupila,
Que embargan el espíritu
En éxtasis fugaz.

VI

Las lianas y moreras y el mirto rozagante,
¡Oh Tucumán! festonan
Tu esplendorosa faz,
Detienen la mirada y el paso al caminante,
Y en torno á sus corolas, de nectar anhelante,
Se mira en las mañanas
Al picaflor temblar.

VII

Y enjambre de brillantes, doradas mariposas,
Se ven batir las alas
Con incansable ardor,
Y en confusión continua, revueltas, afanosas,
Esperan revolando que caigan de las rosas
Las gotas del rocío
Deshechas por el sol.

VIII

Y cuando Febo ardiente ¡oh Tucumán! derrama
Sobre tu sien florida
Su esplendorosa luz,
¡Qué grande, qué sublime, qué lindo panorama,
Es ver flotar el bosque, bajo la verde rama
La luz del medio día
Como un dorado tul!

IX

A veces interrumpen canciones y rumores,
El plácido silencio
Del bosque encantador,
¡Son ellas, son tus hijas, que cantan sus amores,
Ocultas en las frondas de perfumadas flores,
Lo mismo que las aves
Cuando calienta el sol!

X

Allí, bajo el ramaje, tendidas sobre azahares,
Las lindas tucumanas
Cubiertas de alto tul,
Al son de las guitarras entonan sus cantares,
O en bulliciosa danza mitigan sus pesares,
Hasta que el sol oculta
Su postrimera luz.

XI

Entonces ¡ah! ¡qué vago, de la ciudad lejana,
En alas de la brisa
Llega hasta alli el rumor;
Y el eco majestuoso, fugaz, de la campana,
Cuando convoca á todos cual cariñosa hermana,
Ante el altar del templo
Para alabar á Dios!

XII

Y allá, cuando la noche desplega su celage,
Velando con sus sombras
Tan vasta soledad,
¡Que triste es el silencio que reina en el boscaje!
Y de tus verdes selvas de espléndido ramaje
Solemne es para el alma
La augusta magestad!

XIII

También eres grandioso, cuando la viva estrella,
Arroja desde el cielo
La luz sobre tu sien,
Cuando la luna hermosa su claridad destella,
Bañando con su lumbre tan plácida y tan bella,
Tus bosques de nogales,
De cedros y laurel.

XIV

Tan solo se oye entonces la brisa vagorosa,
Al agitar las ramas
Del verde naranjal;
No hay danzas, ni rumores, ni endecha melodiosa;
Y el loro y el tucano, la urraca bulliciosa,
Dormitan entre el denso
Ramaje del rosal.

XV

¡Son esas tus bellezas! ¡Mi corazón te admira!
!Divinas son tus selvas,
Tus bosques bellos son,
Allí se olvida todo, se sueña, se delira,
El corazón no sufre, las penas son mentira,
Y el alma del poeta
Destella inspiración!

Buenos Aires, Setiembre 24 de 1882.

EL VALLE DE LERMA *

¡Oh delicioso Valle! Verde nido
Que Salta oculta en su florido seno,
Fértil oasis de delicias lleno,
Déjame tus recuerdos evocar;
Quiero cantar ante la faz del mundo
Con entusiasmo, con ardiente anhelo,
La espléndida belleza de tu cielo,
Tu soberbia riqueza tropical.

. . . . . .

Rumores misteriosos de la selva,
Vientos que descendeis de las montañas,

* Editado en Buenos Aires, en 1884, por la imprenta de Martínez calle San Martín 174.
Canto premiado con una pluma de oro por el Gobierno de Salta.

Sol que la cumbre de los cerros bañas,
Flores del bosque, ¡dadme inspiración!
¡Arrullos de las aves de mi patria,
Fugaces brisas, murmurantes ríos,
¡Dadle cadencias á los versos míos
Para cantar de Lerma el esplendor!

De Salta la gentil debajo el cielo,
Como ondulado sierpe que desliza
Sus anillos por lechos de esmeralda,
La quebrada de Escoipe se divisa,
Y hacia el Oriente de su verde falda
Se ve entre flores, cual sultan rendido,
De Lerma el Valle plácido tendido.
¡Oh qué ambiente, qué luz, qué sol, qué clima!
¡Qué sublimes contrastes, la natura,
Ofrece á la mirada del viajero
Que del Escoipe en las quebradas cimas,
Contempla placentero,
El bosque, el cerro y la feraz llanura!
Allá al poniente sempiternos hielos
Cubren de blancos velos,
Una comarca pálida y extraña,
Sin aves y sin flores, do se miran,
Solo á los viejos cóndores que giran,
Sobre la helada sien de la montaña,
Allá, del sol la enrojecida lumbre
Cuando traspone la nevada cumbre
De lejana colina,
Solo dormidos yermos ilumina,

Donde de cierzo á la caricia helada,
Como una ave cansada,
El triste *chírqui* su ramaje inclina.
Aquí ¡el Valle! ¡Grandioso panorama!
¡Todo al placer invita!
¡La vida de los trópicos palpita,
Se difunde en su seno, se derrama,
Y al contemplar tan grandes maravillas
El corazón despierta, y de rodillas
Se adora á Dios, se le venera y ama!
Aquí se le contempla, aquí se mira
Su mano bienhechora,
Aquí el Creador en todo resplandece,
En el ave que trémula suspira,
En la flor, en la rama tembladora
Que el aliento del céfiro estremece.

Cuando la virgen Alba ruborosa
Como una tierna esposa,
Al fresco valle, ufana,
Con la diadema de su luz corona,
¡Qué hermoso cuadro á su fulgor se mira!
Allá á lo lejos, la sin par *Chicoana*
Con sus blancas casitas que engalana
La espesa enredadera,
Bajo la sombra de la verde liana
Y entre sus altos cerros escondida,
Parece una paloma
En su nido de ramas adornada.
El *Rosario de Lerma*, solitario,

Allá levanta su cabeza altiva
Con la cruz de su blanco campanario,
Cabe frondosos bosques, do florecen
El lirio, el amacay, la siempre-viva.
Aquí, *Cerrillos,*—más acá la cuesta
De *San Lorenzo,* la feliz quebrada
Donde en los días de placer y fiesta,
Van las hijas de Salta
Con el rayo de amor en la mirada,
A jugar con la linfa cristalina
Que serpeando desciende la colina.
Y allá, del sol á la primer vislumbre,
Se destaca altanera
Del *San Bernardo* la soberbia cumbre,
Ese cerro inmortal á cuyo nombre
El corazón del argentino late,
Porque en otrora al pie de esa montaña,
Tronó el cañón y con ardiente saña
Flamearon entre el humo del combate
El patrio pabellón con el de España!
¡Y *Salta* la gentil, Salta la bella,
La espléndida ciudad, edén hermoso,
En la margen del *Arias* rumoroso
Entre el cebil y el arrayan descuella!
Y más allá, ¡que grande, que infinito
Sublime panorama! Entre chañares,
La planicie inmortal de *Castañares,*
El campo de la Cruz, campo bendito,
Donde á la sombra del sagrado leño,
Para gloria del pueblo americano,

Duermen por siempre de la muerte el sueño
En una misma fosa confundidos
Los héroes de Tristán y de Belgrano.

¡Valle de promisión, región querida
Donde todo se enciende
Con la luz esplendente de la vida;
Su colosal vegetación sorprende,
Porque en su seno encierra
Los más preciosos dones de la tierra,
Porque allí, lujuriosa, sin medida,
Del fecundo Ecuador la savia ardiente
Y de la tibia zona la corriente
Circula estremecida!
Ya el verde ceibo con sus flores rojas
Del céfiro el arrullo
Con el quebracho y arrayán se enlaza,
Ya el triste molle de abatidas hojas
Inclina su cabeza y amoroso,
Parece que se abraza
Con el ramaje del *Chal-chal* frondoso;
Y aquí y allí, bajo la fresca sombra
De los frutales árboles, caídas,
Del verde musgo en la mullida alfombra
Se ve la mora, el *piquiyin* sabroso,
La guinda y la naranja confundidas,
Y allá en las horas de la dulce siesta,
¡Que grata es la floresta!
El valle es un concierto, es una lira
Que melodiosa al corazón inspira,—

Canta el zorzal oculto en la retama,
La triste *churra* sin cesar suspira,
La *charata* parece que nos llama
Con eco dolorido,
Y se escucha á lo lejos el silbido
Del negro *pipitero,* que reclama
A su consorte, en el caliente nido.
¡Y qué sublime y bello
Es ver el valle al declinar la tarde,
Del rojo sol al postrimer destello,
Cuando parece que el ocaso arde,
Cuando la luz nos deja,
Y del bosque tan solo entre las hojas
Se oyen de las *bumbunas* las congojas,
De la calandria la sentida queja.
En esa hora de mortal tristeza,
En que la sombra con la luz batalla,
Todo en el valle cesa,
Todo de Lerma en la floresta calla.
Los pobres bueyes, del humilde arado
Desata al fin el rústico labriego,
Y en busca de alimento y de sosiego
Suelta la hoz el segador cansado.
Con lento paso deja
Del alto cerro la verdosa falda,
Para volver á su redil, la oveja,
Y hasta el tierno rendido corderillo
De su noble pastor vuelve en la espalda.
Todo torna á la calma. Densas sombras
Envuelven la alqueria,

Para el molino subullente rueda,
La tristeza sucede á la alegría,
Y el fértil valle en el silencio queda.
¡Y en la alta noche, cuando todo duerme
En profundo letargo sumerjido,
Cuando su luz radiante
Del cielo lanza la plateada luna,
Solo turba el silencio
Del *Chilicote* el grito ó el quejido,
Del nocturno *cacuy*, pájaro errante
Cuya historia, la abuela, al tierno infante
Para hacerlo dormir cuenta en la cuna!
¡También de Lerma el tímido paisano
Refiere que en las noches de verano,
Cuando las blancas nieblas
Desde el fondo del Valle se levantan,
Se escuchan en el bosque silencioso
Unas voces dulcísimas que cantan,
Y se miran flotar en las tinieblas,
La sombra de Belgrano,
De Güemes el espíritu grandioso!
. . . . . .
. . . . . .
¡Oh cielo azul que contemplé de niño
Con infantil cariño,
Cuando ajeno del mundo á la falsía
¡Oh Valle! me internaba en tus chañares,
Y en tus lechos de azahares
Bajo un dosel de flores me dormía!
¡Oh florestas de Lerma! ¡Dulce asilo

Donde la calma anida!
¡Santuario de la paz y del sigilo!
Con que placer ¡oh tierra bendecida!
Volver quisiera á descanzar tranquilo,
Huyendo á las tormentas de la vida
Hoy que conozco el mundo y sus maldades,
Que he visto de pasiones el torrente
Que oculta el corazón de las ciudades,
Que he sentido en mi frente
El soplo de sus roncas tempestades,
Cuánto anhelo volver á tus vergeles
Y contemplar la plácida corriente
Del Arias rumoroso,
A la sombra de amor de tus laureles.
Tú dás al corazón que sufre y llora
La calma bienhechora,
Tus aves y tus flores nos consuelan,
Alientan al espíritu tus brisas,
Y el sol con sus sonrisas
Enjuga el llanto y los ojos velan.
De esta vida falaz, á ti no llega
El eco dolorido
Que hiere el alma y en pesar la anega,
Ni se escucha en tus frondas más ruido,
Que el de la brisa plácida que juega
Con el ramaje del rosal florido.
Pronto el Progreso ¡oh Valle floreciente!
Incrustará en tu frente,
El riel que cruza el llano,
Y el río, la montaña, el bosque ameno,

Y en alas del vapor, con voz de trueno
El bienestar, ¡aliento soberano!
Sus dones todos volcará en su seno,
¡Ay, también de esta vida tumultuosa
¡Oh Lerma! hasta tus lares
Han de llegar entonces los pesares,
El lujo, la maldad, la intriga odiosa,
Y han de robar la calma á tus chañares,
Y han de turbar tu dicha silenciosa!

. . . . . .

¡Salve Lerma feliz! Hermoso nido
Que Salta oculta en su florido seno,
Fértil oásis de delicias lleno
De la tierra Argentina galardón,—
Yo te saludo y á los cielos pido
Con toda la efusión del alma mía,
Que no te falte nunca la alegría
Que siempre ¡oh Valle! te proteja Dios.

INDICE

PÁGINAS

Noticias biográficas y bibliográficas:

Olegario V. Andrade. IX
Carlos Encina. XXII
Gervasio Mendez XXIX
Alfredo Lamarque. XXXI
Domingo D. Martinto XXXIII
Luis N. Palma. XXXVII
Martin García Mérou XLVIII
Adán Quiroga. L
Ramón Oliver. LVII

ANTOLOGÍA

Olegario V. Andrade:

Atlántida 5
Prometeo. 24
A Víctor Hugo 44
El nido de cóndores. 56
El arpa perdida. 64
San Martin.—Canto lírico 73
El consejo maternal. 89
La mujer. 90
La vuelta al hogar.—Recuerdos. 93

PÁGINAS

Carlos Encina:

Colón.—Canto lírico. 99
Canto al arte 112
La lucha de la idea. 121

Gervasio Mendez:

A Dios. 131
A Buenos Aires. 133
Desencanto. 137
¡Jamás!. 138
La mujer que adoro. 139
A una oriental. 139
A San Martin. 141
Lucha 143
A Buenos Aires. 145
Sueño 147
¡No me olvides!. 149

Alfredo Lamarque:

Leyenda medioeval. 155
A María 162
Inspírame. 164
Inmortalidad del alma.—Fragmentos. . . 165
Caleliyan. -- Romance histórico, siglo XVIII 169
Los marinos. 178
Delirio. 181
En la muerte de Jorge M. Mitre. . . . 184

Domingo D. Martinto:

En el hogar 189
Mis amores. 193
Primavera 201
Entusiasmo. 204
En la arena 206
Al poeta Olegario V. Andrade. 208
Última página. 209

PÁGINAS

Luis N. Palma:

Recuerdos de gloria. 213
Chacabuco y Maipo.—Fragmento 219
El Águila del Orinoco. 222
A la familia Hispano Argentina 225
América á la sombra de la cruz.—Canción. 231
Las arpas mudas. 237
La revolución 244
Los templos. 252
A Gustavo Becquer.—(Rimas) 258
Inocencia. 259
Paz en la tumba. 260
A la virgen del Pilar. 260
Reza. 261

Martín García Mérou:

Misantropía 265
El nido 267
Barcarola 269
Estancias. 271
Elevación 273
Esperanza 276
Junto al fuego 277
Penumbras 280
Al llegar á París. 283
En el barrio latino. 286
The Demon Thought. 288
Mis libros 292
Homo 313
Al Tequendama. 332
Mimí. 337
Lavinia. 343

Adán Quiroga:

Mi musa. 367
Al ejército de los Andes. 373
Atlántida 388
El Indio. 411

PÁGINAS

Flores del aire. 420
En la soledad 422
Primavera y amor. 426
Adelante. 427

Ramón Oliver:

Tucumán. 431
El valle de Lerma. 436

LS.C
P9794a

406515
Puig, Juan de la Cruz
Antologia de poetas argentinos. vol.9.

DATE.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED